



Miklós Bánffy

El reino dividido

Traducción del húngaro de Éva Cserhádi
y Antonio Manuel Fuentes Gaviño



Lectulandia

Última entrega de la Trilogía transilvana, *El reino dividido* retoma la historia de los protagonistas de *Los días contados* y *Las almas juzgadas*. La inestable situación en los Balcanes, la escalada de tensión entre la Triple Entente —Gran Bretaña, Francia y Rusia— y los imperios Austrohúngaro, Alemán y Otomano, y el asesinato del archiduque Francisco Fernando llevarán a los húngaros a una guerra que marcará trágicamente el destino de su país. En este convulso y pesimista contexto, el conde transilvano Bálint Abády verá cómo sus proyectos políticos y personales parecen diluirse: la posibilidad de un futuro estable junto a su amada Adrienne se aleja, el declive de su primo Gyerőffy es cada vez más evidente y la política húngara está al borde del colapso.

El reino dividido es la tercera novela de la Trilogía transilvana que Miklós Bánffy publicó entre 1934 y 1940, y está considerada como una de las obras más importantes de la narrativa centroeuropea de la primera mitad del siglo xx. Prohibida durante más de cuarenta años por los regímenes comunistas, desde su reciente recuperación no ha dejado de cautivar a lectores de todo el mundo.

Lectulandia

Miklós Bánffy

El reino dividido

Escrito en la pared. Trilogía transilvana - 3

ePub r1.0

Titivillus 29-03-2018

Título original: *Darabokra szaggattatol*

Miklós Bánffy, 1940

Traducción: Eva Cserhádi & Antonio Manuel Fuentes Gaviño

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

... Y los dedos de la mano de hombre continuaron escribiendo delante del candelero, y la tercera palabra que esculpieron sobre el enlucido de la pared del palacio real fue: «PERES: Tu reino será dividido».

Pero nadie la vio entre los príncipes del banquete porque estaban embriagados, y dejaron perder los vasos de plata y de oro que habían traído sus antepasados y pelearon por sus falsos dioses de metal, de madera, de piedra y de barro, hasta que quedaron exhaustos. Sin embargo, el ejército de los persas ya estaba delante de las puertas de la ciudad y todos ellos fueron muertos aquella misma noche...

PRIMERA PARTE

Bálint Abády entró en el oscuro palco sin hacer ruido. El palco de su familia era el tercero a la derecha. Según la vieja tradición de Kolozsvár, todo aquel que se lo podía permitir alquilaba uno, siempre el mismo. Colgó el abrigo a tientas y, cegado por la luz del escenario, avanzó hasta la primera fila y se sentó. Ocupó el asiento principal, justo enfrente del escenario, porque su madre se había quedado en Dénestornya. Bálint había venido desde allí en automóvil porque esa noche había función de gala, pues era el estreno de *Madame Butterfly*. El personaje del título estaba interpretado por Yvonne de Tréville, la famosa soprano de la *Opéra Comique*, quien por aquel entonces actuaba a menudo en Kolozsvár.

Bálint llegó tarde. La función había empezado hacía un rato. El primer acto estaba tocando a su fin con un dúo en el que latían la pasión y el salvaje anhelo del amor. Los violines y las violas casi se doblaban obedeciendo el ritmo trepidante de seis por ocho y sobre la música flotaba la dulce voz de la diva parisina.

Apenas se entregó Bálint a la música, lo invadió una sensación de maravilloso desasosiego, la inquietante sensación de encontrarse en presencia de un poder aterrador, algo más poderoso que aquella tormenta de emociones que se representaba en el escenario, algo que puso en alerta todos sus sentidos y, como si un imán lo atrajese, le hizo girarse.

Inmediatamente detrás de él, sentada en el palco contiguo, estaba Adrienne Milóth.

Le sorprendió verla allí. Se decía que no estaba en la ciudad, sino en Suiza con su hija. Le sorprendió que ya hubiese vuelto. Y sin duda era una casualidad que la buena Adelma las hubiese invitado a ella y su hermana, la pequeña Margit, al palco de la familia Gyalakuthy. Allí se había sentado, muy cerca, pero parecía tan irreal como una visión.

Únicamente iluminaba su cara la luz que llegaba del escenario, haciendo brillar su nariz ligeramente aguileña, sus mejillas y sus carnosos labios. Bálint admiró la pálida piel de su cuello y los hombros que asomaban por su escotadísimo traje color plata. Todo lo demás se perdía en la oscuridad de la platea.

La mirada de la mujer estaba inmóvil, tensa. El resplandor del escenario pintaba de esmalte esmeralda el iris de sus ojos, abiertos de par en par. Y ella permanecía quieta como una estatua. Al entrar sigiloso en el palco, Bálint se había dirigido sin saberlo hacia ella, ya que su asiento estaba entre el escenario y la butaca de Adrienne: ella seguramente ya lo había visto y en ese momento estaban tan cerca que con un movimiento ligero habrían podido tocarse los brazos.

¡Imposible quedarse allí! Imposible permanecer sentado junto a ella fingiendo ser dos desconocidos que escuchan aquella música apasionada que tanto deseo

desesperado, amor y anhelo transmitía. ¡No! ¡No! ¡No debía quedarse! Y tampoco podía.

Bálint sintió que lo invadían los recuerdos de su amor con tanta fuerza que un temblor recorrió todo su cuerpo. Se levantó sin hacer ruido y casi tambaleándose salió del palco con paso ligero.

Aunque no pudo permanecer sentado junto a ella, tampoco pudo marcharse de inmediato. Bajó las escaleras, pasó al otro lado de la sala y, con el abrigo puesto, entró por otra puerta. Allí, debajo de los palcos, en la negra sombra, nadie advertiría su presencia. Desde allí podía mirar a Adrienne, a la que en todo ese tiempo solo había visto en contadas ocasiones y siempre de lejos.

No parecía haber cambiado nada. Quizá su rostro fuera algo más delgado y se dibujara cierta amargura en la comisura de los labios, pero estaba tan preciosa y majestuosa como una reina, como cuando todavía era suya, su compañera en cuerpo y alma, aquella a quien había elegido como esposa antes de que la fuerza del sino los hubiese separado. Se imaginaba quitándole el vestido de brillo metálico, como en Venecia —hacía ya cinco años y medio—, en la cabaña del bosque, allí en Kolozsvár, en la villa Uzdy, en Mezővarjas y en Budapest, en todos los lugares donde su amor desesperado había encontrado un cobijo. Y se le encogió el corazón de amargura. ¡Había tenido que renunciar a esa mujer! Y ella le había ordenado que contrajese matrimonio con otra, con Lili Illésváry. La propia Adrienne la había elegido para él.

Si no se casaba con ella no podrían verse más, así lo había ordenado Adrienne, y él no había sido capaz de cumplir esa condición. De ahí que llevara tanto tiempo sin verla...

El dúo continuaba. La irrefrenable melodía del anhelo amoroso se desenvolvía con intensa pasión. Desde el foso de la orquesta resonó dos veces el lúgubre motivo de la maldición del monje sintoísta, interrumpiendo la dulce canción de amor. Bálint sintió que aquella música simbolizaba su destino, evocaba su pasado. La ansiosa melodía volvió a brotar en el escenario, más fuerte, imperiosa y triunfal, llena de primavera, de claridad lunar, de árboles en flor. Los sonidos se volvieron más y más poderosos y, como un enorme aluvión, como un temporal, la fuerza de los sentimientos lo arrolló todo. Aquella era la música de su pasado, de aquel pasado difuminado...

El telón cayó en medio de una cerrada ovación. Bálint, con un movimiento veloz, salió por la puerta.

Fuera hacía una noche fría de octubre. El cielo estaba despejado, pero las aceras brillaban porque esa tarde había llovido. Echó a andar por la oscura ciudad, solo para caminar un poco, para estar solo. Solo, con todos los sentimientos que le habían asaltado esa noche. Sin querer miró el reloj: eran las nueve y cuarto. Después de la función debía ir a la casa del gobernador que, como director general de los teatros de Kolozsvár, celebraría una cena en honor de la cantante francesa... La fiesta comenzaría sobre la medianoche. Todavía le quedaba tiempo para dar un paseo. Tenía

que dar un paseo. Tal vez así podría dominar la amargura que le había despertado el encuentro con Adrienne. Anduvo lentamente sin rumbo fijo.

Una vez fuera, por las desiertas calles sumergidas en la oscuridad, le asaltaron los recuerdos, confusos y caóticos. Bálint avanzó como si huyese de ellos. ¡Tenía que huir de allí! ¡Escondarse! Como lo había hecho ese mismo verano cuando había visto a Adrienne.

Él salía de la clínica donde habían ingresado a un mozo de cuadra de Dénestornya. Entre las rejas de hierro de la verja vio a Addy en la otra acera.

Con sus largos pasos uniformes subía por la calle. Bálint enseguida se escondió tras una columna del portal para que ella no pudiese verlo y, desde allí, la siguió con la mirada. La mujer no miró ni a diestra ni a siniestra, solo hacia delante, con la barbilla levantada. Seguramente se dirigía a la «Casa del Tejado Verde», al hospital psiquiátrico que estaba más arriba, en la pendiente de la montaña.

«Iré a visitar a su marido —pensó Bálint—. Va a visitar a ese loco al que no ha querido nunca y que tampoco la ha querido nunca».

Y su corazón se llenó de amargura, como el de un exiliado que solo desde lejos puede ver las montañas fronterizas de su país natal...

Y en aquel momento, de nuevo, tenía que huir, escaparse del teatro, errar por la oscura ciudad. Sus pasos, sin querer, lo dirigieron a la plaza mayor. Lo paralizaba una insólita falta de voluntad, como si la abrupta decisión de huir de la cercanía de Adrienne hubiese agotado todas sus fuerzas.

Caminaba sin apenas ver por dónde pasaba. Se detuvo en la esquina del mercado, donde estuvo a punto de tropezar con el caldero de la castañera. Avergonzado, tratando de calmarse y a fin de corregir su torpeza, compró un cucurucho de castañas que la vendedora le entregó servilmente. Lo cogió y comenzó a pelarlas como un autómatas, pero cuando metió la mano en el cucurucho se acordó de que estaba invitado a una cena y que las castañas le tizarían los dedos. Se las guardó en el bolsillo de la chaqueta. Se las daría al primer niño que viera. Y sin duda se cruzó con más de uno, puesto que por donde estuvo paseando, más allá del puente de hierro, había un cine y un par de adolescentes esperaban a la entrada, pero para entonces ya había olvidado las castañas que había guardado en el bolsillo.

¡Sí! Él debería haberse casado con Lili Illésváry. Entonces todo habría sido diferente: habría podido ver a Adrienne y, libres de temores, conversar sobre los viejos recuerdos escondidos tras palabras disimuladas, al menos como buenos amigos, ya que de otra manera era imposible. Al menos podría verla de vez en cuando, cogerle la mano, besar sus ágiles dedos... Y entonces él habría disfrutado de un hogar y una familia, no estaría errando por el mundo como un vagabundo. ¡Sí! ¡Debería haberlo

hecho! Pero lo rechazó. Rechazó aquella felicidad mediocre del matrimonio que habría contraído como solución. ¡Y ahora no tenía nada, ni amor, ni familia, ni nada!

Solo había dependido de él, de él y de nadie más. Lo había dejado correr a mediados de diciembre en Jablánka. Sus anfitriones, Antal Szent-Györgyi y sus hijos, lo habían recibido con cierta alegría expectante. Naturalmente controlaron mucho sus emociones y evitaron llamar la atención, algo propio del carácter de Jablánka. Magda Szent-Györgyi se mostró un poco más efusiva y lo saludó con una sonrisa cómplice, apretándole la mano con más fuerza de lo usual. Su tía Élize, la señora Szent-Györgyi, lo acogió incluso más afectuosamente y, aunque no hizo alusión alguna a los planes de matrimonio que todo el mundo sospechaba, su mirada alentadora, sus manos acariciadoras y su voz maternal demostraron que aprobaba vivamente las intenciones de su sobrino. A Pfaffulus también se le notaba que estaba enterado de todo, pues si bien no lo demostró verbalmente, sus tupidas cejas bailaron como las antenas negras de un capricornio de las encinas cuando estrechó la mano de Abády. Pfaffulus, el canónigo de Czibulka, llevaba ya varios días en Jablánka. Ese año la gran cacería se celebraba muy tarde y, como ya era Adviento, había acudido desde Nagyszombat y todos los días celebraba misa en la capilla del castillo. Bálint tuvo la sensación de que todo el mundo conocía su intención de pedir la mano de la muchacha y de que a todos les encantaba la idea.

Finalmente vio a Lili cuando todos los invitados se reunieron en la sala cuyos techos, de una altura de una planta y media, estaban decorados con figuras estucadas y que si antaño había sido el refectorio de los paulinos entonces servía de gran salón.

La muchacha entró por la puerta de enfrente, desde la biblioteca. Bálint la vio de lejos. Con su traje de tul blanco la veía tan ligera que parecía volar ingrávida sobre el brillante parqué. Entró con la seguridad absoluta de las jóvenes de clase alta, inclinó la cabeza ligeramente para saludar a quienes ya había visto y se dirigió a los invitados recién llegados a la cacería. Abády volvió a admirar los perfectos modales de sus movimientos. Todo lo que le rodeaba iba con ella, la gigantesca sala blanca, los muebles dorados y carmesíes, los enormes retratos en recargados marcos: aquella fastuosidad era el escenario natural de aquella nivea muchacha de apariencia frágil, pero por la forma en que recorrió la sala, decidida como una mariposa, se advertía que Lili era de una raza dura como el acero. ¿Aquella mujer sería su esposa?

Exquisitamente educada, descendiente de muchas generaciones de hombres y mujeres cuyos hijos, siempre ricos e independientes, nunca se casaban con una fea solo por la dote o con uno de segunda fila por necesidad. Lili se acercó. No apresuró el paso ni cambió la postura, pero al darle la mano, él sintió ternura en su manera de ofrecérsela y una centella de alegría en sus ojos azules de nomeolvides.

¡Sí! Así había sido. El momento del reencuentro quedó grabado en su mente.

Pasaron los días: el primero, el segundo y el tercero de caza. Lili a menudo estaba a su lado, también el día de la gran batida se encontraron de nuevo los dos solos en un rincón privilegiado que les habían asignado en el flanco derecho. Pasaban juntos

largas horas. Por las tardes daban paseos, por supuesto, nunca solos, sino con otros jóvenes que solían dejarlos a su aire unos veinte o treinta pasos atrás. En esos casos, la muchacha, de natural parlanchina, callaba como si esperase que él eligiese tema y, obviamente, esperaba que le pidiese matrimonio. Bálint debió haber actuado entonces. Allí, en la larga avenida de carpes que llevaba al mirador o cuando regresaron de la visita a la yeguada de los purasangres.

La tierra helada estaba cubierta por una fina capa de nieve en polvo que crujía ligeramente bajo sus pies. Los demás estaban todavía en la cerca del *paddock*. ¡Sí! ¡Debió haber hablado en aquel momento! Quizá entonces habría sido capaz de pronunciar aquellas pocas palabras triviales que constituyen la fórmula clásica de pedir matrimonio. No lo hizo. ¡Qué tontería no haberlo hecho! Pero en medio del paisaje invernal advirtió que su voz sonaba fría, objetiva, carente de entusiasmo, seria, nada espontánea. Y tal vez, él lo sabía, esa voz suya no habría supuesto problema, puesto que eran las palabras y no el tono lo que la muchacha esperaba.

Después de cruzar el puente del foso del molino, se detuvo. Pensó que sería mejor ir hacia el parque, seguramente desierto por la noche. A esas horas no había nadie por allí. Dio unos pasos y volvió a detenerse. ¡No, imposible! Al cruzar la calzada se embarraría los zapatos de charol. Tenía una invitación a las doce. ¡No! Debía continuar por las aceras asfaltadas, apenas mojadas de la llovizna vespertina, para no mancharse. Así continuó hacia la estación de tren.

¡Ya hacía un año! Sí, ahora hacía un año que había pasado el otoño en la capital. Entonces también daba largos paseos y erraba sin rumbo solo por caminar, por mitigar su creciente inquietud. Esperaba una carta de Adrienne, aquella carta decisiva en que anunciase que estaba lista a forzar el divorcio, pero solo recibía palabras que le hablaban de posponer la decisión. «Ahora no puedo... ¡Imposible! ¡Es horrible, pero ahora es imposible!», así le escribía la mujer, y Bálint no era capaz de comprender ante qué clase de terrible dilema se encontraba Addy, temerosa de hacer nada que enloqueciera a su marido enfermo, esa locura que finalmente destruyó a la postre todos sus planes...

¡Adrienne! ¿Qué estaría pensando ahora? ¿Continuaba en la ópera? ¿O también se habría marchado? ¿Qué habría sentido cuando por casualidad esa noche se encontraron ellos dos tan cerca? Seguramente a ella también la había trastocado el cruel juego del destino...

¡No podía volver a ocurrir nunca más nada similar! «¡Mañana por la mañana me marchó! —decidió Bálint—. Si no me hubiese comprometido para esta cena tonta, me marcharía esta misma noche...».

Volvería a Dénestornya, a casa de su madre. El viejo castillo era el único lugar

que le daba algo de tranquilidad por su belleza y magia seculares. Y aquel era su hogar. Aunque allí también se sentía rodeado de tristeza porque eran solo dos en el enorme caserón: él y su madre ya mayor. Siempre ellos dos y nadie más. No había juventud, no había futuro.

Si en Jablánka hubiese pedido la mano de Lili, al menos tendría esa esperanza. Qué locura no haberlo hecho...

La familia de la muchacha, a su manera, silenciosamente, había ido quitando cualquier obstáculo del camino. Incluso habían pensado en la diferencia de religión y, con una discreción casi magistral, le hicieron entender que el hecho de que fuese protestante no suponía problema alguno.

El recuerdo lo asaltó con nitidez, tal vez por la manera tan sorprendente en que había ocurrido.

El segundo día de caza por la tarde, Bálint se cambió y, al salir de su habitación hacia la sala grande, se encontró con Pfaffulus por el pasillo. Abády, sin querer, tuvo la sensación de que lo estaba esperando adrede.

—Mi joven amigo, ¿no le apetece ver la capilla? —le preguntó el canónigo Czibulka con su acento eslovaco—. Vale la pena, es muy bonita.

Dieron la vuelta y se dirigieron hacia el ala trasera, cuyo portal principal cerraba el patio del antiguo claustro. Allí en medio se abría la enorme entrada a la capilla. Sus trabajadas cornisas y los pilares adornados enmarcaban la puerta. Las hojas lucían trabajos de marquetería en madera noble, característicos del barroco eclesiástico.

La cerradura se abrió sin ruido. Entraron.

Aquella era una iglesia espaciosa. El altar estaba rodeado de ventanas, el semicírculo del presbiterio sobresalía de la fachada y se apoyaba contra la roca viva. Aunque ya había atardecido, allí todavía había una luz tenue. El baldaquino, con sus columnas, quedaba oscurecido al contraluz crepuscular y daba un ambiente especial a la capilla. Pero Pfaffulus levantó la palanca de la luz eléctrica, prendió la araña de luces y la capilla se iluminó. Realmente era preciosa.

A lo largo de las paredes se hallaba la sillería de los monjes paulinos; detrás, un revestimiento de carpintería con pilares sostenía una enorme cornisa saliente que variaba de anchura hacia el altar siguiendo el ritmo de una música secreta. El borde estaba decorado con cabezas de ángeles alados y con el ave simbólica de los paulinos: el cuervo con el pan en el pico, que sobresalía como un signo de admiración dorado sobre el oscuro revestimiento de madera labrada. En el presbiterio se alzaba el baldaquino con borlas doradas, sostenido por columnas salomónicas. Abajo, entre rayos dorados, había una imagen de la Virgen María; a ambos lados, dos ángeles adultos se arrodillaban en traje dorado y azul celeste, con las alas y los miembros de

oro, y con el gesto exagerado de la devoción barroca.

Las baldosas estaban cubiertas por una rica alfombra de motivos florales.

—Es precioso, ¿verdad? —preguntó Pfaffulus, y le enseñó la capilla a Bálint explicándole los medallones de los bajorrelieves, que sobre la segunda fila de la sillería representaban los milagros del patrono de la orden, San Pablo Eremita.

Pasó por delante del altar haciendo una rápida genuflexión y en la parte derecha admiró el trono del abad y las imágenes de los santos, todas obras de excelentes maestros.

Ya casi se encontraban de nuevo en la entrada cuando el canónigo Czibulka se detuvo y se sentó en un extremo de la sillería. Aparentemente estaba sumergido en sus pensamientos. Su cara delicada e inteligente esbozó una sonrisa evocadora.

Asintió con la cabeza un par de veces al oír las palabras elogiosas de Bálint y, después, como si no pudiese continuar controlando las emociones que le asaltaban, agarró bruscamente el brazo de Abády, lo hizo sentar en el asiento vecino y le dijo:

—¿Sabe qué significa para mí esta capilla? La quiero como si fuese un ser vivo. No solo porque es preciosa, sino porque he vivido tantas cosas en ella...

Con pocas palabras le explicó que allí había empezado su carrera de sacerdote como preceptor del conde Antal. Más tarde regresó allí mismo de Roma y durante unos años fue cura residente del castillo de Jablánka. No aceptó el cargo de párroco, pese a que el viejo Szent-Györgyi, patrón de varios pueblos, le ofreció el beneficio eclesiástico del más rico. Pero a él le gustaba más estar allí y dedicarse con tranquilidad a sus trabajos sobre derecho eclesiástico.

En ese momento esbozó una amplia sonrisa.

—Y tengo otros recuerdos bonitos. Aquí desposé a la otra hermana del conde Antal, la condesa Charlotte, que se casó con el conde sueco Olaf Loewenstierna. — La delgada y puntiaguda nariz de Pfaffulus pareció crecer al pronunciar esas palabras y sus tupidas cejas comenzaron a bailar sobre la frente—. Por mi parte fue una osadía, porque el novio era protestante y debía haberse comprometido a educar a sus hijos en la fe católica, pero el viejo conde Szent-Györgyi me advirtió que no se podía exigir tal cosa a un Loewenstierna. El novio era descendiente de un general de Gustavo Adolfo y él mismo, me dijo, despreciaría al joven si rompiese con las tradiciones de su propia familia y que si él, el padre de la novia y buen católico, no lo exigía, yo no tenía más remedio que aceptarlo. Y yo cumplí con sus deseos.

El regordete canónigo se inclinó hacia Bálint con gesto confidencial.

—Sí, fue un error, un pecado, pero solo mío, solo mío, porque en esos casos la culpa recae exclusivamente en el sacerdote. Inmediatamente después de la boda me fui a ver al primado, que por entonces era Simor. Me arrodillé ante él y le confesé mi pecado. Me regañó con severidad y me impuso una dura penitencia, pero me invitó a comer. Después de la comida me dijo: «Ha sido muy inteligente por tu parte, hijo, no haber pedido permiso porque te lo habríamos negado. Sí. Muy inteligente. Los Szent-Györgyi, durante siglos y siglos, han hecho y siguen haciendo tanto por la Iglesia

católica que se les debe juzgar de modo diferente. Así lo haría la Curia romana...».

Czibulka calló. Durante unos minutos su mirada se perdió en la lejanía, como si estuviese contemplando sus recuerdos. De repente se levantó con un gesto que parecía pedir perdón por haber entretenido a Abády con sus recuerdos personales:

—Discúlpeme, mi joven amigo, por haber parlotado tanto de mí mismo y robarle su tiempo, pero esta capilla significa tanto para mí...

Hizo una rápida genuflexión en dirección al altar, apagó las luces y salió con Abády. Los dos regresaron al gran salón para tomar el té.

A fin de animarlo y darle confianza, habían pensado en todos los detalles. ¡Solo había dependido de él! ¡Solo de él! Y fue la última noche cuando perdió aquella oportunidad que si bien no le habría dado amor, sí una mujer amable, una familia y un hogar.

Lo perdió todo entonces, aquella última noche dejó escapar su última oportunidad.

Bálint se vistió temprano para la cena. Al entrar en el gran salón, no había nadie todavía. A través de las hojas abiertas de la puerta de la biblioteca vio a Lili. Ella se había cambiado aún más temprano que Abády, seguramente a propósito. Con sus desnudos brazos apoyados en la larga mesa central y medio arrodillada en una silla, hojeaba lentamente un álbum. Parecía estar abstraída, como si no atendiese a nada más que a la imagen que tenía delante.

Sin embargo, como un rayo pasó por la mente de Bálint la certeza de que solo estaba allí por él, de que lo estaba esperando: por eso había aparecido tan temprano, para darle la oportunidad, la última oportunidad de la última noche.

—¿Conoce este álbum? —preguntó Lili cuando Bálint apoyó los codos a su lado—. Es bastante raro. Son recuerdos del viaje por Egipto de un señor húngaro, el conde Forray. Son grabados muy bonitos, a color. ¡Mírelos! Son preciosos, ¿verdad? —continuó, y sus ojos azul violáceo le lanzaron una mirada interrogadora, como si no preguntase sobre la belleza de la imagen, sino sobre la de sus ojos.

Pasaron las páginas lentamente. Sus brazos se rozaron y, de vez en cuando, los dedos. Pronunciaron algunas palabras en voz baja: «Esto debe de ser Malta», «Mire, un camellero...», «El palacio del jedive». Aquellas palabras vagas, sin sentido, solo servían para romper el silencio...

«¡Ahora debería decirlo! —pensó Bálint varias veces—. Debería cogerle la mano y decirle esas frasecitas que ella está esperando. Empezaría una nueva época en mi vida y cerraría el pasado... Eso es lo que quiere Adrienne, eso es lo que me pide». Pero no venían a él las palabras oportunas, sino otras, siempre otras, y solo sobre las imágenes: «El templo de Karnak... qué piedras tan enormes...», mientras pensaba si debería decir «La amo», una afirmación falsa, o si sería suficiente decir: «¿Quiere ser mi esposa?». Y aquellos preciosos minutos se esfumaron rápidamente. Ya se habían

reunido muchos invitados en la gran sala y no podían permanecer así más tiempo, tenían que unirse a todos.

Lili se bajó de la silla y se puso derecha. Probablemente pensó que bajo la luz cegadora de la lucerna, apoyados en la mesa que tan bien se veía a través de la puerta de doble hoja, Bálint se sentía incómodo. Dejó el álbum y se dirigió al hueco de la ventana, donde la gruesa pared los tapaba.

Se acercó a la ventana y se arrimó al cristal. Y para tener un pretexto dijo: «¡Cuánta escarcha!», luego volvió la mirada.

Bálint solo la acompañó hasta la esquina del hueco y allí se quedó. Sus ojos recorrieron la biblioteca.

A lo largo de las paredes había monacales armarios con suntuosos adornos dorados en forma de espiral y pilares de maderas nobles, refulgentes conchas de bronce decoraban las corvaduras superiores, con querubines dorados que sostenían escudos de oro y, por encima de todo, se extendía el techo con los estucos ondulantes propios del barroco vienés. La suntuosa riqueza era omnipresente. Y mientras la frágil figura de Lili dio unos cuantos pasos desde la mesa hasta la ventana volando por el parqué de marquetería, sintió de repente que esa mujer estaba allí en su casa, que ese era el entorno en que había nacido, el lugar que mejor le iba: ese lujo un tanto austriaco que su alma transilvana sentía ajeno. ¡Cómo podría llevarla a Transilvania! Aunque ella lo quisiese mucho, allí no sería más que una exiliada. Por muy grandioso que fuese, Lili no se adaptaría a Dénestornya, un entorno tan distinto y tan húngaro. Allí la vida era con creces más sencilla que en esa alta sociedad occidental a la que pertenecía Lili. Solo fue una impresión momentánea, una brisa helada que se siente en la cara. No obstante, le provocó un escrúpulo más.

—Debe de hacer mucho frío...

—Sí... ya al anochecer estábamos a seis grados bajo cero... Y eso que hay luna llena...

—Sí, el cielo se ha despejado...

Intercambiaron frases vacías con largas pausas.

Tras la última, Lili se dio la vuelta en el hueco de la ventana. Por un momento miró los ojos de Abády y, después, con esos pasos ligeros tan propios de ella, regresó al gran salón en silencio.

Bálint la siguió lentamente. Sabía que había perdido a la joven. Se le encogió el corazón de tristeza, pero aquella fue una tristeza tenue que le dibujó una sonrisa indulgente, como cuando uno renuncia a una esperanza en la que en realidad nunca ha creído.

¡Había sido una locura perderla!

Al recordarlo, Bálint, preso de rabia, dio un taconazo contra el suelo y apresuró sus pasos. A los pocos minutos, se encontraba en la plaza de la estación. Había mucho ruido y ajetreo porque acababa de llegar el tren expreso de Budapest. Varios coches cargados de maletas salieron en dirección a la oscura ciudad. Aquel

inesperado tráfico lo hizo pararse al borde del asfalto. Vaciló. El granito de la calzada estaba fangoso y la acera que pasaba por delante de los almacenes también. Lo mejor era no continuar por allí.

Los jóvenes repartidores de prensa corrieron hacia él con los periódicos capitalinos del mediodía en la mano. Bálint paró a uno. «Tengo que dejar de mortificarme», pensó enfadado.

Puso veinte céntimos en la mano del muchacho, se metió el periódico doblado en el bolsillo y sin esperar que le diese el cambio, dio media vuelta. «Voy a entrar en un café, la lectura me distraerá...». Volvió hacia la ciudad, pero apenas se puso a caminar, se olvidó del plan.

Durante la cena de la última noche de su estancia en Jablánka hablaron sobre asuntos relacionados con los croatas. Desde principios de diciembre, el tribunal de Viena enjuiciaba el caso Friedjung. Los periódicos habían llegado por la tarde de la ciudad imperial cargados de malas noticias, noticias muy desagradables.

El profesor Friedjung había publicado un artículo muy combativo en el *Neue Freie Presse* a finales de marzo de 1909, con motivo de la anexión de Bosnia. Friedjung afirmaba que más de cincuenta políticos de Croacia, cuyos nombres enumeraba, estaban vinculados a una organización irredentista serbia e incluso al gobierno serbio. Y resultaba bastante obvio que las revelaciones de Friedjung contaban con un claro inspirador, la inteligencia austriaca, puesto que solo el Ballplatz podría haberle proporcionado esos datos de los que daba cuenta su artículo. Esa acusación, de gran resonancia en la prensa, parecía formar parte de la resolución de la Monarquía Dual de mostrarse ante el mundo forzada a enviar un ultimátum, de términos imposibles, a Belgrado y, ante la inevitable negativa de Serbia a obedecer, declararle la guerra.

La trama había sido previamente preparada en el terreno diplomático. Desde que Alemania había anunciado que su fidelidad a la alianza era inquebrantable, Rusia, aun de mala gana y a regañadientes, no intervendría. Desde entonces las grandes potencias habían intercedido varias veces ante el gobierno serbio en Belgrado a fin de advertirle que fuese condescendiente, pues, de lo contrario, Serbia no podría contar con ayuda de nadie.

El artículo del *Neue Freie Presse* fue publicado el 25 de marzo con el propósito de enviar el ultimátum ese mismo día, pero finalmente no se hizo porque ese mismo día, Đorđe Karađorđević, heredero al trono y líder del Partido de la Guerra, dimitió, y un par de días más tarde Serbia aceptó todas las condiciones. No obstante, aquel artículo incendiario y los acontecimientos posteriores demostraron que, aunque no hubiera ocurrido nada en Belgrado, el artículo de Friedjung formaba parte de un plan de mucho mayor alcance tramado en Viena y que habría sido publicado de cualquier modo, ya que apenas un mes más tarde, en Zagreb, el fiscal general demandó a los 54

acusados por traición a la patria. El proceso lo inició el barón Rauch, el último *ban* croata del gobierno de coalición. Rauch, angustiado por sofocar el irredentismo en Zagreb y, habiendo aprendido de la experiencia austriaca contra las actividades de los irredentistas bosnios en Viena, trató de resolver el problema en los tribunales. El juicio de Zagreb duró cinco meses y terminó en octubre con la condena de 31 acusados. La defensa recurrió la sentencia ante el Tribunal Superior. Sin duda alguna los argumentos de la acusación eran jurídicamente muy débiles y la defensa estaba convencida de que el Tribunal Superior no ratificaría la sentencia. En el extranjero, el asunto de Zagreb despertó un sentimiento de antipatía hacia Austria y, para colmo, la prensa francesa habló de *Justizmord*, asesinato de la justicia. La fuerte reacción extranjera y las poco concluyentes resoluciones del juicio celebrado en Zagreb animaron a aquellos hombres que Friedjung había puesto en la picota en su artículo a exigirle responsabilidades por calumnias.

El juicio se celebró en diciembre en Viena. Friedjung debía defenderse demostrando la verdad de todas sus acusaciones y entregó la documentación que las sostenía. Esos documentos contenían datos que el Ballplatz había recogido con la ayuda de espías y que de modo confidencial había hecho llegar al famoso historiador. Y en aquellos momentos, mediada la segunda semana del juicio, las cosas empezaban a torcerse: algunos de esos documentos resultaron ser falsos. Ese fue el principal tema de conversación de la última noche que pasó en Jablánka. Se decía que Friedjung tenía en realidad razón, que aquellos a los que había acusado, sobre todo Supilo, el autor de la Resolución de Fiume, eran agentes de Belgrado, pero el Ministerio de Exteriores austriaco había olvidado por pura negligencia contrastar los datos de los espías. Se hallaron varias contradicciones que quizá pudieran achacarse a algún error humano más que justificable, pero se demostró que se trataba de falsificaciones voluntarias. Nada extraño cuando se recurría a espías asalariados, pues la mayoría terminaba trabajando como agentes dobles. Y como en este caso, entre los agentes secretos, había hombres serbios que, con toda seguridad y con el pleno conocimiento de las autoridades de Belgrado, habían entregado al embajador de la Monarquía información cuya falsedad era fácil de comprobar.

Así que aquel fue el tema de conversación en Jablánka durante los tres días que duró la cacería, aunque cuando trataban el escándalo se hacía de esa manera descafeinada propia de las personas bien informadas que no recurren a las exageraciones sino a las medias palabras e insinuaciones habituales de aquel elevado círculo del castillo Szent-Györgyi. A Bálint le pareció que aquella última noche solo se hablaba de aquello y, si bien apenas hacía un año le habían fascinado las discusiones políticas que se mantenían en la casa de sus primos, entonces su propia confusión le impidió mostrar siquiera algún interés por el tema. Esa última noche sintió no poder quedarse con el grupo que hablaba de política alrededor de la chimenea y, en cuanto todos terminaron el café, se fue a ver a su tía para despedirse de ella porque de madrugada regresaba a la capital. En realidad tenía tanta prisa

porque no soportaba estar en aquel salón, en la misma estancia en que estaba la mujer a la que había herido. Para ir al cuarto de la señora Szent-Györgyi, tuvo que cruzar la biblioteca. El álbum de Forray continuaba en la mesa, ligeramente ladeado, como Lili lo había dejado antes de irse a la ventana. La araña de luces emitía una luz deslumbradora que hacía brillar el encuadernado rojo y dorado con tal intensidad que Bálint se sintió acusado: aquel álbum era el cuerpo del delito, un delito que había cometido contra sí mismo y contra aquella amable muchacha. Y se le encogió el corazón al pasar ante él.

Entró en el pequeño salón de su tía. La señora de Antal Szent-Györgyi, sentada como acostumbraba, se protegía de cualquier corriente de aire por unos biombos de cristal italianos y, frente a ella, había dos invitadas de Viena. Con toda seguridad, hasta ese momento habían estado chismorreando de asuntos sin importancia relativos a la alta sociedad vienesa, pero a una señal de la condesa Élize esa conversación se interrumpió y animó a su sobrino para que se acercase a ella. La condesa le cogió la mano con sus dedos regordetes e hizo que se sentase a su lado en el canapé. Bálint no dijo nada y su tía también guardó silencio un momento. Las dos austriacas comprendieron al instante que su anfitriona quería charlar a solas con Abády y, después de intercambiar dos o tres frases más, pronunciadas con la intención de que no pareciera que la llegada del conde era la razón por la que ellas se marchaban, pues debían guardar las formas, se levantaron, se disculparon diciendo que se habían comprometido a jugar al *bridge* y desaparecieron.

—¡Qué amable por tu parte haber venido tan temprano a verme! —dijo Élize Gyerőffy repasando el rostro de Bálint con sus grandes ojos marrones—. Me gusta tanto hablar contigo. Cuando estás conmigo tengo la sensación de estar un poco en Transilvania.

Sonrió y puso la mano en el brazo de Abády. Él la levantó y se la besó. Durante unos segundos guardaron silencio y, después, la señora Szent-Györgyi comenzó a hacerle preguntas. Primero, naturalmente, le preguntó por su madre; después, por tantos viejos conocidos a los que no había visto desde hacía dos décadas. Y al hablar de uno o de otro, se animó a contar anécdotas, acontecimientos de su juventud, habló de los bailes populares, de las fiestas de mayo, de los paseos en carruaje a Radna. También preguntó por el padre de los hermanos Alvinczy, un hombre muy apuesto que había sido su pareja de baile preferida —reconoció que había estado enamorada de él en su adolescencia—, y por el viejo tío Dániel Kendy, a quien, aunque ya por aquel entonces bebía, las muchachas admiraban porque se decía que había pertenecido al círculo de la emperatriz Eugenia y porque, aun siendo mayor, siempre iba extremadamente elegante: él fue el primer hombre de mundo que habían conocido.

Y así pasó el tiempo contando historias y preguntando por otras sobre su tierra natal, sobre sus conocidos y otros asuntos, haciendo pausas cada vez más largas antes de pasar de un nombre a otro. Bálint tuvo la sensación de que detrás de ese interés

suyo, sin duda real, su tía estaba dándole vueltas a otro tema que vacilaba en sacar.

Creyó que terminaría preguntándole por László Gyerőffy, pero en esa ocasión la señora Szent-Györgyi no estaba pensando en él.

La tía Élize se quedó sumergida en sus recuerdos, pero repentinamente dijo:

—¡Qué bueno es saber de la gente! —Se inclinó hacia su sobrino, volvió a cogerle la mano y se la mantuvo presa. Su mirada se perdió en la lejanía—. ¿Sabes una cosa? —continuó en voz baja como si fuese a confesar un secreto muy íntimo—: yo continuo pensando que mi hogar en realidad no está en el norte de Hungría sino en Transilvania. La gente de allí es como yo. De alguna manera la gente de aquí me resulta tan extraña como los vieneses. ¡Oh, no me interpretes mal! Soy muy feliz aquí y he tenido una buena vida al lado de Antal. Y todo porque lo quiero. Me casé por amor y, aunque hubiese sido pobre, me habría casado con él y lo volvería a hacer también hoy. Pero todo esto... —y con un ligero gesto de la mano dibujó un círculo que parecía abarcar el castillo, sus vastas propiedades, su posición social...—, todo esto me sigue siendo ajeno. Este mundo nunca ha llegado a ser mi mundo. Y si miro atrás, veo claramente que solo el amor ha hecho posible que mi vida, mi matrimonio, sea feliz. No solo mi gran amor por él, sino el amor de mi marido por mí. Solo el amor ha podido dar armonía a mi vida... ¡Sí! En realidad es lo único que ayuda a superar lo que sea, lo único que mitiga las penas... Quizá de otro modo se habrían sucedido los conflictos y la amargura nos habría vencido a los dos...

Entonces, tan repentinamente como había empezado, calló. Y pasados unos segundos, soltó una carcajada ligera y, acariciando la cara de Bálint, dijo:

—¡Ya ves cuántas tonterías dice tu vieja *tante*! Toda esta charla sobre los viejos tiempos me ha hecho pensar en tantas cosas...

¡Así que eso era lo que había querido contarle! Se lo había contado para ayudarlo, para consolarlo, porque debía de haber intuido no solo que no había pedido la mano de Lili sino que precisamente por eso se sentía culpable. Y la tía Élize comprendía las razones quizá incluso mejor que él mismo. La principal era que estaba enamorado de otra mujer, no de esa extraña criatura que parecía pertenecer a otro mundo. En esa hora tan amarga Bálint agradecía tanto la delicadeza y sutileza de las palabras de la señora Szent-Györgyi como el amor y la bondad que le había demostrado contándole a su sobrino cosas de sí misma que seguramente jamás había contado nadie y lo había hecho simplemente para ayudarlo.

Tía y sobrino permanecieron juntos un buen rato acogidos por todos los cojines y suaves tapizados de aquella sala de estar de la condesa. La tupida alfombra, los muebles con alegres curvas pero sin estilo definido y las paredes tapizadas con una tela más oscura contrastaban con las otras salas del castillo, blancas o doradas y blancas, grandiosas y perfectas, pero algo frías y de mobiliario barroco. En su sala de estar, los cuadros grandes y los pequeños, todo era un antiguo recuerdo de Transilvania. Había dos óleos de Szamoskozárd que mostraban la casa de su infancia antes de que su hermano la reformara, retratos a la acuarela de sus padres, sus

abuelos, sus tías y sus tíos. Los veladores y las estanterías estaban abarrotados de minúsculos objetos, miniaturas y fotografías del pasado y de parientes que la habían dejado hacía muchísimo tiempo. En aquel momento Bálint descubrió que todas esas cosas reflejaban el apego que la señora Élize sentía por su tierra natal y advirtió aquella barrera psicológica que seguía separándola del mundo occidental en el que llevaba viviendo tantos años. Bálint llegó a comprender esa noche el simbolismo de aquella pequeña sala de estar.

En la fría calle nocturna, bajo la llovizna, Bálint evocaba la última hora que había pasado en Jablanka y volvió a vivirla. Vio a ambos sentados en aquella sala de estar demasiado cálida y tan distinta de las demás estancias de aquella casa. «Como una isla —pensó de repente— que el curso del destino ha separado de una mucho más grande, de Transilvania, arrastrándola a un mar extraño».

¿Tenía razón su tía? En aquel momento, en la calle mojada sentía que no. Sentía haber despilfarrado todo lo que podría haberle aportado calma. Ahora no se sentiría tan solo, tan miserablemente solo. Lili lo amaba. Tal vez aquel amor, aunque no fuese correspondido, habría podido endulzar su vida y no se sentiría tan miserable.

Cuántas escenas repasó durante su largo paseo no le aliviaron esa amargura tan profundamente arraigada en su alma. Cada pensamiento era más desolador que el anterior y le pareció imposible ir a una gran fiesta en ese estado de ánimo. Se preguntó cómo podría excusar su ausencia: enviaría un mensaje diciendo que tenía migraña o cualquier otro pretexto, pero él mismo no podía ser quien avisara al portero del gobernador, porque contaría que se había presentado personalmente. ¿Y si enviaba al camarero de un café? Sabrían entonces que él mismo había hablado con el mozo. ¿No sería mejor ir a casa y desde allí enviar a su criado con una breve nota en una tarjeta de visita...?

Sacó la saboneta. ¡Ya eran las once y media! Sus criados estarían durmiendo, tardaría demasiado en despertar a uno y además tardaría en vestirse y tardaría en llegar a casa del gobernador. Todos los invitados, incluida la estrella de la noche, tendrían que esperar por su culpa. Dado que hablaba bien francés, seguramente le tocaría un asiento cercano a ella, que quedaría vacío si se hartaban de esperarlo y se sentaban a cenar. ¡Sería imperdonable faltar a la cena en el último momento!

Le dio vueltas al asunto mientras sus pasos sin querer lo llevaron hacia la casa del gobernador.

La ópera había acabado hacía tiempo. Los carruajes que llevaban a los invitados del teatro al banquete ya hacía tiempo que habían pasado por su lado. En la calle reinaba el silencio. Seguramente los invitados ya se habrían reunido. Bálint apresuró el paso, tenía que ir aunque le costara un gran esfuerzo.

Las ventanas de la casa del gobernador brillaban intensamente. La calle estaba desierta y negra. Un solo simón estaba esperando delante de la casa, no justo en la

entrada, sino un poco más apartado, y el caballo miraba hacia el portal.

Abády pasó por su lado cuando el larguirucho Ádám Alvinczy, el marido de Margit, saltó del simón, corrió tras él y bruscamente lo cogió por el brazo.

—¡Estaba esperándote! —dijo con voz nerviosa—. Margit me ha enviado para recogerte.

Bálint no se sorprendió, como si hubiese presentido que el encuentro casual con Addy no podía acabar sin consecuencias.

—¿Sí? —dijo.

—Sí. Sabíamos que estabas invitado. Margit te ruega que vengas inmediatamente. Ha sucedido algo muy grave, por eso me ha mandado. ¡Ven! ¡Rápido!

Subieron al simón.

—¡Vuelva a la villa Uzdy! —dijo Ádám al cochero.

El carruaje se puso en marcha.

Abády sintió un nudo en la garganta. Apenas pudo preguntar:

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé —contestó su compañero—, solo sé que después de llevarla a casa, Adrienne se ha encerrado en su habitación. Margit está en el baño contiguo, no se atreve a dejarla sola. Está muy preocupada...

No hablaron más. Las patas del caballo marcaron un repiqueteo uniforme en la calzada. A pesar de que apenas duró cinco minutos, el trayecto hacia la villa le pareció eterno. En el camino, Bálint solo pudo pensar en una cosa, la pistola. Se trataba de una Browning pequeña, pero mortífera. Cuando Addy le pidió que se la comprase, la mujer le ocultó que había considerado el suicidio. Y más tarde, al finalizar aquel mes que pasaron los dos en Venecia, cuando tuvieron que romper creyendo que era para siempre, le volvieron a asaltar esos pensamientos suicidas. El alma rebelde de la mujer siempre albergaba esa terrible solución a sus problemas.

Y ahora ese peligro era de nuevo inminente. ¡Incluso tal vez ya había ocurrido! ¡Tal vez llegase tarde! Tarde para salvarla... Atormentado por no llegar a tiempo de impedir que ella se dejara llevar por esa idea que parecía dominarla, Bálint temió que ya fuera demasiado tarde.

El simón se detuvo. Ádám abrió la reja de la puerta del jardín delantero con su llave.

—Espere —dijo al cochero y entraron apresuradamente.

Cruzaron las salas de aquel edificio de una sola planta hasta alcanzar el patio trasero que casi corría paralelo a la ribera del río Szamos y, después de recorrer la galería vidriada, entraron en los aposentos que ocupaba Adrienne, pero Ádám no entró en el salón sino que se dirigió a la puerta del baño.

Entraron sin hacer ruido, Margitka estaba sentada en un extremo del estrecho diván con el oído pegado al ojo de la cerradura tratando de oír cualquier movimiento. Si no hubiera sido por su avanzado embarazo, así, acurrucada, hubiera parecido todavía más pequeña, casi una niña. Cuando los dos hombres entraron, se dio la

vuelta enseguida.

Hizo que Bálint se sentase a su lado y le habló en voz muy baja pero decidida:

—Gracias por venir. Quédese. ¡Oh! Sé que lo están esperando, pero, por favor, quédese. Ádám irá y dirá que se encuentra mal y ocupará su lugar. No llamará la atención porque todo el mundo ha visto que usted se había ido del teatro y se considerará un acto de cortesía por su parte enviar un sustituto. Así no causará confusión. —Acto seguido se dirigió a su marido—: Has ordenado al simón que esperase, ¿verdad? Bien. Vete, pues, y sé discreto. Y dile al cochero que vuelva después de haberte llevado, quizá volvamos a necesitarlo. Dile que espere y dale la llave de la puerta.

A pesar de estar preocupada por su hermana, la pequeña Margit ya había dispuesto todo y, con admirable serenidad, fue capaz de dar órdenes simples y claras.

Ádám se marchó inmediatamente y ella le contó a Bálint de manera rápida y entre susurros, pero con exactitud, todo lo que había pasado. Adrienne había regresado esa mañana de Lausana, donde había dejado a su hija en un internado. La buena señora Gyalakuthy se enteró de su llegada y la invitó a su palco.

—A mí no me gustó la idea desde el principio: esa ópera no le conviene, pero creíamos que usted estaba en Dénestornya...

—Y de allí he partido esta misma noche...

—Sí, pero no lo podíamos saber. Ahora ya no importa. Yo estaba sentada a su lado en el palco. Le vi la cara. Yo la conozco mejor que nadie, los demás no notaron nada. Sentí mucho miedo, pero no pude hacer nada. No se podía marchar sin más, ella tampoco hubiese querido. Por fin acabó la ópera y pudimos marcharnos. La trajimos a casa en un simón. No dijo ni una palabra. Aunque no quería que lo hiciéramos, la acompañamos a sus aposentos. Cuando llegamos quiso que nos fuésemos. Ádám esperó en la galería, pero yo no me aparté de su lado. Tenía una mirada aterradora. Ya la había visto así un par de veces, pero nunca de esa manera tan intensa. Me daba miedo. Tenía los ojos vidriosos y las manos temblorosas. Todavía pude estar con ella mientras se desvestía, pero entonces me hizo salir casi con violencia y cerró la puerta. Por eso he enviado a Ádám a buscarle, porque yo ya no puedo hacer nada. No sé qué está haciendo o qué ha hecho. La he oído hacer ruido un par de veces, como si se le hubiesen caído al suelo objetos pequeños. Luego se ha hecho el silencio. Desde hace un buen rato. Y llamo a la puerta y no me contesta, pero sé que está despierta... ¡Oh! Estoy segura de que está despierta... ¡Solo usted puede ayudarla!

Hizo una pausa y añadió:

—Si no es tarde... porque sé que tiene Veronal guardado...

Bálint se levantó y se dirigió a la puerta. Llamó dos veces con fuerza y en voz alta dijo:

—Soy yo, Bá. Por favor, déjeme entrar.

Esperaron un momento, apenas veinte segundos, ¡una eternidad! No se oyó nada,

ni una palabra ni pasos. Nada. Súbitamente la cerradura hizo dos clics. Abády bajó la manilla. La puerta se abrió. Entró. Cerró la puerta detrás de sí. La habitación estaba totalmente oscura, pero él no necesitaba luz para guiarse. Conocía bien aquella habitación y ese olor cálido parecido a los pétalos de flor o al clavo que no era un perfume ni una sustancia artificial. No era un olor fuerte, pero sí embriagador, como las pócimas secretas: aquel era el olor íntimo de su amor. Dio dos pasos y llegó junto a la cama. Se sentó al borde.

—¿Eres tú? —preguntó una voz apagada entre las almohadas.

—Soy yo.

Sus dedos buscaron el hombro de la mujer. Le acarició el pelo suelto y volvió a hablar. Pronunció las palabras lentamente, muy lentamente.

—Esto no tiene sentido... Ningún sentido...

Durante unos segundos no hubo respuesta. De repente la mujer lo abrazó, lo estrechó contra sí como el náufrago a su salvador y sus labios se unieron en un beso infinito.

El plastrón del frac crujió suavemente.

Bálint quiso encender la luz, pero la mujer protestó asustada.

—Margit me está esperando fuera, tengo que salir —argumentó el hombre—. Y antes de salir tengo que atusarme el pelo y enderezarme la corbata... Necesito algo de luz...

—¡No, no! ¡No, por favor! Puedes arreglártelo así, a tuestas, con las manos... Y qué importa.

—Pero si Margit quiere entrar, es mejor que haya luz...

—¡No, que no entre! Dile que puede irse a casa y luego vuelve. No quiero luz...

No le quedó más remedio. Bálint se tentó el pelo y el cuello y lo encontró en orden. Salió al baño.

La pequeña Margit estaba tumbada en el estrecho diván. Con el brazo bajo la cabeza dormía profundamente, como un fiel perro guardián después de haber pasado el peligro. Dormía tan bien que le supo mal despertarla.

—Bien, bien —repitió con voz dormida cuando la despertó.

No fue necesario que Bálint dijese nada porque ella, sin más, anunció:

—Me voy a casa...

Bostezó abriendo esa pequeña boca suya y se puso un precioso abrigo de piel. No preguntó nada, apenas se despidió y se marchó. No dijo nada acerca de cómo pensaba Abády marcharse si ella cerraba la verja y se llevaba consigo la llave. Tal vez porque estaba medio dormida, tal vez por otras razones. Margit no solía dar jamás muchas explicaciones. Bálint apagó la luz del baño y volvió a la oscura habitación.

El reloj de la iglesia de Monostor dio las tres. Las campanadas resonaron en esa oscuridad de hollín. En el silencio de la noche la campana parecía repicar en aquella misma habitación.

Eso los despertó. Se habían quedado dormidos con los miembros entrelazados, acoplándose como las panteras o los pumas, que duermen arrimados unos a otros con inmenso placer. Adrienne había encontrado su posición y, como siempre, apoyaba la cabeza en el hombro de Bálint. Sus rizos acariciaban los labios y la nariz del hombre y, lejos de molestarle, parecía sumergido en un sueño más profundo, como si esos rizos rebeldes fuesen los eslabones de la mágica cadena que desde hacía años los ataba. Los dos amantes no necesitaban nada más, solo el uno al otro, y ambos aceptaban con serenidad y confianza su manera de hacer el amor hasta alcanzar la unión en el temporal de las pasiones. Tanto fue así que se sentían como si el día anterior hubiesen estado uno en brazos del otro.

—Son las tres: debería ponerme algo... —dijo Bálint en voz baja, susurrando entre el pelo de Addy.

—¿Tienes frío? —preguntó la mujer sin moverse.

—Ahora no, pero no puedo quedarme así. Y deberíamos encender la luz.

—Bien, pero prométeme que no mirarás la habitación. Me lo prometes, ¿verdad?

—Te lo prometo.

Encendió el pequeño candil eléctrico que había al lado de la cama. Adrienne sacó una bata suya y se la dio a su compañero.

Bálint cumplió la promesa, pero al ponerse la bata vio sin querer que en la mesita de noche estaba la Browning y que por el parqué había varias balas —los tubos de cobre de esa pequeña arma— junto a su caja amarilla. Seguramente la mujer había intentado cargar la pistola y la caja se le había caído de las temblorosas manos. Tal vez solo hubiese sido la casualidad lo que le salvó la vida... Pero Adrienne notó la mirada grave de Bálint. De repente giró la cabeza hacia ella y Adrienne, cerrando los ojos, le besó los párpados. No lo soltó, sino que cayó con él entre las almohadas. Más tarde, cuando volvieron a mirarse a los ojos, la mirada de la mujer pidió perdón con una sonrisa avergonzada.

No hablaron de aquello.

Hablaron de otras cosas. De algo muy prosaico: ambos tenían mucha hambre.

—Y no tengo nada preparado porque tenía pensado cenar en casa de Margit... ¡Qué fatalidad! —exclamó Addy fingiéndose consternada.

Bálint se acordó de las castañas que había comprado sin saber por qué durante el paseo. Se levantó, buscó su chaqueta entre la ropa dispersa por la alfombra que rodeaba la cama y, al sacar del bolsillo el cucurucho de castañas, también encontró el periódico de la noche anterior.

—Tengo unas pocas castañas, pero están heladas. Si pudiésemos calentarlas...

—Tardaría demasiado y el fuego se ha apagado hace tiempo —dijo Adrienne y añadió riendo—: Con el hambre voraz que tengo serán perfectas.

Pusieron el periódico a modo de mantel sobre la amplia cama para que las cáscaras tiznadas de las castañas no se cayesen. Se tumbaron y se repartieron la presa. Comieron alegres. Bálint le contó cómo se las había comprado a una castañera con la que se había tropezado y cómo, automáticamente, había comprado a un vendedor de periódico de la estación aquel diario. Y en esos momentos ambas anécdotas parecían tan increíbles y tan lejanas que creían estar escuchando algo que apenas iba con ellos por haber ocurrido hacía muchísimo tiempo o por no haber ocurrido nunca.

Como su separación. El sufrimiento, el dolor y la amargura de un año y medio, la lucha mortificante de meses y meses y, finalmente, la desgracia, el enloquecimiento de Uzdy, la renuncia de Adrienne y su orden. Días y noches de desesperación, de culpabilidad, de pena y de larga penitencia, todo, como el vapor, se disipó en la nada. Ya casi ni lo recordaban. Tampoco pensaban en lo inútil que había resultado tanto sufrimiento. Y no pensaban en ello porque ya no quedaba nada de aquello, porque estaban juntos, porque habían encontrado el hogar uno en el otro y porque se pertenecían: formaban una pareja de verdad y más allá de ellos mismos todo eran fantasmas.

Tumbados en la amplia cama revuelta, la mujer con el camisón roto cayéndole por los hombros y el hombre con la bata de seda femenina, devoraban con placer aquellas castañas heladas y tiznadas.

—¡Qué suerte que las hayas comprado! —dijo Addy.

Cuando Károly Khuen-Héderváry formó gobierno en enero de 1910, prácticamente nadie creyó en el éxito de su empresa y quienes se mostraron más descreídos fueron aquellos que vivían atrapados en el círculo mágico de la política de coalición, pues consideraban que se repetiría la suerte del gabinete del general Fejérváry ya que el gobierno de Khuen-Héderváry, al igual que el gobierno de Fejérváry hacía cinco años, se había formado con independientes. De hecho, tan fría fue la bienvenida que le dieron que cuando Khuen-Héderváry anunció el levantamiento de la sesión del Parlamento, inmediatamente le presentaron una moción de censura.

Apenas alguno de ellos percibió que en ese año de 1910 reinaba un ambiente muy distinto en el país. En 1905 la opinión pública creía que las promesas de territorio aduanero y ejército independientes con que la coalición había ganado las elecciones ya eran casi una realidad. Se creía que solo la ruin camarilla lograría impedirlo y se confiaba en que la llegada al poder de los líderes de la coalición supondría el inicio de una edad de oro.

Pocos sospechaban que los partidos coaligados nunca llegarían a ponerse de acuerdo en cuestión alguna, que sus eslóganes eran solo cuentos que servían para hacer caer un gobierno tras otro, pues jamás alcanzarían la mayoría, y que en el gobierno de una nación dominaban otras fuerzas mucho más poderosas y menos inteligibles que las que mostraba la prensa radical. Tampoco nadie parecía darse cuenta de que en el gobierno de una nación imperan intereses más prioritarios —la agricultura, el comercio, la industria y la seguridad del estado— y que además se debe proteger a las minorías étnicas y a los más desfavorecidos. La opinión pública no sospechaba nada de eso, tampoco conocía los principios en que se basaba la misma existencia ni la poderosa posición de la Monarquía Dual y aún tenía menos conciencia de cuánto dependía la prosperidad individual de cada uno de ellos de la posición del Imperio Austrohúngaro.

Durante el gobierno de Fejérváry, solo los líderes de la coalición comenzaron a comprender que estaban luchando en vano porque advirtieron que discutían desde posiciones falsas y eso fue lo que permitió que se formalizara el famoso pacto entre los coaligados radicales y el emperador. Y fue entonces cuando cometieron su primer error: anunciaron aquel compromiso como si fuese un triunfo. Esa mentira descarada, como el pecado original, marcó los cinco años de su gobierno. Al final, totalmente divididos, discutiendo por cualquier tema y acusándose unos a otros de ineptitud e incapacidad, la coalición terminó siendo un fracaso absoluto. La opinión pública, por una vez, comprendió qué había ocurrido y, aburrída, les retiró su apoyo, dándoles la espalda con desprecio. Con prontitud, Khuen-Héderváry supo aprovechar hábilmente las circunstancias.

El programa inicial del nuevo gobierno se reducía a generalidades y, de manera intencionada y por prudencia, era insustancial. La única excepción era una vaga declaración en apoyo del sufragio universal. En consecuencia, todos cuantos tuviesen alguna pretensión —fuesen conservadores o radicales—, pudieron interpretar el programa según sus propios intereses.

De inmediato se puso a enmendar los errores más llamativos de la coalición: destituyó al *ban* de Croacia, Rauch, cuyas normas habían resultado desastrosas, revocó la sentencia de Zagreb y canceló los juicios por sedición contra los líderes de las minorías étnicas.

A medida que fueron resolviendo las consecuencias de las imprudentes medidas que se habían tomado durante los últimos años, el país comenzó a respirar. Y si bien todo resultaba algo gris e incoloro, todos comprendieron que aquella era la única forma en que se impusiera el sentido común para lograr convocar las tan deseadas elecciones generales. En ese ambiente, Khuen-Héderváry disolvió el Parlamento.

Los miembros del Partido de la Independencia no eran conscientes del cambio que se había producido e idearon una teoría milagrosa: se declararon los elegidos del pueblo e insistieron en que mientras no se aprobase un presupuesto nacional, no se podrían convocar elecciones. Cuando Khuen-Héderváry quiso dar sus razones para disolver el Parlamento, montaron un alboroto impresionante para que nadie fuese capaz de oír las palabras del primer ministro.

Khuen-Héderváry esperó un buen rato de pie junto a su escaño, pero cada vez que intentaba hablar, estallaba el vocerío. Al final, al ver que aquello no acababa nunca, decidió acercarse a los taquígrafos para que al menos ellos escuchasen y registrasen sus palabras. En cuanto quiso abandonar su escaño, algunos miembros rebeldes situados en el extremo izquierdo se levantaron de un salto y comenzaron a lanzarle cualquier objeto que tuvieran a mano, fueran libros, tinteros o abrecartas. Un pesado tintero le dio en la frente. La sangre le inundó la cara, pero él continuó tan tranquilo y tan impassible como siempre.

Aquel escandaloso ataque indignó a la opinión pública e incluso los cabecillas de aquellos revoltosos condenaron la acción. Y nadie aceptó la excusa que aquellos rebeldes quisieron hacer pública al día siguiente, a saber, que al ver a Khuen-Héderváry salir de la tribuna, ellos reaccionaron temerosos de que el primer ministro se dirigiera hacia ellos. A todas luces aquella excusa resultó penosa. Nadie creyó que aquellos hombres, apretujados en los bancos de la izquierda con cientos de compañeros, temieran el ataque físico de un hombre tan mayor. Cuando el 13 de diciembre de 1904 más o menos esos mismos hombres expulsaron de la sala a bofetadas a los bedeles, la opinión pública se tragó el cuento como si de una hazaña heroica se tratase, sin considerar que a los bedeles les estaba prohibido devolver los golpes. En 1910 ya no pudieron fanfarronear de heroicidades. Todo el mundo pensó que habría sido mejor admitir que se habían dejado llevar por la pasión que salir con subterfugios. Al menos admitirlo habría sido honesto o al menos podría haberse

considerado honesto y, además, esa pasión sí podría haber servido como atenuante. Fuera como fuese, aquellos alborotadores y sus respectivos partidos terminaron perdiendo: la opinión pública los escuchó con desdén y el incidente contribuyó a que en las siguientes elecciones los votantes desaprobasen las decisiones tomadas por la coalición.

Y el resultado saltó a la vista: apenas cien diputados de los tres partidos de la antigua coalición fueron elegidos miembros del nuevo Parlamento. Por otra parte, los partidarios de Khuen-Héderváry obtuvieron una aplastante mayoría y la opinión pública creyó que por fin se comenzaría a hacer algo constructivo.

¡Comenzar a hacer algo constructivo! Sí, por supuesto, pero terminar de construir lo que fuera era otro cantar. La obstrucción, ese cáncer que invadía cualquier intento de adoptar medidas progresistas en el Parlamento húngaro, ese tumor que desde hacía una década había paralizado los sucesivos gabinetes y que se había convertido en una irresponsable pero exitosa arma de los elementos rebeldes de izquierda que utilizaban incluso contra sus propios líderes, podría frustrar una vez más al nuevo gobierno. En cualquier momento podría interponerse blandiendo cualquier eslogan populista que cosecharía gran repercusión en esa prensa que solo parece deber lealtad a los elementos más problemáticos. Y, además, había otro factor debilitador, quizá no tan evidente ni conocido, pero latente tanto entre los partidarios del gobierno como entre sus opositores: como primer objetivo el gobierno se propuso la reforma del sufragio. Aquella propuesta suya estaba dibujada tan a grandes líneas que todos, tanto quienes deseaban cambios menores como quienes exigían cambios más radicales, se declararon a favor de la misma. De esta manera una enorme mayoría apoyó al gabinete, si bien hasta que las negociaciones no estuvieron muy avanzadas no se supo cuál de las dos posiciones sería la que sostendría el partido gubernamental. El Partido de la Independencia, como cabía esperar, se escindió: los fieles de Kossuth estaban a favor de la reforma conservadora, mientras que los seguidores de Justh se escoraron tanto a la izquierda que unos meses más tarde se aliaron con los socialistas. Y, como consecuencia de aquella división, se produjo la sorprendente situación de que Tisza y Kossuth se encontraron prácticamente en el mismo bando, mientras la otra ala del partido gubernamental, que vio a su líder en la persona de László Lukács, buscó apoyos en el círculo de Justh y sus compañeros.

Y así se demostró el viejo adagio que sostiene que en cuestión de elecciones más vale dejar los asuntos importantes en la mayor ambigüedad posible.

Algunos observadores advirtieron que lo cierto era que una de las razones por las que Khuen-Héderváry no había sido más preciso en su programa fue su deseo de no enfrentarse a Tisza, puesto que sin él y sin el apoyo del liberal Partido de la Independencia, cualquier intento de reforma habría fracasado sin ninguna duda. El objetivo principal de Khuen-Héderváry era restituir la armonía entre los dos pilares de la Constitución: el rey y el Parlamento. Cualquier otra consideración quedaría supeditada a ese fin y cuantos estuviesen dispuestos a servir a tal fin serían recibidos

con entusiasmo, fueran o no seguidores suyos. Y así fue como se constituyó el Parlamento de 1910, el primero en muchos años que no estaba formado enteramente por políticos estrechos de miras cegados por una lealtad férrea unos hacia el Compromiso de 1867 y otros hacia la Revolución de 1848; un Parlamento, en consecuencia, capaz de atender a lo que ocurría más allá de sus fronteras.

Como los lemas tradicionales de los partidos se habían convertido en anatema para la gran mayoría de la población, en un número sorprendente de distritos —31 en total— salieron elegidos candidatos independientes. Y eso no había ocurrido jamás. Otra consecuencia de aquello fue que a veces, ante cuestiones importantes, muchos miembros de un partido se mostraban más próximos al partido opositor que a las distintas posiciones que encontraban en su mismo partido. Y así fue cuando se trató la reforma del sufragio. En el Vigadó se habían reunido quienes mantenían posturas más conservadoras; entre ellos, István Tisza y el independentista extremo Mihály Károlyi, que eran de la misma opinión. Ese mismo día, en el ayuntamiento, mantuvieron un encuentro el antiguo primer ministro y líder protestante, Dezső Bánffy; los dos principales miembros del partido conservador, Pál Sándor y Gyula Lánczy; el abad socialcristiano Giesswein, y los demócratas Vázsonyi y Jászi para organizar la campaña a favor de una reforma radical del sufragio.

Y había otro movimiento que traspasaba los límites de los partidos: el Movimiento Transilvano.

Este movimiento había nacido de la sensación generalizada en Transilvania de que sus tradiciones y su historia, así como su propio y particular espíritu, no solo no habían sido considerados ni reconocidos sino ni siquiera respetados por el gobierno central de Budapest, incapaz de pensar en Transilvania como algo más que una insignificante provincia. En la capital no le concedieron importancia alguna a su riqueza, su historia ni su cultura, así como tampoco atendieron a sus verdaderos problemas. El espíritu transilvano fue devorado poco a poco por la insaciable Hungría y quizá fuera mejor que el gobierno ignorara Transilvania, pues tan delicados y sutiles eran los verdaderos problemas de la región que su manejo habría exigido un profundo conocimiento y una gran experiencia de los que se carecía en la capital, de manera que donde el gobierno central intervino, actuando de buena fe pero con gran indiferencia, terminó causando más daños que beneficios.

Bálint Abády, que observó todo ello con creciente preocupación, fue uno de los fundadores del movimiento cuyo objetivo era dar a conocer y lograr un trato mejor para su querida patria. Después de redactar un programa, viajó en marzo por dicha causa y habló con políticos transilvanos y con Tisza en Budapest. A través del abogado Aurél Timisán intentó ponerse en contacto con la minoría rumana. Se engañó pensando que solo estaba cumpliendo con su deber, pero aquella entrega en nombre de Transilvania y ese meterse de lleno en el desarrollo de las cooperativas no era más que un narcótico que le aliviaba ese dolor que le apenaba y atormentaba.

Tisza, pese a comprender las ideas de Bálint, ordenó a sus seguidores que se

mantuvieran al margen de aquel movimiento que consideraba de intereses demasiado particulares. Como acostumbraba, Timisán escuchó en silencio y con una sonrisa algo burlona el razonamiento de Bálint. Y le resultó interesante, pero no le prometió nada.

Esas actitudes desesperaron a Bálint profundamente, por lo que siguió trabajando sin entusiasmo ni esperanza algunos pese a que la primera reunión había sido bastante alentadora. La bandera del Movimiento Transilvano fue desplegada el 12 de marzo en uno de los principales hoteles de Vasarhely. Asistieron a aquella reunión los fundadores del movimiento —István Bethlen, Bálint Abády, Zoltán Désy y Győző Issekutz— y otros hombres que acudieron sin saber el objeto de la misma. Entre ellos algunos que ni siquiera habían nacido en Transilvania, sino que simplemente habían sido elegidos representantes de un distrito de la provincia en los tiempos febriles de las elecciones de la coalición.

Abády trajo consigo propuestas detalladas para el programa del movimiento y su discurso se centró en tres puntos fundamentales: la inminente reforma del sufragio, los intereses comerciales de Transilvania y la cuestión de las minorías.

En cuanto a los dos primeros puntos no hubo objeción, pero en cuanto al tercero no se logró unanimidad. Bálint deseaba obtener el apoyo necesario para aprobar una nueva ley que regulase los derechos de las minorías. Se opusieron algunos representantes de los *székely* —minorías húngarohablantes de Transilvania— y con más vehemencia aquellos que no eran *székely* de origen sino que procedían de Budapest o de la Gran Llanura y habían sido invitados a la reunión solo por el cargo que ocupaban en Transilvania. El debate se alargó tanto que comenzó a volverse violento ya que Abády se negaba a ceder. Al final, Bethlen, que presidía la reunión, decidió suspender la sesión y habló con Abády aparte. Él ya conocía el polémico punto y lo había asumido; sin embargo, al ver la postura de los opositores, le aconsejó a Bálint que no citase esa ley en su programa de forma explícita, pues temía que se rompiese la unidad del grupo, lo que significaría el fracaso de la iniciativa. Argumentó que se podrían conservar las frases generales que aludían a la aplicación del artículo 44 de 1868 y más tarde, cuando el movimiento tuviese más fuerza, abordar el tema y exigir abiertamente esa ley.

A Abády no le gustó la idea de dejar escapar aquella oportunidad, pero no tuvo otra opción. Con esa corrección, revisó su discurso y al día siguiente, en la asamblea general del condado, leyó su propuesta, que fue aceptada por unanimidad por treinta ex secretarios de Estado, gobernadores y legisladores, ante un numeroso público.

La sección titulada *Al público de Transilvania* contenía lo esencial de su programa. Tras una corta introducción en la que hizo una alusión a las inminentes elecciones, Abády lo presentó así:

«Ya es hora de que con independencia de nuestra pertenencia partidista nos

mantengamos unidos en cuestiones que afectan directamente a nuestra tierra natal, a nuestra convivencia pacífica y a nuestro progreso. Ya es hora de acabar con la controvertida situación de que se decida por nosotros, pero sin nosotros. No pedimos sino exigimos que en la legislación se tomen en consideración nuestras particularidades y de que nos dejen alzar la voz respecto a lo que es asunto nuestro».

«No es una exigencia infundada. En la Unión, de modo desinteresado y sin recompensa, una parte de Transilvania renunció a su independencia, a las ventajas objetivas y personales que debido a su independencia le eran connaturales. Pero esa renuncia a lo patriótico conlleva la obligación moral de que el gobierno central y la legislación gestionen nuestros asuntos con tanto amor, dedicación y comprensión como lo hubiésemos gestionado nosotros mismos. Lamentablemente no es eso lo que estamos viendo. Lamentablemente nuestra experiencia es que nos tratan como a hijastros de los que nadie se ocupa y, aunque alguna vez se ocupen de nosotros y de nuestros complejos problemas, no los comprenden y tal vez ni tan siquiera piensan que son dignos de comprensión».

«Estamos sufriendo por la falta de equidad y de comprensión. Estamos sufriendo por la exacerbación de las relaciones con las minorías, por la agonía de nuestra clase media, por la depresión de nuestra industria y nuestro comercio».

«El resultado de esa ignorante política de las minorías que desconoce sus condiciones reales y no las toma en consideración es la radicalidad del movimiento minoritario, es lo que le otorga aparente razón de ser y con ello algo de fuerza... Y podemos declarar sin miedo que la sociedad húngara de Transilvania, apoyándose en la convivencia y la comprensión seculares, es capaz de ser la representante del mundo interior y de la vida real de las minorías que viven en su territorio, mucho más que aquellos que pretenden agravar el estado general con eslóganes rebuscados y prestados del extranjero».

«Conociendo plenamente las condiciones de las minorías y pensando en el interés de la sociedad húngara, es imprescindible que se derrumben los muros que la dividen según idioma y religión. Consideramos imprescindible que la relación entre gobernadores y gobernados sea lo más inmediata y directa posible, así como que todos los que tienen el hogar y quieren seguir teniéndolo en esta patria puedan sentirse en casa y que la paz social y de las minorías se realice con equidad dentro del marco institucional».

«Es lo que manifestamos y exigimos tendiendo la mano a todos los que sin distinción de idioma y de religión deseen obrar por el progreso y la paz en nuestra tierra natal».

A continuación Bálint habló sobre la situación económica:

«Por el hecho de formar parte del país y de la Unión, tenemos el derecho moral de exigir que se invierta la proporción correspondiente del capital moral y material de la

patria en la mejora cultural y económica de Transilvania».

«En las últimas décadas apenas se ha hecho algo por la economía de nuestra tierra natal, salvo las honrosas excepciones de las comisiones sobre asuntos forestales y de los *székely*. Pero la división artificial de la vida pública de la patria ha provocado la inactividad absoluta en el terreno económico. Nuestras riquezas, las minas y los bosques, las aguas y las demás fuentes naturales, junto al alto peso tributario, han beneficiado a la banca nacional, pero apenas han servido al crecimiento económico de la población transilvana...».

«Por eso es hora de romper con la mendicidad de años atrás, con las quejas estériles, y exigir que se establezcan nuevas instituciones para salvar el latifundismo medio y construir una clase media fuerte. Estamos convencidos de que el interés de todos, sin diferencia de clase, raza o religión, es el orden social y el progreso cultural, que dependen de la vitalidad del latifundio medio. Es de interés nacional que nuestros agricultores encuentre en su tierra natal no solo trabajo y pan sino el honor y el orgullo del ciudadano que trabaja una tierra que le es propia».

«Exigimos además una parte de los recursos comerciales e industriales. Exigimos que los puntos centrales de Transilvania, hasta ahora descuidados, reciban por parte de la política ferroviaria la atención que merecen debido a su importancia social y cultural. Y exigimos que la fuerza económica y la capacidad industrial de la población se aproveche al máximo en el marco de una producción independiente».

«Es nuestra obligación llamar a la opinión pública de Transilvania para que haga presión independientemente de sus preferencias por un partido u otro. Es nuestra obligación llamarla, especialmente en este momento, antes de las elecciones parlamentarias que marcarán la dirección del futuro desarrollo...».

Y después habló sobre la reforma del sufragio:

«La política está preparada para extender el sufragio. Reconocemos la plena legitimidad de dicha extensión porque constituye la ley del progreso y no seremos nosotros quienes impidamos este movimiento que desea incluir a capas sociales más amplias en la tarea legislativa. Sin embargo, tenemos que levantar la voz por la manera de acometer la reforma. Tenemos que levantar la voz ante todo el país para advertir de los peligros que nos amenazan en caso de que la reforma se lleve a cabo de modo descuidado, peligros ante los cuales una vez cometido el error nos veremos impotentes».

«No podemos aceptar como base de la extensión criterios que generalicen, como saber leer y escribir o como saber leer y escribir en húngaro, porque ni el primero ni el último son criterios válidos para medir el sentimiento patriótico y la capacidad electoral. Y estamos convencidos de que la nueva ley tiene que evitar toda clase de pérdida de derechos, lo que solo provocaría rencor y odio. Tiene que conocer los pormenores de la vida real para encontrar a aquellos en cuyas manos depositará el

solemne derecho de la legislación, para encontrar a aquellos que merezcan y sean dignos de ejercer este derecho gracias a su espíritu patriótico, honor y rectitud personales».

«Tenemos que levantar la voz en pro de la reflexión sensata. Creemos que cuando protestamos para que la institución más importante del país no sea objeto de experimentos, no solo estamos defendiendo la paz entre las etnias minoritarias, la paz de las clases y el latifundismo húngaro, sino la propiedad y la cultura...».

Para terminar enumeró las exigencias y acabó con unas frases entusiastas:

«No lograremos nada si seguimos divididos y con las fuerzas fraccionadas. Vamos a formar una unión independientemente de las preferencias de partido, puesto que todos queremos servir a la patria. La comunidad de los electores tiene que cogerse de las manos y unirse a los que serán llamados a ejercer la tarea legislativa. Vayan a la batalla bajo la bandera del partido que sea, pero no olviden que son descendientes de aquellos antepasados nuestros que con su brillante papel y labor han mantenido durante siglos y siglos el honor y la fuerza de Transilvania».

A primera hora de la tarde Bálint, que continuaba dándole vueltas a su discurso, salió en su automóvil hacia Dénestornya.

No era un logro despreciable que tantos candidatos hubieran apoyado sus propuestas para dar contenido al Movimiento Transilvano. Naturalmente solo se había dado un primer paso, pero sin duda era muy alentador y, si en el Parlamento, antes de aprobar una moción que afectara a Transilvania, se reunían, discutían y alcanzaban un acuerdo, el movimiento cobraría fuerza y no podría ser ignorado. Bálint se sintió joven, fuerte y esperanzado. El automóvil subió la cuesta de Felek con gran dificultad, como si traqueteara alegremente gracias al buen humor y entusiasmo de su conductor.

A pesar de haberse marchado y haber regresado varias veces, después de haber roto hacía más de un año con su madre y su casa, manejando ese mismo automóvil, Bálint tuvo la sensación de que aquel era su primer regreso a casa. Aunque había ido inmediatamente después de la cacería de Jablánka, alguna que otra vez en primavera y otoño y la última apenas hacía unos días, antes de ir a Kolozsvár al estreno de *Madame Butterfly*, esas visitas no habían dejado huella en su alma. Bálint había regresado simplemente cumpliendo un deber o por costumbre y hasta entonces no había sido capaz de librarse de esa capa de tristeza plomiza consecuencia de tantas y tan angustiosas horas de penas y reproches.

Hasta entonces había trabajado como un condenado; ahora pensaba en su labor con entusiasmo y tejía otros planes, diversos y todavía confusos, con más objetivos y más tareas. Solo de ese modo podría agradecer al destino la liberación que le había producido volver a poseer el amor de Adrienne.

¡Trabajar, trabajar, cuanto más mejor! Se sentía capaz de lograr cualquier cosa.

Durante el último congreso celebrado la primavera anterior le habían ofrecido la presidencia de las cooperativas de consumo. Él dudó en aceptar y el asunto quedó pendiente. Ahora decidía asumirla, pero solo en Transilvania. Y ya estaba haciendo cálculos de qué podría importar, qué sería útil y qué sería de mejor calidad que lo que se vendía en los comercios locales. En Holanda había visto guadañas de hoja ancha, las mismas que se usaban en el Tirol. Y pensó que debía importarlas a través de las cooperativas. Y simientes de guisante enriquecidas, tal vez también simientes de soja. Lo discutiría con expertos para que comercializaran lo mejor, lo más útil... Le preguntaría al joven Áron Kozma, buen conocedor de las necesidades y de las complejas reacciones de las gentes del pueblo.

Como ya había comenzado la temporada de caza a caballo, seguramente encontraría a Kozma en Zsuk. ¡Él también participaría! Hasta ese momento no había asistido a ninguna cacería a fin de no encontrarse casualmente con Adrienne en

Kolozsvár, si bien habría podido alojarse en el club de caza de Zsuk. Hasta entonces no se había sentido con ánimos para hacerlo, por más que su madre le había ofrecido varias veces sus tan queridos caballos. Con ese estado de ánimo tan abatido que había ido arrastrando, nada le motivaba, pero la situación había cambiado. Ahora la prohibición ya no existía. Ahora todo volvía a ser maravilloso y bello. ¡La vida le prometía diversiones y placeres! Qué alegría supondría pasar los días a caballo y las noches en la ciudad, todas las noches...

Ya estaba pensando en qué caballo se llevaría... A *Guapo* sin duda y a *Ámbar*. ¿Y el tercero?... *Comadreja* no estaría mal, pero solo tenía cuatro años. ¿Entonces, *Turbante*? Tampoco estaba mal, pero era más lento, aunque muy fiable. Tendría que consultarlo con alguien... y reflexionar...

Las ideas se le agolpaban y, esperanzado, hacía planes y veía el futuro con alegría. Después de recorrer la última fase del puerto de Felek, llamada «mataballos» por los carreteros, condujo a gran velocidad entre las casas dispersas del pueblo.

Tuvo que frenar bruscamente.

Un enorme rebaño se apretujaba en el camino. Cientos y cientos de animales, quizá medio millar o más. Y eso suponía un grave obstáculo porque las ovejas, siguiendo al carnero líder que avanzaba junto al rabadán, no solían dejar paso. Los zagales que marchaban detrás tampoco pudieron arrearlas a un lado porque tanto a la derecha como a la izquierda había cercas. Le hicieron señales a Abády gritando:

—*Stai, domnule, stai!* ¡Alto, señor, alto! —Y tenían razón, porque las ovejas asustadas eran capaces de matarse a pisotones. Las últimas del rebaño comenzaron a inquietarse.

Bálint se detuvo y paró el motor. Tenía que esperar a que el rebaño saliera del pueblo cuesta abajo y se dispersara por la pradera. Sabía que tardaría mucho, porque los rebaños ambulantes avanzaban muy despacio.

Empleaban casi un día en recorrer poco más de dos kilómetros y Bálint consideró que tal vez no fueran tan estúpidas si su instinto les dictaba no avanzar demasiado deprisa a fin de no desgastarse las pezuñas; pero la oveja *racka* de los neveros era un animal duro, adaptado a las montañas, y tenía las patas resistentes. Cuando las llevaban al mercado no las arreaban tan despacio, pero cuando iban de un cobertizo a otro, el rabadán avanzaba con parsimonia, como si bailara una *czarda* lenta, tambaleándose con las piernas abiertas y avanzando tan solo un pie tras otro para que las bestias tuviesen tiempo para pastar. Así comenzó su viaje. El propietario solía arrendar pastos de heno a cien o ciento veinte kilómetros del establo invernal. De ese modo, el rebaño erraba en primavera y otoño durante dos o tres semanas y a lo largo del camino, vivía a lo grande de los prados y los sembrados ajenos, de manera que su alimentación salía gratis.

Esa fue la razón por la que Bálint tuvo que esperar. Y en esa ocasión no se impacientó e incluso tranquilizó a los zagales para que no gritasen. Su corazón estaba

henchido de afecto por todo el mundo, por los sucios pastores que apenas se cambiaban de ropa mientras pasturaban el rebaño, por las ovejas de pelo grasiento que como un río marrón ondeaba lentamente y por los grandes perros pastores y el burrito solitario que cargaba los recipientes del ordeño y los enseres de los pastores. Sentía afecto por todo el mundo. «Esto es nuestro patrimonio —pensó—, nos pertenece a nosotros, se trata de una particularidad de nuestra tierra, de esta tierra extraña y tan distinta a las demás».

Cuando el camino quedó libre puso el vehículo en marcha. Las copas de los árboles de los bosques vecinos brillaban con un salvaje esplendor de colores amarillo dorado, rojo cobrizo y azafrán, y el húmedo prado todavía lucía un fresco verdor. El paisaje le pareció precioso, hasta las peladas laderas de arcilla cobraron belleza bajo el fulgor de los rayos del sol. Respiró el aire fresco a pleno pulmón, disfrutando del viento que le golpeaba la cara.

Antes de llegar a Alsóbükkös distinguió en el camino, que describía una curva inesperada al salir por la abertura del valle lateral, a un jinete. Iba al paso por los rastrojos, montado en un poni tordo y grueso. Se trataba de Gazsi Kadacsay. ¡Claro que sí! Pero ¿qué diablos estaba haciendo por allí? ¿Cómo era posible que no estuviera con su jauría en Zsuk? A Bálint le sorprendió verlo porque jamás se perdía un día de caza.

Bálint frenó al llegar a su lado y le gritó:

—¡Hola, barón Gazsi! ¿Cómo es que no estás en casa? ¿Qué será de la jauría sin ti?

Kadacsay se aproximó al automóvil al trote.

—Solo son tonterías, amigo. Están bien sin mí... —Su voz sonó malhumorada, sin reflejo de la comicidad que lo caracterizaba—. Vas a casa, a Dénestornya, ¿verdad? —continuó como si quisiese cambiar de tema—. Si estás allí, iré a verte uno de estos días. Tengo algo que consultarte.

—Por supuesto. Ven cuando quieras. Mi madre también se alegrará de verte. Y me conviene porque quiero pedirte consejo sobre los caballos que me llevaré a Zsuk.

—Los caballos. Claro, los caballos —esbozó Gazsi una sonrisa extraña y amarga, inclinando su nariz de cuervo como solía hacer—. Pero ahora mismo no puedo ir porque tengo algo que hacer en Szilágy, en casa de mi hermana. De aquí a cuatro o cinco días me reuniré contigo. ¿O será tarde?

—No, claro que no. ¡Te espero!

Pasaron unos minutos más charlando y luego Kadacsay se despidió:

—Entonces, adiós. —Y dio la vuelta con el viejo tordo.

Bálint continuó el camino. «¿Estará pasando apuros económicos —se preguntó—, y por eso está de tan mal humor?». Fue lo único que se le pasó por la cabeza, pues desbordaba tanto optimismo que ni la preocupación ni la tristeza podían afectarle.

Róza Abády estaba sentada en el patio en forma de U, en un pequeño banco situado junto a la cuadra. Los cinco potros de tres años y medio que habían elegido estaban paseándose delante de ella para decidir cuál iría al tiro, cuál formaría buena pareja con uno o con el otro. La señora Abády siempre tomaba esa clase de decisiones en otoño, antes de guardar la yeguada para el invierno y de que los potros destinados a montar empezasen el adiestramiento en primavera. Ella sabía que debía empezar a ensinistrar a los caballos de montar a esa edad, cuando el potro es más receptivo. El trabajo lento y prudente no los dañaba porque no llevaban carga en el lomo y el camino duro les fortalecía los tendones.

A su derecha estaba el maestro de cuadras, Simon Jáger. Aquel hombre de estatura baja tenía las piernas ligeramente arqueadas y las rodillas algo dobladas, pero tenía la cintura firme como si estuviese siempre montando un caballo. Jáger, que debía de rondar los cincuenta, lucía un bigote corto y canoso atusado en pico porque hacía treinta años había servido en los húsares. Sus mejillas eran sanas, lisas y rojizas, propias de un campesino, pero sus manos y sus pies eran extrañamente pequeños. Aunque era propietario de una pequeña granja y poseía una finca de ocho hectáreas, continuaba trabajando en la «corte», como decían en Dénestornya con peculiar gracejo, no solo porque constituía un honor en el pueblo sino también porque le gustaba. Antes que él, su padre y su abuelo habían sido maestros de cuadra y su bisabuelo maestro de caza del gobernador Abády, el guardián de la faisanería o el *jäger*, como se decía entonces. Y de allí procedía el apellido de la familia, que se heredaba de padres a hijos.

Al otro lado, a su izquierda, se encontraba Gergely Szakács, también oriundo de allí. Su apellido, que significaba *cocinero*, debía de tener su mismo origen. Veinte años mayor que Jáger, su sucesor en el cargo, ya estaba retirado, pero en ocasiones la señora Abády lo mandaba llamar porque apreciaba mucho sus conocimientos y porque a él le gustaba acudir por más que en todos los años que Ázbej había manejado la granja apenas había cobrado nada. Szakács, sin embargo, nunca se había quejado a la «buena condesa» porque era un hombre orgulloso, no un necesitado, y porque en aquellos años a su servicio se había construido una bonita casa y había hecho un pequeño capital. De joven seguramente había sido un mozo apuesto, como todos los Szakács, pero ya caminaba encorvado y con bastón. La barba corta y el cabello tupido y bien cortado alrededor de las orejas inspiraban un merecido respeto que casaba con su posición en la comunidad protestante.

Aun siendo una gran entendida, la señora Róza solía decidir el destino de los potros con la ayuda de ese pequeño consejo. El primer cochero, Feri Rigó, también podía opinar, pero solamente si se le preguntaba. A diez pasos del banco dirigía a los mozos de cuadra, al segundo cochero y al pastor de la yeguada.

—¡Al trote! ¡Al paso! ¡A la derecha! ¡A la izquierda! —ordenaba.

Llevaban un buen rato haciendo la selección y solo faltaba elegir dos de los tres

potros que quedaban. Primero colocaron a *Csujtár* y a *Ruiseñor* con los cuartos traseros hacia el banco a fin de saber cómo quedarían si los emparejasen en el mismo tiro.

La señora Róza los contempló en silencio durante unos minutos. Luego se levantó y los rodeó para examinarlos. Los potros esperaban tranquilamente. Cuando llegó a la altura del hocico extendieron el cuello esperando un caramelo y, como no lo recibieron, agacharon las orejas desilusionados. Ese día no se trataba de mimarlos sino de juzgarlos.

—Pintan bastante bien —dijo al final la señora Abády—, pero *Csujtár* es un pelín más bajo. Por favor, *joven* Simon, tráigame la cinta métrica.

Se refería a Jáger, al maestro de cuadra que todo el mundo trataba de señor, pero ella continuaba llamándolo como hacía treinta y cinco años, cuando él era mozo de cuadra y ella una muchacha. Al menos ya no lo tuteaba desde que lo había ascendido a maestro.

—Ya los he medido, señora condesa, lo hice cuando los metimos. Hay dos centímetros de diferencia, pero *Csujtár* es de la familia de *Turbante* y esos crecen más despacio que los *Terciopelo*. Cuando tenga cinco años alcanzará la misma altura, estoy convencido.

—Aun así, prefiero probar cuál emparejará mejor con la yegua *Almendra* —dijo el viejo Gergely Szakács y, dando media vuelta, hizo una señal al pastor para que se acercara con el tercer caballo, *Almendra*. Cogió el freno y para animarla dijo una palabra extraña: «¡*Cámelon!*».

Años atrás, Gergely Szakács había acompañado al padre de la señora Róza cuando este viajó a Inglaterra a comprar sementales purasangres y allí aprendió algunas cosas útiles. Fue él quien introdujo en los establos de los Abády el almohazar a la inglesa con una sola mano y con el peso del cuerpo a un lado, así como las fajas de franela, el *mash* o puré de salvado y la ciencia del *blistering* o el arte de tratar las ampollas. Además aprendió un par de voces de mando en inglés cuya complicada pronunciación había hecho de ellas expresiones que solo comprendían sus empleados y sus caballos. De hecho el potro avanzó un paso al oír el *cámelon*, como si supiese que *come along* en inglés significaba *ven*.

De nuevo se quedaron todos contemplándolos. Resultaba difícil decidir porque los caballos de una yeguada tan antigua eran muy similares. En realidad cualquier caballo podía ser emparejado con otro. Al final la señora Róza se dirigió al primer cochero.

—Y tú, Feri, ¿qué piensas?

—Yo, señora condesa, no voy a decir *no* a ninguno de nuestros potros para el tiro, sin embargo, creo que *Csujtár* tendrá el paso más largo y por eso será mejor para el tiro.

Los ojos de Simon brillaron con alegría:

—¡Pues, *Almendra* no pintaría nada mal entre nuestros jinetes!

Los criados de Dénestornya hablaban así siempre: en plural mayestático. Decían nuestro trébol, nuestra avena, nuestros prados de guadaña, nuestra yegua, nuestro semental, nuestro ganado, nuestro buey, nuestro asno... Y así lo decía todo el mundo, desde el viejo maestro de cuadras hasta el mayordomo, pasando por los criados, el capataz, los guardabosques y encargados de las huertas, la cocinera, el ruedero y el herrero, las sirvientas de la cocina y los mozos de cuadra: nuestro carruaje y nuestro carro o nuestra olla y nuestra sartén. Y lo mismo decían de los animales de caza: nuestro gamo, nuestra liebre, nuestro faisán. Consideraban suyo lo que era de su amo y lo cuidaban como tal. Y estaban tremendamente orgullosos de Dénestornya. Sostenían que no tenía rival en el mundo.

Ese modo de pensar era el resultado de la convivencia de muchas generaciones.

Apenas había familias en el pueblo que no tuviesen un antepasado que no hubiese servido en «la corte». Y los que habían servido allí siempre obtuvieron beneficios. No solo porque podían vivir del salario y ahorrar los ingresos de la tierra y la huerta, sino que cuando construían una casa o un establo en su propia finca, recibían la piedra o la madera. Si se les moría un puerco, recibían cochinitos; si se ponían enfermos, les pagaban el tratamiento y, cuando se hacían mayores, los cuidaban. Pero todo eso no figuraba en el contrato. Había que pedirlo. Acudir al señor y justificar la solicitud. De ahí venía ese sentimiento de comunidad y trato familiar. Y esa era la razón de que los criados ajenos no aguantasen mucho tiempo en Dénestornya. En ese momento solo las dos robustas amas de llaves no eran lugareñas y todos las odiaban profundamente y los criados de la casa las temían porque siempre iban pegadas a la señora condesa.

La señora Abády estaba a punto de decidir que *Almendra* sería la candidata para ser montada a la jineta —así que de momento volvería con la yeguada— y que *Csujtár* y su compañero *Ruiseñor* serían destinados a la vara; pero antes de pronunciar la palabra decisiva, volvió a la puerta del establo para contemplarlos desde atrás. En ese preciso momento sonó la bocina de un automóvil. La señora Róza levantó la mirada y a renglón seguido el vehículo de su hijo entró velozmente en el patio.

Al percatarse de los potros, frenó y apenas se detuvo el automóvil, Bálint saltó del coche.

Aquel impulso tan juvenil, casi adolescente, tan alegre, contrastaba tanto con la seriedad que la señora Abády había visto en su hijo hasta ese momento, que intuyó que algo extraordinario le había pasado a Bálint. No sabía qué ni tampoco lo sospechaba, pero se le contrajeron las pupilas de sus ojos saltones como cuando examinaba el estado de los potros. Así observó a su hijo que se acercaba, pero cuando este llegó junto a ella no percibió que su madre se había percatado del cambio. La señora Róza enseguida comenzó a hablar de sus caballos y le pidió su opinión argumentando con mucha objetividad y profesionalidad y, al final, después de varias preguntas y respuestas inútiles, anunció lo que ya había decidido hacía rato: que

Almendra sería montada a la jineta y los otros dos irían al tiro. Luego madre e hijo se dirigieron al edificio principal. La palabrería solo sirvió para que la señora tuviese tiempo de escrutar la alegre mirada de su hijo, por eso alargó la decisión, para poder mirarle a los ojos, mientras pensaba: «Está diferente... ¿Qué le habrá pasado?... ¿Qué?».

En la terraza de la primera planta del ala occidental les esperaba la merienda.

Al ama de la casa le sirvieron solamente un modesto café con leche, pero para Bálint había té y toda clase de fiambres, pasteles salados y dulces, mantequilla recién mazada tan espumosa y fresca que se deshacía ante la simple mirada, miel silvestre, dulce de membrillo y tres tipos de letuario, que así es como llamaban a la mermelada en Transilvania. Pero eso no era todo: las señoras Tóthy y Baczó, las amas de llaves, empezaron a entrar y salir cada cinco o seis minutos con una prometedor sonrisa en sus rostros papudos y con otras bandejas de pasteles calientes en la mano con buñuelos menudos y *pogácsa* de mantequilla y con panceta frita, todo bien tapado para que no se enfriase. Bálint devoró todo con hambre voraz.

Su madre solo contemplaba de soslayo con qué gusto se zampaba la comida. Sin decir nada, esbozó una sonrisa casi imperceptible. No tardó en dar cuenta de todos los pequeños sucesos que habían ocurrido desde que Bálint se había ido a Kolozsvár hacía cinco días: en la huerta estaban cavando los agujeros para plantar los árboles frutales, esa mañana había habido escarcha en la parte más baja y cercana al río Aranyos, el criado Sándor había anunciado que quería casarse, la mañana anterior se habían oído los bramidos de un gamo en el soto... Y continuó hablando largo y tendido pensando en cómo podría averiguar aquello que realmente la inquietaba: qué había provocado el cambio de humor en su hijo.

El sol ya estaba poniéndose. Los neveros de Jára cobraron un color violeta. Sobre ellos se encendieron franjas de color naranja y carmesí, como si entre los grises islotes de niebla ondeara el mar del sur. Por las grietas de las nubes entraban los últimos rayos del sol, un largo haz de luz que grababa líneas ardientes sobre el verde brillante de las montañas, que iban perdiendo su color, y chocaba contra los jirones rojizos de los borregos. La luz amarilla lo invadía todo y abrió la puerta negra de la quebrada de Torda, bañando en oro las suaves colinas y los árboles de la pradera de Keresztes e inundando la terraza acristalada con su despedida dorada.

La señora pestañeó un poco en el fulgor del anochecer y al final le preguntó cautelosamente:

—¿Qué tal el estreno de *Madame Butterfly*? ¡No me has contado nada! ¿Qué tal? ¿Es cierto que estuvo muy bien?

Bálint contestó con evasivas: precioso, espléndido, maravilloso.

—¿Y la cantante francesa?

—Excelente, hermosa, una gran voz.

Habló atropelladamente, haciendo un elogio tras otro, pero no hizo un solo comentario que reflejase que lo decía de verdad. La señora Róza tuvo la sensación de que Bálint evitaba dar detalles. Le llamó la atención sobre todo porque conocía muy bien la capacidad de su hijo para describir lo que había visto. «Algo no me encaja», pensó, y supo que su olfato no la engañaba. Continuó tanteándolo.

—¿Es realmente una ópera tan trágica? ¿Cuál es la escena más conmovedora? ¿Y el interludio de después del segundo acto...? —Ella a mediodía había leído el reportaje del periódico, que Bálint no había visto. Por eso sabía de los amores de Pinkerton y Cio-Cio San. Pronto se dio cuenta de que Bálint solo conocía algo del primer acto, puesto que siempre volvía sobre lo mismo le preguntara lo que le preguntase y, es más, agarró una segunda manzana *ponyik* con la única intención de suspender la conversación mientras la pelaba y se la comía.

La señora Abády no quería forzar el tema. Solo le hizo una pregunta más, la más importante:

—¿Quién de nuestros conocidos asistió? —Así supo que en el palco vecino de la señora Gyalakuthy había estado Margit Milóth con su marido. Bálint se calló que también había visto a Adrienne, pero había respondido en una voz tan tenue que enseguida despertó las sospechas de su madre. Ella dejó que la conversación se desviase. Solía llevar a cabo sus investigaciones con suma cautela y prudencia. Posteriormente, durante la cena, volvió a la carga.

Comenzó retrotrayéndose, hablando sobre la cacería de Zsuk, sobre las muchachas que serían presentadas ese año en sociedad y sobre la intensa vida social que empezaba en otoño en Kolozsvar a propósito de la cacería con rehalas. Y se puso a calcular cuántas casas abrirían sus puertas para ofrecer cenas y bailes o cuántas invitaciones se harían. Después de muchos rodeos, puesto que se había enterado de las invitaciones que había recibido Bálint, le preguntó por la cena del gobernador. Así consiguió el segundo dato importante: Bálint no había asistido a la cena. La jaqueca había sido la razón por la que no había podido participar, cosa que le sabía muy mal ya que había perdido una excelente ocasión para conocer a una diva de tal calado... Y tampoco pudo disfrutar de la agradable compañía... Ni de la simpática familia del gobernador... Pero ese dolor de cabeza... Entonces comentó que no se había quedado hasta el final de la función operística. Bálint había advertido por la tarde que su cuento había sido deficiente. Y pensó que el dolor de cabeza lo explicaría todo.

Y así fue. Aquel dolor de cabeza fue una explicación excelente para su madre.

La condesa ya tenía claro que su hijo se había encontrado con alguien en el teatro, alguien por quien había abandonado el teatro y faltado al banquete. Ya estaba segura de que la razón había sido Adrienne. Y lo imaginó con tanta claridad como si se lo hubiese contado.

En pocos segundos le asaltó aquel viejo odio que se apoderaba de ella al oír nombrar a aquella mujer. ¡Aquella mujer otra vez! ¡Otra vez ella! Pero la ola de ira pronto se desvaneció.

La señora Abády había sufrido mucho los últimos doce meses, cuando durante semanas y semanas permaneció sola en Dénestornya después de haber expulsado a Bálint de su casa, y continuó sufriendo cuando él volvió. Su hijo había vivido junto a ella con la mirada fúnebre y la frente sombría, sin hacer nada, sin interesarse por nada. Cada vez que se había cruzado con él, se le había encogido el corazón. Y aunque ni por un momento dudó de que su inclemencia hubiese servido al bien de Bálint y al honor de la familia, todos aquellos días le dolió contemplar la tristeza de su hijo. Y en aquel momento, por fin, volvía a estar alegre y jovial como no lo había estado desde hacía mucho tiempo, de manera que, a pesar de todo, se alegraba de que fuera así. Casi estaba agradecida. Como la pequeña reina de carácter tiránico que era, inconscientemente prefería no examinar ni rechazar la situación porque sabía bien que el matrimonio era imposible. Aquella mujer no podía vivir en su casa como esposa legítima, pero si el hecho de poseerla hacía feliz a su hijo, no le importaba, aunque por culpa de ese amor tardase unos años más en casarse. Y ella simplemente lo aceptaba por la tranquilidad que reflejaba la mirada de su hijo.

Cuando logró saber lo que quería, dejó de fisgonear. Disimuló no haber notado la turbación de Bálint y continuó la conversación sin más.

—Las dos hijas de Szaniszló Gyerőffy, el antiguo tutor de László, son también pelirrojas, ¿verdad? Como la peluca de su padre. Y la menor de las Kamuthy es una de las condesas de este año, ¿no? ¿La pequeña Eszter Kamuthy es tan regordeta como Isti y su hermana mayor?

Bálint imitó la cara de plato y mirada boba de aquella muchacha y la señora Abády estalló en carcajadas e incitó a las amas de llaves, las señoras Tóthy y Baczó, que permanecían sentadas, mantecosas y mudas, en el otro extremo de la mesa, a que siguieran su ejemplo.

—¡Claro, ji, ji, ji! ¡Por supuesto, ja, ja, ja! —se rieron servilmente las papudas mujeres.

Últimamente se empeñaban en congraciarse con él porque su viejo apoyo y cómplice, el administrador Ázbej, las había abandonado. En diciembre del año anterior había dejado el servicio de la condesa Róza —el rechoncho abogado era un hombre muy astuto— renunciando inmediatamente a su cargo cuando la condesa de Dénestornya hizo las paces con su hijo, pensando que Bálint se vengaría por lo que había maquinado contra él. No quiso esperarlo y se personó en Abbazia, donde la señora condesa pasaba el invierno, para explicarle que había tenido que comprar para su mujer la finca y el castillo de Szamoskozárd. La señora Ázbej quería invertir su fortuna en salvar la finca, e hizo bien, porque le aseguraba una morada a László Gyerőffy, el antiguo propietario y sobrino de la condesa, algo que ningún otro comprador habría hecho. ¡Porque para él lo más importante en la vida siempre había sido el interés de la familia de la condesa! Le llevó la liquidación y una exención del cargo bien redactada que la señora condesa solo tenía que firmar; así lo hizo esta y, es más, incluso lamentó que dimitiese.

Las amas de llaves, con el abandono de Ázbej, perdieron un aliado que las ayudaba a aprovecharse de los bienes de la señora Abády. Como habían cometido muchos abusos y se habían hecho con muchos beneficios prohibidos durante años, sabían que los criados las odiaban y por eso tenían que buscar otro apoyo. Solo la protección de Bálint podía defenderlas en caso de que la señora Abády se enterase de sus trapicheos. Si le hacían mil gracias, si intentaban satisfacer los deseos de Bálint, podrían ganarse su benevolencia y podrían esperar que no curiosease en sus negocios haciendo preguntas sobre las extrañamente altas facturas de azúcar, manteca, café y carne.

También era cierto que desde que el joven señor regresara no había mostrado señales de interés en asunto alguno. Cuando Ázbej se fue y Bálint volvió a casa, los mayorales, los capataces y los inquilinos se asustaron tremendamente porque casi todos temían que los pillase con las manos en la masa, pues todos habían tenido parte en la rapiña. El administrador Ázbej había hecho la vista gorda ante los robos menores para que nadie delatase sus propios abusos, de una escala mucho mayor. Se asustaron al pensar que Abády comenzaría a examinarlo todo, pero no pasó nada. Todo continuó como siempre. Bálint tampoco se interesó mucho por los neveros que tanto placer le habían proporcionado hacía un tiempo. Apenas si había subido un par de veces para una breve visita y volver de inmediato. Tampoco emprendió nuevas empresas. Nada alteró durante aquellos días su sombría indiferencia.

En casa se había acostumbrado a acostarse y levantarse tarde, no salía a montar a caballo y pasaba el día leyendo.

Pero todo había cambiado. Ya a la madrugada siguiente salió con Simon Jáger y saltó a caballo los obstáculos de la pista. A mediodía dijo con alegría que había oído los bramidos de un gamo en el soto, en el bosque llamado Magyarós, y anunció que a lo mejor se iba a cazar a Zsuk si su madre le dejaba tres caballos.

—¡Los que quieras! ¡No tienes ni que preguntarlo! ¡Llévate los que quieras, son todos tuyos! —contestó.

Y esa era la respuesta que Bálint esperaba. Conocía las palabras exactas que debía emplear para que ella le dejase los caballos, pero también sabía que su madre se ofendería si él tomaba los que quisiera sin habérselos pedido explícitamente. A la condesa le encantaba el papel de bondadosa reina de hadas que concedía bienes y regalos a todo el mundo, especialmente a su hijo, aunque en realidad no era tanto un papel como un sentimiento sincero y, si no recurrían a ella, pensaba que rechazaban su benevolencia y abusaban de ella. Nadie debía olvidar que allí todo era suyo y solo dependía de su persona.

Bálint quiso comentar dos cosas más: que el barón Gazsi vendría a visitarlos un día de esos y que quería mandar a llamar al joven Ábel Kozma para tratar con calma los asuntos de la cooperativa.

La señora Róza le lanzó una mirada animada a su hijo:

—¿De qué familia es? ¿De los Kozma de Mezőség? —Y cuando Bálint contestó

afirmativamente continuó—: ¿Cuántos años tiene? ¿Cómo se llama su padre?

—Es el hijo mayor de Boldizsár, pero ya tiene su propia granja en la región de Teke —dijo Abády y le explicó que los Kozma eran todos buenos agricultores, tanto los mayores como sus hijos, trabajadores entregados y serios.

La condesa disimuló escucharlo con atención, pero al responder se le notó que la primera información le había dejado un resabio.

—El hijo de Boldizsár, ¿no...? ¿El mediano de cinco hermanos? Todos han crecido aquí en Dénestornya. Cuando era niña, su padre era el administrador. Los conocí bien a todos... Los pequeños eran mis compañeros de juego... Muy bien, pues invítalo. —Volvió a sumergirse en sus pensamientos con una sonrisa suave, llena de recuerdos. Luego añadió—: Pero dile que envíe un telegrama con bastante antelación, porque en otoño se han de caldear las habitaciones de los huéspedes unos cuantos días antes...

—Todavía no hace tanto frío.

—¡No importa! El tiempo puede cambiar. Es mejor saberlo con antelación...

A Bálint no le llamó la atención que la visita de Gazsi Kadacsay no preocupase tanto a su madre.

El quinto día por la noche llegó Gazsi en su yegua purasangre *Honeydew*, que se había vuelto tan mansa bajo sus manos que parecía increíble que tan solo dos años atrás hubiese sido el temor de los *jockeis*. Bajo el barón Gazsi parecía tan apacible como aquel viejo poni que ya solo utilizaba en casa para recorrer las tierras. Había que admitir que *Honeydew* no aguantaba a otra persona en su lomo.

—Me vi obligado a venir a caballo para hacerla trabajar, aunque me habría gustado más venir en carro, pues así habría podido traer una bolsa —explicó Gazsi cuando se bajó en el patio—, pero nadie es capaz de sacar a pasear a esta arpía: mientras he estado fuera en Szilágy, le dio una patada en el vientre a mi mozo de cuadra más joven. Estoy condenado a mantener a esta mala pécora... —dijo Gazsi e inclinó su nariz de cuervo lanzando una mirada de lástima a Bálint. Abády creyó que lo decía de broma porque siempre divertía a su público con su cómica mala suerte, pero parecía hablar en serio y, además, añadió algo totalmente inesperado en él. ¡Se excusó por su aspecto!

—Sé que no se debe llegar tan sucio a la casa de la tía Róza, llevo en la bolsa de cuero una muda, pero ahí apenas cabe nada...

—¡No tienes de qué preocuparte! —estalló en carcajadas Bálint—. Mi madre ya te conoce y está acostumbrada...

—¡Claro! ¡Claro! ¡No se espera otra cosa del bruto de Gazsi! —dijo con tanta amargura que Abády se arrepintió de su comentario.

Sin embargo, Gazsi sacó de la bolsa de cuero un esmoquin que le había hecho a medida un sastre de Torda. Cuando subió a cenar, pese a la camisa arrugada y el cuello roto, casi parecía un europeo civilizado. Daba la impresión de que se empeñaba en tener un aspecto de persona culta. Y tenía la mirada insólitamente seria.

Después del habitual té y de las manzanas en almíbar que se tomaron en el pequeño salón junto a la señora Abády, Bálint acompañó a Gazsi a su cuarto. Cruzaron el comedor en silencio y bajaron las escaleras. Durante la cena y después, en la sobremesa, por más que su amigo contara un par de anécdotas burlándose de sí mismo como acostumbraba a hacer, Abády había advertido que Gazsi estaba muy preocupado. Contó como por culpa de una nutria se había caído al agua escopeta en mano y, después, desde la orilla, se había reído de él. Y como en otra ocasión se había comportado como un imbécil esperando impotente a que ataran un perro a su cadena y, al final, una vez atado, lo mordió igualmente. Contó unas cuantas historias más con esos gestos rebuscados y exagerados de payaso, pero Abády notó que lo hacía por costumbre, porque aquello era lo que los demás esperaban de él. Cada vez que se

callaba, le aparecía una arruga en la frente como si lo afligiera una idea funesta. «¿Qué le estará pasando?», se preguntó Bálint preocupado y esperó a bajar las escaleras para que su amigo sacara el tema. Y así fue.

—Me gustaría comentarte una cosa —dijo el barón Gazsi.

—Ven a mi cuarto porque aquí van a apagar las luces. A mi madre no le gusta que los criados se acuesten tarde. Después te volveré a acompañar con una vela.

Dieron la vuelta. Cruzaron la antesala, mientras las luces parecían bajar de la planta alta, desaparecían bajo un arco y se apagaban.

Los dos jóvenes se sentaron frente a frente en la habitación de la torre. La lámpara de lectura arrojaba un círculo dorado sobre la mesa dejando todo lo demás en penumbra.

Kadacsay titubeó antes de comenzar a hablar. Como los polluelos del cuervo, inclinó la nariz y clavó la mirada en el brazo de su butaca, como si desde allí quisiera leer lo que iba a decir.

Pronunció las palabras muy despacio, pausadamente, eligiéndolas una a una.

—He hecho testamento —dijo—. Sí. Me ha parecido una buena idea. Por eso he venido a verte, porque me gustaría que fueras tú mi albacea testamentario, si lo aceptas...

A Bálint le asaltó la preocupación. Como un rayo se acordó de su propio padre, que apenas era algo mayor que Kadacsay cuando le diagnosticaron el cáncer que lo mató en pocos meses. ¿Le pasaría lo mismo? ¿Sería esa la explicación para su cambio de humor?

—¿Tienes algo grave? ¿Has ido a ver al médico? ¿Tienes algún síntoma que te haya asustado? —le interrumpió esforzándose por sonar objetivo.

—¡Qué va! ¡Estoy más sano que un roble! —respondió Gazsi—. No obstante, considero que es más inteligente dejar las cosas claras... a tiempo...

Y le explicó con todo detalle que hacía unos días había visitado a su hermana en Szilágy y había arreglado con ella todas las cuestiones pertinentes. Gazsi le hizo partícipe de los cálculos y los datos de su finca, le dijo que había pagado la deuda que tenía de los años que había estado en el servicio militar y le comentó que solo faltaba decidir sobre su legado.

—Pero, amigo, ¿qué te ha podido ocurrir para que sin razón alguna y siendo tan joven te ocupes de tu muerte? ¡No es normal! —le interrumpió Bálint, casi molesto por el pesimismo de Gazsi.

—¿Todo debe tener una razón? —preguntó el otro con una sonrisa torcida—. Vamos a suponer que un día *Honeydew* se vuelve tan loca que se deja caer de espaldas y me aplasta. Ya ha matado a un *jockey* de esa manera. Bueno, para mí, que no entiendo de otra cosa que de caballos, sería una muerte digna —se rio sin ganas—. ¿Y por qué se debe temer a la idea de la muerte? ¿No dice Schopenhauer que es la voluntad de vivir lo que nos hace temer la muerte y que ese temor es una reacción puramente animal? Creo haber aprendido algo del viejo alemán, a no ser que lo haya

aprendido mal... —hizo un gesto de resignación y volvió a reírse, pero de repente cambió a un tono más serio. Su legado era dejar su fortuna a los hijos de su hermana, pero con una condición: antes de hacerse con la posesión, tendrían que pasar dos años en alguna universidad extranjera, en Inglaterra o en Francia. El lugar lo decidiría Bálint. Y ellos tendrían que cumplirlo—. No quiero que sean unos brutos ignorantes como yo.

¡Esa era la explicación!

Abády lo escuchó conmovido. ¡Qué clase de contradicciones escondía el pobre Gazsi! Quería asegurar a sus sobrinos la cultura que en vano buscaba para sí mismo. Y en ese momento recordó los amargos comentarios de Gazsi sobre sí mismo, sobre la sed de conocimiento y el anhelo que lo empujaba a leer lo que caía entre sus manos: filosofía alemana y obras históricas. Seguramente así intentaba recuperar los años perdidos dedicado al deporte y a las frivolidades.

—Es un honor tu confianza y te la agradezco. A pesar de que es poco probable que yo deba actuar, puedes contar conmigo. Tú mismo enviarás a tus sobrinos a Inglaterra, también a los que están por nacer.

Gazsi se levantó riendo:

—¡Habacuc fue el último profeta y los judíos le dijeron dónde había que disparar a los adivinos! —Se rio de buena gana por esa irreverencia que tal vez servía para disimular su conmoción. Apretó calurosamente la mano extendida de Bálint y la mantuvo apretada más tiempo de lo habitual, como si estuviera despidiéndose.

A las ocho de la mañana siguiente salieron a cabalgar. No valía la pena partir más temprano, porque a esas horas los amaneceres otoñales cubrían de niebla el valle del Aranyos. Ellos se dirigían precisamente allí, a la pista de prácticas, para hacer unas pruebas a los caballos, sobre todo de velocidad. Dado que *Honeydew* era una purasangre de carrera y estaba a mano, probarían en una carrera de corta distancia cuál de los potros era capaz de mantenerse cerca de ella a galope tendido.

En el patio de los establos los esperaban cinco yeguas. Aparte de *Honeydew*, cuatro yeguas de Dénestornya: *Guapa* y *Ámbar* con las sillas de montar de Bálint y *Comadreja* y *Csalma* con las sillas de los mozos de cuadra. Aquellas alazanes apenas se diferenciaban por el color canela más o menos intenso. Por sus dieciséis puños de altura, por su cuello largo y elegante y por sus omoplatos oblicuos y hundidos, así como por haber «recorrido mucha tierra», podrían parecer purasangres inglesas de no haber estado también allí *Honeydew* —un poco más apartada para no arrearles una coz—, cuya estampa representaba el perfecto caballo de carrera, de huesos más finos y vientre de galgo.

Salieron al paso por el amplio portal. Bálint marchaba delante en el caballo líder, a su lado, un poco más atrás, Gazsi, porque su yegua purasangre amusgaba con malicia. Y detrás de ellos, Simon Jáger y los mozos. El repiqueteo de los cascos

resonaba bajo la bóveda.

Después de cruzar el puente del antiguo foso del castillo, giraron a la izquierda. La niebla todavía se extendía por el valle como un edredón de plumas cuyos jirones de algodón flotaban tapando toda la llanura hasta más allá del lejano Maros, por donde los rayos del sol cada vez más intensos comenzaban a romperla. La corona de los gigantescos álamos del Nagyberek ya había conseguido despuntar, solo un par de velos se enganchaban en sus capirotos de hojas doradas y las brillantes monedas de sus copas centelleaban al viento. Bajaron entre grupos de abedules, arces y abetos por el camino que describía una gran curva para que la pendiente no fuera tan abrupta. Más abajo, el vapor se hacía tan denso que terminaba apagando los colores haciéndolos mates y, aunque la vista alcanzaba la lejanía, aquel paisaje parecía cubierto por un cristal esmerilado y todos los detalles, que parecían más lejanos y de mayor tamaño, dibujaban un paisaje onírico.

Cruzaron otro puente y, a sus pies, el río humeaba. Un martín pescador bajó con un chillido tan cerca de ellos que su plumaje de zafiro trazó una línea de resplandor sobre el agua y desapareció.

—Esa ave anuncia que el invierno está por llegar —dijo Kadacsay en voz baja, y no hablaron más.

En el tupido césped no sonaban los cascotes. Cruzaron un pasaje mágico. Los signos de admiración de los abetos y los pinos negros interrumpían, como islas, la monótona extensión de los campos de heno y de trébol cubiertos de niebla. A medida que se acercaban, aquel entorno que apenas era un bosquejo se volvía cada vez más mágico, más irreal. De repente un rayo de sol atravesó la niebla pintando franjas de color naranja en el gris perla. Las suaves mantas se deshilachaban formando finos hilos de plata entre las ramas de los álamos. Un esmalte rosado se fundía sobre el cercano bosque como si la naturaleza se sonrojara a medida que el sol le quitaba la ropa.

De repente, entre la misteriosa espesura, sonó una voz estridente, como si alguien estuviera tocando un tambor cavernoso a ritmo muy lento. Aquella voz extraña no se parecía a nada, tal vez a la resonancia de un barril vacío, pero era una voz viva que sonaba imperiosa y rabiosa y reflejaba, fatigada pero agresiva, una obsesión apremiante.

Se detuvieron todos, los caballos aguzaron los oídos.

—¡Son los bramidos de un gamo! ¡No está lejos! —susurró Bálint a su compañero. Salió al trote hacia el camino de césped que serpenteaba hasta el vado entre el bosque de sauces y saúcos y bajo las bóvedas de los álamos.

El cañaveral se alzaba ante ellos como un muro en que se abría un hueco suficiente para un coche. Después de cruzarlo, llegaron a un banco de guijarros que el río había acumulado. El agua apenas corría por allí y solo llegaba a la mitad de las patas de los caballos. La presa estaba a kilómetro y medio río arriba y contenía el agua hacia el foso del molino. Allí solo llegaba el agua que se infiltraba por otra presa

hecha de ramas. En otoño el Aranyos siempre estaba más bajo. En primavera podía ser enorme y poderoso como lo demostraban las altas orillas de más de tres metros. En el muro de la arroyada se distinguían los distintos sustratos con tanta claridad que bien podría haberse mostrado en una clase de geología: en la capa superior, la tierra con hierba; debajo, el grueso y grasiento humus negro; después, varias capas finas de arcilla y guijarros y, finalmente, la pizarra azulada que el mar prehistórico había dejado allí.

Cruzaron el vado en oblicuo. No les costó subir por los peldaños excavados en la orilla. Delante de sus ojos se abría el paisaje, la mayor llanura de Transilvania, que se extendía enfrente del pelado Mezőség con los despeñaderos amarillos y las manchas rectangulares de los viñedos. A la derecha, más allá del Maros, se alzaban las colinas; a la izquierda, muy lejos, se vislumbraba la cresta de la quebrada de Torda y, todavía más lejos, como una nube gris, los neveros de Jára. La fértil llanura se bañaba en los rayos del sol. Por los cuatro lados de una tabla de avena se había dejado una banda de rastrojo tan ancha como para que tres caballos pudiesen correr juntos y allí se corría durante el otoño, porque era más larga y más suave que la pista de césped en el soto. Por el costado más largo y con dos palos de bandera se señalaban los límites de aquella pista de seiscientos metros.

Después de dar dos vueltas lentas se disponían a probar a *Csalma*, de cinco años, y después a la joven *Comadreja*, para comparar su galope con el de la purasangre.

Bálint, Simon Jäger y Pisti, el mozo de cuadra, observaron el resultado desde el camino. La primera prueba transcurrió sin problemas. *Csalma* mantuvo bastante bien el ritmo de *Honeydew* pese a que el trote ligero de esta ya parecía galope tendido.

—Se sentirá orgulloso de ella, señor conde —dijo Simon muy ufano—. Yo no cambiaría ninguno de nuestros caballos por esa cabra esquelética. En cinco mil podría ganarle.

Gazsi se acercó a Abády a caballo y, después de decirle algunas palabras de elogio a la yegua, hizo una señal al mozo y volvió al palo de salida. Entonces pasó algo sorprendente.

El mozo Pisti soltó un par de *cámelon* resonantes para incitar al potro a que se acercase, pero *Honeydew* lo interpretó mal. Tal vez creyó que los *cámelon* iban dirigidos a ella. ¡Alguien se atrevía a gritarle! O se trataba de una carrera de verdad, cosa que detestaba desde Alag. Bruscamente encorvó el lomo, metió la cabeza entre las patas y dio un par de cabriolas y saltos en todas direcciones. A Gazsi lo cogió por sorpresa y lo arrojó al suelo, pero cayó de pie sin hacerse daño.

¡Pero el pobre mozo de cuadra! El otro caballo relinchó atemorizado, levantó la cola y con ganas de imitar a su compañera pegó un bote tan grande que el pobre Pisti trazó un arco en el aire como una estrella fugaz y cayó de bruces en el suelo.

Todo pasó en un instante y el espectáculo resultó tan curioso que parecía que a la salida de la pista un volcán estuviese arrojando caballos y jinetes. Bálint se rio sin querer y, después de contener su montura —esas atracciones son muy pegadizas y su

caballo también quiso participar en la broma—, se fue a ver a Gazsi a todo trote. Simon pasó a su lado a galope tendido hacia el vado porque Pisti había perdido la potranca y, una vez suelta, enfilaba derecha a casa. No tenía mucho sentido ir a por ella, pues terminaría llegando al establo sin desviarse, pero a Simon le apasionaba atrapar los caballos en marcha. Hacía dos años, en la cacería de Zsuk, cuando acompañaba a Bálint con el caballo de reserva, había reaccionado igual: Simon permanecía al acecho y, en cuanto alguien caía de bruces, ¡hala!, salía tras el caballo suelto a galope tendido por montes y valles. Recto en los estribos cortos, no doblado como un *jockey*, sino con la espalda recta como un viejo húsar, desapareció en dirección al río.

—¡Qué mala pécora! —se rio el barón Gazsi desde el lomo de la purasangre cuando Bálint lo alcanzó—. ¡Qué ganas de hacerme daño! —No estaba enfadado, su amigo se lo había tomado a broma y tal vez también *Honeydew*, cuyas orejas amusgadas, su boca torcida dibujando una sonrisa malévolamente en su largo hocico seco y el brillo de sus ojos reflejaban el placer que había sentido al haber cometido una travesura.

Como una de las principiantes se había escapado, no pudieron convocar la segunda carrera y decidieron emprender el camino de vuelta. Volvieron a entrar en el parque por la isla de Nagyberék.

—Vamos a recorrer un rato los senderos —propuso Abády—, a ver si vemos algo interesante. El gamo se vuelve mucho más loco que el ciervo durante la brama, es más inquieto y pasa más rato al descubierto...

Mandaron al otro mozo a casa y se desviaron hacia la espesura.

La neblina de la mañana ya casi se había disipado del todo. Entre las ramas trepadoras del lúpulo silvestre, los gruesos tallos amarillentos de la cicuta seca, el jaral de saúco y bonetero y las espinas de endrino penetraban los rayos del sol y, atravesando la rejilla de las ramas intrincadas, arrojaban una mancha de llamas sobre la hojarasca. Con su mano resplandeciente abrazaba el tronco de un álamo secular y dejaba su arañazo sobre la corteza de otro. Manchas resplandecientes, franjas de azul oscuro y luces cegadoras bailaban por el sotobosque. La sombra de las gigantescas copas dibujaba figuras caóticas sobre las plantas.

Continuaba siendo el mismo bosque mágico envuelto en la niebla de esa misma mañana. Se mezclaban el rojo encendido de los frutos del pimiento de bonete, el carmesí del aliso negro, las hojas alimonadas del arce y el oscuro bronceado del roble y, para más adorno, bayas negras resplandecían en la espesura como millones de diamantes negros.

Cruzaron pequeños prados de verdor salvaje y túneles de matorral y alguna que otra vez se paraban para escuchar los sonidos del bosque, como si se percibiese en el aire una inquietud. Solo era una sensación, nada concreto. De vez en cuando algo crujía, tal vez una rama seca, tal vez solo la propia imaginación. Y a veces se oía un bramido estridente, pero ¿de dónde procedía? ¿De delante? ¿De la derecha? ¿O se

habían engañado?

Los caballos también permanecían atentos, con los ollares abiertos y las orejas tiesas, como si sospechasen que algo misterioso estaba ocurriendo a su alrededor.

Pasaron por una balsa. Kadacsay se quedó detrás y se detuvo. De las aguas profundas se alzaban cañas y retoños de sauce cuyos movimientos daban la impresión de que cierto ruido surgía del fango. Dirigió ligeramente su yegua hacia ese ruido, inclinado hacia delante en la silla de montar, cuando bruscamente un enorme gamo irrumpió de la negrura. Se paró a unos diez pasos. Su cornamenta en forma de palas apuntaba al cielo y, entre ella, se alzaban las dos enormes luchadoras. Su traje marrón rojizo estaba adornado de puntitos blancos. No era un animal grande, más bien del tamaño de un potro de dos años, pero gracias a sus cuernos parecía una bestia aterradora. *Honeydew*, aun sin comprender la amenaza que suponía aquel gamo, se paró en seco y retrocedió un paso, asustada de que aquel animal le hubiera clavado la mirada. El gamo extendió sus narices brillantes como el charol, dio dos o tres pasos hacia delante, pero al sentir el olor humano, dio la vuelta y desapareció en el cañaveral.

Gazsi continuó al trote tras Bálint y, al alcanzarlo, le dijo todo orgulloso:

—¡No sabes qué me acaba de pasar! Ha salido un gamo del cañaveral y *Honeydew* se ha asustado. ¡Por primera vez en su vida! ¡Se le aceleró el pulso a la bruja! Sentí con las pantorrillas cómo el corazón le latía a saltos. ¡Alabado sea Dios por haber podido verla impresionada aunque sea una sola vez!

Más tarde vieron desde lejos una vaca y varios terneros cerca de la isla Hársas. A un cuarto de hora de allí oyeron otro ruido procedente del bosque cerrado. Seguramente eran dos machos luchando, pero como ya casi eran las doce, decidieron volver a casa.

Durante toda la excursión Kadacsay estuvo de buen humor, pero ese ánimo suyo solo se debía al haber estado distraído por aquella última aventura. Cuando alcanzaron la colina y Bálint le preguntó cuándo se trasladaría a Zsuk, volvió a arrugar la frente.

—Es muy probable que no vaya... Ya estoy harto. Solo caballos, caballos y caballos... ¿Y para qué? ¡Basta ya!... Me he hartado...

—¡Pero es inimaginable la cacería sin ti!

—Ya se irán acostumbrando...

Su voz sonó con mucha amargura.

Encontraron a la señora Abády a la entrada de la casa cortando flores con una podadera, con sus manitas protegidas por unos gruesos guantes de ante. Se había hecho un gran ramo con las rosas que los muros del patio interior habían protegido de la escarcha. Al acercarse con el enorme ramo en los brazos daba la impresión de estar preparando una fiesta. La toca con que solía cubrirse los domingos para ir a la iglesia

lucía un coqueto lazo de raso y tampoco vestía su vestido habitual sino que se había puesto uno más elegante con encajes blancos y puños. Su aspecto era más juvenil que otros días. Llamó al guarda, que pasaba por allí:

—Llévese estas flores —ordenó— y diga que coloquen unas cuantas en las habitaciones de huéspedes.

Después, con pasos alegres, se apresuró a saludar.

—¿Qué tal os ha ido? ¿Qué habéis visto? Sentémonos a la entrada de la casa. Estos días me gusta sentarme al sol.

Los llevó a un banco desde el que se veía bien el portal del patio. Con gran placer escuchó el relato de Gazsi, que volvió a lucir su capacidad para las bromas e interpretó espléndidamente de qué manera tan estúpida se había caído. Le contó además el encuentro con el gamo y los saltos que le había dado el corazón a *Honeydew*. Ensalzó los caballos de Dénestornya, alabanzas que le encantaron a la señora Róza, pero la mirada de la condesa se desvió repetidamente hacia el portal principal.

—Áron Kozma llegará con el tren de las once y media... —les comentó como si nada tratando de volver a prestar atención a las historias de Gazsi.

A la hora de comer la señora Abády hizo sentar al nuevo huésped a su derecha, puesto que Kadacsay era un pariente lejano y Kozma, un ajeno. Se ocupó de él preguntándole por su familia y sus tíos y, en especial, se interesó por su padre, de quien habló con mucho afecto.

Nadie podría haber dicho que estaba furiosa con él. Todos los años Boldizsár Kozma le aguaba el día de su cumpleaños. No se sabía por qué razón, pero se burlaba de ella enviándole una postal en la que la felicitaba exactamente por los años que cumplía, un dato que sabía de memoria porque ambos habían nacido el mismo día. Y había comenzado a enviarle esa felicitación al cumplir los cincuenta. Hasta entonces nunca le había escrito nada. La condesa Róza pensaba que era una venganza de infancia, la revancha de un adolescente transcurridos cuarenta años. Cuando el administrador Kozma y su familia se fueron de Dénestornya, ella tenía trece años y, desde entonces, no había visto a ninguno de ellos. Intentó recordar, pero no encontraba cómo podría haberlo ofendido y, es más, la condesa recordaba que siempre había sido amable con todos, pero especialmente con Boldizsár, un chico muy simpático y muy amigo suyo. ¿Cuál sería la razón de aquellas postales? Y como la señora Róza no tenía ni idea de por qué le gustaba incordiarla, la postal le amargaba el día de su cumpleaños y hacía que se enfadase, pero en esos momentos no mostraba ni rastro de ese enfado.

La señora Róza era toda bondad y sonrisa.

Y es que de ese modo se vengaría de la maldad de Boldizsár. La condesa se empeñaba en colmar de atenciones al hijo a fin de que cuando regresase a casa, le

contara a su padre lo bien que ella lo había tratado y con cuánto afecto y alegría había hablado de él: así el viejo Kozma vería que la molestia que le prodigaba no servía para nada ni tenía efecto alguno. Y también para que el hijo le refiriese lo joven que ella estaba a pesar de los años que Boldizsár, en cuyo cálculo exacto jamás fallaba, escribía con tanto descaro en su postal. Tenía la sensación de que la mejor revancha era disimular que aquello le hacía mella. ¡Ese era el castigo que él merecía!

No le costó en absoluto representar ese papel. Los recuerdos de su infancia la asaltaron y así le fue más fácil hacerse la bondadosa. Y cuando no hablaban entre ellos, lo miraba de soslayo, como buscando similitudes en su cara morena de tártaro de Crimea.

Después de la comida tomaron café y la anfitriona propuso ir a ver la yeguada, que tras la siega otoñal bajaba de los henares de la montaña y pastaba por los prados de la parte baja del parque.

—Deberíamos salir ahora —dijo—, antes de que se haga de noche. ¡Bálint, ordena que preparen el carruaje!

—Pero si está aquí al lado, son cinco minutos a pie tras pasar el foso del molino...

—No importa. Yo iré en coche. ¿Le apetece acompañarme? —preguntó a Áron Kozma—. Después podríamos recorrer el parque para que usted se haga una idea general, ya que es la primera vez que nos visita...

Sin duda, un gran honor. Y no era nada insólito porque a la señora Abády le encantaba presumir del parque que con tanto amor y esmero cuidaba. Así lo habían hecho su padre y su abuelo. Toda una tradición de Dénestornya. Solo gracias a la atención y el sacrificio de varias generaciones existía esa belleza cuyo elemento central eran los árboles. Aquellos árboles habían necesitado décadas para llegar a formar parte del paisaje y para poder lucir la plenitud de su belleza habían sido precisos cincuenta años. No era de extrañar que estuviesen orgullosos de su parque.

La señora Róza y su acompañante se dirigieron al patio para salir en el coche y bajar por el puente del Aranyos dando una vuelta por el parque primero. Bálint y Gazsi caminaron desde la terraza norte a la rosaleda, por donde el camino, interrumpido por algunos escalones de doble altura, bajaba por la abrupta pendiente. A ambos lados crecían encinas con las copas en pico, larguiruchas y delgadas como cipreses.

No tenían prisa. El carruaje tardaría en dar la vuelta al castillo y el foso del molino que ellos debían cruzar se abría a unos cien pasos. A la derecha, en la otra orilla y a través del follaje ya más ralo de los setos, vislumbraron los caballos.

Caminaron un rato en silencio.

—He pensado mucho en lo que me comentaste anoche —dijo Bálint—. Creo que tu problema es la soledad en Bükkös. Por eso te mortificas tanto. Deberías casarte...

—¡Ni loco! —contestó Gazsi enfadado e hizo una señal de resignación.

—Sí, deberías decidirte. Verías todo de distinta manera. Tendrías unos cuantos críos, los pequeños Kadacsay, y podrías educarlos como quisieses.

—¡Ni loco! —repitió el otro y añadió—: Yo no sé tratar a las mujeres de nuestro círculo. Soy un bruto. Hasta ahora me he apañado con las criadas... Es lo que me va, pero ¿qué hago yo con una condesa delicada? Yo soy una bestia, no sirvo para eso. Además, nadie está tan loco como para casarse conmigo.

—¿Cómo que no? Hay muchas mujeres. Verás, está, por ejemplo, Iduska Laczók, que desde hace años está esperando que le pidas la mano.

Le contó que era lista, amable y sencilla... Y, en tono cómplice, añadió, sabiendo que era un buen cebo:

—Y está perdidamente enamorada de ti. Todo el mundo está al tanto.

—¡Qué locura! —dijo Gazsi, pero no con tanto convencimiento.

—Claro que está enamorada. Y mucho. Desde el baile de Vársiklód. ¿No te acuerdas? Y estaría muy bien. Iduska es buena ama de casa y, además, es guapa y goza de buena salud. Siendo la mano derecha de su madre, sabrá llevar un hogar. Y te va muy bien por la edad que tiene, ya no es una mocosa, hace seis años que fue su puesta de largo.

El barón Gazsi se quedó abstraído:

—Bueno, tal vez lo que me estás diciendo... Aunque... ¡Vete a saber!

No hablaron más.

La visita a la yeguada se alargó porque la señora Róza contó una por una la capacidad reproductiva de las veinticuatro yeguas repasando su árbol genealógico y sus méritos, pero fue interesante, sobre todo para los profesionales de la cría caballar, puesto que ella sabía mucho y hablaba desde la experiencia.

Dijo cosas muy interesantes sobre la herencia de los rasgos característicos, constante tanto en la constitución como en el carácter. Por fin subió al carruaje con Kozma. Bálint y Kadacsay se fueron caminando hacia el abetal de la parte superior del parque.

Ya anochecía cuando llegaron a la colina del mirador. Rodeado por abetos seculares se hallaba un pequeño cenador con columnas de piedra. Ante él se extendía un extenso prado con varias clases de árboles entre la espesura. Abajo serpenteaba el camino por el que esa mañana se habían ido a cabalgar. Enfrente se alzaban los muros del castillo y las torres con sus cúpulas moradas contra el trasfondo amarillo claro del cielo. Desde allí las cúpulas de cobre no aparentaban estar verdosas, sino casi negras al contraluz del ocaso azafranado.

A pesar de que comenzó a hacer frío, se sentaron.

—¡Qué preciosa es esta vista! Nunca había subido aquí —dijo Gazsi, y después

guardó silencio durante unos minutos.

De repente dijo:

—He visto a Laci. Pobre diablo...

¿Qué le hizo hablar de él de repente? ¿Por qué pensó en él en aquel preciso momento? Tal vez por el contraste que sentía entre el bienestar y la belleza que reinaba en Dénestornya y aquella morada miserable que sin querer le asaltaba una y otra vez.

—¿Sí? ¿Dónde? ¿Cuándo? —preguntó Bálint ávido de noticias.

—Ahora, al volver de Szilágy...

Gazsi reflexionó un rato y después le contó que había pasado por Szamoskozárd. A un lado del camino, delante de una casa campesina, se había encontrado a László Gyerőffy sentado en una destartalada silla de jardín.

Tardó bastante en reconocerlo.

El cochero también había tardado en entender que quería parar, por eso habían pasado de largo cuando por fin pudo bajar. Gazsi desanduvo el trecho que le separaba de la vecina finca vacía. No obstante, cuando llegó cerca de la valla, László se levantó, le dio la espalda y se metió en la casa.

—No sabía cómo actuar. ¿Debía seguirlo o dejarlo? Siempre he sido un burro. Al final lo dejé, pensé que me había visto y que había entrado a la casa porque no quería verme...

—¿Cómo está? ¿Qué tal lo viste?

—Creo que está más delgado, pero no estoy seguro. Nos separaba la valla. Había un jardín delantero, ya sabes, y después la casa. Llegué hasta allí. Al lado de su silla había una botella y un vaso... Quizá estuviera bebiendo delante de la casa. Cuando entró se cogió del marco de la puerta. No querría que lo viese borracho. Por eso di la vuelta. Quizá metí la pata, ahora lamento no haber insistido...

—Yo apenas sé nada de él. Desde el verano pasado le he escrito un par de veces, pero no me ha contestado.

Bálint le contó todo lo que sabía acerca de László.

El verano anterior se había enterado de que László había vendido la finca, pero que continuaba viviendo allí, en la casa de los criados que había conservado. En primavera volvió a escribirle y en nombre de su madre y en el suyo propio le ofreció vivir con ellos. László podría compartir el castillo o, si lo prefería, mudarse a la casa solariega que había sido de su abuelo, Péter Abády. László no contestó. Tal vez prefería vivir así. Seguramente sabía que en Dénestornya no le dejarían beber.

—La finca de Szamoskozárd se la compró Ázbej, antiguo administrador de mi madre. Dice que le paga una especie de pensión vitalicia. No sé cuánto. No tengo contacto con Ázbej.

Se callaron pensando en László y en su triste destino.

Abády se levantó:

—Mi madre seguramente nos estará esperando ya con la merienda.

Partieron hacia la casa en silencio.

Cuando ya casi estaban debajo del monte de castillo Kadacsay comentó:

—Es una lástima lo de László... Pero tiene suerte de que le guste algo tanto, aunque sea aguardiente.

Antes de la cena Bálint se retiró con Kozma para hablar sobre los planes de la cooperativa. El mismo Áron tenía algunas propuestas que hacerle y él, un hombre racional y de gran sentido común, rechazó algunos de los planes de Bálint por no parecerle factibles. De esa manera, de aquella breve reunión surgieron algunas medidas que llevarían a la práctica todas las ideas algo nebulosas que le habían rondado por la cabeza desde su encuentro con Adrienne.

Como los huéspedes se marchaban a la mañana siguiente muy temprano, se despidieron de la anfitriona por la noche.

—Por favor, dele a su padre recuerdos de mi parte —dijo la señora Róza a Áron Kozma mientras le extendía la mano para que se la besase—. Y cuénteles todo lo que ha visto aquí y que a pesar del paso de los años, me mantengo enérgica y no me pesa la edad.

Se había preparado esa frase de despedida aquella mañana. Sus palabras eran una flecha envenenada para su antiguo compañero de juegos a fin de que supiera que intentaba enfadarla en vano y que era inútil molestarla con aquellas felicitaciones tan absurdas. La condesa estaba segura de que el viejo Boldizsár se molestaría y eso la alegraba sobremanera. Por eso esbozó una sonrisa bondadosa.

SEGUNDA PARTE

1

László Gyerőffy vivía en la antigua casa de los criados que había decidido mantener cuando hacía año y medio había vendido su finca. Se la guardó pensando en su viejo administrador, Márton Balog. Quería regalársela al viejo para que no acabase en la calle, pues estaba seguro de que Ázbej echaría al pobre criado en el momento en que tomara posesión del castillo de Szamoskozárd. Ni se le había pasado por la cabeza pensar que él mismo acabaría en ella.

Después de que en marzo anterior la ventisca lo hubiese hecho caer a la cuneta completamente borracho cerca de Apahida, un carro de un tiro llegó por el camino. Bischitz, el tendero de Szamoskozárd, había ido a Kolozsvár ese mismo día y hacía entonces su camino de regreso. El tendero iba acompañado por su hija Regina, pues era la mayor de sus hijos y, a su parecer, la que mejor daría de comer al caballo y cuidaría de los enseres mientras él hacía sus negocios.

En el camino de vuelta les pilló la ventisca. El miserable jamelgo apenas podía avanzar contra el terrible viento. Así llegaron hasta el puente de hierro de Apahida, donde se percataron de la presencia de László a la luz del farol de petróleo.

Aun tendido boca abajo, recostado contra el borde y cubierto de nieve hasta la espalda, lo reconocieron gracias a su abrigo de grandes cuadros. Tal vez Regina fue la primera en hacerlo.

Bajaron del carro e intentaron reanimarlo.

La nieve fría y húmeda le despejó la borrachera, pero László estaba tan helado que apenas podía moverse. Padre e hija lo sacaron de la cuneta, lo subieron al carro y se lo llevaron a Szamoskozárd. Aunque el tendero había pensado subirlo al castillo, ya era tarde y el jamelgo estaba tan cansado que no fue capaz de arrastrar el carro por la colina, de manera que la señora Bischitz le preparó una cama en la mejor habitación.

Allí pasó László la primera noche.

Al día siguiente tuvo fiebre alta y hubo que llamar al médico. Entretanto llegó Ázbej, quien se desentendió de él y se opuso a que lo transportaran al castillo en tal estado. Si hubiese desarrollado la pulmonía que el médico dio por sentada, habría tenido que quedarse en el castillo varias semanas y Ázbej se disponía a hacer reformas en la casa inmediatamente, ya contaba con el maestro de obras. ¡No! ¡No podían trasladarlo al castillo! De ahí resultó que la única solución fue llevarlo a la vecina casa de los criados que según el contrato de compraventa era todavía suya. Naturalmente su viejo criado se fue con él y lo cuidó el tiempo que duró su enfermedad. De vez en cuando la pequeña Regina se escapaba de casa para verlo y ayudarlo en todo con gran afán. Gracias a ellos Gyerőffy sobrevivió. La enfermedad

se prolongó varios meses y, aunque para finales de verano ya estaba curado, le quedó una tos desagradable.

En principio fue Ázbej quien asumió los gastos médicos. Consideró que en caso de que los Abády le pidieran explicaciones sobre su comportamiento con Gyeróffy, ese gesto bastaría, pero como la enfermedad se alargó tanto, un buen día anunció que no pagaría más.

Uno no podría adivinar qué le habría pasado a László si unos días más tarde no se hubiese presentado en la tienda un abogado de Szamosújvár, el doctor Simay. Bischitz ya había visto hacía muchos años a aquel señor mayor, quien hacía veinte años comprara el retrato de Júlia Ladossa, la señora Gyeróffy, en la tienda de Bischitz después de que Mihály Gyeróffy lo hubiese tirado por la ventana. Llegó tan inesperadamente como entonces. Habló con el tendero a solas y desde aquel momento se ocupó de las necesidades de László mientras estuvo enfermo y, posteriormente, también se preocupó de que tuviese lo necesario para vivir. El tendero recibía a tal fin cuarenta coronas semanales, exactamente cuarenta, ni una más. No podía darle dinero a László y también tenía prohibido venderle a crédito o concederle cualquier tipo de adelanto. Tampoco podía revelarle de dónde procedía el dinero.

Del mismo modo, László tampoco preguntó nada. A veces reñía con el tendero porque aquel no quería darle más o mejor aguardiente. Eso era lo único que le interesaba. No obstante, nunca se quejó de la comida: apenas comía. El viejo Balog cavó la huerta trasera de la casa y de allí cosechaban algunas verduras y patatas para comer. László comía de la huerta y la mayor parte de la cuenta que Bischitz entregaba mensualmente al viejo abogado Simay era de bebida.

Así pasó más de un año. László estaba tan débil que apenas salía de la casa, se sentaba, a veces en el interior, a veces a la entrada, y no hacía nada. De vez en cuando cogía un periódico atrasado y lo repasaba sin mayor interés. No leía otra cosa en absoluto. Alguna que otra vez se acercaba a la tienda para charlar con los compradores y sobre todo con Bischitz y su mujer. Si ellos estaban ocupados, hablaba con la pequeña Regina, encargada del negocio en ausencia de sus padres. A pesar de que no había cumplido los trece, Regina era una muchacha espabilada y resuelta, conocía cada artículo, dónde se guardaba y cuánto costaba.

Poco a poco se forjó una curiosa relación entre ellos. Cuando bebía más de la cuenta, László dejaba de ser tan taciturno y surgía en él un orgullo insólito que le hacía hablar de su vida de clase alta, de sus éxitos sociales, de aquellos tiempos en los que había sido primer bailarín y galán en Budapest. Ya entonces, cuando se reunía con sus amigos, se burlaban de él por ser tan fanfarrón cuando se emborrachaba. Y ahora le pasaba lo mismo cuando se hartaba de aguardiente y, estando tan débil, tras tres o cuatro copas comenzaba a hablar de sí mismo y del gran lujo en que había vivido. Solo había que provocarlo un poco y se volvía muy parlanchín: hablaba de la cena en honor del rey de España, de los bailes celebrados en el castillo real y en otros

palacios y de suntuosos banquetes y fiestas. El matrimonio Bischitz no era buen público para escucharle, pues lo tenían por mentiroso y se aburrían.

Pero la pequeña Regina era diferente. Ella no se preguntaba si era verdad o no. Para ella aquello que László contaba era un resplandeciente mundo de hadas: las salas doradas, los muebles de terciopelo, el sinfín de flores y la música, las bellas mujeres ataviadas con preciosos trajes, los oficiales en uniforme de gala, jóvenes húsares y guardias reales trajeados con cordones y entorchados, príncipes, reyes, princesas... Su imaginación la hacía ver y vivir las historias de László. Aquello era más bonito que cualquier cuento que hubiese leído u oído. Y el mismo László, ese hombre flaco y enjuto que tenía enfrente vestido con un traje de excelente corte, pero lleno de remiendos y manchas, con sus zapatos rotos, a menudo sin afeitarse y con el pelo enmarañado, era para ella el príncipe de las leyendas, el infante embrujado que había sido el centro y el rey de aquel esplendor y lujo.

A Regina le fascinaban esas historias que escuchaba con los codos apoyados en la barra.

Su pelo, de color rojo Tiziano, flotaba alrededor de su cara fina casi de belleza juvenil. Sus ojos castaños de mirada de corzo se abrían de par en par entre las pestañas largas y oscuras. Sus labios carmesí se despegaban como si bebiera las palabras de László. Y cuando él hacía una pausa, la muchachita, sin contar cuántas veces, le llenaba la copa rápidamente para que se la bebiese de un trago, porque sabía que Gyerőffy continuaba de inmediato sus cuentos, solo era necesario darle aguardiente.

A veces tenía que interrumpirlo con una pregunta, como si no hubiese entendido algo, para que fuese más pródigo en detalles sobre los mayordomos de doradas libreas, los carruajes tapizados de seda, las mesas cargadas con vajillas de plata y otros tesoros o las tiaras con diamantes y las diademas de gigantescas perlas y rubíes que solían lucir las señoras mayores. Gyerőffy solo contaba esas cosas y para Regina no existía nada aparte de ese deslumbrante lujo de aquel mundo del que nunca antes había oído hablar.

Desde hacía muchos años, cuando solo era una niña, había sentido curiosidad por el «conde», como lo llamaban en el pueblo. Se alegraba de verlo, de poder observarlo en secreto desde la puerta de su casa, en la calle o a través de las vallas del castillo. Y poder cuidarlo cuando estuvo enfermo le alegró muchísimo porque así pudo estar más cerca de él. ¡Y ahora! Ahora de vez en cuando él se sentaba frente a ella y le contaba su vida exclusivamente a ella, lo que constituía una fuente de felicidad mágica y misteriosamente excitante que le llenaba toda el alma. El resplandor del que él hablaba solo servía de trasfondo: la única realidad era el mismo joven. Sus cuentos dibujaban una aureola alrededor de László que solo Regina veía, solo ella y nadie más. Y ella tenía la sospecha de que ese príncipe de cuento de hadas buscaba la ocasión para encontrarla sola en la tienda. Como si estuviese espiando cuando se marchaba el padre, László entraba en cuanto el tendero desaparecía en dirección a

Szamosújvár o al campo, donde cultivaba las doce hectáreas con ayuda de sus deudores. No solía ser frecuente —una vez cada dos o tres semanas—, pero en esas ocasiones ella estaba segura de que László aparecería y ellos dos se quedarían solos, ya que la señora Bischitz tenía que ocuparse de la casa y de sus hermanos pequeños.

Regina pensaba que solo acudía por ella, solo por ella, y su corazón le latía a saltos al pensarlo.

Y no se equivocaba. László no dejaba escapar la ocasión. Su intención era ir a la tienda cuando la muchacha estaba sola, pero no le atraía la belleza de la joven, ni siquiera la había notado, y tampoco se dio cuenta de que ya era casi una mujer. Dos cosas la hacían tan deseable. La primera razón era que Regina no era tan tacaña con el aguardiente como el buen Bischitz. La muchachita le rellenaba la copa sin contar las veces y sin que él tuviera que pedírselo. La otra razón era la más fuerte: con ella él podía hablar de su pasado, de aquellos tiempos llenos de magia que el destino había borrado. László podía hablar sobre el casino y el Club Parque, sobre los banquetes y las fiestas en los palacios de la nobleza donde él había organizado el orden de los bailes. También podía hablar sobre el perfecto salón de la señora Berédy y sobre el castillo blanco de los Szent-Györgyi. Podía describir Simonvásár, sus habitaciones, la biblioteca, el parque, las cacerías, así como describir el entorno de su gran amor. Y podía entretenerla dibujándole con palabras la habitación donde la había besado tan solo una vez, sus trajes, los ramilletes de clavel amarillo azafranado que le había regalado... László podía contar todo lo que él había perdido para siempre por culpa suya, pero nunca, nunca mencionó el nombre de Klára. De ella no hablaba nunca, solo de su entorno, de las luces, las flores y los olores. De ella jamás dijo una palabra, como si su nombre fuese un tabú, como el enigmático nombre de Dios lo es para algunas tribus antiguas. El alcohol borraba el sentimiento de culpa y solo le quedaba el placer de los recuerdos. La embriaguez del aguardiente se mezclaba con la borrachera que le provocaba la evocación del pasado.

A lo largo del invierno anterior el viejo Márton le había servido algunas veces conejo asado a su amo sin decir nada, simplemente se lo dejaba en la mesa, pero László, resignado y agotado, comía un poco sin pensar en nada. Durante la primera nevada del segundo otoño que pasó en aquella casa que había sido residencia de los criados tuvieron nuevamente conejo para cenar.

—¿Esto es conejo? ¿De dónde lo has sacado?

Aunque no le importaba demasiado, se lo preguntó a su viejo criado.

—Sí, es conejo —dijo por toda respuesta.

—Pero ¿de dónde lo has sacado? ¿Alguien os lo ha enviado?

Márton recogió la olla, el plato, el cuchillo y el tenedor haciendo mucho ruido y salió.

A László siempre le molestaba el laconismo del viejo Márton. Ba log, por eso lo

llamó enfadado:

—¡Contéstame! ¿De dónde has sacado el conejo?

Márton se giró desde el umbral. Sus ojos desprendieron un brillo fugaz y soltó un par de palabras.

—Hay conejo.

Salió y cerró la puerta de golpe.

Todo el mundo sabía que era un gran cazador furtivo. Aquella era su única pasión. Hacía muchos años que se había quedado viudo y no tenía amigos. Durante años, cuando László todavía era menor de edad, había vivido solo en el castillo y más tarde volvió a vivir solo, puesto que el joven señor apenas pasaba tiempo en casa. Balog era un criado con tierras propias y, además, cobraba algo del administrador. Cada año cebaba dos cerdos, así que no se había hecho furtivo por necesidad sino por ansia de aventuras y para burlarse de modo secreto y silencioso de los lugareños que —y él lo sabía— lo tenían por tonto. No le importaba, pero cuando se hacía con un cochinillo, lo desollaba hábilmente y, mientras estaba asándolo, sonreía bajo su bigote no solo por el buen olor sino porque sabía que se había burlado de todos: de los lugareños, del guarda de la granja y del administrador.

Uno debía ser muy listo para ser cazador furtivo. Uno debía saber qué tipo de cordel o alambre se necesitaba para las trampas. Lo mejor era la cuerda de violín. Él había encontrado un paquete cuando se trasladaron a la casa de los criados. Ya hacía mucho tiempo que László había vendido el violín, así que Márton pudo utilizarlas. Uno debía ser un maestro en colocarlas para que el animal quedase atrapado y también debía tener cuidado para evitar que alguien que casualmente pasase por allí pudiera encontrarlo y llevárselo. Tampoco era tarea fácil ir a controlar las trampas con las primeras luces del alba sin levantar sospechas entre los lugareños ni volver a casa con alguna presa sin ser visto. ¡Se necesitaba mucha sabiduría y una astucia diabólica!

Él había practicado durante años. Naturalmente solo de vez en cuando conseguía alguna pieza porque en Transilvania había poca caza menor y menos en una finca tan abandonada como la de Szamoskozárd.

Mientras vivió en el semisótano del castillo, colocó los lazos por el borde del parque. Y sin duda aquello era muy cómodo, pues apenas había que andar con cuidado porque la granja estaba en un lado del camino y nadie vivía en las proximidades. Desde que se habían mudado a la otra casa, lo tenía mucho más difícil. Ázbej había mandado cercar el parque y tampoco le habría dejado estar curioseando por allí. No le quedaba otro territorio de caza que el bosque y para llegar a él, Márton tenía que cruzar el valle del arroyo y subir por la colina. Y aquello era más difícil, pero, sin duda, más excitante.

Actuaba en todo momento con mucha astucia y, para no llamar la atención, solo cazaba cuando había posibilidades de éxito: en vísperas de una nevada. El conejo presentía el cambio de tiempo y se refugiaba en el bosque. Entonces Márton salía a

«coger leña seca». Esa era la excusa que le daba al guardabosques si por casualidad se encontraban o a los demás si se lo preguntaban, cosa que por otra parte casi nunca ocurría porque era una persona adusta y sin amigos. De madrugada revisaba los lazos y, en caso de que hubiera caído algo, se lo llevaba a casa bajo la zamarra y con gran cantidad de ramas secas en los brazos para que viesen que ese era el motivo por el que había ido al bosque. Pasaba por delante de las casas del pueblo, encorvado, arrastrando los pies, jadeando, pero en realidad reventaba de gozo por haber podido engañar a todo el mundo. ¡Llevaba el conejo ante las narices de todos y ellos ni siquiera lo sospechaban!

En realidad todo el pueblo lo sabía, pero, por supuesto, nadie se lo habría dicho al detestado Ázbej, un hombre riguroso, un duro represor y un advenedizo. Y tampoco le dijeron nunca nada al viejo Márton: sabían que si él se enteraba se acabaría la fiesta y resultaba más divertido verlo enfilarse el camino del bosque con sus pasos sigilosos y verlo regresar como si nada, verlo disimular y verlo al día siguiente yendo al pueblo vecino a vender en secreto la piel del animal. Los lugareños lo vigilaban en silencio y hasta los niños se reían a sus espaldas. A veces algunos mocosos le preguntaban: «¿Qué lleva ahí, tío Márton?». Y el viejo contestaba con un bufido: «Leña, ¡no va a ser la cabeza de tu tía!». Los críos amagaban una carcajada y él era objeto de bromas durante dos semanas.

Obviamente László no sabía nada de las aventuras del cazador furtivo, pero aquel día, por casualidad, estaba muy sobrio y de mal humor porque se le acababa el dinero y le habían negado el aguardiente. La pequeña Regina se lo daría, pero justamente era viernes, estaban esperando el sabbat y ese día Bischitz no solía salir de casa, de manera que no tenía esperanza alguna de poder quedarse a solas con la muchacha. Se le veía molesto, tenía que sacar dinero a toda costa. Su mirada se detuvo en una cómoda cuya lámina estaba desgastada por los bordes. Se trataba de un mueble propio de criados, como otros que Ázbej había dejado tan generosamente.

En un lado de la cómoda había un estuche de cuero, liso y alargado, con cantoneras y cierre a presión, de estilo inglés, donde cabían dos escopetas. Ya solo había una, la que la señora Lázár, después de romper, le había devuelto de Dezmer con todos sus enseres.

El candil colgado del techo apenas alumbraba, pero el brillo del cuero liso y duro, del cierre y el broche del asa lo hechizaron.

Hasta aquel momento no había pensado en él. Se le había olvidado. Se levantó y se acercó. En el estuche estaba grabado su nombre, aunque con un error ortográfico: «Count Ladislav Gieróffy». Sus dos tías se lo habían regalado una Navidad ya muy lejana. Pasó los dedos por las letras. ¡Sí! Aquella Navidad en Simonvásár, cuando solo tenía dieciocho años. La Navidad en el salón redondo. Aquel enorme árbol de Navidad que llegaba hasta el techo. Y miles de velas. Resplandor de lujo. Y Klára...

Klára con su vestido blanco. Entonces estaba muy delgada... Solo sus ojos, grises como el mar, habían permanecido abiertos de par en par por la alegría...

Se estremeció y abrió el cierre casi con odio. Tiró la tapa al suelo. La escopeta estaba allí, la culata y el cañón separados. El hueco de la otra escopeta estaba vacío: la había vendido hacía tiempo. ¿Para qué entonces guardar la otra? ¡Nunca más en su vida iría a cazar! ¿Adónde iba a ir a hacerlo? Si no tenía dinero para aguardiente, cómo iba a tenerlo para cartuchos. Vendería el arma. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

La sacó y se dispuso a montarla, una tarea fácil porque su mecanismo era tan preciso como el de un reloj. Se abría y cerraba con un sonido limpio, cristalino. El ruido lo estremeció. Lo había oído centenares de veces sin prestar atención durante las cacerías del faisán en casa de los Szent-Györgyi, en la de los Kollonich... El sonido, fino como una campanilla, sonó desde un pasado lejano. La desmontó rápidamente y la volvió a guardar. ¡Era preciso librarse de ella!

Se puso el sombrero, el abrigo de piel y salió como si quisiera huir.

Salió al camino, y pronto giró por una calle lateral que llevaba al Szamos. Allí vivía el señor Fábían, el «millonario». Mitad labrador, mitad hombre de oficio, Szamos era de origen checo o moravo. El apellido de la familia era Szprnad, pero puesto que nadie era capaz de pronunciarlo, solo usaban su nombre de pila. Se había mudado al pueblo el otoño anterior, supuestamente de Borgó, donde su padre —eso se rumoreaba— era tabernero. Había comprado el batán sobre el río y la carda y, además, había montado un trujal. En definitiva, lo que se dice un hombre de negocios, muy listo y, además, un borrachín al que le encantaba la juerga. Había días que trasegaba toda la cerveza que encontraba en el pueblo y luego había que ir a por más a mataballo para que los otros hombres también pudieran echar un trago.

Había conocido a László en la tienda y le había pagado tantas copas dobles que László había caído desplomado junto a su perro de lanas y tuvieron que llevarlo a casa. En cambio, a Fábían parecía no afectarle lo más mínimo el alcohol: diez o quince copas no eran nada para él. Desde aquel día, se sentían unidos por esa camaradería propia de los borrachos. A veces Fábían se lo llevaba consigo a Szamosújvár, donde montaba una fiesta de la que regresaban a casa al día siguiente a la hora de comer. Aquellas eran verdaderas orgías con cígaros y fulanas. Las fulanas eran vecinas del propio pueblo y el músico principal era un gitano que se dedicaba a hacer adobe, pues en el antro de mala muerte donde se reunían no entraba una banda de categoría. Fábían no era precisamente fácil de contentar: solo le gustaba divertirse en lugares donde pudiese desnudarse si le daba la gana, donde la música fuese ensordecedora y las mujeres estuviesen rellenas.

Había un sendero con nieve apisonada y László lo siguió un buen tramo.

Ya se veía luz en la ventana del batán y se oía el ruido acompasado del trujal como si fueran los enormes latidos del corazón del señor Fábían. «¡Ojalá esté en casa!», pensó Gyerőffy. Fábían se ausentaba por sus negocios, no pasaba en casa más

de tres días seguidos.

Lo encontró saliendo de la casa en su carro. Fábían era un hombre de constitución mediana y hombros anchos. Se cubría la cabeza, rapada con una esquiladora, con un gorro de zalea. Su cara ancha y gruesa lucía una barba cortada de un modo que dejaba una franja desde las comisuras de los labios hasta las orejas para alargar los bigotes y, aunque negra y tupida, dejaba libre sus gruesos e hinchados labios, como si se hubiera peinado esa barba suya violentamente en dirección horizontal. Su boca, muy roja, henchida de sangre y vitalidad. Se detuvo delante de László y lo saludó ruidosamente:

—¿En qué andas, mi conde? ¿Vienes a verme? ¡Estupendo! —gritó con su estruendosa voz. Hablaba muy bien el húngaro, aunque se notaba que no era su lengua materna porque alargaba mucho las vocales—. Te voy a acercar a casa, tengo tiempo de sobra. Estoy invitado a cenar en Iklód, pero aún es pronto.

Agarró a Gyerőffy con sus manos tan grandes como una pala y lo alzó hasta el asiento como si fuese una pluma. Avanzaron al paso porque la nieve estaba blanda y el camino lleno de baches. László le ofreció su valiosa escopeta inglesa.

—¿Y el precio? —preguntó Fábían.

—¡Lo que sea! —respondió László.

—Mi querido conde, estás loco —dijo Fábían riendo, dándole un empujón de broma con el hombro, para añadir a continuación—: Si necesitas dinero, yo te lo doy...

—¡No! Si me la compras bien, pero no me des dinero sin más porque no lo voy a aceptar.

—Bueno, pues iré a verla.

Llegaron a la casa y entraron. Fábían le dio doscientas coronas por la escopeta. László quería librarse del estuche también, pero Fábían no lo quiso comprar porque llevaba grabado el nombre de Gyerőffy y, además, era un objeto incómodo, largo y pesado. ¡No! ¡No lo quería! Dejó la escopeta en el carro y le pagó de inmediato las doscientas coronas. Aquel era un precio irrisorio por una verdadera Purdy de dos cañones, pero Fábían no tenía ni idea de que era un tesoro y creyó que se la pagaba sobradamente. Luego se marchó.

László se quedó en la oscura habitación con los billetes en la mesa. Ya disponía de dinero, de mucho dinero. Ya había llegado el momento de beber, embriagarse y olvidar; de mitigar el pinchazo en el corazón que había sentido sin razón cuando Fábían cogió la escopeta con sus enormes garras y salió con ella por la puerta. ¿Por qué le había dolido tanto? ¡Resultaba tan odioso todo lo que procedía de «allí»! Lo mejor era no volver a verla nunca más...

László, descalzo porque se había quitado las botas y los peales mojados, pensó mandar a Márton a la tienda por aguardiente de comino, cogió un billete de cien y salió al vestíbulo. Se trataba de un cuarto espacioso con una amplia cocina. La casa había sido construida para dos familias de braceros: una había vivido en las estancias

que ocupaba László; la otra, en las ocupadas por Márton, y, en medio, la cocina.

Abrió la puerta del otro cuarto y pilló al viejo Márton con las manos en la masa. Acuclillado en el suelo, a la luz de una vela de sebo, estaba extendiendo una piel de liebre sobre angostos listones para que no se contrajese. Miró a su amo con expresión boba.

László se rio:

—¡Viejo pícaro! ¡Ahora te he pillado! ¡Dime ahora mismo de dónde has sacado la liebre!

—La he cazado.

—¿Cómo? ¿Con qué? ¿Así, sin más?

—Con lazo.

—¡Enhorabuena! Eso me gusta. ¡Qué maña! ¿Y dónde?

Ba log respondió con desgana.

—En el bosque.

—¡Vaya, vaya! En el bosque. ¡Muy bien! Ese Ázbej me ha robado el bosque y nosotros le robaremos las liebres. En fin, ahora ve a casa de Bischitz y tráeme medio litro de aguardiente de comino, pero del mejor. Ya hablaremos luego de eso.

Gyerőffy se hizo cazador furtivo y su vida cambió. En apenas unos días aprendió de Márton dónde y cómo colocar los lazos. Y se turnaban para ir al bosque. László, antes del anochecer, dejaba ocho o diez lazos en los puntos que habían fijado y Márton, de madrugada, iba a verlos. A la semana siguiente cazaron dos liebres.

Y aquello era la primera cosa en años que realmente le divertía. Sus dedos de pianista eran perfectos para hacer los nudos más complicados. Sabía colocar el lazo en las ramas y hacer los huecos en el matorral con la habilidad de un artista, de manera que no había animal ni persona que pudiese descubrirlos.

Solo había un problema: la liebre no solía refugiarse en el bosque cuando el tiempo era tranquilo y gris. Prefería quedarse entre el rastrojo o por los campos labrados. Por eso solo valía la pena montar las trampas antes de una nevada o cuando hacía mucho viento. Hacerlo en otras circunstancias resultaba inútil.

Y László no se contentaba solo con eso... Él quería trampear a diario porque se divertía mucho.

La finca en que vivía sólo tenía valla hacia la calle. En los laterales había setos de cambronera que llegaban hasta el foso del arroyo que, por un lado, separaba la finca de otra contigua y vacía que daba a la tienda de Bischitz y, por el otro, del parque propiedad de Ázbej, donde el antiguo abogado había mandado alzar un vallado de estacas. Como por allí el terreno era arenoso y había agua en las proximidades, Ázbej había decidido montar el corral justamente en ese punto. Quería criar gallinas puras Orpington, tan de moda porque sus grandes huevos amarillos se exportaban a Inglaterra. Frente al arroyo había un largo gallinero y, en el otro extremo, bajo la

colina, una casita donde vivía la granjera con un patio grande y limpio. Aquellas gruesas y ambarinas aves picoteaban en el polvoriento corral. Su mirada nunca dejaba de estar alerta, pues detestaban estar encerradas en aquel patio yermo donde era inútil escarbar en búsqueda de un triste caracol o una larva de abejorro y cuya única alternativa era esperar dos veces al día que les diesen de comer. Aquellas gallinas estaban aburridas. De vez en cuando alguna se daba un paseo a lo largo de la valla e, inclinando la cabeza, buscaba una grieta por donde alcanzar el exterior.

Un día, bastante entrada la tarde, László se fue a dar un paseo por el arroyo, donde el viejo Márton estaba cortando leña de aliso. La primera nevada ya se había derretido y desde entonces hacía un tiempo seco y helador, pero ese día se había cubierto el cielo y László quiso preguntarle al viejo si nevaría a fin de salir o no a poner trampas antes de que cayera la noche.

Márton dejó de cortar un tronco, se apoyó en el hacha y levantó la mirada. Con el puño se secó sus bigotes caídos y su humedecida nariz, con la que olfateó el aire. Acto seguido pronunció la sentencia:

—No habrá nieve.

László se quedó un rato más contemplando cómo trabajaba el viejo Ba log. Se sentía molesto, deseoso de volver a cazar. Dio la vuelta y se dirigió a la casa lentamente.

Como el sendero que serpenteaba por la finca estaba cortado por algún que otro tronco caído, tuvo que dar una vuelta a través del seto de cambronera. No pensaba más que en el tiempo, pero en una vuelta del camino se topó de frente con el vallado de estacas que lo separaba del corral y, más arriba, con el parque que antaño había sido de su propiedad. Entre los árboles desnudos vislumbró un cuadrado blanco: la fachada del castillo, antaño también de su propiedad. El tejado lucía tejas nuevas: Ázbej lo había renovado.

Se detuvo y se le nubló la mirada. Luego, lentamente, esbozó una sonrisa malévolamente. Entre las estacas vio cómo cuatro o cinco gallinas estaban acechándolo. De vez en cuando alguna daba un picotazo entre dos estacas como si estuviese buscando algo de comer más allá de la valla. Les atraía la basura y las semillas de la maleza que las invitaban desde el otro lado.

László miró a su alrededor. No había nadie. El viejo Márton le daba la espalda.

Se quedó pensativo. Solo tendría que dar un paso, el seto de cambronera lo taparía.

Con pasos apresurados regresó a la casa. Volvió con un lazo y un buen destornillador de acero que había sacado del estuche de las escopetas. De nuevo miró a su alrededor y rápidamente se dirigió a la valla. Él se agachó y el destornillador hizo el resto. Solo se oyó un ruido leve y una estaca quedó suelta por el extremo inferior. Cogió una rama y la dobló ante la abertura forzando la punta para fijar el lazo.

Dos o tres minutos más tarde ya estaba de regreso en la entrada de su casa.

Esperó y, mientras fingía estar contemplando el paisaje del atardecer, todos sus nervios permanecieron alerta. En cuanto oscureciera, las gallinas volverían al gallinero. Apenas quedaba media hora para la puesta de sol. ¿Encontrarían o no la abertura? Y si alguna daba con ella, ¿no haría demasiado ruido cuando le apretase el lazo? Si alguien se enteraba, tendría un grave problema, aparte de la vergüenza de que lo pillasen.

Esa espera le pareció una eternidad. Se oyó un aleteo, luego silencio. ¡Ya la tenía! Le hizo tal ilusión que tuvo que dominarse para no correr. Se acercó lentamente, con suma cautela. De la rama que se había disparado colgaba una gallina gorda. La descolgó, se la guardó bajo la chaqueta y entró en la casa corriendo. No sintió remordimientos por haber cazado una de las gallinas de Ázbej. Ni siquiera se le ocurrió pensar que había cometido un robo. Aquella venganza suya era insignificante, pero no dejaba de ser una venganza, la recompensa por el expolio que había sufrido a manos de Ázbej. László solo pensaba en la venganza y sintió una alegría triunfal. Si le hubieran devuelto toda su fortuna, su alegría no habría sido tan intensa.

Desde aquel momento empezó a echar el lazo cada ocho o diez días. Y László lo hacía solo, el viejo Márton no quería participar en ello. Márton creía en la ley tácita de que esa carne era un regalo de Dios que pertenecía a quien la cazaba y no decía nada, pero como el ave de corral era propiedad de quien la había criado, él no la tocaba: él la preparaba asada o hervida, pero no la desplumaba, razón por la que László tuvo que acudir a la pequeña Regina. La muchacha iba a gusto. Cuando estaba en la tienda, mientras László engullía una copita tras otra, solo necesitaba que le hiciese un gesto con la cabeza o una señal con la mano desde lejos si estaba en la huerta y al instante acudía a ayudarle y hacer cuanto él quisiese. Regina siempre tenía la mirada puesta en la casa de Gyerőffy y aprovechaba cualquier pretexto para estar cerca de él.

A menudo sus padres la buscaban llamándola a gritos. Ella, muy lista, volvía a casa por otro camino. Se escapaba por una pequeña puerta que había en la finca vacía que Bischitz tenía arrendada desde hacía años, pero no regresaba por allí porque sabía que así se delataría. Al instante salía del foso del arroyo o entraba por una calle vecina y, aunque se ganase un par de bofetadas, por más que le preguntaran ella jamás contaba dónde había estado.

Adoraba a Gyerőffy con la fidelidad de un faldero.

Su corazón infantil e ignorante reventaba de amor incondicional. Vivía y sufría aquel amor como los adultos. Era feliz si László le dirigía la palabra y sufría cuando lo veía trabar amistad con otros.

Odiaba a Fábián. Cuando él y László se iban de juerga a Szamosújvár y regresaban al día siguiente, la muchacha intuía como mujer que en tales ocasiones se divertían con fulanas viles y groseras y, arrebatada por los celos y el dolor, lloraba en su cama toda la noche. Al día siguiente intentaba mantener su rencor, no mirar hacia la casa vecina ni acudir si la llamaban, pero bastaba una palabra o una mirada para

olvidar todo y volver al servicio de László con la fidelidad de un perro. Y otra razón le hacía ser tan servil: Regina era muy curiosa. Como a todo adolescente, a aquella muchachita le inquietaba el amor físico. En esas ocasiones intentaba acercarse a László en la cocina o en el cuarto y, con todos sus sentidos, observaba su cara y sus gestos, con su nariz delgada y fina olfateaba a fin de captar o descubrir algo que él hubiese traído consigo —mordeduras en la piel o algún olor ajeno—, lo que la turbaba y hacía que se le hiciese un nudo en la garganta. Le dolía y la atraía misteriosamente.

Una noche, después de Año Nuevo, sobre las nueve, un carruaje se paró delante de la casa de László. Fábían deseaba celebrar su santo a lo grande. Apareció acompañado por dos fulanas de la ciudad y cargado con una cesta con champán barato y coñac, un pavo asado frío, *pogácsa* con tocino frito y pastelería de poca monta para que entrara mejor el vino. El gitano del pueblo no perdió la ocasión y también acudió en un abrir y cerrar de ojos. Y tocó desde el umbral de la cocina, puesto que ya no cabía en el cuarto porque eran cuatro los comensales y además se levantaban de vez en cuando a bailar. Fábían ocupaba mucho espacio. A veces bailaba con las dos, gesticulando salvajemente y cantando a gritos.

La noticia de la juerga recorrió el pueblo. Se reunieron algunos vecinos para escuchar la música, sobre todo mujeres. Algunos viejos preguntaron al cochero de dónde había traído a esas dos mujeres que bailaban en el interior de la casa para escandalizarse a continuación, mientras algunas mozas del pueblo comenzaron a bailar con los jóvenes sobre la nieve lisa y helada, pero la fiesta no duró mucho porque hacía bastante frío y, pasado un rato, se dispersaron.

Los Bischitz, después de la cena, se quedaron un rato charlando en el cuarto trasero de la tienda que servía de comedor y salón. Allí guardaba el tendero los libros de cuentas y algunos artículos más delicados, como los terrones de azúcar, las especias y los higos, que en el almacén contiguo podían coger fácilmente el olor del pescado salado y del tabaco barato. La gorda señora Bischitz, cansada de la jornada, cabeceaba a la luz del candil de la pared. Su marido leía la prensa. Regina ya había acostado a sus hermanos menores y estaba recogiendo el mantel y las servilletas. Reinaba la paz familiar. Y entonces entró la criada Juliska y les contó las nuevas sobre la gran juerga que se había montado en casa de Gyerőffy. Al matrimonio Bischitz no le interesó mucho la noticia. El tendero tan solo masculló un par de palabras de reproche porque no le habían comprado el alcohol a él y, enojado por ello, abroncó a Juliska por haberse ausentado para ir a ver la fiesta dejando el fregado a medias. Y, después de prometerle un par de bofetadas y enviarla de vuelta a la cocina, dijo:

—Vámonos a dormir.

Regina se apoyó contra el armario, rígida como una estatua, extremadamente

pálida. Tuvieron que llamarla dos veces.

Dio la una, luego las dos. No podía conciliar el sueño. Estaba tumbada inmóvil al lado de su hermana de seis años, con los oídos aguzados. En el silencio de la noche se oían los bufidos del contrabajo desde muy lejos. Y más tarde todo acabó. Ya hacía bastante que no se oía nada, ni siquiera la respiración uniforme de sus padres.

¿Qué estaría pasando allí? ¿Qué?

No pudo soportarlo más. Con suma cautela se deslizó de la cama para que su hermana no se despertase. Buscó la ropa a tientas. Se vistió a medias. Y después, a pesar de que todo estaba oscuro, logró encontrar el pañuelo de su madre en el clavo al lado de la puerta. Se cubrió y salió con pasos sigilosos.

La noche era negra, sin luna, solo la nieve reverberaba una luz borrosa y azulada.

Para que nadie se despertase con el ruido, se puso los zapatos en el último peldaño del porche, unas botas de mujer con tacones altos, desgastadas y pasadas de moda que le llegaban hasta las pantorrillas y que ya habían perdido la mayoría de los botones. Aquellas botas habían sido de su madre y ya por entonces estaban rotas.

Resbalando por el patio helado llegó a la esquina de la leñera. Desde la puerta de la huerta miró hacia la finca vacía y vio que en la ventana de László todavía centelleaba la luz. Un brillo rojizo, malvado, como si el mismo infierno la llamase con sus ojos resplandecientes.

Se envolvió en el gran pañuelo negro y entró en la finca vacía. Le costó avanzar porque Bischitz tenía allí un campo de patatas. Y al extraerlas habían dejado la tierra llena de hendiduras irregulares. No obstante, la muchacha caminó decidida en dirección a la ventana, resbalando unas veces, tropezando otras y cayendo de rodillas. Su delgada y oscura figura se tambaleaba como si la moviese una ventisca. Así fue avanzando en la negra noche.

Llegó. No se oía ruido alguno. La casa estaba muda, solo la luz del candil que se vislumbraba tras la escarcha de la ventana indicaba que todavía había alguien despierto en el interior.

Con mucha prudencia se acercó a la ventana y pegó la cara al cristal inferior, pero estaba borroso porque el vapor, que se había helado, dibujaba formas confusas. Sin embargo, ella quería ver y saber qué estaba ocurriendo. ¡Sí, tenía que saberlo! Si hubiese sido necesario, habría roto la ventana. Respiró hondo y con el aliento comenzó a frotar el cristal con su grueso pañuelo. Volvió a exhalar y a frotarlo. Por fin, el centro del cristal quedó limpio de hielo en un trozo del tamaño de la palma de una mano.

Repasó el cuarto con la mirada nerviosa, todo su ser estaba en tensión, sus manos se agarraban con fuerza a la cornisa. Estiró el cuello y su pañuelo parecía un velo de luto alrededor de su cabeza.

Regina estaba tremendamente pálida, pero con los labios rojos como la sangre.

Pasó un buen rato hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra del cuarto. Y tardó mucho en reconocer y entender lo que vio. Mucho mucho tiempo.

Se quedó petrificada. Se estremeció y sintió un asco profundo. Se apartó de la ventana violentamente y echó a correr. Corrió hacia la casa como una posesa, cayéndose varias veces y volviéndose a levantar. Con los ojos como platos, corrió como si huyese de lo que acababa de contemplar, como un corzo perseguido por sabuesos...

No pensó en nada, solo en huir. Entró en el porche haciendo mucho ruido. Cayó contra la puerta del cuarto, pero ya apenas tuvo fuerzas para entrar. Se desplomó en el umbral.

Sus padres la cuidaron con afecto, pero nunca llegaron a saber dónde había estado aquella noche. Nadie se lo preguntó porque pensaban que se había asustado de sí misma. En aquella hora, presa del nerviosismo, o quizá en el momento en que se desplomó en el umbral, pasó de la infancia a la edad adulta.

László apenas notó la ausencia de Regina.

Pasó los días posteriores a la gran juerga cansado y vagueando. Fábían había dejado en su casa, a propósito o por descuido, tres botellas de coñac de garrafa. Así tuvo bastante para beber. Y, al olvidarse por el momento de las gallinas, dejó de necesitar a la muchacha.

László tuvo tos, mucha más que hasta entonces.

Después de que Regina se recompusiese, su relación no cambió. La muchacha volvió a ser tan servicial como antes. Solo se volvió más taciturna, incluso más pálida. Sus grandes ojos morenos lucían un esmalte azul como el rocío.

El largo periodo de paz que Europa vivió desde 1878 se acabó el verano de 1911. Durante el primer semestre todavía no se percibía el cambio que se avecinaba. Apenas un par de indicios —cuya importancia solo se supo mucho más tarde y cuya correlación solo quedó clara al cabo de varios años y únicamente para quienes lo investigaron— y sucesos insignificantes y dispersos anunciaron que la paz y la tranquilidad de Europa ya no era lo que había sido. Aquel ambiente se asemejaba a un anochecer brillante cuando en el horizonte el sol se sumerge en la penumbra gris o al murmullo suave y extraño que precede al terremoto.

La fe en la paz mundial era inquebrantable y no había razones para que eso cambiase. En el cincuentenario de su reinado, el príncipe Nicolás I proclamó el reino de Montenegro y a sus celebraciones asistieron los monarcas de Italia, Bulgaria y Serbia: todo parecía una festiva reunión familiar y nada hacía sospechar una alianza futura. A los pocos meses se produjeron disturbios en Albania, pero ¿quién podría haber vinculado ambos acontecimientos? Los albaneses siempre habían sido un pueblo bastante rebelde. En la otra punta de Europa llamó la atención una noticia que daba cuenta de los planes de Holanda de construir fortalezas alrededor del puerto de Vlissingen. La decisión de un país tan pacífico levantó un temporal. Las prensas parisina y londinense intuían que tras ese plan se escondía una trama alemana: el emperador Guillermo tal vez buscaba conseguir una base para su flota a tan solo unas horas de la costa inglesa y del Canal de la Mancha. Con seguridad los dos poderes de la *Entente Cordiale* levantaron la voz porque pasado un mes escaso el gobierno holandés retiró el plan. El temporal pasó sin dejar las huellas que había provocado la anexión de Bosnia hacía dos años, así que la opinión pública de todo el mundo creyó que todo se resolvería de modo tranquilo y pacífico sobre cualquier mesa de tapete verde o a través de la correspondencia más o menos amable entre gabinetes. La mayoría de los diplomáticos así lo creía y la población siguió su ejemplo y también lo creyó y, al leer, con indiferencia, que Viena había anunciado la necesidad de aumentar el número de efectivos del ejército y de construir una armada, consideró que no era más que otro capricho megalómano del heredero Francisco Fernando.

En el Parlamento húngaro el ambiente continuaba siendo muy apacible. Se negociaba sin desavenencias la prolongación del funcionamiento del banco emisor austrohúngaro hasta 1917. Entre Justh y el Partido Popular hubo algún rifirrafe, también entre el ministro de Hacienda, Lukács, y Ferenc Kossuth, pero solo sobre los asuntos pendientes del gobierno de coalición o sobre la documentación de las negociaciones, que hasta entonces había sido secreta. Asuntos que no interesaban a nadie más que a los políticos, pues todo el mundo ya se había resignado a que la coalición anunciase algo muy distinto de lo que en realidad pensaban sus líderes.

Y reflejo de ese periodo de calma fue la intención del príncipe francés Gastón de Orleans, conde de Eu, de organizar una liga antiduelos que contara con delegaciones en todas las capitales europeas. A este fin llevó a cabo una gira por toda Europa. Los socios se comprometían a confiar sus asuntos de honor a un tribunal elegido por ellos mismos, renunciando a recurrir a las armas.

Se trataba de una idea hermosa y noble.

Dado que era un señor muy distinguido, todo un príncipe francés, cuya mujer habría sido emperatriz de Brasil si los brasileños no hubiesen expulsado del trono a su padre, el emperador Pedro II, en todos los países recibían al matrimonio con gran parafernalia. En aquellos lugares que visitaba se creaba una sucursal de la liga antiduelos con presidente, secretario general, asamblea y unos hermosos estatutos. ¡Cómo no! Al fin y al cabo poder encontrarse con el nieto del rey Luis Felipe, tener la misma opinión que él y referirse a él como compañero de trabajo y jefe suponía ciertas ventajas y era muy halagador. Y como el conde de Eu vivía en París, con su aval se podía entrar en círculos legitimistas tan cerrados como el del Faubourg Saint-Germain.

También visitó Pest. La liga se creó con socios de nombres distinguidos. Quizá debido a la influencia de la señora Berédy, Frédi Wuelffenstein fue nombrado secretario general. Desde Budapest, el príncipe partió hacia Bucarest, pero interrumpió su viaje en Kolozsvár para constituir una delegación antiduelos en Transilvania.

Gastón de Orleans fue recibido con gran boato y el casino de Kolozsvár ofreció un banquete en su honor al que, como solía decirse, «acudió todo el mundo».

En la gran sala se colocó una mesa en forma de *U*, en cuyo centro se sentó el príncipe, flanqueado por dos excelentísimos señores, Sándor Kendy, «el Boquituerto», vestido de frac y luciendo la Pequeña Cruz de la Orden de San Esteban, y Szaniszló Gyerőffy, quien durante un breve periodo había sido miembro del gabinete Szapáry. Durante su ministerio se desarrolló el pacto comercial con Bulgaria, razón por la que le había sido otorgada la Gran Cruz de la Orden de San Alejandro que, como correspondía a tal evento, lucía ese día. La ancha banda tricolor, verde, carmesí y blanca, atravesaba en diagonal su plastrón y la estrella le ponía una nota de brillo a la altura del corazón. El resto de los invitados ocupó sus lugares según su rango en la corte y su posición social: primero, el gobernador de turno y su predecesor; después, el vicegobernador, el alcalde, el rector de la universidad y las autoridades del clero. Todos ellos ofrecían una estampa realmente distinguida. Y, como escenario, a sus espaldas, un largo y precioso gobelino cubría toda la pared.

Frente al invitado de honor se encontraban los anfitriones, los directores del casino: «Zindi», es decir, el otro Sándor Kendy, que llevaba ese apodo para distinguirlo de su tocayo; Ádám Alvinczy, y el comandante retirado y miembro del

tribunal tutelar, Bogácsy.

Este último también vestía de civil y nada habría indicado que se trataba de un militar tan belicoso de no ser por su enorme bigote —tan grande y tan grueso que parecía una morcilla sobre la boca— y por lucir en la solapa del frac la insignia de la Orden de María Teresa, condecoración que le habían otorgado por su actuación en la guerra de Bosnia, donde había realizado una espectacular hazaña. Nadie sabía en qué consistió exactamente porque nunca hablaba del tema, solo le gustaba fanfarronear de sus duelos y de sus impecables actuaciones como padrino profesional.

Se mostraba tremendamente enojado porque nadie le había comentado el motivo de la visita del príncipe, solo que era un personaje distinguido y que el casino daría un banquete en su honor. Por ello, al ser uno de los directores, tuvo que recibir a tan distinguido invitado en lo alto de la escalinata. Mientras disponían la mesa, ellos conversaron en el salón de fumar con el conde de Eu, quien habló de la liga en su fluido alemán: «*Es ist eine verachtenswürdige Sache, dass man in unserem aufgeklärtem Jahrhundert noch immer duelliert. Das Duell ist pure Barbarei —nicht wahr? Und ausserdem auch ein schrecklicher Blödsinn! Das ist wohl auch ihre Meinung?*». «Resulta despreciable que en un siglo ilustrado como el nuestro aún haya duelos. Es barbarie pura, ¿no es cierto? ¡Es un sinsentido terrible! ¿No lo cree así?». Lo dijo dirigiéndose a Bogácsy y explicándole lo estúpido que era celebrar duelos, puesto que siempre salía ganando el que entendía más de esgrima o de tiro, no el que tenía razón. ¡Por eso era desdeñable, una costumbre despreciable y estúpida, una vergüenza!

Bogácsy casi se ahogó de la rabia. No se atrevió a llevarle la contraria a un señor tan ilustre, pero sabía que todos estaban observando aquella escena y se estaban riendo de él, pues los transilvanos disfrutaban haciendo rabiar a la gente. Se moría solo con pensarlo y habría estallado si no les hubiesen anunciado que la cena ya estaba servida. No pudo desahogarse y la rabia le pesaba tanto en el estómago que el pobre Bogácsy no fue capaz de tragar ni un bocado de aquellos deliciosos platos que les fueron sirviendo. Y eso que el cubierto costaba veinticinco coronas, un precio más que considerable.

En una mesa lateral, lejos de los invitados principales, estaba sentado Dániel Kendy, el viejo tío Dani. A finales del imperio, a principios de la década de 1870, había sido embajador en París, de manera que dominaba el francés a la perfección, razón por la cual los organizadores habían considerado que estaría bien que asistiese. Después de la cena le presentarían a Gastón de Orleans para que pudiese hablar con un verdadero parisino. Su sobrino, el Boquituerto, le había pagado la cena. El tío Dani ya era un viejo decrepito y achacoso y por eso lo habían colocado tan lejos de los asientos de honor. Lo más importante era que no terminase borracho y el tío Dani había prometido no beber nada, disfrutaba solo de pensar en el papel que desempeñaría al terminar la cena: por fin volvería a ser el centro de atención, como en la época en que la emperatriz Eugenia iba a Biarritz. Decidió dar lo mejor de sí.

Se había afeitado y vestido con sumo esmero. Ciertamente tenía un aspecto excelente: tanto su nariz delgada y ganchuda como sus cejas negras como el hollín llamaban la atención. Se había peinado con raya en el centro de su ya ralo cabello plateado. Se había rizado los bigotes con tenacillas, debajo del labio se había aplicado una *mouche* —un lunar postizo— y alrededor de las mejillas lucía una fina, pero larga, barba inglesa. El frac, de cuello bajo, doblado y con plastrón ancho, quedaba bastante abierto entre solapas. El tío Dani, aunque ya mayor, era el perfecto representante de ese tipo que a mediados del siglo XIX se llamó Céladon. Su figura perfecta llamó tanto la atención que el conde de Eu se interesó por él. Y cuando Sándor Kendy le dijo su nombre y le explicó su historia, De Orleans dijo que recordaba haberlo visto en París cuando los miembros de la casa real habían regresado del exilio. ¡Sí! «*Le comte Candi!*». ¡Claro! Así lo habían llamado las mujeres en los salones parisinos, con la sonoridad lasciva y embriagadora de ese nombre de confite.

El tío Dani también reconoció al príncipe. ¿Dónde lo había visto? ¿En el Palacio Rochechouart o en casa de la princesa de Moscova? Por aquel entonces todavía era un joven brillante al que todo el mundo predecía una carrera y un futuro esperanzadores. Si no hubiese despilfarrado su fortuna en alcohol, si él mismo no se hubiese echado a perder, habría llegado a obtener el trato de Excelencia, a llevar las más distinguidas insignias y a poder sentarse a la derecha del invitado principal y no entre ruidosos jovencuelos, entre esos don nadie. Al lanzar una mirada hacia la fila de los invitados de honor, señores condecorados con insignias y bandas que brillaban ante el gobelino, su viejo corazón se entristeció.

Y a medida que transcurría el banquete, se fue afligiendo cada vez más.

¿Y qué podía hacer ante tal aflicción? Beber. No le quedó más remedio.

El viejo se dispuso a trasegar. Bebió tanto que provocó un grave escándalo. El encuentro con el príncipe, que tan feliz le hacía, resultó un auténtico desastre. Cuando al terminar la cena lo llamaron para presentárselo, ya estaba como una cuba. En aquel momento le asaltó el sentimiento de culpabilidad por todo lo que habría podido alcanzar en la vida y ni siquiera rozó. Hizo mil reverencias dando pasos a derecha e izquierda, inclinando el cuerpo cada vez con más humildad y dolor, balbuceando en húngaro y haciendo ostentosos gestos con el brazo:

—Kendy y... nada más. ¡Kendy y... nada más! ¡Kendy... y nada más!

No fueron capaces de conseguir que dijese algo más. El conde de Eu apartó la mirada, mientras dos jóvenes cogieron al tío Dani por los brazos y lo sacaron de escena, pues sabían en qué acabarían tantas inclinaciones.

En una mesa lateral estaban sentados Abády y Gazsi Kadacsay. Los organizadores habrían preferido que Bálint, diputado y camarero imperial y real, no ocupase aquel lugar y se sentase con el grupo de señores más ilustres, pero él prefirió quedarse con

su amigo el barón Gazsi a aburrirse en la mesa principal como un adorno más. Además, esa noche, después de encontrarse, Gazsi le dijo: «Me gustaría hablar contigo...».

No se habían visto desde hacía mucho tiempo. A principios de carnaval, Gazsi había estado en Kolozsvár durante una semana, luego desapareció y no regresó, a pesar de que todo el mundo creyó que durante su estancia se comprometería con Iduska Laczók. Gazsi había cenado con ella tres veces, la había sacado a bailar continuamente, había ido a casa de los Laczók todas las tardes a tomar café con nata y los mejores pasteles del lugar y le había ofrecido dos serenatas los primeros días, pero cuando parecía llegado el día de su declaración, Gazsi se marchó al campo y desapareció sin más.

Al comienzo del banquete todo el mundo conversaba en voz alta. En la mesa que ellos ocupaban solo había jóvenes. Comentaban la gira de su alteza por Europa o se burlaban de la liga antiduelos, con ese humor tan propio de los transilvanos. Solo Isti Kamuthy y Wuelffenstein, sentados frente a Bálint y a su amigo, se tomaban en serio la celebración. Frédi Wuelffenstein lo hacía porque no solo era secretario general sino porque le gustaba saber de todo más que los demás; Istike, porque se sentía inglés, más inglés que nunca.

—En Inglaterra no hay *duelos* —dijo Isti. Y para él eso era decisivo.

Frédi estaba de acuerdo y, molesto porque esa idea no se le había ocurrido a él, decidió que sería el primero en pregonarla.

Pero la conversación general no duró mucho porque entró Laji Pongrácz con su banda y se pusieron a tocar. Los invitados dejaron de charlar de mesa a mesa. Solo los comensales vecinos continuaron con la plática.

Kadacsay cambió de tema.

—Te debo una explicación —se dirigió a Abády— y he venido esta noche porque sabía que estarías aquí...

—¿A mí? No lo entiendo.

—Por lo de Iduska. Sé que en la ciudad se ha hablado mucho y muy mal de mí. Los demás no me importan, pero no quiero que tú también pienses mal.

Bálint intentó excusarse, pero Gazsi continuó. Le explicó que durante el camino de vuelta de Dénestornya había barajado el consejo de Abády. Tal vez casarse podría ser una solución. Por eso había decidido ponerse manos a la obra. También tuvo claro que en realidad solo Iduska haría buena pareja con él ya que era la única mujer que más o menos le gustaba. Por eso había regresado a la ciudad a mediados de enero. Todo fue bien. Los Laczók lo habrían aceptado a gusto como yerno. «¡A un burro como yo, ya me extrañaba!». Todo fue bien mientras se dedicaron a bailar y a divertirse. La joven era realmente guapa, pero la belleza no era suficiente para la convivencia. Él quería saber cómo pensaba, qué le interesaba, qué concepto tenía de la vida.

—Y ese ha sido el problema. ¡Esa muchacha es terriblemente tonta!

Había intentado hablar con ella de cosas serias, pero Iduska solo lo miraba con cara boba o se reía. La joven creía que Gazsi bromeaba con ella o decía: «¡Qué tonterías dices!». Y cuando le preguntó qué leía, ella respondió: «Nada. ¿Para qué? Un ama de casa no tiene tiempo para tales cosas». Y aquello le pareció horrible. ¿Casarse con ella? ¿Pasarse la vida con una tonta?

—¿Volver a parir críos tan brutos como yo?

Aquella mujer mataría todas las inquietudes que Gazsi pudiese inculcar a su hijo.

Y eso era lo que había querido contarle a Bálint para que no lo juzgase duramente creyendo que había cortejado a Iduska para después abandonarla sin razón alguna.

—De ninguna manera te juzgaría —contestó Abády—. Nadie tiene derecho a hacerlo. Absolutamente nadie. Y yo, menos.

Se le ensombreció la mirada porque se acordó de Lili Illésváry, a la que él también había cortejado y a la que al final había sido incapaz de pedirle matrimonio. Y de repente se vio a sí mismo en la biblioteca de Jablánka y vio cómo los ojos de color azul nomeolvides de Lili lo miraban expectantes...

Callaron y guardaron silencio un buen rato, abstraídos ambos en los recuerdos.

Gazsi levantó la mano bruscamente, como si intentara ahuyentar algo de sí mismo, se tomó una copa de champán, carraspeó y después de una larga preparación se dirigió a Bálint:

—He ordenado que cubran a *Honeydew*.

—¡No me digas! ¿No es la mejor de tus caballos de caza? —se sorprendió Bálint, y recordó que ya le había llamado la atención el poco interés que demostraba Gazsi últimamente por los deportes hípicos. Aquello era un síntoma más. Y aunque de modo vago, intuyó que tenía algo que ver con los cambios que había percibido en Kadacsay.

—Sí, la mandé cubrir la semana pasada. En Kolozs está *Gallifard*, un caballo excelente. *Gunnersbury aus der Gaillarde*. Digno de ella.

Y continuó casi susurrando, como si le dijese o, mejor dicho, como si evitase decir, un secreto profundo, explicándole sus razones más detalladamente y con más pormenores de los necesarios: que *Honeydew* ya tenía siete años y era hora de que pariese un potro, un potro de primera; que aquella yegua no aguantaba a nadie en el lomo, solo a él; que para él eso era una esclavitud tremenda porque siempre tenía que ser él quien la sacara a pasear; que no podía dejársela a nadie; que a diario la sacaba un par de horas al trote... Todo eso representaba un sinvivir para el animal, así que a lo mejor se calmaría cuando llevase un potro en su vientre. Seguramente se volvería más mansa. De ese modo *Honeydew* no solo dependería de él.

—¿Qué será de ella si me muero? Quiero decir si... si... Si me voy... me voy de viaje. Ser caballo de tiro acabaría con ella. Nadie la querría, pero así puede tener algún valor para quien sea...

A Bálint no le gustaron sus palabras. Comenzó a ver la relación entre ellas y aquella conversación que habían tenido en Dénestornya cuando Kadacsay le habló

del testamento y de la muerte. No obstante, no quiso tomárselo en serio, como si no hubiese captado lo que subyacía bajo la referencia de Gazsi al *viaje*.

—Si ahora quieres hacer un viaje más largo, a mi parecer una gran idea, te aconsejo Italia. Allí ya es primavera, y más en Nápoles o en Sicilia. Y mientras estés fuera, *Honeydew* puede venir a Dénestornya, le daríamos un *paddock* separado donde podría corretear lo que quisiera todo el día. En otras ocasiones lo hemos hecho así con yeguas que no conocían a los otros caballos.

—¿Sí? ¿De verdad? —exclamó Gazsi con alegría—. ¿La acogerías de verdad? Ves, justo estaba pensando en eso y quería preguntártelo, pero ahora no. Ahora todavía no. Más adelante... cuando venga al caso.

Y entonces, tal vez porque notó la preocupación en los ojos de su amigo, se puso a disertar sobre la cría profesional de caballos. Tal vez se la llevase antes del parto. O tal vez solo le pidiese que la tuviese unas pocas semanas. En su casa no había personal para atenderla, mientras que en Dénestornya había un maestro de cuadra y mozos experimentados. El primer parto solía ser siempre más difícil. Algo delicado, máxime tratándose de una yegua tan nerviosa como *Honeydew*. Después comenzó a elogiar la moral de su caballo, que solo se encabritaba cuando la montaban; aparte de eso, era mansa y amable. Si no tenía la silla puesta nunca coceaba, ni siquiera a otros caballos. ¡No! ¡Ella nunca haría algo así!

Habló largamente y en tono alegre. Luego cogió la copa, se la llenó hasta el borde y la levantó para brindar con Bálint:

—¡Salud! ¡Gracias en nombre de *Honeydew*!

Mientras ellos hablaban, en la mesa de enfrente Kamuthy y Wuelffenstein se dedicaban a conversar sobre temas más serios.

Aquellos dos hombres estaban charlando sobre el objeto de su adoración: Inglaterra. Sobre el pueblo inglés, las costumbres inglesas, las máquinas inglesas, el deporte inglés, las botas inglesas, las mujeres inglesas, el lunar postizo inglés, las escopetas inglesas, los cartuchos ingleses, las navajas de afeitar inglesas, los jardines ingleses, los bailes ingleses... sin dejar de elogiar todo al unísono. Durante un buen rato todo marchó sobre ruedas, pero poco a poco la armonía comenzó a fallar y, para cuando sirvieron el café, ya habían reñido porque, a pesar de que el buen Frédi hablaba inglés perfectamente y conocía a muchos ingleses, sus largas piernas nunca habían recorrido las tierras de Albión, así que su adoración no podía ser más que a distancia y su conocimiento, de oídas. En cambio Kamuthy hablaba muy mal el inglés, pero el año anterior había hecho un viaje a Londres y, es más, se había hecho socio del círculo más distinguido: el St. James Club.

Y había logrado ser socio gracias a que a finales del periodo de la coalición, durante las elecciones locales de Szilágy, el pequeño Kamuthy había hecho campaña afanosamente a favor del candidato del gobierno. Aquel candidato había ganado las

elecciones y, cuando Kamuthy volvió a la capital, el ministro del Interior alabó su trabajo. Isti aprovechó la ocasión y le dijo: «Me gustaría pedir una cosita...». Y, alentado por Andrásy, contó que se disponía a hacer un viaje a Londres y que solicitaba un aval al embajador de Hungría. Kamuthy recibió la carta y, al llegar a Londres, se la entregó al embajador, el conde Mensdorf, quien leyó la carta y le preguntó qué podía hacer por él.

Kamuthy solo le pidió una cosa: ¡ser socio del St. James!

Se trataba de un deseo absurdo y más siendo el St. James el club más cerrado de toda Inglaterra. Solo unos pocos del *upper ten thousand*, los diez mil sobresalientes, eran dignos de entrar porque los criterios de selección eran muy escrupulosos y seguían unas reglas tácitas tan duras que incluso se aplicaban en el caso de los diplomáticos extranjeros. Apenas entraba alguno y esos mismos diplomáticos extranjeros que habían sido aceptados lo consideraban una distinción especial. Mensdorf intentó explicarle a Kamuthy la situación. Según la etiqueta inglesa, un forastero debía esperar a que los socios tuviesen intención de presentarse a él, de manera que aun en el caso de que lo aceptaran como socio podría tardar años en entablar amistades. Y por esa razón no tenía mucho sentido su pretensión. Le ofreció otras maravillas: estupendas invitaciones, fines de semana en casa de algún lord, cacerías en Escocia, viajes en automóvil por las regiones más bellas de Inglaterra, ser invitado de honor en la regata de Cowes. ¡No! Isti Kamuthy solo anhelaba una cosa: ser socio en el St. James Club. Nada más. ¡No quería otra cosa!

Mensdorf, pariente cercano del rey de Inglaterra, tenía más influencia social que nadie. Además le estimulaba llevar a cabo las cosas más absurdas. Gracias a su empeño ocurrió el milagro: Kamuthy fue aceptado en aquel club.

Y así, a diario, durante aquellas dos semanas de estancia en Inglaterra, Isti se había sentado religiosamente a las doce en punto ante el ventanal de la planta baja del St. James y desde allí, muy ufano, había contemplado Piccadilly. Nadie le había dirigido la palabra y los criados le habían servido el té con notorio desprecio. Sin embargo, él había podido sentarse tras aquel ventanal con la sensación de superioridad que producía ver a los miles de peatones que pasaban por delante y lo envidiaban, ya que de los más de siete millones de londinenses, ninguno de ellos habría podido estar justo allí donde él se tomaba su té con todo derecho. ¡Y aquella sensación fue sublime!

Y tras esas dos semanas de estancia, regresó a casa. Se había aprendido de memoria todo el *Baedeker* porque no había visto otra cosa de Inglaterra que los salones del club. Kamuthy había recorrido rápidamente los museos y no es que le hubiesen interesado mucho, pues más bien se había aburrido, pero después hablaría de ellos. Y precisamente en ese momento se lo estaba contando a Frédi, razón que provocó la discusión. Cuando Isti le comentó que era socio del St. James Club, Wuelffenstein se puso amarillo de envidia. Desde ese preciso momento, si Kamuthy decía una palabra en inglés, Frédi le corregía la pronunciación. No *English* sino

English, no *Waterlo* sino *Waterlu*, no *museum* sino *miusium*. ¡Resultaba insufrible! Isti no lo toleró. Le espetó que alguien que nunca había estado en Inglaterra no podía darle lección alguna y entonces Wuelffenstein le contestó que el que no sabía inglés tenía que ser muy estúpido para viajar a Londres.

La discusión comenzó a subir de tono. Afortunadamente, Laji Pongrácz, que estaba tocando muy cerca, cambió a una *czarda* estrepitosa y rápida al oír la pelea. No obstante, la riña llamó la atención de los comensales vecinos. Kadacsay les dijo:

—¡Cuidado, amigos, os está mirando todo el mundo!

Los dos «ingleses» callaron y guardaron un enfadoso silencio hasta que Wuelffenstein no pudo más y, para ser él quien tuviera la última palabra, se dirigió a Isti diciéndole:

—¡No me creo en absoluto que hayas estado en el St. James!

El pequeño Kamuthy se puso rojo como un tomate. ¡Dudaban de su gloria! Se levantó de un salto y chilló ceceando:

—¡Qué *dezfachatez* más vil! ¡Qué *dezfachatez*!

—¡Voy a pedir una satisfacción! —exclamó Wuelffenstein, que también se alzó y pegó un puñetazo en la mesa con su enorme mano, volcando una taza de café que estalló contra el suelo con gran estrépito. Por suerte, en ese mismo momento, Szaniszló Gyerőffy levantó la mesa con gran presencia de ánimo y dirigió al príncipe al salón de fumadores. De esa manera, en medio de aquel bullicio general, la realeza no notó nada, pasó en calma al salón de la chimenea y comenzó un discurso sublime sobre la obsoleta costumbre del duelo ante el círculo de señores mayores que estaban sentados junto a él.

Bogácsy se encontraba entre ellos, justo enfrente de Gastón de Orleans, pero solo tuvo que aguantar un par de minutos, porque llegó Farkas Alvinczy y, apoyando los codos en el respaldo de la butaca, le susurró unas palabras al oído y se marchó. Los ojos del magnífico comandante brillaron de alegría, pero no se movió porque el príncipe estaba hablando cara a él. Solo sus bigotes, largos como un chorizo, parecieron aún más largos cuando reprimió la sonrisa. No obstante, cuando el conde de Eu desvió la mirada, se levantó en silencio y salió deprisa. Su silla quedó vacía.

Al otro lado de la escalera, en el llamado comedor de las mujeres, ya lo estaban esperando los padrinos de Kamuthy: Jóska Kendy con su eterna pipa de loza en la boca y el dócil joven Garázda, originario de Hungría pero estudiante universitario en Kolozsvár desde hacía tres años. Lo saludaron con solemnidad, sin darse la mano, y luego se sentaron a ambos lados de la mesa: a un lado, los padrinos de Frédi —Bogácsy y Alvinczy—; al otro, los de Isti Kamuthy.

Y pronunciaron las palabras rituales.

—Nuestro representado, el conde Nándor^[1] Wuelffenstein pide una satisfacción...

Todo iba sobre ruedas. ¡Ni hablar de pedir disculpas! ¡Tampoco del Tribunal de Honor que la liga antiduelos imponía a todos sus miembros! ¿Dar satisfacción con

armas? Bien. ¿Espada? Perfecto. ¿La de caballería ligera? Exacto. ¿Hasta dónde? Hasta quedar fuera de combate. ¿Cuándo? Y eso sí representó un auténtico problema.

Frédi, al ser secretario general de la liga nacional, había asumido acompañar al príncipe presidente hasta la frontera y tenía que cumplir su palabra. De Orleans saldría a las cinco de la mañana.

—Entonces, ¿podría ser cuando volviese de Predeál? —preguntó el joven Garázda.

—¡En absoluto! —contestó Bogácsy en tono autoritario—. Según el Código Duverger, si las partes están presentes, nada puede impedir el duelo, aunque tampoco es necesario recurrir al Duverger, puesto que se podría celebrar el duelo esta misma noche. No son ni las once. Para las doce ya habremos acabado.

—Bien, pero ¿dónde? La sala de esgrima está cerrada y no hay otra.

—¡Sí que la hay! —exclamó Bogácsy con voz triunfal—. ¡Esta misma! Es una sala bastante grande y, si apartamos la mesa, habrá espacio de sobra. El suelo no resbala. Creo que nos servirá. Yo, en nombre de la dirección del casino, os concedo todos los permisos necesarios.

Se pusieron a resolver los detalles. Debían despertar a dos médicos y llamarlos. ¿Espadas? Bogácsy tenía dos en casa; Farkas Alvinczy, también. Debían ir a por ellas. Después echarían a suerte cuál sería para quién.

—La única cosa que me preocupa es dónde vamos a encontrar a un afilador. A mis espadas hay que sacarles el filo... —dijo Farkas agobiado.

El comandante respondió con arrogancia:

—Las mías son como una navaja de afeitar. Mi criado puede afilar el tercer par de armas en un soplo. Todo lo que sabe se lo enseñé yo.

Ya parecía todo arreglado, solo faltaba repartir las tareas. El joven Garázda tuvo que despertar al médico de Kamuthy; Farkas, al médico del otro y traer sus armas. Bogácsy, al ser el director y anfitrión, no podía marcharse mientras el buen conde de Eu estuviese en el casino, por eso le pidió a Jóska Kendy que fuese a su casa y despertase al criado para que aquel les trajese todo lo necesario: los dos pares de espadas y el afilador. Así apañaron todo en un santiamén.

Después Bogácsy regresó al salón de fumadores. Nadie había ocupado su asiento, por eso volvió a sentarse frente al príncipe y escuchó su discurso con la alegría de los triunfadores.

«¿De dónde procede el duelo? ¿De dónde viene esa costumbre bárbara? ¡Señores! ¡Es un resto de las ordalías medievales! En aquellos tiempos oscuros podían creer que Dios intervenía y daba el triunfo al pío, al justo, y dejaba perder al culpable, aunque ya en aquel entonces quienes podían permitírselo enviaban a la arena a los peleadores más experimentados. ¡Pero hoy en día, señores! ¡Hoy en día! ¿Quién va a creer que la Providencia se ocupa de esas cosas? Sabemos que vence el que se ejercita más en

esgrima o en tiro al blanco. Y, así, ¡la persona más vil puede matar al más honesto! ¡Es terrible, señores, es terrible!».

Un murmullo aprobatorio acogió sus palabras. Incluso Sándor Kendy, el Boquituerto, soltó un monosílabo, aunque no se podía saber con certeza si estaba de acuerdo o no. Bogácsy sí asintió con la cabeza cada frase. ¿Cómo no? A esas alturas tenía la seguridad de que todos, especialmente los jóvenes sentados detrás y aquellos que antes de la cena se habían burlado de él tan maliciosamente, se habían enterado del duelo y ya no estaban riéndose de él sino de aquel príncipe filántropo. Bogácsy sabía que esos mocosos socarrones no le quitaban ojo y pensó que lo admirarían, a él, al padrino perfecto que escuchaba aquellas palabras inútiles con cara inmutable porque la regla sublime era guardar en secreto el duelo hasta que se hubiese celebrado. Sentado rígido, con las piernas abiertas, sacando tripa, aquel hombre transmitía autoridad y una elegante serenidad.

El príncipe continuó hablando una hora y media más en un alemán correcto y fluido, con frases rotundas, pues ya había presentado su discurso cientos de veces por toda Europa. Lo rodeaba un silencio devoto. Nada le molestaba ni podía hacerlo.

Media hora después, el joven Garázda se acercó a Bogácsy con pasos sigilosos y se inclinó para decirle algo al oído. Más tarde, Farkas Alvinczy hizo lo mismo y, más tarde aún, Jóska. No llamaron la atención, todo seguía su curso gracias a la prudencia que ponían en cada uno de sus movimientos. Bogácsy solo asentía con la cabeza, al parecer asentía al hermoso discurso del príncipe. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Al final, el conde de Eu se levantó y, naturalmente, también lo hicieron todos los demás. Su elegante figura destacaba entre todos ellos, dio un repaso a la sala con sus melancólicos ojos grises y con voz solemne agradeció la calurosa acogida y dirigió unas entusiastas palabras de despedida a su público. Se alegraba muchísimo de que hubiese tanta gente dispuesta a apoyar su movimiento filantrópico. No había esperado un éxito tan rotundo, una comprensión tan unánime. Había oído hablar mucho sobre el carácter belicoso de los húngaros y había dudado de que la nación del azote de Dios^[2] apoyase la causa de la liga antiduelos. Pero ¡todo lo contrario! ¡Todo el mundo había estado de acuerdo con él y todo el mundo había apoyado su movimiento! Y eso le daba fuerza y confianza para pensar que los duelos terminarían desapareciendo, es más, ¡ya se podría decir que eran cosa del pasado!

—*Danke, meine Herren, danke, danke!* ¡Gracias, señores, gracias, gracias!

Por respuesta obtuvo unos pocos vítores apagados. Nadie se dio cuenta de las risas reprimidas que llegaban desde detrás, desde el salón de juegos.

Los tres directores lo rodearon; dos criados iban delante de él con los candelabros encendidos, como se debía con un huésped de tan alto rango, y lo acompañaron por las escaleras. Abajo, a la entrada, se encontraron con un hombre con el cuello alzado y una cartera en la mano. El desconocido se apartó inmediatamente pegándose a la pared. No se notó que apretaba bajo el brazo una gran botella de ácido fénico y tenía los bolsillos llenos de gasa.

Aquel desconocido, que se apresuró hacia el piso superior, era uno de los médicos del duelo.

Wuelffenstein, un poco tarde pero a tiempo, llegó a la estación de ferrocarriles. En la cabeza llevaba un turbante de gasa blanco y, en su hinchada nariz, un ancho esparadrapo rosado.

Se le veía muy enfadado. El pequeño Kamuthy no solo le había hecho un corte sino algo peor: le había pegado en la nariz. ¡Qué estupidez! ¡Aquel enano infame!

Todo sucedió de la siguiente manera: cuando Wuelffenstein oyó el «*Allez!*», levantó el brazo con la torpeza propia de los hombres larguiruchos, mientras el pequeño Istike, rabioso como un hámster, lo había atacado de un salto dándole en la nariz con la empuñadura de la espada e infligiéndole una herida en la frente. ¡Tuvieron que coserle ocho puntos! Pero lo peor fue que comenzó a sangrarle la nariz y apenas habían podido pararlo. Por eso llevaba dos torundas en cada orificio nasal, de modo que se ahogaba y se veía obligado a respirar por la boca haciendo mucho ruido. ¡Y al día siguiente tendría peor pinta con toda la nariz amoratada! ¡Qué idea más aterradora!

Y todavía se agravó más aquel asunto: el conde de Eu, en vez de retirarse a su coche de gala, fue lo bastante cortés como para esperarlo delante del vagón. Así, Wuelffenstein se vio obligado a dar explicaciones sin haberse preparado mentira alguna. Si se hubiese enterado de que el secretario general de la Liga Nacional Antiduelos había librado uno esa misma noche, se habría montado un gran escándalo y, naturalmente, se habría venido abajo tan distinguida relación, todo lo que el alma esnob de Wuelffenstein anhelaba y deseaba. Se habrían desvanecido las princesas francesas y los millonarios dueños de fábricas de champán de los salones legitimistas. Todo se habría ido a pique si Bogácsy no hubiese acompañado a su representado a la estación.

No obstante, Bogácsy no faltó, pues gustaba disfrutar de su calidad de padrino hasta el último momento y especialmente ese día, especialmente cuando se había burlado del propio movimiento antiduelos. Su bigote de tres pulgadas de grosor se alzaba de placer. Y en su pésimo alemán fue capaz de explicar resueltamente que «*Mein lieber Freund Wuelffenstein*», mi querido amigo Wuelffenstein, se había caído por las escaleras y se había dado contra la esquina de la balaustrada haciéndose tan fea herida en la frente y partiéndose la nariz.

—*Ist grosse Maleur, Hoheit ist grosse Maleur* —repitió un par de veces haciendo grandes reverencias para que no se le notase en los ojos el brillo victorioso e incluso el príncipe logró atisbar su significado: «Una auténtica desgracia, Alteza, una auténtica desgracia».

Solo se irguió cuando el tren hubo abandonado la estación. Entonces se atusó el bigote a derecha y a izquierda, y abandonó el andén con paso ruidoso, como si fuese

el mismo César tras la derrota de las Galias.

Adrienne regresó a Kolozsvár a principios de marzo después de un largo viaje. Había partido de Budapest en el expreso de la madrugada, aunque ese había sido solo el final de su trayecto, ya que antes había estado en Lausana, donde había visitado a su hija, la pequeña Klémi, y en Meran. La había matriculado el octubre anterior en el mismo instituto donde había estudiado ella. Algunas de sus antiguas profesoras todavía seguían allí, aunque ya mayores, pero tan buenas, inteligentes y comprensivas como lo habían sido con ella. Cuando Adrienne estudiaba allí, Mme. Laurent era casi su amiga y actualmente ejercía de directora del internado. Al enterarse, decidió matricular a Klémi allí. Confiaba en la sabiduría de la directora y en su conocimiento de los niños, y no se equivocó. Después del primer semestre hablaron sobre el carácter extrañamente reservado y huraño de la niña. Mme. Laurent describió perfectamente su carácter y Adrienne asintió a sus palabras, que le hicieron comprender mejor que nunca a su hija.

Durante el largo camino a casa pensó en Klémi. Recordó las circunstancias que la habían llevado a educar a su hija lejos de ella y los motivos de tan dolorosa decisión. En realidad así era mejor. Y, de hecho, no había tenido otra opción.

Hasta que su marido no enloqueció, la niña había sido educada por su abuela. Adrienne no podía desempeñar ningún papel en su educación. Cuando la pequeña enfermó de sarampión apenas pudo cuidarla y solo a costa de una dura lucha. Durante aquellos largos meses de enfermedad, Adrienne tuvo la sensación de que su hija sentía afecto por ella y que la voluntad férrea de la vieja abuela las separaba, pero se desengañó. Cuando Uzdy se volvió loco y tuvieron que ingresarlo en el manicomio, las tensiones vividas los últimos días doblaron a su suegra y cayó en una depresión profunda. Ya nada le interesaba en la vida. Se pasaba los días sentada en su habitación como una estatua, sin decir palabra, sin mandar nada. No solo impidió el acceso a Adrienne sino también a su nieta. Si la dejaban entrar, inmediatamente hacía una señal para que se la llevaran de allí. Por eso la niña no pudo quedarse en Almáskő. La institutriz francesa y la niñera inglesa la llevaron a Kolozsvár el segundo día.

La vieja señora Uzdy tampoco se quedó allí. Se trasladó a su villa de Meran acompañada únicamente por el mayordomo Maier y una vieja criada. Desde aquel día permaneció allí. Adrienne no tenía más noticias de ella que las que a veces le enviaban sus criados cuando recibían la suma que les hacía llegar todos los meses.

La pequeña Klémi pasó a pertenecer exclusivamente a su madre.

Y la niña era su única alegría, porque en aquel entonces había roto con Bálint. Y creyendo que aquella separación era definitiva, creyendo que Bálint se casaría con

Lili Illésváry, como ella misma le había recomendado, creyendo que no tendría a nadie más que a su pequeña, Adrienne le dedicó toda su atención, todo su amor. Intentó ganársela.

No lo logró.

Desde el momento en que Klémi perdió a su abuela, desapareció de ella la mínima simpatía que había demostrado por su madre durante el sarampión en presencia de la vieja señora Uzdy: aquellos gestos de cariño no los había hecho por amor sino por maldad infantil. Su única intención había sido enfadar a su abuela.

Hasta entonces la niña había vivido en el edificio principal de la villa Uzdy, en Kolozsvár. Después de que la condesa Clémence se marchase, Adrienne la trasladó más cerca, al ala de una sola planta. Arregló para ella las antiguas habitaciones de Pál Uzdy. Aquellas habitaciones espaciosas y claras pronto se llenaron de muñecos y juguetes, pero la niña nunca jugaba con ellos. En vano la esperaba bajo el árbol de Navidad el muñeco más bonito, el payaso más caro. Klémi daba las gracias educadamente por todos los regalos, los cogía, se los llevaba y los colocaba en una estantería de su habitación. Los ponía en fila y, si durante la limpieza, se desordenaban, volvía a colocarlos con suma atención; por lo demás, no los tocaba nunca, no le interesaban.

A Klémi le gustaba leer. Y Adrienne le había regalado la *Bibliothèque Rose*, *Alicia en el País de las Maravillas* y decenas de libros infantiles. La niña los aceptó con los mismos modales fríos y educados con que agradecía los juguetes. Nunca se le notaba alegría o quizá sí, tan solo una vez, cuando por casualidad entre los regalos encontró lápices de colores, si bien tal vez no fue otra cosa que cortesía. Unos días más tarde, Adrienne se percató de que en su tiempo libre Klémi hacía muchos dibujos, dibujos muy extraños. No dibujaba hombrecillos torpes y animales, como el resto de los niños. ¡No! Coloreaba las mayúsculas de las cubiertas de sus libros con azul, rojo o verde. Alargaba algunas letras hasta triplicar su tamaño o las engrosaba trazando un sinfín de líneas. Les ponía ojos gigantescos o cuernos largos. Más tarde comenzó a hacer los mismos dibujos de color en sus cuadernos. Trabajaba con máximo rigor y precisión, como si de una tarea escolar se tratase, pero lo dejaba sin protestar si la llamaban, como si tampoco le entusiasmase tanto. Y si su madre intentaba bromear sobre los dibujos o le preguntaba por qué los hacía, en qué pensaba mientras estaba dibujando, Klémi siempre contestaba en tono indiferente y con helada cortesía: «Nada, lo hago para dibujar... No importa... No sé por qué, solo lo hago y ya está...».

Nunca decía nada de sí misma, nunca demostraba confianza, su corazón nunca se ablandaba. Siempre era mesurada, cortés y distante. Su cara, de pómulos tártaros, nunca se inmutaba. Sus ojos castaños siempre estaban entrecerrados, como si cuidara de que no expresasen ni el menor de sus sentimientos. Su pelo negro como el hollín era tan liso como el de su padre. Klémi era hija de Pál Uzdy hasta la médula y no solo en el aspecto físico. No tenía nada de su madre, de la vitalidad y el buen humor de los

Milóth.

Adrienne luchó nueve meses por el alma de su hija con amor, bondad y entrega absoluta. Y fue en vano. No consiguió acercarse a ella ni un palmo. Adrienne libró una lucha desesperante. Y, es más, su lucha iba en detrimento de su relación. La atención, la dedicación permanente de la madre provocaba más aversión en la hija. Adrienne no podía definir bien aquella sensación que se hacía más intensa con el paso del tiempo, tanto que la condujo a la dolorosa decisión de separarse de Klémi y llevarla a Lausana. Aquel día, el de su regreso, comprobó que había sido la solución correcta, incluso había creído advertir algún gesto de cariño hacia ella. Indudablemente le sentaría bien estar con otras muchachas que alborotasen y la sacasen de su apatía.

Las palabras de la directora la tranquilizaron un poco. Klémi era buena estudiante, obediente y aplicada. Al principio la directora se sintió preocupada por su fría cortesía y por su actitud huraña hacia sus compañeras, pero había mejorado y más desde que hacía deporte. La mandaron a remar, a jugar al tenis y a participar en sencillos juegos de pelota. Le asignaron como compañeras a muchachas de carácter alegre, bienintencionadas pero nada ruidosas. Siempre estaba con las mismas cinco muchachas. Remaba y jugaba al tenis con ellas. Había conseguido llevarse bien con ellas y, aunque todavía no se podía hablar de amistad, al menos existía compañerismo entre ellas. La pequeña Clémence^[3] se lo pasaba bien con ellas, sobre todo porque, al ser la más inteligente y muy reservada, las muchachas, que necesitaban afecto, se sentían motivadas a buscar su amistad, tenerla como líder y conquistarla.

—Suelo estar atenta a fin de que no se formen grupitos entre mis alumnas —dijo la directora—, pero en este caso yo misma lo he fomentado. No he tenido otro remedio. Si no, la pequeña Clémence se hubiese cerrado cada vez más, lo que habría sido muy nocivo. ¡Sí! Muy nocivo...

Mme. Laurent reflexionó un rato y añadió:

—*Car naturellement c'est une enfant assez difficile...* Porque evidentemente es una chica difícil...

Solo esa frase delató su preocupación. Aquellas palabras reflejaban los peligros que escondía la ascendencia de la niña. Y después continuó hablando más confiada:

—Creo que con una atención continua y mucha paciencia podremos lograr que su estado anímico cambie en beneficio de su vida futura. Es una suerte que haya llegado a nuestra institución tan temprano...

Y aquellas últimas palabras de la directora fueron realmente alentadoras, porque Adrienne, antes de llevar a su hija, le había enviado una carta contándole muchas cosas: desde el estado de Uzdy hasta el carácter tiránico de su suegra depresiva, todo lo que fuese importante que la directora supiera de antemano.

Adrienne no regresó directamente a casa. Hizo escala en Innsbruck y, de allí, se fue a

Meran. Y lo hizo con el corazón encogido, considerando que era su obligación ver cómo estaba la vieja señora Uzdy. A pesar de que la vieja la odiaba desde su primer día de matrimonio y a pesar de que ella misma la había odiado mientras tuvieron que vivir juntas como enemigas eternas; Adrienne era el único miembro equilibrado de esa desdichada familia y debía olvidar los viejos rencores y comprobar si la condesa Clémence Absolon recibía los cuidados necesarios y si le faltaba algo. Antes de emprender su viaje había escrito al mayordomo y, al salir de Innsbruck, le envió otro telegrama, de manera que cuando a mediodía bajó del tren, el fiel Maier la estaba esperando en la estación de Meran.

Maier no había cambiado desde aquellos trágicos sucesos, cuando se habían visto por última vez, como si ni el tiempo ni las tensiones pudiesen con él. Continuaba siendo el mismo hombre, robusto y fornido, de rostro sano y tranquilo y mirada inteligente. Así lo había visto siempre, pese a que él ya estaba muy entrado en los setenta. Lo habían empleado como enfermero profesional para el padre de Pál Uzdy y estuvo a su lado hasta su muerte. Después se quedó en Almáskó. Desde hacía año y medio servía a la condesa Clémence con la misma lealtad silenciosa y sabia. Ella era el tercer enfermo de la familia Uzdy...

—¿Cómo está mi suegra? —preguntó Adrienne mientras le daba la mano—. ¿Puedo ir a verla?

El viejo Maier contestó lentamente con prudencia:

—No ha habido cambios. En estos casos no cabe esperar mejora mental alguna. Ella está bien de salud. Ya lo verá usted. —Titubeó un momento y siguió cautelosamente—: Creo que lo mejor sería que viniese usted a verla ahora... Esta suele ser la mejor hora.

Hacía un tiempo esplendoroso. Allí el sol de mediodía ya era primaveral y cálido. Los gorros de nieve de las gigantescas montañas parecían tan cercanos, más que las colinas, que los pinares parecían separados de las oscuras rocas. En la lejanía, el coloso Ortles flotaba como vapor en el despejado cielo italiano. Alrededor se sucedían manzanos y emparrados. Pasaron entre árboles de hoja perenne como laureles, cedros, jazmines y camelias y, al subir por la colina de detrás del castillo, se abrió frente a ellos el exuberante valle, orientado al sol, con sus pequeños castillos, iglesias y claustros en todos los picos y, abajo, por el río, el terciopelo tupido de los ricos prados. Todo el paisaje parecía sonreír en paz y felicidad.

La villa estaba a la derecha del camino y su fachada daba al sur, pero la entrada estaba al norte. La casa, de estilo italiano, se alzaba encima de una terraza de piedra cuadrangular como si hubiese sido construida sobre una bandeja. Hacia la calle, al jardín inferior, seguramente conducían unas escaleras, pero desde la entrada solo se veían las copas de los árboles. Cuando llegaron delante del portal principal a Adrienne la asaltaron los miedos. Hasta aquel momento no había pensado en aquel encuentro y solo había actuado movida por el sentido del deber. Desde que había bajado del tren, la distrajo el paseo y la belleza del paisaje, puesto que era la primera

vez que visitaba Meran, pero llegada al umbral de la sombría casa, sintió repentinamente la inminencia del reencuentro. Se veía de nuevo cara a cara con su suegra. Cara a cara con aquel ser del que la separaban años de odio. Tendría que hablar con ella, explicarle por qué había ido a visitarla y dar parte sobre Uzdy y su hija. Soportar la mirada helada de aquella anciana y tal vez sus palabras ofensivas. También era cierto que el viejo Maier le había dicho en sus cartas que la señora a veces no hablaba durante días, que se pasaba el tiempo sentada inmutable e inmóvil y que había que estimularla para que se levantara, se lavase o se acostase a dormir. Actuaba de manera mecánica y solo si le daban ánimos.

Seguramente Maier no mentía, pero ¿la anciana se comportaría igual cuando la viese? ¿No cambiaría, resucitada en su presencia?

Y Adrienne no solo temía eso sino no poder ser amable ella misma tampoco, no poder hablar resueltamente y con la bondad debida.

Temió que estallase en ella el rencor reprimido durante tantos años. Todos aquellos pensamientos pasaron por su mente como un rayo.

—Por favor, Maier —se dirigió al mayordomo—, vaya usted primero y prepárela. No, no. No voy a entrar todavía, no ahora mismo... Me quedaré aquí un rato, un cuarto de hora... Y después venga a buscarme, en un cuarto de hora... Me quedo aquí —dijo, y le señaló un banco de piedra empotrada en la pared de la casa.

El viejo mayordomo le lanzó una mirada comprensiva. No la contradijo ni la alentó. Asintió con la cabeza en silencio y desapareció en el interior de la casa. La puerta se cerró sin ruido.

Adrienne se quedó sola. Se sentó. Esperó sumergida en sus pensamientos. No obstante, solo permaneció allí un par de minutos. Hacía fresco en la sombra. Tal vez eso le provocó leves escalofríos. Se puso a caminar por las baldosas hacia la otra punta de la casa, de la sombra al sol.

Caminó lentamente, apenas unos pasos. Le asaltaron los viejos recuerdos.

Recuerdos lejanos de su noviazgo, cuando le presentaron a su futura suegra, y los más recientes de Almáskő, cuando Uzdy atacó a su madre y, después de aquella terrible escena, ella se había atrevido a visitar a su suegra sin que la llamasen, solo por lástima. ¿Y qué le había gritado ella? «¡Usted ha envenado a mi hijo!». Sí, eso le gritó, esa terrible acusación.

Giró la esquina y recorrió las anchas terrazas que se extendían a lo largo de la casa. En la fachada que miraba hacia el sudeste cinco puertas ventaneras contemplaban la ciudad. Cuatro estaban cerradas. Los rayos del sol caían oblicuos pintando franjas azules y moradas bajo las láminas de la celosía. Solo la quinta permanecía abierta.

Y cuando Adrienne llegó, se encontró cara a cara con la vieja señora Uzdy. ¡Estaba sentada a no más de cinco pasos! La cornisa apenas le llegaba a las rodillas. Su figura, alta y negra como una estatua funeraria, estaba inmóvil. Su mirada se perdía en la lejanía. Solo las manos acartonadas en el regazo y el estrecho cuello eran

blancos. Su cara, sombría y enjuta. Los rayos dibujaban franjas encendidas en su barbilla y en sus duros pómulos, que, como el bronce, absorbían la luz. Tenía un aire egipciaco, de calma aterradora, amenazadora y misteriosa. Un icono grabado en granito cuyo color hollín apagaba el resplandor de su entorno.

Sus ojos tártaros no brillaban, abiertos de par en par se clavaron en Adrienne, petrificada ante su mirada.

No supo cuánto tiempo pasó absorta. Tuvo la sensación de que mucho, muchísimo tiempo. Esperaba que le gritase, que le dijese algo malo, ultrajante, que se levantara y le echase una maldición. Sin embargo, la vieja señora Uzdy permaneció muda e inmóvil como una roca.

Poco a poco se dio cuenta de que la vieja no la miraba a ella, tal vez ni siquiera la veía. Tenía la mirada clavada detrás de ella, en la lejanía, mucho más allá de ella, quizá en el horizonte. La señora Uzdy permanecía hierática. No obstante, Adrienne se quedó hechizada, como si los dos cristalinos ojos la hubiesen embrujado.

Alguien la tocó en el hombro. Era Maier. Adrienne despertó.

Sin decir nada retrocedió y se marchó sin girarse. Cuando la pared tapó la figura sentada en la ventana, pudo darse la vuelta y seguir a Maier.

Ya estaban en la otra esquina de la casa cuando se sintió capaz de hablar.

—Vayamos a sentarnos en alguna habitación donde podamos discutir qué habría que hacer... —luego añadió—: Vuelvo a casa esta noche.

Entraron en el piso de Maier y también se unió la vieja criada. Adrienne repasó las facturas y los recibos solo por cumplir con la costumbre, puesto que conocía bien a los dos viejos criados y sabía que eran de confianza. Además ese rato le vino bien por otra razón: repasando la contabilidad se calmó y pudo hablar con objetividad sobre los quehaceres de los próximos meses, el envío de dinero, los gastos, todo lo que concernía a la estancia de la condesa Clémence. Al final hablaron sobre los cuidados, el médico y el diagnóstico.

—¿Qué perspectivas tiene? ¿Se curará? —preguntó Adrienne a Maier, que estaba sentado en el otro extremo de la mesa arreglando una pila de papeles.

La respuesta llegó con tristeza. Maier explicó la situación con palabras lentas, cautelosas. Según la opinión del médico especialista, los casos de melancolía no se curaban a una edad tan avanzada. El paciente podía vivir muchos años, puesto que el cuerpo no se desgastaba. Un paciente así podía vivir mucho con los cuidados pertinentes. Tampoco debían excluir la posibilidad de ataques más fuertes, momentos en que debían estar alerta por si el enfermo manifestaba alguna tendencia suicida.

—Tenemos que ir con cuidado, naturalmente, aunque hasta ahora no ha presentado síntomas amenazadores. Después de un ataque, volvería la misma apatía. Estaría como está ahora: más o menos inconsciente. Y eso puede durar mucho... los años que esté viva... y durante esos años poco a poco su organismo se irá desgastando.

Adrienne lo repasó todo en la oscuridad de su coche cama. Recordó las vivencias de ese viaje de casi dos semanas: el tiempo pasado en Lausana, Klémi, la conversación con la directora y los lúgubres recuerdos de Meran... No dejaba de darle vueltas desde que había anochecido.

Los recuerdos la atormentaban cada vez menos, como si perdiesen su fuerza, y al acercarse el fin de su viaje, Kolozsvár, sintió que se despertaba en ella una alegría inconsciente.

La locomotora despidió un silbido y durante unos minutos se sumergió en el traqueteo estruendoso del tren. Esbozó una sonrisa feliz.

El silbido indicaba el túnel de Sztána, el último.

Pronto llegaría a Kolozsvár. Y estaría en casa. Solo faltaba una hora.

Un sola hora y estaría en su habitación, ante su chimenea, tumbada sobre una manta blanca de lana entre cojines rojos, disfrutando del fuego.

Y esperaría con la mirada clavada en las llamas. Esperaría a que sobre la medianoche la puerta de cristal que daba al jardín se abriese con un leve ruido y entrase su amor. Ese sería su auténtico regreso: estar en casa entre sus brazos. Allí olvidaría todas las preocupaciones y las penas, los problemas y el pasado cruel. Todo se disiparía en la gloria de su amor.

No había otra realidad.

Dos días después del regreso de Adrienne, se celebró el baile más hermoso de la temporada. Se distinguía de los otros porque las damas tenían que llevar algún tipo de tocado a modo de disfraz, razón por la que aquel baile era conocido como *Tête*, cabeza.

Se le había ocurrido a Elemér Garázda, un joven del condado de Tolna que llevaba tres años en Kolozsvár estudiando Derecho. Ese año el primer bailarín era el «joven Garázda» o, de manera más abreviada, «el joven»: así lo llamaban en Transilvania porque en su cara barbilampiña, blanca como la leche y de mejillas rosadas, apenas se percibía su minúsculo bigote rubio y, la verdad, porque les divertía llamar así a un hombre tan alto y fornido. Consciente de que había sido un gran honor que siendo húngaro de Hungría le diesen un papel tan importante, quiso demostrar que se lo merecía y organizó algo nuevo, bonito, grandioso, a fin de que los transilvanos comprobasen que él estaba a la altura de semejante dignidad. El baile *Tête* que había presenciado en el Club Parque de Budapest le sirvió como modelo y así lo propuso: sería una fiesta preciosa en la que se celebraría un baile benéfico para auxiliar a tres pueblos del País Székely que habían quedado destruidos en un incendio. Otra novedad fue que no tendría lugar en el anticuado Redut sino en el recién inaugurado salón del Hotel Central.

Todo el mundo acogió la idea con gran entusiasmo. Los señores, porque no tenían que disfrazarse, lo que todos odiaban. Las damas, porque no necesitaban un disfraz completo, lo que era un despilfarro, sino que podían lucir sus mejores vestidos, competir y vencer a las otras con los más chocantes tocados que jamás se hubiesen visto.

Desde hacía semanas las damas perseguían alguna feliz o disparatada ocurrencia y, actuando en secreto y con astucia, intentaban enterarse de los diseños que habían mandado hacer las demás y no decir ni una palabra de los suyos para que nadie los copiase y evitar así que dos luciesen el mismo diseño. ¡Oh, no! ¡Qué drama!

No obstante, quizá debido a tanto secretismo, muchas damas sufrieron un contratiempo tremendo en el baile. Ocho de ellas llevaban turbante turco; cinco, cofia holandesa; tres, peineta de teja con mantilla española; seis, diadema de soltera de Kalotaszeg, y finalmente dos se habían disfrazado de Cleopatra y cuatro de Caperucita Roja. ¡Aquello fue terrible! Todas intentaron justificarse diciendo que habían sido ellas las primeras en tener la idea y que las otras se la habían robado; y no perdieron la oportunidad de despacharse con saña si se trataba de su mejor amiga acusándola de ser una hipócrita.

Sentadas en semicírculo bajo unas palmeras prestadas para la ocasión, las *ladies patroness*, las damas patrocinadoras, ocupaban su podio, situado en el lado más estrecho de la sala. Entre ellas se encontraban la mujer del alcalde Szaniszló Gyerőffy y la señora Kamuthy, además estaban la señora Laczók y la señora Körösi —esta última era mucho más joven que las otras, pero como ese año su marido era el *Rector Magnificus*, le correspondía aquel lugar privilegiado entre las mujeres mayores— y, naturalmente, no podía faltar en el asiento central la señora Sarmasághy, la vieja tía Lizinka. En cuanto llegó, le dejaron el lugar principal porque tanto las madres con hijas casaderas como las mujeres de la ciudad temían aquella tremenda lengua viperina que se gastaba.

Todas llevaban algún tocado de encaje antiguo, negro o blanco, salvo la señora Laczók, quien se distinguía luciendo una de las joyas de su familia, un tocado de perlas y minúsculas piedras preciosas engastadas. Aquella antigüedad en su momento había pertenecido a la mujer del gobernador de Transilvania Mihály Apaffy y la habían heredado los Laczók a través del legado de los Bornemissza. Y, efectivamente, le quedaba muy bien a la querida tía Ida: la sofisticada joya pegaba con ese rostro regordete suyo que parecía sacado de un viejo retrato.

Los patrocinadores del baile también se habían sentado con ellas, tanto los burgueses como los aristócratas: el alcalde, los directores de los dos bancos mayores, el decano del Colegio de Abogados y otros. Con ellos se encontraba Szaniszló Gyerőffy, «Naranja», por su peluca rubia anaranjada; Sándor Kendy, el Boquituerto, con su nariz ganchuda, el viejo Ádám Alvinczy y, naturalmente, el comandante Bogácsy. Y había quienes no habían sido invitados al podio, pero habían subido igualmente, como el tío Ambrus, porque desde allí se podía admirar mejor a las mujeres que entraban desde la escalera de enfrente y recorrían toda la sala hasta el podio para saludar a las *ladies patroness*.

Jóska Kendy también acudió al podio sin llamar la atención, pero no para observar la entrada de las damas sino porque la joven señora Körösi estaba sentada en un extremo. Él se quedó de pie a su lado cuchicheando en voz baja. La guapa señora Körösi parecía sumida en la tristeza. ¡Cómo no iba a estar triste! Desde que era rector, su marido había adquirido más obligaciones que nunca y, además, se dedicaba a la política y era líder de la oposición en la ciudad. ¡Reuniones, discursos, juntas...! ¡Y ninguna atención hacia ella! ¡Se sentía tan abandonada! Seguramente era de eso de lo que se quejaba quedamente a Jóska, quien de vez en cuando sacaba su pipa de loza vacía del bolsillo, se la metía entre los dientes y volvía a guardársela en el frac. Tal vez la misma conmoción lo hacía actuar así.

Los invitados habían sido muy puntuales y el larguirucho Garázda comenzó a abrir un pasillo entre ellos que fuera desde las escaleras hasta el podio. Garázda se empeñó en mantenerlo libre porque ese detalle hacía el baile más solemne: las

mujeres, una por una, atravesaban la sala entre la doble fila de los bailarines, mientras él y su afanoso ayudante, Dezsó Laczók, estudiante de segundo de Derecho, no paraban de correr de un lugar a otro. Aquellos dos jóvenes se turnaban para mantener el orden con ruegos o advertencias y, cuando por la escalera aparecía la cabeza de la siguiente dama, Elemér, con sus largas piernas, o Dezsó, patinando por las baldosas de mármol, salía a su encuentro, hacía una respetuosa reverencia y con gran dignidad conducía a la recién llegada hasta el podio de las *patroness*. Y lo hicieron realmente bien. No fue fácil mantener el orden, pero lo consiguieron. De hecho, solo se produjo un pequeño alboroto y no fue precisamente por la belleza de ninguna dama sino por el atuendo de Istike Kamuthy.

Durante su estancia en Inglaterra el verano anterior, el mofletudo Istike se mandó hacer una chaqueta de caza color rojo chillón en la mejor sastrería de ropa deportiva. Aquella maravillosa chaqueta era de una tela tan fuerte como la hojalata. Esa noche quería que todos la admirasen. En principio había pensado pavonearse con ella en la cacería de San Huberto, en Zsuk, pero la mañana del día de San Huberto recordó que él siempre había defendido que «*Zegún la ley inglesa, no se puede montar a caballo vestido de rojo traz la jauría de harrier huntz. ¡No se puede!*», regla que había repetido muchas veces a todo el que le hubiese prestado oídos. ¿Cómo iba entonces a violar él mismo dicha regla? Así que por más pena que le dio, tuvo que ponerse la antigua chaqueta verde y su preciosa chaqueta roja de ocho libras esterlinas y media —¡qué barbaridad!— se quedó en el armario sin apenas haber sido estrenada. En cuanto lo invitaron al baile *Tête*, decidió disfrazarse de cazador de jauría. Istike sabía que los hombres irían en traje de noche, pero qué más le daba... Se justificaría diciendo que creía que era carnaval. Se puso las botas y los pantalones blancos de montar y, encima, la obra maestra, roja como un tomate. Con aquel aspecto maravilloso que creía lucir superaría a cualquier otro y a las muchachas se les caería la baba y se volverían locas al verlo.

Cuando Isti, con su chillona chaqueta roja y su plastrón blanco, subió las escaleras, provocó el asombro general. Por un momento se hizo el silencio. Acto seguido estallaron en vítores y las muchachas lo rodearon para verlo, tocar la chaqueta, admirarlo y, sobre todo, para burlarse de él. Todas hablaban a la vez y le preguntaban qué llevaba, cómo se le había ocurrido aquello y por qué se había vestido de esa manera. Isti, en un primer momento, pensó que había logrado un éxito arrollador, pero la gloria no le duró mucho. Apenas intercambiaron unas palabras, las mujeres se retiraron asqueadas y su descarada sobrina Malvinka le explicó la razón:

—¡Isti, apestas como un caballo!

¡No había caído en ello! Pero en aquel preciso instante comenzó a notarlo. La culera de piel de los gastados pantalones y las botas impregnadas de sudor de caballo desprendían un tremendo olor a establo. Nadie pudo aguantar ni un minuto a su lado. Así pasó la noche, sin que nadie quisiera bailar con él: las mujeres no querían ni que se les acercase y hasta los hombres le repitieron «¡Cómo apestas!». Y se burlaron de

él exagerando una terrible aversión. Se pasó el baile errando a solas, expulsado de todos los círculos, hasta que después de una larga lucha se resignó y se desplomó en el salón de juegos, donde ya había empezado una partida al *makao* a cuyos participantes, sumergidos en el humo de los cigarros, no les importó el olor de Istike.

Después del alboroto provocado por la entrada de Isti se recuperó la normalidad. Continuó el desfile de las bellezas, adornadas con velas de odalisca o con monteras de torero. El marido, padre, hermano o acompañante se quedaba en la fila formada por los bailarines, mientras la dama, ataviada con su tocado, esbozaba encantada la mejor de sus sonrisas, convencida del éxito que le esperaba, si bien otras, con sonrisa tímida, avanzaban por el parque libremente. Mediada la pasarela, a veces se distinguían comentarios jocosos —«¡Ya es el tercer tulipán!» o «¡Parece un perro de lanas!»—, refiriéndose a una peluca roció—, pero cuando algo entusiasmaba al público, este lo saludaba con un murmullo de reconocimiento. Alcanzaron ese reconocimiento Dodó, con una corona de plumas de jefe tribal indio, y la bella señora Fischer, quien, con su cara aniñada, llevaba en la cabeza un tiovivo cuyos animalitos giraban al empujarlo con el dedo. Y entonces llegó Margit. Aun siendo madre desde enero, daba la sensación de ser una muchacha. Había dado a luz a un varón sano y regordete, el primer nieto Alvinczy. Apenas más rellenita y con aquel traje blanco de florecitas parecía una joven que acudía a su primer baile. Se había cubierto el cabello con un pañuelo rojo, como las campesinas, que no le habría costado más de veinte céntimos, pero le había hecho un simpático nudo con las puntas alzadas en dos direcciones que le iba muy bien a su cara morena. Avanzó hacia las damas patrocinadoras con la barbilla levantada, segura y tranquila, sabiendo que esa baratija impresionaba mucho, dobló las rodillas con gracia infinita y la aplaudieron con tanto entusiasmo que se sonrojó del regocijo.

Ya estaban casi todos reunidos —el joven Garázda, situado al lado de las *ladies patroness*, lanzó una mirada al reloj para ver si ya era hora de que interpretasen la *czarda* que abriría el baile— cuando entró Adrienne.

Los invitados estaban amontonados contra la barandilla de la escalera, por eso nadie se percató de la recién llegada, cuya presencia advirtieron cuando salió al parque, ya despejado. Se abrió una fila de fracs y Adrienne quedó en medio de todos ellos.

Se detuvo un instante y luego continuó avanzando por la sala con sus pasos largos.

Adrienne llevaba un traje muy largo, sencillo, negro, cubierto de *paillettes* plateadas que hacían un débil sonido al moverse, como si se hubiese vestido con la piel escamosa de una serpiente. En su cabeza erguida lucía una corona de oro propia

de las reinas manchúes. Las flores de filigrana sobresalían un palmo por los lados. En las puntas resplandecían piedras preciosas también en forma de pétalos, con un rubí en medio que parecía una gota de sangre cayendo de su cáliz.

Con carbón se había pintado las pestañas y las cejas dándoles formas achinadas. Con el pelo negro, la tez marfileña y pálida que no se sonrojaba y esos salvajes labios carmesíes parecía una visión del Lejano Oriente, un hada misteriosa recién llegada desde su pagoda. Y lucía un escote generoso, triunfador.

Las luces bailaban por sus hombros, su cuello y el inicio de los pechos, resbalaban por su piel lisa, pulida como el mármol. Ya no era aquella mujer enjuta de antaño con aire de adolescente que intentaba taparse con velos y chales el hueco de las clavículas y su delgado cuello. En aquel momento, a pesar de haber sido madre desde hacía tiempo, parecía una virgen y el brillo del deseo en los ojos de los hombres la ofendía. Sus curvas estaban más marcadas desde que había vuelto a ver a su amor hacía seis meses y se sentía mujer.

Su belleza era solemne y majestuosa. Al aparecer se hizo el silencio y ella atravesó la sala consciente de su nueva hermosura.

Bálint había estado esperándola cerca de las escaleras y, sin querer, dio un paso hacia ella, pero Adrienne solo le mandó una sonrisa con sus labios que parecía decirle: «Ya ves, este es el tocado que mandé hacerme en Viena, por el que me preguntaste la otra noche y que he mantenido en secreto para que sea también una sorpresa para ti, para que me veas así sin haberlo sabido, sin haberlo esperado...». Pasó entre la doble fila de colorida multitud, acompañada por exclamaciones involuntarias de asombro. Avanzó con pasos de reina. Desde el borde posterior de la corona caían largas cintas de oro que le alcanzaban media pierna y cada una terminaba en una flor de plata repleta de rubíes rojo sangre. Al andar, las joyas volaban alrededor de los pliegues de su traje al ritmo de sus pasos, como si el ardiente deseo de los hombres la acompañara en cada movimiento.

Y llegó ante el podio. Saludó con una profunda reverencia como si fuese un baile de corte, doblando su cuerpo flexible y estirándose con suavidad. Solo las panteras se mueven con esa tranquila e innata seguridad.

Sus modales de reina provocaron aplausos. Cosechó un éxito extraordinario. Su tía, la buena señora Laczók, le dijo encantada:

—¡Estás preciosa, querida!

Y en esa ocasión pareció borrarse la malicia de la tía Lizinka y así la elogió:

—¡Tengo que admitir que nunca en mi vida había visto algo tan hermoso!

Ambrus resumió sus emociones en un solo grito populachero:

—¡Diablos, qué hembra!

En pocos minutos se vio rodeada de señores mayores y jóvenes y, a pesar de que la música había comenzado, no tenían intención alguna de dejarla sola. Le pidieron bailar, pero ella disimuló no haber oído nada y se limitó a mover la cabeza. Adrienne esperaba a Abády.

Cuando él llegó los demás se dispersaron poco a poco, una reacción que últimamente solían provocar con bastante frecuencia. Desde que Uzdy había sido ingresado en el manicomio, ellos dejaron de disimular y fingir. Ya no era secreto que se querían, lo sabía todo el mundo, pero no se sabía con certeza si mantenían o no una relación. Asumían su amor con la cabeza alta y, quizá gracias a su actitud, la sociedad lo aceptó. Los hombres ya no intentaban cortejar a Adrienne, pues a pesar de que estaba más hermosa que nunca, sabían que era inútil, en cuanto estaba con Bálint, ya no les hacía caso.

La sociedad sabía que Adrienne no podía divorciarse, por eso aceptó y consintió la relación que ellos dos mantenían, también porque ambos cuidaron las apariencias: se encontrara uno donde se encontrara, el otro acudía con toda seguridad, pero nunca aparecían ni se marchaban juntos. Incluso la vieja señora Sarmasághy había dejado de echar sapos y culebras contra Adrienne: esta había abandonado todo flirteo, los jóvenes habían dejado de suspirar anhelosos al verla y el tío Ambrus también se había dado por vencido en el intento baldío de mancillar su fama coqueteando con ella. La base de todo chisme es el secretismo y ellos no tenían secreto alguno.

Adrienne y Bálint miraban al mundo cara a cara.

Por eso a la vieja Lizinka no le quedó más remedio que buscar otro tema y pronto lo encontró en la persona de Tamás Laczók, ingeniero de los ferrocarriles estatales que de momento prestaba servicio en Kolozsvár. La querencia de Laczók por las gitanas más jovencitas era muy conocida y la buena tía Lizinka, «preocupada» por su moral, se lo estaba explicando a su vecina con gran deleite:

—Me temo, querida, que van a encerrar a mi pobre sobrino Tamás, porque aquella *morenita* no había cumplido ni los trece. ¡Será algo tremendo para la familia! Me he enterado de que la policía anda buscándolo...

La tía Lizinka continuó con su voz chillona, mientras Bálint y Adrienne se apartaron del podio. No la escucharon, no les interesaban los demás. Anduvieron como sonámbulos. Se sentaron pegados a la pared y Addy, con una sonrisa, preguntó a su amor con una sola palabra.

—¿Te gusta?

—¡Enormemente! —contestó Abády.

—¿De verdad?

—¡Más que enormemente! —repitió el hombre ardiendo de deseo y, después con una voz apenas perceptible, le dijo unas palabras en inglés: palabras secretas, símbolos de su amor.

Las pestañas de los grandes ojos topacios de la mujer bajaron un instante. No contestó. Esa fue la respuesta. Y sus labios se abrieron dejando ver sus dientes blancos...

Y después le contó alegremente cómo había diseñado la corona después de consultar varios libros de disfraces y que la había mandado hacer en el taller de Hofoper cuando estuvo de viaje. A la vuelta, la recogió y ya en casa le alargó las

cintas porque le pareció más bonito y porque le hacían cosquillas en la espalda desnuda.

El baile no daba descanso: a la *czarda* que lo había abierto le siguió un vals.

Laji Pongrácz tocaba con gran empeño el *vals de Luxemburgo*, por entonces muy de moda, cuando un hombre achaparrado y barbudo, Tamás Laczók, apareció por las escaleras. Su entrada causó tanto alboroto como la aparición de Isti Kamuthy, aunque solo entre las señoras mayores y las *ladies patroness*. Y tampoco fue una sorpresa para él, todo lo contrario.

Laczók, como ingeniero ferroviario, dirigía las obras del tendido entre Kolozsvár y Apahida y se había trasladado a la zona hacía tres semanas. Vivía solo en una pequeña casa rural que había alquilado en Brétfű y hasta ese momento no había aparecido por la ciudad.

No obstante, se había enterado de que se celebraría un baile *Tête*, razón que no habría bastado para sacarlo de casa de no ser por haber leído que la vieja señora Sarmasághy sería *lady patroness* y su hermano Jenő Laczók, patrocinador él mismo. Además, a mediodía, había llegado Soma Weissfeld con su familia en el tren de Vásárhely y, por casualidad se habían encontrado en la estación y le habían comentado que también irían al baile.

Y fue entonces cuando decidió acudir.

Odiaba a todas esas personas. Tamás Laczók estaba convencido de que su hermano, junto a ese Weissfeld, le había expoliado la parte que le correspondía de los neveros comunes, y también estaba seguro de que la vieja Lizinka, justificando la medida en su frivolidad juvenil, había intervenido aconsejando a sus parientes que lo enviaran al extranjero. Y así pasó años exiliado. Sí, admitía que allí se había hecho un hombre de verdad, que había obtenido la licenciatura de Ingeniería en París y que había encontrado empleo en una gran empresa que primero le encargó la construcción de un muelle en Durazzo y más tarde un tendido ferroviario en el Atlas. Vivió varios años en Algeria, donde habría llegado a ser un gran señor, pero regresó a casa y aceptó un empleo de segunda en la Red Nacional de Ferrocarriles Húngaros. Él solo se sentía bien en Transilvania y, además, consideraba que aquella era la única manera de poder fastidiar a su hermano y vengarse de sus enemigos.

Había acudido al baile porque se había enterado de las habladurías de su tía sobre su vida. Su retraso se había debido al tiempo que le costó encontrar su vetusto frac, que la muchacha gitana le había planchado mientras él se fue a comprar una camisa almidonada, un plastrón y una corbata blanca en el centro de la ciudad antes de regresar a vestirse en su casa de Brétfű.

Ya se encontraba en el baile, escrutando protegido por la multitud de bailarines. En el otro extremo de la sala estaban charlando la tía Lizinka y su cuñada. Su hermano tampoco andaría muy lejos. La señora Weissfeld, que también se hallaba

allí, no paraba de abanicarse. Tamás Laczók se dirigió hacia ellos. Avanzó con cautela entre los participantes en el vals, ligeramente encorvado, como un león acercándose a su presa, a fin de aparecer súbitamente entre dos parejas de bailarines.

La batida fue todo un éxito.

Hacía un buen rato que los señores más distinguidos se habían retirado a una lujosa habitación del hotel, convertida en salón de fumar —la misma en que anteriormente se había alojado el conde de Eu—, pero las damas mayores permanecían en su sitio.

La vieja señora Kamuthy y las señoras Weissfeld y Laczók estaban escuchando a la tía Lizinka, una gran entendida en leyes. Ya en la época de las represalias posteriores a la Revolución de 1848 se había encargado de los pleitos para cobrar la indemnización de los terratenientes y últimamente se había aprendido el código penal con el único objetivo de apartar a Tamás Laczók de todos.

—Ese artículo dice que su detención es de obligado cumplimiento y que no le corresponde solo pena de cárcel sino cinco años de trabajos forzados, queridas. También sé que ya se ha ordenado la entrega de la fe de bautismo de aquella fulana y que su padre, que fue quien la vendió, ya está bajo custodia...

La señora Laczók, la benévola Ida, la escuchaba por simple cortesía y, aburrída, dejó vagar la mirada. ¡Y entonces vio a su cuñado!

Tamás estaba muy cerca, casi a su lado. Aunque no era tan gordo, era idéntico a su hermano Jenő: compartían esa misma cara de rasgos tártaros y la cabeza tan lisa como la porcelana con un solitario mechón en el centro. Sus ojos, perdidos en su cara abultada, destacaban gracias a esas cejas sesgadas suyas que le hacían parecer siempre asombrado: en todos sus detalles se parecía a las típicas figuras labradas de esteatita que vendían en las tiendas orientales. A pesar de que su hermano Jenő solo llevaba bigote y Tamás lucía, aunque rala, barba completa cuyos mechones formaban un triángulo, su parecido era increíble. Sacó tripa, estiró la espalda, afianzó con seguridad sus cortas piernas y, con las manos en los bolsillos, sonrió.

Ida exclamó:

—¡Ay, Tamás...! ¿Tú aquí?

—¡Muy buenas! —contestó su cuñado.

Todas lo miraron. A la tía Lizinka se le atragantaron las palabras. Solo pudo balbucear:

—Tú... tú... tú... ¿Qué haces tú aquí?

—Todavía estoy en libertad, *ma chère tante*. *J'ai voulu vous tranquilliser à ce sujet...* Solo quería tranquilizarla al respecto, querida tía... —dijo con una reverencia y les besó la mano a todas ellas, luego cogió una silla, se sentó y se mostró extremadamente amable.

Naturalmente, su amabilidad no pretendía agradar. Y tanto era así que a la señora Weissfeld le dijo con cierta maldad:

—No encierran a todo el que se lo merece, ¿no es cierto? ¡Bien lo sabe su

estimado marido! —Luego se dirigió a Ida—: ¿Qué tal está mi hermano Jenő? Me consta que padece *rateritis* —se rio y se giró para secretar con la señora Sarmasághy —: Mi querida tía, estoy metido en un lío tremendo. ¡No por lo de la gitana! Sino porque acaban de detener a mi segundo maestro de obras por calumnias. Un problema grave. No sé qué voy a hacer sin él. El muy idiota comentó algo en voz alta sobre el maestro jefe, quien terminó denunciándolo, y citaron en el tribunal a todos los testigos de aquellos comentarios. El juez no entiende de bromas, allí todo lo que se dice debe jurarse sobre la Biblia. ¡Y es que un testigo no es nada, pero tres! ¡Imagínese, el muy burro despotricó delante de tres personas! ¡Tres testigos! ¡Hay de sobra! —dijo y con su corto brazo señaló a las señoras Laczók, Weissfeld y Kamuthy—. No hace falta ni decir que fue encarcelado. Ya ve, mi querida tía, en qué líos puede uno meterse.

Esperó unos minutos. Examinó con sus ojos minúsculos a las atónitas damas y se levantó.

—Bueno, ahora voy a ver cómo marcha el baile. *Ma chère tante* —dijo a Lizinka —, *je me prosterne devant votre bienveillante attention*. Querida tía, me inclino ante su solícita atención.

Y entonces hizo una reverencia y se marchó.

Cuando desapareció entre la multitud, las tres damas también se alzaron y huyeron en tres direcciones diferentes. La tía Lizinka se quedó sola con su rabia.

Detrás de la banda, apoyado en una portezuela, se encontraba el antiguo primer bailarín, Farkas Alvinczy, quien hasta el año anterior había sido diputado. Su rostro griego miraba a través de los músicos. Alvinczy había aparecido de incógnito, de modo encubierto, y no vestía frac sino un traje normal, señal de que había renunciado a los placeres de la gran sociedad. Él, que tenía un pasado tan glorioso; él, que había sido el más popular en su región y que había sido adorado por deslumbrantes mujeres en la capital, amén de un brillante legislador y político decisivo, no podía limitarse a desempeñar ahora un papel secundario y había preferido retirarse de todo a pasar a segunda fila o a prestarle atención a cualquier campesina. Él, que había probado todos los placeres que la vida podía ofrecerle, nunca había comentado nada de eso ni jamás lo haría, pero su sonrisa, que escondía superioridad y renuncia, así lo delataba.

En realidad todo era una pose. Sí, había sido diputado, pero sus palabras nunca habían tenido peso. Tampoco había tenido más aventuras amorosas ni habían sido más intensas que las aventuras de tantos otros jóvenes apuestos. No obstante, él sí lo creía así y por eso no hacía absolutamente nada más que pasarse las noches jugando a las cartas y los días durmiendo. Tampoco iba de juerga con los cíngaros, pero se murmuraba que solía beber en casa aguardiente fuerte y así lo reflejaban su rostro hinchado y sus ojos vidriosos. Sin embargo, aun propenso a engordar, seguía siendo un hombre atractivo.

Iduska Laczók se percató de su presencia. «¡Incluso este me serviría!», pensó, porque desde que la relación con Kadacsay se había ido a pique, la joven estaba dispuesta a casarse con quien fuera. Sus dos hermanas mayores ya estaban casadas y ella se había quedado para vestir santos.

Detuvo a su pareja de baile cerca de la banda, se despidió de él y pasó por detrás de los gitanos para acercarse a Alvinczy. Farkas también se arrimó. Se cogieron de la mano a espaldas del contrabajo.

—¿Qué tal está? ¡Me alegro tanto de verlo! —dijo la joven y le lanzó una mirada alentadora—: ¡No puede imaginar cuánto lo hemos añorado!

Alvinczy hizo un gesto con la mano y contestó con tono prepotente:

—Solo quería ver cómo lo hacía ese tal Garázda. No lo hace nada mal. Tiene talento. Aprenderá...

—¡Oh, pero no es lo mismo que cuando usted...! —respondió Iduska con admiración en la voz y continuó con una sarta de piropos y elogios.

Ya llevaba unos minutos adulándolo cuando la pequeña Margit se les acercó.

—¿Has visto a Ádám? —preguntó a su cuñado—. Desde hace un buen rato no está por aquí. ¿Estará en el salón de juego? ¿No acabas de salir de allí?

Su voz tenía un timbre serio, reprobatorio.

—Pues, efectivamente, acabo de salir del salón y, efectivamente, ¡sí!, he jugado —contestó Farkas irritado—. Pero ni sé ni me importa si Ádám está o no allí. No soy un espía. ¡Que cada cual haga lo que le dé la gana!

Aquello fue una puñalada. Los Alvinczy estaban a malas; en concreto, Farkas lo estaba con su pequeña cuñada y también con Ádám, porque como solía decir, había dejado que ella llevara los pantalones. En realidad todos la temían. Temían su juicio y su voluntad férrea. Farkas solo se atrevía a usar ese tono con ella en público.

Margit levantó su nariz de alcaudón hacia la cara de su larguirucho cuñado, sonrió levemente y le contestó con toda tranquilidad:

—Entonces voy a buscarlo.

Se dio la vuelta y se marchó.

Salió al pasillo vecino. Vaciló unos momentos. ¿Cuál era la puerta del salón de juego? Había cuatro puertas de doble hoja. Afortunadamente, en ese momento, apareció un camarero con un cubo de hielo en la mano y abrió la tercera. Margit entró tras él con pasos sigilosos al oír la voz estruendosa del tío Ambrus:

—Saca la plata, amigo, esto no va en broma. ¡La banca son mil seiscientos! ¡A ver! ¿Quién la quiere?

Margit hizo un repaso de la habitación. Sin duda aquella estancia era la más lujosa. Los muebles habían sido pegados a la pared. Bajo la lucerna central había una enorme mesa de juego con tapete verde rodeada de sillas de caña. Alrededor había ocho personas, pero Ádám no estaba, solo Ákos, su cuñado menor. En aquel instante

no le llamó la atención, pero más tarde reparó en que estaba pálido como la muerte.

Margit estaba a punto de irse cuando se percató de la presencia de su marido en un rincón cercano. Tumbado en una butaca dorada, dormía a pierna suelta, profunda y felizmente, con los labios entreabiertos como los bebés. Ádám dormía porque desde que estaba casado había perdido la costumbre de trasnochar y estaba agotado porque había pasado la noche anterior con su hijito, que había tenido dolor de barriga, en brazos. Adoraba a su hijo y lo cuidaba como si fuese su niñera.

Margit se acercó a su marido y le tocó la frente con una leve caricia. Ádám, medio dormido, le cogió la mano y le besó el antebrazo. Creía que estaban en la cama. Ni siquiera abrió los ojos.

Aquel gesto era un mimo que solían hacerse y Margit se rio, pero luego despertó a su marido.

—La señora Harinay, Anna Laczók, no tenía acompañante para la cena y le dije que tú me habías dicho que la acompañarías, pero estaría bien que se lo dijesees tú mismo, eso es lo correcto. En media hora sirven la cena y parecerá muy raro que aparezcas en el último minuto...

Ádám se levantó de inmediato.

—Tienes razón. ¡Ahora mismo voy!

Salieron del salón, la mujer, de pequeña estatura, miró a su marido, alto como una torre:

—¿No estás contento de que te haya conseguido una comensal tan guapa? ¡No podrás decir que soy celosa!

—¿Y por qué ibas a serlo? —contestó Ádám con benevolencia. Cogió la mano de su mujer y, con pasos uniformes, como caminan los que están bien avenidos, se dirigieron al salón de baile. Mientras anduvieron por el pasillo lejos de miradas ajenas, fueron agarrados de la mano, felices en su unión.

Tamás Laczók, después de tomarle el pelo a la tía Lizinka, buscó a su hermano y a Weissfeld. Ya que se había enfundado el frac y se había gastado las diez coronas de la entrada al baile, quiso aprovechar la ocasión para fastidiar también a aquellos dos. ¡No sería dinero despilfarrado! Así que entró en el salón de fumadores.

Allí estaban los dos. Jenő Laczók, rígido como un ídolo de piedra, tal vez sostenido de esa guisa por la grasa, estaba sentado. Su vecino era un banquero ajeno a esos círculos que necesitaba el apoyo de su cliente porque en Kolozsvár apenas se sabía qué importante papel cumplía él en la vida económica de Marosvásárhely.

Los demás, unos veinte hombres, todos patrocinadores del baile, formaban un círculo a la espera de sus respectivas esposas para comenzar la cena. Naturalmente discutían de temas políticos, ¡qué otra cosa podían hacer los húngaros en tan numerosa compañía!

El doctor Körösi, rector de la universidad, estaba explicando un asunto cuando

Tamás irrumpió en el centro e interrumpió la charla repartiendo sus afectuosos saludos.

—¡Muy buenas, Sándor! ¡Muy buenas, Ádám! ¡Muy buenas, Szaniszló! ¡Muy buenas! ¡Cuánto tiempo sin veros! ¡Muy buenas! —dijo. Y fue estrechando la mano a todos. Se presentó a todos y cada uno de ellos, los conociera o no, a fin de llegar al otro extremo del círculo. Allí, con alegría desmedida, le dio un golpecito a su hermano en la barriga y varias palmadas en la espalda, lo agarró de los hombros con las dos manos y lo sacudió con fuerza mientras gritaba estruendosamente—: ¡Vaya, qué pálido! ¿Por qué estás tan amarillo? —Y a pesar de las protestas gélidas de Jenő, él continuó—: ¡Sí, hombre! ¡Estás tremendamente amarillo! Tú no te lo notas, no sé para qué te miras en el espejo todos los días —dijo y se dirigió a todos los presentes—: ¿Acaso no es verdad? ¿No lo veis? ¡Claro que no! ¡Sois demasiado corteses! Yo no y, como soy su hermano, debo ser franco. —Acto seguido se sentó al lado de su hermano ocupando el asiento de Weissfeld—: ¡Deberías hacerte un análisis, Jenő! ¡Puede ser algo serio! —continuó fingiendo que susurraba—: Piénsalo, papá murió de cáncer y dicen que es hereditario, aunque no en todos los casos...

—¡Vete a hacer gárgaras! —le gritó Jenő, y estalló en carcajadas. En carcajadas algo amargas.

Tamás sabía que su intento de asustarlo no había sido en vano. Sabía muy bien que desde su juventud Jenő estaba obsesionado con esa enfermedad. Y después de haberlo envenenado con la sospecha, fingía bondad:

—Bueno, puede que no sea otra cosa que acidez de estómago o abundancia de bilis. De todos modos, es mejor que vayas a ver un médico cuanto antes. —Luego se dirigió a los otros—: ¡Huy, perdonen, señores! Veo que con esta escena familiar he interrumpido una valiosa conversación... Discúlpenme —dijo y se calló. Los dos hermanos, que se odiaban, guardaron silencio. Salvo por la barba de Tamás y la cara afeitada de Jenő, aquellos dos hermanos parecían gemelos: en medio de sus calvas relucientes se alzaba un mechón negro, sus cejas sesgadas como si estuvieran levantadas por el asombro, los pómulos marcados... Y estaban sentados en la misma postura, rígidos como rocas y con las manos apoyadas en las rodillas.

El doctor Körösi comenzó a hablar de lo siguiente: la delegación austriaca había anunciado el inminente aumento del número de reclutas y la necesidad de mejorar el equipamiento militar. Eso había ocurrido en enero. Desde entonces se habían hecho públicos otros detalles: eran necesarios cincuenta mil reclutas más y que el presupuesto militar subiese veinte millones al año, con lo que ahora habría que pagar sesenta. Cierta era que hacía tres semanas el ministro de Hacienda Lukács intentó calmar los nervios diciendo que no serían necesarios nuevos impuestos, si bien añadió que se construirían nuevos buques de guerra. Lukács había hablado con soltura e inteligencia explicando que la flota austrohúngara estaba muy anticuada, comparada con la de otros países; que la Monarquía no podía quedarse atrás en la carrera armamentística de Europa, y que solo podría mantener su peso, su poder y su

valor como aliado si su equipamiento naval y terrestre era al menos tan numeroso y moderno como el de los estados vecinos. Aludió a la crisis producida por la anexión de Bosnia, haciendo referencia a la flota alemana y a los importantes intereses comerciales que dependían de la navegación húngara. La opinión pública aceptó con indiferencia los planes sobre el aumento de efectivos militares. Se había hablado tanto y durante tantos años de lo mismo que ya estaban acostumbrados y sabían que Rusia seguiría siendo su enemigo natural. Y era notorio que el zar armaba sus tropas con los millones franceses. ¡Pero la flota! ¡La flota era algo nuevo! La flota era otra cosa. ¿Para qué se necesitaba y contra quién?

Sobre eso discurreba el rector y distinguido miembro de la oposición, el doctor Körösi, en su dialecto de Szeged.

—¿Para qué necesitamos la marina? ¿Quién la necesita? ¿Y contra quién?

Y explicó lo que la gente en general pensaba sobre el tema. Hungría no disponía de colonias, tampoco tenía intereses en ultramar; la flota alemana era más fuerte que la francesa y contra la inglesa no habría nada que hacer construyesen lo que construyesen, de manera que solo quedaba Italia, miembro de una alianza en principio inamovible o, al menos, eso creía todo el mundo. Además, los argumentos oficiales alegaban que la flota de la Monarquía y la flota italiana defenderían el Adriático codo con codo. La opinión pública, tan entendida en asuntos exteriores como un niño, ni siquiera se planteaba la posibilidad de que en política no se pudiese expresar todo abiertamente; desconocía que desde hacía ya tiempo no se podía confiar en la alianza con los italianos —como no lo hacía especialmente el Estado Mayor general—, que podía llegar la hora en que Italia se pasase al enemigo, que las alianzas solo se mantenían mientras fuesen del interés de todas las partes y que solo los fuertes tenían amigos. La gente sospechaba motivos secretos, inconfesables, que explicasen la construcción de una flota. Y creía que tenía razón al pensar lo que Körösi acababa de decir en voz alta:

—¡No es más que un capricho del heredero de la Corona! Ahora quiere hacer el papel de almirante y pretende imitar al emperador alemán. ¡Para eso servirá la flota! ¡Para eso necesita gastar tantos millones! Nos saca el dinero de los bolsillos para hacerse una marina austriaca e irse de maniobras.

—¡Eso es cierto! ¡Cierto! —exclamaron los demás.

Szaniszló Gyerőffy se palpó la peluca color naranja como si quisiera asegurarse de que estaba bien colocada en su cabeza y, con la superioridad de quien está de gobierno, dijo:

—Yo no sé si es cierto o no, pero en caso de que lo sea —dijo—, sería más sabio reírle la gracia al archiduque. Tarde o temprano será nuestro rey...

—¡Solo será rey si lo coronamos!

—Rey de todos modos...

—Según la Pragmática sanción^[4] solo el Parlamento tiene derecho a coronar...

—¡Hasta entonces, ni dinero, ni manto!

—¡Ni ejército, ni flota! —Se montó una ardorosa discusión sobre la constitución y se hicieron varias propuestas para su reforma. Querían exigir una cosa y otra, gritando como si ya estuviesen redactando el texto final, como si solo dependiese de ellos el contenido. Y discutieron sobre la pertenencia de Bosnia y si era imprescindible o no anexionar Dalmacia. Unos estaban de acuerdo; otros, en contra. Según los últimos, la anexión conduciría al *trialismo*, idea que los primeros refutaron. Los aspectos jurídicos tomaron un cariz militar y los artículos de ley, como cañonazos, eran tiros de fogueo lanzados desde muy cerca. Así fue la disputa sobre el derecho constitucional, plena de ojos brillantes y rifirrafes. Se habló de todo salvo de seguridad nacional.

El señor Szaniszló chirlaba, el bajo continuo de Körösi superó el vocerío y la pelea se fue haciendo cada vez más ruidosa. Y a punto estaban de utilizar palabras mayores cuando la discusión tomó un giro inesperado.

Alguien dijo sin más:

—Quizá le tengamos miedo a Nikita^[5]...

Quien así había hablado era Kálmán Harinay, el marido de Anna Laczók. Y continuó:

—¡... o a los monos albaneses!

Tamás se levantó súbitamente:

—¡Te estás juzgando a ti mismo, amigo! —vociferó a Harinay—. ¡El albanés es un pueblo duro, lo conozco bien!

Nadie se esperaba aquel comentario. Nadie se esperaba que alguien supiese algo de los albaneses y, desde luego, nadie se esperaba que aquel hombre taciturno y achaparrado que la gran mayoría no conocía ni de oídas estallase con tanta pasión. Su dura réplica a Harinay tuvo efectos muy benignos porque los transilvanos disfrutaban de las peleas ingeniosas. Unos se rieron, otros simplemente se sorprendieron.

Szaniszló Gyerőffy se alegró de poder librarse de la discusión con el doctor Körösi, al que no consideraba una persona digna debido a su pasado como ministro:

—¿Conoces Albania? Ahora hay algún tipo de sublevación contra el gobierno turco.

—Sí, deben de estar librando batallas muy duras. Según el *Petit Parisien*, del que soy suscriptor, los de Malesi aplastaron al bajá Torku Sefket y ayer anunciaban que los de Mirdita se habían sumado a la sublevación —respondió Tamás.

El comentario provocó gran regocijo.

—¿Qué? —gritaron por todos lados—. ¿Los Malos? ¿Así se llaman? ¿Y los de Mierdita? ¡Ja, ja, ja! ¡Fenomenal!

—Son las dos tribus más poderosas. Y tú, amigo, *ne rigolerais pas comme une baleine*, no te mofarías como una ballena, si te paseases entre ellos —gritó a Harinay, quien para vengarse del comentario anterior se había reído a pleno pulmón—. ¡Son todos unos temibles salteadores montaraces! —Y se giró porque vio la ocasión perfecta para darle a Weissfeld el golpe de gracia. Sonrió como quien da una

explicación ingenua—: Ellos, señor banquero, no son de aquella clase de refinados ladrones que sentados en su escritorio suelen fundar sociedades anónimas sin temer por su seguridad, sino guerreros duros que día a día se juegan la vida.

Algunos, los que habían captado la alusión de Tamás, se divirtieron cuchicheando. Otros, burlones, al ver que el mayor de los Laczók no tenía pelos en la lengua, dejaron de intervenir. Él continuó.

Rodeado de su público contó su historia en pie, dirigiéndose a unos y otros. Y su aspecto era verdaderamente muy extraño: con su frac de finales de 1880 de alas cortas y que le quedaba pequeño, con su cabeza rapada y la barba rala, parecía haberse disfrazado de payaso. Las cejas sesgadas y el mechón en medio de la frente resultaban inverosímilmente cómicos, así como su modo de dar pequeños pasos alrededor de sí mismo, mientras respondía a Szaniszló, a Sándor Kendy o incluso al comandante Bogácsy, a quien generalmente solo le interesaban los asuntos de duelo, pero que al haber servido en Bosnia conocía las luchas de los Balcanes por experiencia propia.

A sus espaldas seguían cuchicheando:

—¡Todo un urogallo en celo! —Y lo contemplaban como si lo fuera.

Sin embargo, lo que contaba era muy interesante. Tamás era un gran observador, no se le pasaba un detalle, y tenía la capacidad de relacionar datos extraídos de sus experiencias y formar un conjunto lógico. No en vano había trabajado años en el Atlas, donde solo había podido contar consigo mismo. Explicó que la sublevación albanesa de aquel momento era totalmente distinta de las anteriores. No solo se habían unido tribus que generalmente mantenían un cruento odio secular, no solo pueblos cristianos y musulmanes, lo que también era inaudito, sino que —¡algo extraordinario!— estaban equipados con mucha munición y fusiles modernos... Y sin duda alguien debía de habérselos facilitado y no precisamente como regalo. ¿Quién se los había dado y cómo? Solo podía ser Nikita. El hecho milagroso de que al comenzar el movimiento las pequeñas bandas derrotadas se hubiesen refugiado en Montenegro y después hubiesen vuelto sostenía esa idea. ¡Nunca había pasado nada parecido! Anteriormente, si un albanés, por alguna razón, cruzaba la frontera de Montenegro, era muerto en el acto, y hasta entonces los albaneses habían actuado igual con los montenegrinos. Si el odio atávico se había convertido súbitamente en amistad solo podía ser obra del viejo y astuto Nikita. Él los proveía de armamento y munición. ¿Y de dónde los sacaba? El año anterior un periódico parisino, para presumir de la *gloire* francesa, había publicado que no solo Serbia sino también Montenegro recibía armas de Schneider-Creuz. No obstante, Nikita no tenía ni un céntimo y menos aún crédito. Por eso, debía de estar pagando un tercero: el zar. Pagaba las armas de Nikita y las de los albaneses. Algo se estaba tramando en los Balcanes. Y así se explicaba la presencia de los príncipes reales de Rusia, así como de Alejandro, rey de Serbia, y Fernando, rey de Bulgaria, en las celebraciones por el cincuentenario del acceso al trono de Montenegro de Nikita. ¡Qué curiosa esa

celebración conjunta entre quienes apenas hacía dos años habían sido enemigos acérrimos! Y también lo indicaba el hecho de que el bajá Torkut quisiera cerrar la frontera con Montenegro: así solo quedaba abierto el norte a través de las tierras de los Mirdita.

—¿Desde el sur sería más fácil?

—Sí. Los de Malesi viven al norte de Elbasán^[6].

Ya durante aquel discurso suyo algunos habían intentado interrumpirlo con bromas o, al menos, reírse de Tamás Laczók, pero en ese momento estalló un huracán de risas. La mayoría solo esperaba la ocasión de hacer una broma y quitarle hierro al asunto. Las mismas personas que se tomaban con seriedad mortal las tesis jurídicas más rebuscadas y estaban dispuestas a luchar por ellas, consideraban la política exterior una diversión más, algo propio de seres etéreos y risibles.

Tamás Laczók los miró con gesto enfadado. Seguramente habría mandado callar a sus vecinos si la puerta no se hubiese abierto en este momento. Se asomó el camarero:

—Señores, la cena está servida. ¡Las damas ya están bajando al comedor! —dijo. Acto seguido el círculo se dispersó. Todos se apresuraron a bajar. Tenían hambre y tampoco era muy cortés hacer esperar a las mujeres. Solo Szaniszló Gyerőffy se dirigió a Tamás, pero no para agradecerle nada, puesto que le dijo en tono altivo:

—Ha sido realmente muy interesante. Siéntate con nosotros a cenar, me gustaría hacerte unas cuantas preguntas... —Y sin esperar la respuesta se marchó muy estirado con su peluca naranja.

Tamás Laczók masculló un improperio y enojado se lio un cigarrillo.

Solo entonces se dio cuenta de que no estaba solo. Oyó unos gemidos apagados y se dio la vuelta en dirección al ruido.

El viejo Alvinczy estaba tumbado en la butaca. Al parecer, cuando había intentado marcharse con los demás, un ataque lo aplastó como un rayo y volvió a desplomarse en el borde de su asiento. Solo sus hombros tocaban el respaldo. Tenía la cara pálida como la muerte, en su frente gotas de sudor y en sus ojos abiertos el pánico aterrador de la muerte. Laczók se acercó de un salto.

—Aquí... aquí... mis gotas... en el chaleco —dijo entre estertores.

Tamás actuó con rapidez. Sacó el frasquito del bolsillo, cogió agua del lavabo y al regresar dejó caer las gotas en el vaso. No se contentó con darle de beber sino que lo incorporó en la butaca, le abrió el cuello y el plastrón, mojó su pañuelo y se lo puso en el pecho, encima del corazón. Se sentó a su lado y esperó.

Esperó en silencio, pacientemente, observando a Alvinczy.

El medicamento hizo efecto. El ataque fue a menos. El rostro de Alvinczy reflejaba menos tensión con las pestañas cerradas. Todavía respiraba desacompañadamente, pero ya no jadeaba. «Tal vez no haga falta llamar al médico»,

pensó Tamás Laczók. Le cogió la muñeca buscándole el pulso y, lentamente, con una cadencia regular, empezó a acariciar la anciana mano de Alvinczy.

Pasaron un buen rato sentados juntos en silencio.

Desde el pasillo se oyeron portazos, pasos y voces que se perdían. Quizá fueran los jugadores de cartas marchándose ya y, junto con ellos, sin sospechar que su padre estaba en el umbral de la muerte, los dos hijos del viejo: Farkas y Ákos...

Hubo un largo silencio.

Mucho más tarde se pudo oír música desde la planta baja. Seguramente la banda había entrado al final de la cena. Creyendo Tamás que su compañero se había dormido, quiso marcharse, pero no quería dejarlo solo. De repente Alvinczy dijo:

—Te lo agradezco de verdad... Te lo agradezco mucho... —susurró con voz desmayada—. Si tú no hubieses estado aquí, yo estaría muerto...

—¡Tonterías! —contestó Laczók en tono reacio, aunque estaba pensando lo mismo.

—Quizá hubiese sido lo mejor... —prosiguió el viejo Alvinczy después de una larga pausa—, tal vez... lo mejor...

—¡Qué dices! —respondió Tamás bruscamente, pero con bondad.

—Tú no lo sabes... Tú no puedes saberlo... —repitió el viejo un par de veces. Y luego, de manera lenta y entrecortada, comenzó a hablar. Le contó sus penas, cómo lo habían decepcionado sus hijos.

Durante toda su vida había ahorrado, había renunciado a todo para poder dejar a sus cuatro hijos una fortuna de la que pudiesen vivir modestamente, pero como señores. Había arreglado sus fincas, las había dividido del modo más provechoso, había comprado otras, había construido establos, granjas y porquerizas. Y ahora sus hijos estaban destruyendo toda la obra de su vida. Despilfarraban como locos, bebían y jugaban a las cartas. Desde hacía años vivía con el temor constante de tener que pagar por uno o por otro. Pagar miles y miles de coronas, pagar de un día para otro sumas exorbitantes... Y ahora estaba atravesando apuros económicos y se había visto obligado a pedir un préstamo, a hipotecar las fincas y, si de nuevo tuviese que pagar por uno de sus hijos, tendría que pensar en vender otra cosa...

—A lo mejor ha sido culpa mía... Los he educado mal... Me han salido así... Los cuatro... todos... Todos son iguales...

¿Qué sería de ellos si continuaban por ese camino? El único que no le preocupaba era el segundo, Ádám, porque su mujer lo había metido en cintura. Ádám era el único que trabajaba, el matrimonio lo había salvado. ¿Qué sería de los otros? ¡Santo Dios!

—No quiero llegar a ver... cómo se envilecen por completo...

Así habló el viejo largo y tendido, desahogándose ante Tamás Laczók, por más que no habían coincidido más de tres veces en su vida. A nadie le había confesado aquello. Soportaba la pena sin chistar, con la cabeza alta, mudo. El terrible ataque había quebrantado su autocontrol, había roto ese humilde mutismo que seguía por principios: no hacer nunca daño a sus hijos. Y cuando ya había soltado todo, como si

algo en su interior protestase contra tantas confianzas, se dispuso a concluir. Súbitamente se irguió y, casi avergonzado, se dirigió al pequeño hombre achaparrado y calvo.

—Por favor, olvídalo... Todo ha sido una exageración... me ha salido sin querer...

—¡Lo único que importa es que te encuentres mejor! —lo interrumpió Laczók—. Ahora voy a acompañarte a casa...

Se levantó y ayudó a aquel larguirucho y flaco anciano a ponerse en pie, lo cogió por un brazo y lo condujo a la puerta. El anciano, enjuto, alto y elegante, y el hombrecillo del ridículo frac cruzaron el pasillo lentamente.

Bajaron las escaleras del hotel. Abajo, Tamás dio el resguardo del guardarropa de Alvinczy y, mientras recogía dos abrigos, el viejo lo esperó sentado en el sofá del vestíbulo.

—¡No me acompañes, me voy solo! —protestó Alvinczy disculpándose, aunque le sentó bien cuando Tamás lo hizo callar:

—¡No digas tantas burradas!

Tamás Laczók despertó al criado del pobre viejo y esperó a que lo acostasen. Luego bajó, pagó al cochero que los había llevado y salió caminando hacia Brétfű. Después de haber pasado dos horas en aquella habitación de hotel cargada de humo, le sentó bien caminar en la fría noche de marzo.

De repente le asaltó una tremenda alegría. ¡Su incursión realmente había salido a las mil maravillas! Recordó las impertinencias que había cometido en el baile. Tamás Laczók creyó que aquellas eran el motivo de su alegría, pero en realidad la razón de su buen humor era su humanidad. Anduvo dándole vueltas a cuánto se habrían asombrado sus enemigos si lo hubiesen visto en su papel de buen samaritano, él, quien especialmente en presencia de su hermano siempre fingía ser un tipo malévolo sin corazón... Y es que Tamás Laczók solo quería ver la parte cómica de los acontecimientos.

Avanzó con pasos apresurados por las calles desiertas hacia la estación de tren, atravesó Hídelve con su corto abrigo y su gorro de piel. Sus enormes galochas golpeaban el asfalto helado.

Canturreó en voz alta una vieja canción cómica que en su momento había estado de moda en las calles de París:

Moi, j'm'en fou

J'reste tranquillement da-ha-hans mon trou!

Pourquoi courir ailleurs

Pour ne pas trouver meilleur...

Moi, j'm'en fou...

Caminó alegremente con la barba flotando alrededor de su cara y moviendo sus

cortos brazos con gran empeño, como si se encontrase en un escenario. «Tarará... Tarará... Tarará...»: no se sabía de memoria aquella letra tan subida de tono.

Entretanto la cena acabó muy bien. Solo para Pityu Kendy tuvo un desenlace triste. Pityu cenó con la pequeña Margit, de quien se había creído enamorado después del desencanto que había sufrido por Adrienne.

El factor principal de aquel antiguo cortejo fue que Pityu y su amigo Ádám Alvinczy habían discutido en su momento sobre las virtudes y la terrible crueldad de Adrienne. ¡Pero Ádám lo había traicionado abandonando su adoración por Adrienne y casándose con su hermana menor, Margit! El matrimonio produjo cambios en la vida de Pityu. Ahora, siguiendo el gusto de Ádám, había cambiado de ídolo y cortejaba a Margit. Pero, claro, no con tanta vehemencia como a Adrienne. Así tenía la posibilidad de contarle sus penas de amor a Ádám con las mismas palabras que antes usaban al hablar de Adrienne, y Ádám no solo lo escuchaba bondadosamente sino que lo consolaba sin encelarse. Y de ese modo todo seguía igual entre ellos, solo había cambiado el objeto de adoración. Sin embargo, Margit trataba a Pityu de modo muy diferente que a sus predecesores. Adrienne había tratado a Ádám y a Pityu como a dos muñecos, fastidiándolos con otros flirteos, sin hacerles caso, en suma. En cambio, la pequeña Margit se propuso educar a su galanteador. Antes que nada quería conseguir que perdiese el hábito de beber y jugar a las cartas. El abandono de los naipes lo consiguió; en cuanto a la bebida, no.

Y precisamente esta última fue la razón de los problemas que se desencadenaron esa noche. Pityu se emborrachó durante la cena. Margit, desde que habían servido el helado, le había dado la espalda y, cuando arriba sonó la *czarda* que daba por terminada la cena y todo el mundo se levantó de la mesa, ella de repente le dijo:

—¡Otra vez está usted borracho! ¡Quédese en la mesa y continúe bebiendo o váyase a casa! ¡No quiero verle más en la sala de baile!

Acto seguido ella también se levantó, se recogió la falda y subió corriendo las escaleras. Y en cuestión de segundos desapareció entre la multitud que se dirigía a bailar. ¿Qué podía hacer el pobre Pityu? No le quedó más remedio que, afligido por aquella terrible pena suya, acudir tristemente al guardarropa, recoger el abrigo y marcharse.

En su mente embriagada por el vino no había rastro de rebeldía. «¡Oh, esa mujer! ¡Un ángel! ¡Un ángel cruel! ¡Qué cruel!», se repitió hasta llegar a casa.

La compañía entró en tropel en la sala de baile. Nadie se enteró del malestar de Alvinczy.

Bálint llevó a Adrienne cogida del brazo. Cuando subieron hasta el umbral de la sala, se soltaron de la mano y el hombre le lanzó una mirada interrogadora a la mujer.

Adrienne hizo un movimiento imperceptible con sus labios, como si dijese algo, apenas se advirtió pues no emitió sonido alguno. Y se marchó.

Abády se quedó y esperó a que la última pareja subiese del comedor. Entonces bajó las escaleras, se puso el abrigo de piel y se fue caminando.

Ya habían dado las doce del mediodía.

El sol proyectaba una barra dorada hacia el suelo entre las contraventanas, una línea recta que atravesaba la alfombra y el parqué y cuya punta se doblaba perpendicularmente en la puerta. La habitación refulgía. La luz despertó a Bálint.

Tocó la campanilla y pidió un baño. Volvió a cerrar las pestañas y cayó en una deliciosa duermevela. No, no era exactamente una duermevela, más bien una inmersión en sus recuerdos.

Fuego, llamas en la chimenea. Solo el fuego lo alumbraba con su luz rojiza, casi deslumbradora, cuando clavaba su mirada en él desde la manta blanca. Todo lo demás estaba cubierto de una misteriosa penumbra. Él había encendido el fuego mientras la esperaba.

Y continuaba esperándola...

No oyó la puerta, pero de repente Adrienne apareció a su lado. Por las lentejuelas de su traje corrían rayos carmesíes. Su pecho quedaba en la penumbra, pero la luz iluminaba su barbilla, la cuenca de sus ojos y las flores de su corona dorada como si estuviese entre candilejas.

Ella permaneció inmóvil. Lentamente abrió los brazos esmaltados de rojo, mientras él, arrodillado en la tupida manta blanca, comenzó a besar el borde de su traje y, como obedeciendo a un rito, subió besándola cada vez más arriba... más arriba. Al final dos suaves palmas le cogieron la cabeza y los ricos y rojos labios de la mujer se inclinaron sobre su boca. Se besaron entre el tintineo suave de las joyas de la corona y las flores de piedras preciosas sobre las cintas.

—Una carta del barón Gazsi —anunció el criado cuando Bálint pasó al cuarto de baño—, la ha traído el mozo de cuadra. Se la he dejado encima del escritorio.

—Bien —dijo Abády, pero recordando su último encuentro con Adrienne no le dio importancia a aquellas palabras—. Bien, la leeré luego... —Y unos minutos más tarde, tumbado en la bañera, volvió a sus recuerdos.

El escamoso traje rodeaba sus tobillos como un grueso anillo negro, como una boa haciendo eses. Su figura alabastrina emergía de ese anillo mágico. Una estatua de mármol en cuya superficie lisa resbalaban luces cobrizas que recorrían sus curvas, se perdían en el vapor morado de las sombras y se deshacían en la oscuridad de la noche. Un icono de la diosa hindú, de Parvati, Maya o Brahmanaspati con corona de oro, cintas infinitas, joyas, gotas de rubí teñidas de sangre en sus senos desnudos, con una sonrisa muda pero victoriosa en los labios. Y continuaba siendo una estatua, una obra maestra, mientras su adorador subía por su cuerpo con manos suplicantes,

postrado ante ella humildemente. Y continuó siendo una estatua más tarde, tumbada ante el fuego sobre la blanca manta de lana suave y afelpada como la piel de un oso polar, con la corona todavía puesta, entre las estrellas rojas de su cabeza que dibujaban una aureola dorada... El fuego llameaba salvajemente. Las piñas se prendieron una a una y estallaron delirantes de felicidad, impotentes de tan arrebatador placer. Un ramo de centellas brotó de cada una, como si titubeasen un instante antes de perderse en el aire, antes de que volviese a estallar la siguiente, cada vez más y más rápida y apasionadamente, como si acompañasen extasiadas el ritmo creciente del amor...

—¿Cuándo han traído la carta? —preguntó Bálint cuando, una vez vestido, se dirigió al salón.

—Anoche, señor conde, pasadas las diez. La trajo el mozo a caballo.

¿Una carta de Kadacsay? ¡Tan tarde! ¡Y la había enviado con el mozo! ¡Tenía que ser algo muy urgente y gravísimo!

—¿Por qué no me la trajiste inmediatamente? ¡Sabías dónde estaba!

—El mozo solo dijo que se la entregase a usted. Yo le pregunté si era urgente, si había pasado algo. Y dijo que no, que el barón no le había dicho nada y que estaba bien. De todos modos no ha ocurrido nada extraordinario...

Bálint se fue rápidamente al escritorio.

Y la carta estaba allí.

El sobre era vulgar, gris, con el garabateo torpe de Gazsi. Abády lo cogió y vio que había unas palabras en el reverso que seguramente su amigo habría escrito más tarde: «Soy un burro, pensaba que todavía estabas en Dénestornya y te la he mandado allí. Gazsi».

La carta rezaba:

Querido Bálint:

Me gustaría hablar contigo sobre unas cuantas cosas antes de marcharme. Te pido que vengas mañana a verme a Bükköszentmárton porque he decidido irme de viaje sin falta a la una del mediodía y no creo que regrese pronto. ¡Perdona la inoportunidad! No lo haré más. Puedes estar seguro.

Hasta pronto.

Adiós.

¿Qué habría pasado? ¿Qué carta más extraña! ¿Qué hora era? ¡La una y media! Así que hacía media hora que Gazsi se había marchado de casa. ¿Iría a la estación de Kolozsvár a coger el expreso de mediodía que salía a la una y media para Budapest? Quizá algo le hubiese impedido emprender el viaje y por eso no había pasado por su casa. ¿O simplemente llegaba tarde y se había dirigido directamente a la estación?

Aquello le pareció inverosímil. De tratarse de un simple viaje, no habría escrito aquella carta. Detrás de todo aquello debía de haber algo más, algo más serio. Y Bálint de repente se acordó de la última conversación que mantuvo con él, en el banquete; evocó su voz resignada, cansada de la vida. Y entonces recordó aquellas palabras ambiguas de su amigo sobre los planes de futuro en que ya latía la muerte, pero solo las evocó un momento: él mismo, Bálint, le había aconsejado que se fuese de viaje para ver mundo, que viajase al extranjero. Sí, se lo había recomendado él mismo. ¡Debía de haber emprendido ese viaje! A lo mejor quería pedirle algunas recomendaciones... ¡No! No solía actuar así. Quizá necesitara de él algo como que cuidara de sus caballos o de la granja mientras estuviese ausente... ¡Sí! ¡Seguramente era eso! Y así lo creyó porque lo quería creer y, aunque su preocupación disminuyó, había algo que no le cuadraba.

Fuera como fuese tenía que salir inmediatamente. En unos minutos su automóvil ya estaba subiendo los Felek.

Lucía un sol esplendoroso. Todavía no era primavera, pero en las laderas bañadas de sol ya había desaparecido la nieve, como si hubiesen lavado las cuevas del sur y sudoeste, los prados y los campos. No había en ellos ni rastro de basura o malas hierbas porque el deshielo se había llevado toda suciedad y parecía haber estado preparándose para una fiesta. En las pendientes que daban al norte sí quedaba algo de nieve y blanqueaban como si hubiese acabado de nevar. Bajo el hielo limpio habían desaparecido todas las manchas que el invierno había dejado, arrastradas por miles de regatos minúsculos...

En el aire ya se intuía el renacimiento.

La poderosa máquina zumbó al subir la última pendiente. «Pronto estaremos en la cima —pensó Abády—, desde allí la carretera de Szentmárton está a un cuarto de hora». Llegaría en veinte o veinticinco minutos.

¿Por qué le habría mandado llamar Gazsi? ¿Qué habría querido decirle? Al acercarse le asaltó la angustia, una angustia irracional, estúpida. Intentó tranquilizarse, pero las palabras de la carta de nuevo volvieron a su mente: «... he decidido irme de viaje sin falta... y no creo que regrese pronto...». ¡Qué frases más extrañas! En sí mismas eran banales y vacuas, pero conociendo a Kadacsay y su humor amargo, burlón, tenían un sentido secreto, un sentido fatídico. Y recordó la ocasión en que Gazsi les explicó: «La alegría y la tristeza están en equilibrio en la vida —así lo había dicho—, pero si se rompe y desaparece toda alegría, la persona se matará». En los últimos tiempos Gazsi había tenido los ánimos muy bajos.

Bálint intentó repasar todo lo que Kadacsay le había dicho, en busca de argumentos tranquilizadores, pero no encontró nada. Evocó la conversación de hacía unos meses cuando inesperadamente le pidió que fuese el encargado de la ejecución de su testamento. Y otra en que le pedía que su yegua purasangre pudiese parir en Dénestornya. Recordó todas las palabras y comentarios ambiguos de su amigo.

Cerró los ojos para poder concentrarse, pero al cerrarlos la luz rojiza se le filtraba

por los párpados. Y se disipó todo aquello a lo que trataba de buscar una explicación, se disipó la preocupación y, en aquella penumbra rojiza, apareció la cara de Adrienne alumbrada por el fuego, sus labios entreabiertos, sus pupilas dilatadas. Su mirada embriagada, casi dolorosa, esperando en tensión el momento en que se borrara tiempo y espacio, en que se desplomara pasado y futuro, el instante que se convertía en eternidad. El hermoso rostro de Medusa o de una musa trágica rodeada por las serpientes de sus rizos negros... Solo la vio a ella y sintió el escalofrío del deseo...

¡No! ¡No! ¡Ahora no! En ese momento solo debía pensar en su amigo e hizo un esfuerzo para volver a mirar el paisaje, el camino que serpenteaba entre la nieve y la luz deslumbradora. Albergó la esperanza de que nada malo le hubiese ocurrido a Gazsi, de que solo le hubiese escrito la carta en un arrebato o dominado por un capricho fugaz, de verlo regresar por el camino en el que tal vez hubiese sufrido un pequeño accidente. O delante de su casa riendo, con su nariz inclinada y ladeada, como solía hacer cuando bromeaba. Albergó la esperanza de que no le hubiese pasado nada grave, nada fatal.

El automóvil tomó el angosto camino de tierra. Después de una curva situada bajo la colina nevada, atisbó el pueblo y la casa del barón Gazsi a un lado, entre los olmos.

Alcanzó la valla y la puerta se abrió. Bálint entró y subió la colina de un tirón y vio varios grupos de mujeres y hombres. Tres o cuatro personas caminaban en fila india hacia la casa en silencio y con los pasos pesados propios de la gente del Mezőség. Se oyó la bocina. La gente se apartó. Algunos se llevaron la mano al sombrero para saludar. ¿Por qué había tanta gente? ¿A qué acudían? ¡Toda una peregrinación a la curia! ¡Y esas miradas tan tristes!

Y finalmente llegó. Vio el porche con las dos columnas de madera al estilo griego. Sobre los tres peldaños de ladrillo había dos personas: el cura protestante del pueblo y el administrador de la finca.

—¿Dónde está el barón Gazsi? —gritó Abády desde lejos.

—Ha muerto hace hora y media —le contestaron.

A Bálint le flaquearon las piernas. Tambaleándose, llegó al banco y se desplomó.

Le contaron lo que había pasado.

El barón Gazsi había pasado toda la mañana escribiendo algo que al final cerró y selló. Después se dispuso a recorrer los establos. Como era su costumbre, repartió caramelos a todos los caballos y, cuando dieron las doce del mediodía, llamó al cura y al administrador, a quienes hizo sentar en el salón y les dio instrucciones. Al cura le habló sobre el órgano de la iglesia, que desde hacía tiempo necesitaba ser reparado. Gazsi le dijo que se encargaría de todos los gastos, quinientos florines, para que se pusiesen manos a la obra cuanto antes. Y le comentó con todo detalle que debía llamar al viejo dorador Kas, de Kolozsvár, que tenía fama de ser el mejor, cuando estuviese listo. El barón quería que le diese una nueva capa a los adornos de la caja

del órgano porque ya estaban muy deslucidos, pero el señor cura debía negociar el precio del trabajo con antelación para pagar solo lo necesario, sin despilfarro alguno. Al administrador le mandó traer las cuentas, las calculó, trazó una línea y apuntó: «Hasta aquí todo está en orden». Fechó el último documento y lo firmó. Después dispuso otros asuntos pendientes: que no llevasen aún los terneros destetados al mercado porque no les ofrecerían un buen precio hasta que los pastos empezasen a verdear, que tenían que vender la búfala antes de que se le secase la leche o que debían sembrar cebada en los campos de Botos, donde se había congelado el trigo, y escardar la cebada otoñal si en primavera nacían muchos cardos. Dio órdenes con voz serena, lanzando de vez en cuando una ojeada al reloj de pared, razón por la que pensaron que estaba esperando a alguien o que se marchaba de viaje. Solo mucho más tarde, pocos minutos antes de la una, dijo que esperaba a Bálint, pero que quizá ya no apareciese. Entonces se acercó al escritorio y sacó un paquete envuelto en papel de periódico que había preparado, lo cogió y se lo dio al cura. Le pidió que se lo diera a Abády si llegaba más tarde y, si no lo hacía caída la noche, que se lo llevase a su casa. Después de acabar con todo, se retiró a su dormitorio. Desde allí llamó a su criado.

El cura y el administrador no supieron qué pensar, pero no les pareció nada inquietante.

A los pocos minutos Kadacsay regresó.

Tras él entraron el criado y el guardia con el colchón de la cama y, obedeciendo las órdenes de su señor, lo colocaron en el suelo. Gazsi mandó a sus criados que se retirasen y volvió a hablar. Su atónito público entendió entonces el significado de su comportamiento. ¡Había tomado estricnina! A veces causaba convulsiones, por eso había pedido que pusiesen el colchón en el suelo. ¡Mejor convulsionar sobre el colchón que mortificarse sobre el suelo! ¡Más cómodo! Acto seguido preguntó por los cerdos y la cebada de las ovejas.

Volvió a mirar el reloj.

—¡Qué extraño! No me hace efecto y eso que he tomado una dosis suficiente para matar un buey.

Esas fueron sus últimas palabras.

A los pocos instantes, cayó al suelo y en cuatro o cinco segundos ya estaba muerto.

—¿Está muy desfigurado? —preguntó Bálint cuando el cura y el administrador terminaron el relato.

—No. Venga a verlo.

Entraron en el salón, una estancia espaciosa, comedor y sala de estar a la vez, que servía para diferentes fines. Bajo la ventana doble había un escritorio menudo, vetusto, y una mesa más grande que servía para comer. La última la habían arrimado

a la pared y, en su sitio original, estaba el colchón sobre el que descansaba el muerto tapado con una sábana blanca.

Abády se arrodilló a su lado, le destapó la cabeza y lo miró largamente.

Así era, el rostro de su amigo no había cambiado. Si no hubiese estado pálido como la cera, Bálint habría creído que solo había cerrado los ojos o que le estaba tomando el pelo. Con su nariz de pájaro carpintero inclinada y con las cejas alzadas, parecía estar esbozando una sonrisa burlona, como solía hacer cuando estaba de broma. Casi se podía pensar que de un momento a otro se levantaría de un salto y estallaría en carcajadas como había hecho tantas veces. Sin embargo, reflejaba algo diferente: una calma solemne, una misteriosa dignidad y desdén. Sí, especialmente, desdén.

Y eso le resultó insólito. Ya no era el viejo y siempre modesto Gazsi. Aquel era alguien que él no conocía, alguien que solo se manifestaba en su muerte.

Dejó caer la sábana y se levantó.

Miró el entorno. La austeridad de la habitación anunciaba ese mismo desdén. No había ni un objeto de valor tan propio antaño de todas las casas solariegas acomodadas de Transilvania. Al barón Gazsi esas cosas no le interesaron nunca. Cuando repartió los bienes con su hermana, le cedió todos los muebles antiguos, la porcelana y las alfombras, solo se guardó las dos butacas destartadas que estaban al lado de la puerta y el decrepito sofá. A lo largo de las paredes corría una estantería baja, hecha de tablas de madera natural. Se curvaban bajo el peso de los libros. Bálint se acercó. Se trataba de trabajos de filosofía: Hegel, Wundt, Schopenhauer. Un par de libros de historia de Ranke, Szilágyi y uno de Renan sin cubierta. Los volúmenes de la enciclopedia alemana dispersos, escondidos entre otros tomos. Todos rotos y arrugados. Algunos estaban partidos en dos, la mayoría manchados tal vez de las velas de estearina o por haber sido lanzados al suelo con rabia.

Abády estaba manoseándolos cuando anunciaron la llegada del médico municipal que en su calidad de forense y acompañado del juez y el notario debía proceder al levantamiento del cadáver. Bálint huyó al aire libre.

En el exterior hacía un tiempo espléndido. El cielo estaba despejado, deslumbrante. Todavía no había adquirido color alguno y más que azul era blanco grisáceo, pero tan inmensamente claro como si con su brillo quisiese superar a la nieve.

Bálint se refugió detrás de la casa para no quedarse con las aldeanas plañideras y los niños que no paraban de curiosear por el jardín. El sendero que subía por la colina estaba fangoso. La nieve ya se había derretido en las roderas. Caminó unos cien pasos y alcanzó un banco al pie de tres abedules.

Se sentó y abrió el paquete sellado.

Encontró dos sobres y una robusta cigarrera con un mechero de plata en cuya tapa ponía con letras doradas en relieve: «Premio de Damas, Debreczen, 1905».

La abrió. Encontró un billete entre el polvo de tabaco. El billete rezaba: «Te la doy como recuerdo, pues es el único objeto de valor que tengo. Gazsi». Abajo, entre paréntesis, había añadido: «Quizá la encuentres muy fea, pero no es obligatorio usarla si no te gusta».

¡Qué maravilla! ¡Creyó oír la voz de Gazsi al leerlo!

En el sobre grande había un folio en cuya parte superior decía con mayúsculas: «Anexo a mi testamento». Se trataba de disposiciones perfectamente enumeradas que determinaban el legado que recibiría cada uno de sus criados, así como su voluntad de entregar mil coronas para los gastos del órgano local. Si bien las cantidades ya figuraban en el testamento que había dejado al notario, en ese documento detallaba para qué fin quería que se gastasen. Además dejaba instrucciones sobre su entierro: su cuerpo no debía ser llevado a ningún lado, sino enterrado en la huerta sin indicación alguna. En el último punto hablaba sobre sus dos caballos. Uno era su viejo alazán apedreado, que ya vivía de la sopa boba. Ordenó que le pegasen un tiro para que no cayese en manos de los gitanos. El otro era su famosa yegua purasangre *Honeydew*: se la dejaba a Abády, quien se la llevaría inmediatamente. Abajo figuraba la fecha. La fecha de ese mismo día y su firma con grandes curvas.

La carta más corta iba dirigida a Bálint. Contenía el pedigrí de la purasangre. Solo eran unas líneas en las que le encomendaba a la yegua. «Como el otro día aceptaste que pariese en Dénestornya, tal vez no te parecerá una impertinencia por mi parte pedirte que la tengas para siempre...». Y había añadido unas palabras irónicas. «Mi hermana es bastante codiciosa, pero no creo que desee poseer esta famosa bestia. ¡Nadie le pagaría un céntimo por ella!». El último párrafo era la única frase seria. «Por favor, no olvides lo que me prometiste respecto a la educación de mis sobrinos. No quiero que acaben como yo».

¡Pobre Gazsi! Hasta en su última hora pensó en su gran sed, nunca satisfecha, de cultura... A Bálint se le saltaron las lágrimas.

Se quedó largo rato sentado en el banco, con la barbilla apoyada en la mano y la mirada clavada en la nieve.

¡Cuán milagrosamente estaba a punto de desaparecer! Se deshacía en minúsculos encajes de hielo, en miles de picos refulgentes y espumosos que se dirigían rectos contra los rayos del sol. La manta de nieve estaba llena de huecos estrechos como si desde el sur le hubiesen clavado un sinfín de lanzas. El deshielo, el calor del sol, deshilachaba su textura, la destruía poco a poco. No obstante, daba la sensación de que esas diminutas crestas de nieve arrebatadas por un huracán se entregaban al sol, que un anhelo misterioso las llevaba hacia la luz, la claridad y el resplandor. Un anhelo inútil, mortal. Bálint, pensando en el suicidio de su amigo, lo vio como un símbolo.

Ese mismo día murió otra persona: el viejo Ádám Alvinczy. Por la mañana lo

encontraron sin vida en su cama. La noticia provocó una gran conmoción en Koložsvár y desvió la atención del suicidio de Kadacsay.

Ádám Alvinczy había sido un señor distinguido, por lo que merecía un funeral a lo grande, con mucha parafernalia. Una larga marcha subió a la cripta familiar de los Alvinczy.

Al día siguiente el notario abrió el testamento en presencia de sus hijos, su nuera Margit y Szaniszló Gyeróffy, el albacea testamentario, designado por el testador. Se trataba de un riguroso documento que hacía justicia. El viejo había anotado todas las sumas que había pagado por sus cuatro hijos. Y en función de esas cantidades había hecho un recuadro sobre el legado de tres de ellos, puesto que el joven Ádám ya había recibido su parte hacía dos años, cuando se casó. El testamento fue un golpe para los otros tres. Farkas recibió la finca de trescientas veinticuatro hectáreas de Magyarókerék y tres pequeñas parcelas de bosque. Zoltán obtuvo la granja que quedaba cerca de Magyartóhat y la casa de Koložsvár, gravada con una alta hipoteca. ¡Ákos no heredó nada! Las últimas deudas que su padre había pagado hacía dos meses sobrepasaban la parte correspondiente de su herencia. «Me veo obligado a disponer de este modo con el mayor de los pesares —había escrito—, pero no puedo perjudicar a mis otros hijos». Aquellas disposiciones sorprendieron a los tres hijos Alvinczy. Un golpe terrible para Ákos, que tras la marcha del notario confesó a sus hermanos con la cara blanca y balbuceando que la noche del baile había perdido a las cartas dieciséis mil coronas y los ganadores solo le habían dado dos semanas de plazo por respeto a la muerte de su padre. Tan solo le quedaban trece días. ¡Trece días! Ni uno más. ¡Si no pagaba, estaría acabado!

Discutieron qué debían hacer sin llegar a ninguna conclusión. ¡No podían ayudarlo! Los lotes de Farkas y Zoltán estaban gravemente hipotecados y además tenían que restar el impuesto de sucesiones. Ellos no podían encargarse de nada más. Solo Ádám podría pagar por su hermano.

Ádám tenía muy buen corazón y habría estado dispuesto a ayudarlo, pero la pequeña Margit se lo prohibió. Tenían un hijo. ¡No podía dilapidar su fortuna sin razón! ¿Y qué objetivo tendría el sacrificio? ¡Sería tirar la casa por la ventana! Con eso no ayudaría a Ákos, que no tenía nada para vivir. Seguramente ni él mismo querría vivir a costa de sus hermanos como huésped eterno. Sería mucho más sabio que se marchase. Que se marchase lejos y empezase una nueva vida. Podrían apoyarlo, hacer un sacrificio, pagar los gastos de su viaje. Pero pagar solo para que los ganadores tuviesen el dinero, ¡no! ¡Nunca!

Farkas y Zoltán atacaron a Margit salvajemente y le acusaron de no tener razón y de mirar solo el dinero. Ellos dos, endeudados hasta el cuello, contemplaban la situación desde un palco y podían hacerse los generosos a costa de Ádám, quien ante la insistencia de sus hermanos, estuvo a punto de ceder y rebelarse contra Margit. Afortunadamente, el tío Szaniszló se puso a favor de Margit, actitud que decidió la cuestión.

Ya solo faltaba resolver adónde enviar a Ákos. Primero pensaron en América; después, en Java, y, al final, en Sudáfrica. El problema que se planteaba era siempre el mismo: ¿de qué viviría allá donde fuese? ¿Como limpiabotas o bracero en una plantación? No tenía formación alguna. Podría ser soldado —había sido muy bueno durante el servicio militar—, pero ¿dónde necesitarían sus servicios?

Así llegaron a la idea de que se marchase a Argelia y se alistase en la Legión Extranjera.

Ákos lo aceptó, casi se alegró. Todo el mundo estuvo de acuerdo. Pero ¿cómo se llegaba allí, qué preparativos debía hacer antes de emprender ese viaje?

Decidieron preguntárselo a Ta más Laczók. Habían hablado con él extensamente después de la muerte del viejo, puesto que había sido él quien lo había llevado a casa aquella noche y él era el último conocido que lo había visto con vida. A todos ellos les pareció un hombre de buena voluntad, les había hablado de su pasado en África, donde a menudo tuvo que cuidar enfermos, y fue de él de quien habían oído hablar de la Legión Extranjera.

Pero ¿quién le preguntaría los detalles sin delatar el motivo?

Los hermanos Alvinczy, no. Ellos no estaban dispuestos a hablar de ese tema. No moverían un meñique. ¡Que lo hiciese otro! Szaniszló Gyerőffy también se excusó:

—Apenas conozco a ese Laczók... —dijo con su voz distinguida y un poco de menosprecio.

Así el plan quedó varado. La pequeña Margit tuvo una idea:

—¡Ya me enteraré yo! —dijo. No les explicó cómo ni de qué manera, tampoco se lo preguntaron. En cualquier caso, les habría contestado con evasivas: «Ya veremos...». Margit era mujer de pocas palabras y no respondía a interrogatorios.

Margit había pensado en Bálint Abády. Un hombre inteligente y discreto que se llevaba bien con Ta más Laczók. La joven estaba segura de que no los delataría.

Ese mismo día por la tarde Abády fue a Brétfű. Tomó un coche de caballos cuyo cochero conocía el campo, pero solo pudo llegar hasta los pies de la colina porque el animal no podía seguir por aquel camino reblandecido a causa del deshielo.

—Es aquella casita, señor, arriba, bajo las viñas —le indicó el cochero con la punta de la fusta.

Subir por aquel fangoso camino resultó un duro ejercicio y le costó un cuarto de hora llegar. Quizá antaño aquella modesta construcción había sido una casita de veraneo o un lagar convertido en una casa de una sola habitación con cocina. La luz ya estaba encendida. Bálint llamó a la puerta.

—*Entrez!* ¡Adelante! —se oyó desde dentro.

Encontró a Ta más Laczók frente a su tabla de dibujo apoyada en dos caballetes. Él, sentado en una caja de madera, trabajaba en los cálculos.

Se alegró de ver a Bálint.

—*Quelle charmante visite, cher ami...!* ¡Qué visita más agradable, amigo...! — exclamó, apartó el abrigo, la corbata y el cuello tirado encima de la única silla que había y se la ofreció a Abády. Y, como intuyó que aquella visita debía de tener alguna razón, le preguntó:

—¿Puedo servirte en algo, querido amigo?

Bálint se lo preguntó sin rodeos:

—¿Cómo puede alguien alistarse en la legión?

El señor Ta más hizo un guiño a su visitante y levantó las cejas, que se separaron aún más en la frente. Y, aun seguro de que aquello debía de estar relacionado con algún hermano Alvinczy, no lo demostró y se limitó a contestar objetivamente como si la pregunta fuese la más natural del mundo:

—¿En la Legión Extranjera? ¡Oh, es muy fácil! —Y acto seguido le detalló los pormenores. Uno simplemente se alistaba. No era necesaria documentación ni nada, tampoco en la Orden Cartuja. Y, es más, se podía dar cualquier nombre, no les importaba. La mayoría servía bajo un seudónimo. Se les hacía un examen de salud y, si eran aptos, se comprometían por cinco años. Con buen comportamiento, pronto se llegaba a suboficial, incluso a oficial. Terminados los cinco años, se comprometían de nuevo o se marchaban.

—Conocí a varios hombres que después de cinco años de servicio se compraron una buena granja y vivieron cómodamente. Naturalmente reina una disciplina férrea porque es una pandilla de salvajes, gente dura y dispuesta a lo que sea, pero compañeros de armas fiables. La tradición es no abandonar jamás a nadie. El clima es calurosísimo en verano, pero, por lo demás, es muy sano.

Así habló Laczók, por supuesto en francés, y le contó su experiencia cuando había trabajado junto al destacamento de los legionarios en el Atlas.

—¡Ay, no te he ofrecido nada! —dijo inesperadamente—. ¿Quieres un café? ¡Yo siempre tomo café! —y, sin esperar la respuesta, se echó hacia atrás en la caja de madera y gritó esa vez en húngaro—: ¡Rará! ¡Rará! ¿Dónde estás, mi bestiecilla? La he bautizado Esmeralda, y el diminutivo es Rará —le explicó y añadió—: Ahora comprobarás que merece un nombre tan dulce.

Detrás de él la puerta se abrió en silencio y entró una gitana muy delgada. Una muchacha preciosa y muy joven. Lucía un traje de algodón rojo chillón que contrastaba con su pelo negro. Su piel morena tenía un brillo verdoso, sus ojos como almendras acariciaron a Bálint con la mirada y, con un mohín en los labios y una voz tan voluptuosa que parecía estar ofreciéndose, preguntó:

—¿Qué quiere de mí...?

—¡Café! ¡Café para los dos!

—Ya está en el fuego. Ahora se lo sirvo...

Salió sin hacer ruido y unos minutos más tarde entró con los mismos pasos silenciosos. Las plantas de sus pies no hacían ruido contra el suelo porque iba descalza. Andaba de puntillas como los corzos. Sus movimientos eran lentos, casi

simbólicos, como si bailase una danza atávica y misteriosa siguiendo el ritmo de una música que solo ella era capaz de oír. Al ir y venir y cuando les dejó la bandeja, sus ojos de almendra parecieron llamar a Bálint y esbozó una ligera sonrisa.

Quizá Ta más no se dio cuenta.

Y volvió a hablar sobre la legión:

—Creo que es buen momento para alistarse porque ahora van a necesitar más soldados. Tanto mis amigos de allí como la prensa parisina de los últimos días, aunque con disimulo, dicen que Francia tiene nuevos planes en Marruecos. Cuando comienzan a quejarse de los intereses comerciales y de la seguridad en las fronteras... los militares ya están en marcha y, una vez dentro, echarán a todo el mundo fuera.

—Pero la Conferencia de Algeciras, igual que hace apenas dos años el pacto franco-alemán, confirmó la política de puertas abiertas respecto a Marruecos y la independencia del sultanato. La influencia de Francia es solo política.

—¡Eso son cuentos! ¡Qué más les da a los franceses! Apostaría lo que fuese a que pronto pasará algo allí. Lo sé porque Liautey se va a África y lo conozco de los tiempos en que él era capitán. Es un hombre duro.

Resumió brevemente las cuestiones de África del Norte con datos interesantes y con mucho conocimiento de causa. Ta más Laczók, informado de todos los complejos vínculos de aquel asunto, lo presentó con la misma claridad con que había hablado de Albania la última vez.

Bálint lo escuchó con gran placer.

Ya había anochecido cuando decidió emprender el camino de vuelta. Laczók lo acompañó hasta la puerta.

—¡Espera! Hay un sendero aquí al lado y podrás bajar sin embarrarte los zapatos —dijo y gritó a la cocina—: ¡Lajkó, Lajkó! ¡Ven aquí!

Un gitanillo de unos dieciséis o diecisiete años salió por la puerta de la cocina. Todavía era imberbe, llevaba un vetusto traje de adulto, un esmoquin pasado de moda con pantalones rayados llenos de remiendos y unas desgastadas zapatillas en los pies. No parecía llevar camisa. En su rostro de rasgos finos, egipcios, brillaba una sonrisa de fingida humildad.

—¿En qué puedo servirle, mi señorito? —preguntó.

—¡Acompaña al señor por el sendero!

El muchacho dio unos pasos hacia el valle, pero al ver que no lo seguía nadie, se detuvo a esperar.

Laczók, al advertir el asombro en la mirada de Bálint, soltó una risa cínica:

—*Elle affirme que c'est son frère, mais je ne le crois pas!* La muchacha dice que es su hermano, pero yo no me lo creo...

Le dio una palmada en el hombro y se despidió.

El gitano marchó delante; Abády, detrás. Así descendieron por la colina.

El muchacho avanzaba con pasos ligeros de pantera, con ese movimiento veloz propio de sus antepasados nómadas. A cada cinco o seis pasos se detenía y se daba la

vuelta para ver si Bálint lo alcanzaba. Sus ojos blancos brillaban en su cara negra y rápidamente volvía a emprender el camino, incapaz de dominar su sangre inquieta.

Bálint avanzaba lentamente. Las miles de luces eléctricas de la ciudad y las farolas de la estación, inmediatamente debajo de ellos, lo deslumbraron en aquella preciosa noche cerrada con ese sinfín de pequeñas llamas resplandecientes.

Se paró sumergido en sus pensamientos.

¡Qué persona más extraña era Laczók! ¡Cuántas cosas sabía, qué culto era, qué conocimientos! Y no les sacaba provecho alguno, había renunciado a hacerlo. Vivía en aquella choza con una gitana y, seguramente, era un hombre feliz.

Se acordó del pobre Kadacsay que se había matado por la desesperación de no poder conseguir aquello a lo que Ta más Laczók había renunciado. Y se preguntó si el destino de Gazsi habría sido diferente si lo hubiese logrado. ¿Y Laczók sería igual de feliz si no hubiese hecho carrera y alcanzado poder y éxito, si no hubiese tenido la formación que tenía? ¿Sería la cultura la que le daba fuerzas para prescindir de todo eso o viviría igual de contento si el destino no le hubiese obligado a salir del país, si se hubiese quedado en casa viviendo como muchos, sin hacer nada y en la más absoluta ignorancia?

¿La experiencia hace a un hombre o un hombre es quien es por sus características innatas?

¿Solo podemos renunciar tranquilamente a lo que ya es nuestro, pero no a todo aquello que hemos tratado de alcanzar en vano?

TERCERA PARTE

El Casino Nacional, 1912.

Se había reunido mucha gente. No solo los habituales jugadores de *bridge* y *besigue* y los selectos miembros, siempre malhumorados, de la irónicamente llamada *Skupština*^[7], sino casi todos los líderes del mundillo de la política. La razón era que ese día, 7 de marzo, volvía de Viena el primer ministro Khuen-Héderváry con noticias de suma importancia. Quería hablar con ellos en confianza.

En aquellos tiempos el casino se usaba para esos fines. Cualquiera que fuese miembro podía acudir sin llamar la atención y, es más, abajo, en un cuarto separado del restaurante de la planta baja, podían verse con gente que no era miembro sin que la prensa se enterase y sin que se supiese.

Se trataba de un asunto muy importante puesto que el sucesor de Aehrenthal en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Lipót Berchtold, también había viajado a Budapest y había acudido al casino.

No solo era importante sino inesperadamente serio y sorprendente. Aterrador y peligroso. En la audiencia del día anterior, Francisco José había autorizado a Khuen-Héderváry a que comunicase a los dirigentes húngaros que estaba pensando en abdicar. Añadió que a lo largo de cuarenta y cinco años había sido fiel y respetuoso al Compromiso de 1867, que siempre había favorecido a los húngaros, que había trabajado por el bienestar del país, que había favorecido a algunas familias y que ahora se sentía abandonado por los descendientes de esas mismas familias en la difícil tarea de mantener el Compromiso.

—En esas condiciones —terminó el rey—, le autorizo a anunciar de modo confidencial que si el partido gubernamental de 1867 se pone a favor de los que pretenden atentar contra mi más importante derecho como monarca, estoy dispuesto a abdicar y ceder el trono inmediatamente a mi sucesor. —Y añadió en tono burlón—: Y entonces verán lo que se les viene encima...

Las palabras del rey se referían a la llamada «resolución» que trataba de impulsar Ferenc Kossuth y que, si alguna vez entraba en vigor, eliminaría el derecho del jefe del ejército de llamar a filas a los soldados de reemplazo en la reserva en caso de que por la obstrucción parlamentaria no se pudiese alcanzar el cupo de reclutas del año corriente. Después de un largo rifirrafe la propuesta fue aceptada no solo por Andrassy sino también por Tisza y los seguidores de 1867 e incluso por el primer ministro Khuen-Héderváry, una decisión realmente inesperada. El motivo era que desde julio anterior se recurría a la obstrucción contra las leyes de defensa nacional y Kossuth había insinuado que si se aceptaba su propuesta la obstrucción acabaría.

En cambio, Khuen-Héderváry y Tisza advertían que la situación internacional era

cada vez más grave y para ellos lo primordial era que se pudiese equipar al ejército con la máxima urgencia. Tisza pretendía vencer la obstrucción y, de todos modos, uno de sus planes futuros era que el jefe del ejército tuviera menos peso. Lo más importante y apremiante en ese momento era la modernización del ejército y el aumento del número de efectivos.

Desde julio, el horizonte de la política exterior se había vuelto cada vez más oscuro.

La insurrección albanesa, que ya duraba algún tiempo, se había extendido. Cada vez más tribus se adherían a la causa y cada vez más oficiales y soldados del sultán se pasaban al enemigo, devastaban pueblos y mataban la población turca. La Sublime Puerta ordenó el despliegue del ejército en la franja fronteriza con Montenegro. Nikita respondió con la movilización general de las tropas a la vez que se presentaba cínicamente como pacificador: él, que apoyaba a los rebeldes albaneses facilitándoles material bélico y refugio. Sin embargo, Nikita no era el único que los ayudaba. Sin duda, Italia también se puso manos a la obra en secreto, puesto que desde allí muchos albaneses cruzaban el Adriático para luchar contra el Imperio Otomano y desempeñar papeles de suma importancia. Y aquello no podía suceder sin el conocimiento y la conformidad de Roma. Aquel fue el primer indicio de que Italia estaba tomando caminos diferentes de los que transitaban los otros dos miembros de la Triple Alianza, Alemania y la Monarquía, cuyas políticas respecto a los Balcanes se basaban en el *statu quo* turco.

No obstante, esos acontecimientos eran un mero prelude de lo que se estaba gestando en otras partes.

Un par de agentes alemanes tuvieron algún que otro problema, que no fue aclarado, en el puerto marroquí de Agadir e inmediatamente partió hacia allí el torpedero Panther a fin de exigir una compensación. El mero hecho de haber comenzado las negociaciones con amenazas fue bastante provocador, pero el colmo fue el telegrama que el káiser Guillermo —al que le gustaba el tono *forsch*, directo— envió al capitán del Panther: «*Fass! ¡Atrápelo!*».

Probablemente las potencias que en la Conferencia de Algeciras en 1906 habían decidido el destino de Marruecos reaccionaron porque acto seguido Alemania anunció que no estaba dispuesta a negociar con nadie salvo con los franceses. La postura de los gabinetes de Francia y Gran Bretaña se hizo pública. París protestó y Londres anunció que estaba resueltamente a favor de Francia. En pocos días el peligro de un conflicto bélico creció vertiginosamente. A pesar de que Reuters dijo que Gran Bretaña no quería intervenir, las flotillas inglesas Atlantis y Home se mantuvieron preparadas y algunos torpederos partieron de Portland con órdenes selladas. Obviamente la situación brindaba a Londres la excelente oportunidad de eliminar la flota alemana, que era una piedra en su zapato desde hacía tiempo.

El buen Bethmann Hollweg, canciller alemán, hizo bien en llegar a un acuerdo con los franceses. Se trató de una ardua labor. Tras una larga conversación, se vio obligado a reducir sus exigencias y, al final, tuvo que contentarse con una pequeña parcela contagiada de fiebre amarilla en el Congo.

Un resultado penoso después de tan alentador inicio... Y, además, tuvo una consecuencia más grave: hasta el conflicto de Agadir, en Marruecos había reinado la política de puertas abiertas para todo el mundo, pero Alemania solo pudo comprar la paz abandonando el interés común y vendiendo sus derechos coloniales por un plato de lentejas. Actuó contra la paz, solo buscaba conflictos para sacar beneficios mediante el chantaje, pero sacrificó algo mucho más valioso en su relación con Marruecos. Y así fue como se presentó el canciller Bethmann Hollweg en la escena de la política internacional: aquella era la primera vez que la autoridad del Imperio Alemán sufría una merma.

La crisis marroquí duró desde el 5 de julio de 1911 hasta finales de septiembre. Al mismo tiempo, Montenegro había ordenado la movilización de sus tropas y empezaba en el Parlamento húngaro la lucha contra las propuestas militares. El 9 de julio Asquith hizo público el apoyo de Gran Bretaña a Francia y el día 11 Kossuth anunció que su partido se opondría con todas las fuerzas a la propuesta de defensa nacional. Al día siguiente se puso en marcha la obstrucción técnica, cuyo fin era impedir el aumento y el equipamiento del ejército.

El 26 de julio se movilizó en Plymouth la fuerza armada británica y el día 30 Gyula Justh celebró un mitin y defendió que para Hungría el sufragio universal era un asunto más importante que la defensa nacional. Las masas enardecidas entraron en tropel por la avenida Rákóczi. Solo se consiguió retenerlas cuando llegaron al bulevar Károlyi. Todo pasó la misma tarde en que los torpederos británicos se disponían a partir del puerto de Portland «con destino desconocido»... en el preciso momento en que la amenaza de guerra era más aterradora que nunca.

Y así continuó aquella horrible sucesión de acontecimientos paralelos. El asunto de Agadir pareció por fin perder importancia y en Albania reinó la paz por un tiempo, aunque surgieron nuevos conflictos más cercanos y peligrosos.

El siguiente fue en los Balcanes, cerca de la frontera húngara.

El pacto franco-alemán se firmó el 28 de septiembre y el día 25 dos flotas italianas salieron de Siracusa para atacar el Imperio Otomano y conquistar Trípoli.

Aquella maniobra fue sorprendente e inesperada incluso para las cancillerías de Viena y Berlín. Francia, al centrarse en Túnez, había reconocido tácitamente que Trípoli pertenecía a la esfera de intereses de Italia, pero nadie consideró que aquel gesto fuera algo más que una tirita en la herida que sufría el corazón de Italia, porque en Trípoli vivían muy pocos italianos. Y aunque en Italia nadie pensaba en ello, repentinamente Roma apeló a aquel reconocimiento y declaró la guerra contra la Sublime Puerta. Indudablemente Alemania, al romper el pacto internacional firmado en Algeciras y actuar de forma independiente en Agadir, había provocado un cambio

en la política de puertas abiertas en Marruecos, por lo que había perjudicado a Italia, y esta había decidido hacerse con colonias por sus propios medios, independientemente de sus aliados, y guardar en secreto sus intenciones hasta el último momento, como había hecho Aehrenthal en 1908 con respecto a la anexión de Bosnia. De nuevo se violaban los pactos en los que hasta ese momento se había asentado la paz en Europa.

Cada vez había más conflictos de carácter bélico. En el estrecho de Otranto los italianos hundieron dos barcos de vapor del sultán y, mientras declaraban que querían mantener el *statu quo* en los Balcanes, bombardearon un puerto turco en el punto más septentrional de Albania, a unos sesenta kilómetros de las costas de Dalmacia y a veinte de la frontera de Montenegro. Italia retiró al poco tiempo su flota del Adriático, pero Bulgaria movilizó su ejército, mientras en Trípoli se libraban luchas cruentas, pues el bey Enver había conseguido llegar allí y estaba organizando la resistencia.

Esos fueron los sucesos de octubre y, entretanto, en la vida pública húngara no cambiaba nada. Los partidos que se declaraban más patrióticos que nunca recurrían constantemente a la obstrucción. Apponyi preguntó en el Parlamento si la guerra italo-turca no amenazaba con propagarse por los Balcanes, pero a Károlyi ese mismo día solo le interesó si era cierto que se estuviera importando carne barata desde Argentina.

Berzeviczy, el presidente de la cámara, intentó mediar entre el gobierno y la oposición. Se citaron en el Palacio Károlyi, pero solo Andrásy, Kossuth y Polonyi acudieron a la cita. Todo octubre pasó entre la obstrucción y la mediación. La mediación no tuvo resultados y Berzeviczy dimitió en noviembre. Hubo una breve tregua porque había que negociar de manera urgente los presupuestos nacionales, razón por la que la cuestión de la defensa nacional volvió a quedar en segundo plano. Cuando tres semanas más tarde intentaron discutirla, la obstrucción renació con fuerzas renovadas.

Ya era obvio que la *Entente Cordiale* formaba un frente único que había hecho postrarse a Alemania respecto a Marruecos y, al conocerse que Italia había cedido a Inglaterra el puerto egipcio de Sollum, a escasos kilómetros de la frontera libia, se hizo evidente que Italia estaba librando una guerra en Trípoli con el beneplácito de Inglaterra y Francia.

No obstante, esos acontecimientos no modificaron en absoluto la actitud de los políticos húngaros. La resistencia a ocuparse de las cuestiones de defensa nacional se hizo cada vez más obstinada mientras que la situación internacional se iba agravando.

La intención de Francisco José de abdicar cayó como un rayo de un cielo despejado. Aquel monarca reinaba desde hacía tanto tiempo que su persona se identificaba con la institución misma. Quizá hubiera quienes contaban con la posibilidad de un cambio

en el trono, pero casi nadie se imaginaba que eso ocurriría. Otros, como Justh y sus seguidores, mantenían en secreto contactos con el «taller» del heredero a la Corona a través de Kristóffy, pero no a fin de preparar el cambio sino para montar una especie de estrategia, un camino retorcido para hacerse con el poder. Desde allí querían ejercer presión sobre Francisco Fernando a favor del sufragio universal para ver aumentada su base electoral. Había arribistas que se sentían poco valorados y por eso intentaban caer en gracia en el Belvedere, como el jugador empedernido que al borde del precipicio compra un décimo de lotería por si le toca. Pero en Budapest las miles y miles de personas que se dedicaban a la política no contaban en absoluto con que el cambio se produjese de un día para otro.

¡Y ahora súbitamente iba a suceder! Y, además, de la forma más inesperada ¡El rey iba a abdicar!

Mientras el primer ministro discutía con los líderes de su partido en la sala Deák y Berchtold, vestido impecablemente, daba vueltas por la galería en compañía de sus fieles, cada vez más y más gente se reunía en otras salas del casino formando grupos que, con voz alarmada, comentaban la noticia. Al pie de las escaleras estaban esperando los periodistas, quienes habían mandado llamar a sus fuentes para obtener más información, razón por la que el timbre no descansaba y parecía estar sonando continuamente una alarma.

Todo el mundo estaba preocupado. ¡Cómo no iban a estarlo si el heredero de la Corona era el Gran Desconocido! De él solo se sabía una cosa: odiaba a los húngaros. Aquella era la única certeza; en cuanto a lo demás, todo eran interrogantes.

Los miembros del partido gubernamental estaban preocupados sin más, pero la oposición, además de incertidumbre, sentía rabia. Nadie se atrevía a manifestarla, pero la ira latía detrás de cada una de sus palabras. Consideraban que no era digno de un señor lanzar esa clase de amenazas y estaban tan enfadados con el viejo rey como si mediada una partida de ajedrez su contrincante se hubiera levantado de repente y los hubiera dejado plantados. Francisco José abandonaba el entretenido juego de reinar con el que hasta entonces tanto había disfrutado.

Al igual que en ajedrez el alfil solo puede avanzar diagonalmente, el caballo moverse en *L* y el peón caminar uno o dos pasos hacia delante, desde hacía diez años las reglas parlamentarias, las fórmulas, los pactos y las pomposas declaraciones solo habían servido para impedir la modernización del ejército, y en esos momentos el rey se encontraba en una situación sumamente difícil. Al menos así lo veía la oposición. Porque, ¿quién necesitaba al ejército? ¿El país? ¡En absoluto! ¡El rey! ¿Y quién necesitaba la fuerza naval? ¡El rey! Pues si él la necesitaba, él tendría que ceder en otras cuestiones. Y seguramente cedería porque la situación internacional iba a peor. Cuanto peor estuviese, tanto más habría que presionarlo y obstaculizar con todos los medios las propuestas de defensa nacional hasta doblegarlo por completo. Y cuando habían conseguido que el gobierno les diese más poder del que habían tenido jamás, el rey anunciaba bruscamente que los abandonaba —¡y a ver lo que vendría después!

— y dejaba en su lugar a otra persona que tal vez, contra todas las reglas del juego, pegase un puñetazo sobre el tablero y tirase todas las piezas. No era propio de un caballero. Y aunque esa era la opinión de todos, nadie lo decía abiertamente.

Quizá era Wuelffenstein quien estaba más cerca de expresarla. En la sala Széchenyi, justo en la entrada, rodeado de jóvenes ante los cuales él mismo se sentía una autoridad, estaba comentando el entusiasmo de la izquierda:

—¡No debemos caer en la trampa! ¡Es un *bluf*! ¡Claro que lo es! Nos quiere infundir miedo y yo no me esperaba eso de él. ¡Cómo va a abdicar! Ni siquiera se le habrá pasado por la imaginación. Quiere que nos asustemos del heredero de la Corona. ¡Pues no! ¿Qué pasa si viene Francisco Fernando? Él también tendría que alcanzar un acuerdo con nosotros, estaría obligado a ello, porque su coronación dependería de nosotros, que pondremos como condición la carta constitucional. ¡Y sin coronación no hay rey! El Belvedere tiene que tener claro que es la tradición más sagrada de nuestra sangre húngara...

Así discursaba Frédi Wuelffenstein, con muchísima energía, pero como su vocabulario era muy limitado, volvió a repetir lo mismo y dio varios puñetazos en el aire como si con cada martillazo quisiese enfatizar sus palabras. Niki Kollonich lo interrumpió. Kollonich era diputado del Partido Popular desde las pasadas elecciones. El joven, al que le gustaba fisgonear, curiosear y hacer maldades desde su infancia, le preguntó con voz suave:

—¿No fuiste tú precisamente el que el pasado otoño dijo que sería conveniente entablar contactos con su majestad Francisco Fernando?

Wuelffenstein se enfureció, sobre todo porque era verdad que ya había intentado contactar con el Belvedere. Con la ayuda de su hermana, la bella señora Berédy, consiguió que el invierno anterior lo invitasen a cazar en Morva junto con el heredero de la Corona. No obstante, a pesar de que Wuelffenstein había lucido sus mejores galas al estilo inglés, Francisco Fernando ni siquiera le dirigió la palabra. Durante los tres días de cacería no le dijo ni mu. En Hungría corrió el rumor de que había ido a cazar con el heredero y, en el bando de Andrásy, al que de momento pertenecía, empezaron a sospechar de él.

—¡Yo nunca he dicho tal cosa! —gritó—. Yo solamente he dicho que se debería informar al heredero de la Corona. ¡Sí! Se le debería decir que no cederemos en nada. ¡En nada! Si no hace concesiones, de aquí no obtendrá nada. ¡Así lo he dicho! ¡No habrá ejército ni ninguna otra cosa! ¡Nada, nada de nada!

Niki fingió estar sorprendido:

—¿Se lo dijiste durante la cacería?

—Yo siempre he dicho lo mismo, también a él, es decir, se lo habría dicho si se hubiese brindado la ocasión. A mí él no me impresiona, a mí no me impresiona nadie... Y el archiduque, mientras no se convierta en rey, no tiene palabra, no tiene palabra en nada, y solo podrá reinar si nosotros queremos.

Tal vez Frédi no habría perorado con tanto furor ni dicho tantas animaladas si se

hubiese percatado de quién se encontraba detrás de él.

Se trataba de Slawata, el consejero de la embajada, el confidente del archiduque.

Tras sus enormes gafas, su mirada miope se perdía en la lejanía y su cara era inescrutable. Daba la sensación de que había pasado por allí casualmente y que se había detenido a escucharlos por puro aburrimiento. Tampoco se quedó mucho tiempo. Slawata continuó dando una vuelta quizá para atender a otros comentarios.

Justamente en ese momento Abády estaba subiendo las escaleras. En la puerta casi chocó con Slawata, quien se alegró enormemente de verlo.

—*Komm! Ich muss mit dir reden!* ¡Ven, tengo que hablar contigo! Por fin alguien con quien poder charlar. Busquemos un rincón tranquilo. Ven —dijo, lo cogió del brazo y se lo llevó consigo.

Bálint trataba de evitar las confidencias de Slawata, porque este siempre decía cosas que le ofendían profundamente como húngaro. Sin embargo, pocas veces podía eludirlo si se veían. Habían comenzado la carrera juntos en el Ballplatz y mantenían esa relación amistosa que vinculaba al personal diplomático de por vida. Además Slawata no le ofendía a propósito, sino inconscientemente. Esa vez Abády no intentó esquivar la conversación porque estaba muy preocupado y esperaba enterarse del momento que atravesaba aquella crisis política.

—Ya te puedes imaginar —dijo el hombre del heredero— qué conmoción ha causado la declaración del viejo. Desde hace años esperábamos que llegase ese momento, pero ha sido todo tan repentino... No hay nada preparado, no tenemos designados los distintos puestos ni hemos trazado un programa definitivo. Naturalmente, el *Hoheit*, Su Alteza, sabe más o menos qué quiere, pero los detalles no han sido redactados. El taller está trabajando a marchas forzadas, pero reina un caos impresionante. Casi nos convendría que la crisis se solucionase de otra manera. Nos ha pillado poco preparados. Me han enviado para informarme sobre la opinión generalizada, el ambiente, la actitud. Y no es nada agradable sino una responsabilidad tremenda. Si algo no cuaja, yo seré el culpable. Y el *Hoheit*, ya lo sabes, no va en broma.

—Yo no creo que se produzca un cambio en el trono —contestó Abády—. Khuen-Héderváry seguramente dimitirá y el gabinete siguiente retirará la resolución. De todos modos, el partido gubernamental solo la aceptó con el fin de acabar con la obstrucción.

—En ese caso Tisza no lo habría firmado. Con su firma el asunto es más grave. Él aceptó la resolución y ahora que estoy aquí veo qué descomunal error fue que, siguiendo nuestras órdenes, el ministro de Defensa Auffenberg protestase contra el gobierno húngaro. Su protesta encolerizó a Tisza. Ya sabemos todos que es muy sensible a los temas que afectan a la soberanía del estado húngaro. Creemos que tiene otros planes, que quiere usar la resolución contra nosotros después del cambio de poder. Quizá considere que no se debe negociar con los que ejercen la obstrucción

sino que hay que vencerlos. A su parecer, en cambio, la resolución puede quedar, ya no en manos de la minoría obstruccionista, sino en las de la mayoría parlamentaria, que la usaría como un arma contra el *Hoheit* si se enfrentase a la Constitución una vez llegado al trono. Nosotros estamos convencidos de que Tisza es más duro que nadie y el enemigo más serio de nuestros planes, mucho más serio que cualquier otro de esa vocinglera oposición.

Slawata se explayó sobradamente sobre el peligro que representaba Tisza. Sus palabras reflejaban muchísima preocupación. Temía que, gracias a la crisis, Tisza consiguiese ser recibido en audiencia real y engatusase al rey con sus convincentes modales; que le dijese que la intervención de Auffenberg en los asuntos del Parlamento húngaro había sido obra del *Hoheit*, lo cual era verdad; que presentase la resolución como la propuesta que protegería el Compromiso de 1867, obra y orgullo personal de Francisco José, contra las intenciones de su sucesor. Con todo eso era posible que convenciese al rey de que lo tuviese en cuenta.

—Y entonces tendríamos todavía más dificultades, y ya tenemos bastantes...

Bálint nunca había visto a Slawata tan preocupado. Hasta entonces siempre lo había visto seguro de sí mismo. Slawata siempre lo sabía todo y mejor que nadie, tomaba decisiones y pronunciaba opiniones categóricas, pero en ese momento no parecía quedarle nada de esa seguridad suya y parecía vacilar y titubear, como rogando consejo. Evidentemente, una cosa era juzgar sin responsabilidades y otra asumir las consecuencias de sus palabras.

El consejero de embajada suspiró profundamente, se quitó sus gruesas gafas, las limpió y volvió a ponérselas. Abády conocía ese gesto tan suyo. Así se preparaba para pronunciar la frase definitiva. Miró a los ojos de Bálint y le preguntó:

—¿En caso de que se produzca el cambio en el trono, tú estarías dispuesto a ayudarnos y, en su caso, a aceptar una cartera en el nuevo gobierno?

Ante aquella pregunta tan inesperada, Abády frunció el ceño ligeramente. Los pocos datos que sabía sobre los planes de Francisco Fernando, precisamente gracias a Slawata, eran contrarios a todos los principios de su alma. El artículo publicado hacía unos años por Czernin, el otro confidente del archiduque, le había indignado enormemente: el *trialismo*, el imperio dividido en provincias, la *Gesamttmonarchie* con un *Reichsrat* central.

Además hablaba de extender la Monarquía hacia los Balcanes con la ayuda de reinados vasallos. Dar Transilvania como dote a un Habsburgo cuando lo pusiesen en el trono de Rumania. Todo aquello pasó por su mente en apenas un instante y la sangre se le subió a la cabeza.

Sin que él lo supiera, aquel cargo era el mismo que le habían ofrecido a su abuelo, Péter Abády, y que este había rechazado.

No obstante, pudo mantener la calma y, para saber más, le contestó con una pregunta:

—¿No debería primero saber qué programa habría de seguir y con quién

trabajaría? —Su voz sonó con frialdad.

—Kristóffy es el único en el que el *Hoheit* puede confiar.

—¡Kristóffy! Eso es absurdo. No hay nadie en el país que esté a su lado.

—¡O quizá sí! —dijo Slawata con una sonrisa cómplice—. Creemos, y no sin razón, que Lukács estaría dispuesto a colaborar con él. Y también el mismísimo Justh.

—Justh es el independentista más extremo que hay y su mayor enemigo es precisamente Kristóffy, que cuando era ministro del Interior derrotó a los del Partido de 1848. ¿Ellos dos juntos?

—Desde hace tiempo mantienen contactos en secreto. Tienen el mismo interés en la reforma radical del sufragio, como sabes, el primer punto de nuestro programa.

—¿Y cómo son los demás?

El confidente del archiduque vaciló un momento, acto seguido pronunció las palabras mágicas de los compañeros de carrera: «*Unter uns, natürlich!* ¡Naturalmente, todo queda entre nosotros!». El primer paso sería el manifiesto del rey, cuyo punto principal sería la reforma del sufragio y reconocer la importancia de dotar al ejército. Para evitar conflictos posteriores retocaría ligeramente los términos del Compromiso de 1867. El Parlamento actual solo votaría los dos primeros puntos y, respecto a las propuestas militares, su voto tendría una validez de un año. El gobierno solo se comprometería a impulsar esas propuestas y, después de aprobar esas dos leyes, el Parlamento sería disuelto. Todo lo demás —la coronación, la carta constitucional y las leyes necesarias para la centralización de la Monarquía— serían tarea del nuevo Parlamento.

—Pues lo primero que se necesitaría para llevarlo a cabo —lo interrumpió Bálint— es que la propuesta de Kristóffy tenga mayoría en el Parlamento actual y eso me parece poco probable.

—Lukács convencería al ala radical del partido gubernamental y Justh, al bando de los independentistas. Bajo esas condiciones, el Partido Popular se verá obligado a reunirse con nosotros, de manera que los únicos opositores serán Tisza y los suyos.

—Supongamos que sea así. En esa mayoría, el amo y señor sería Justh. ¿Crees que el independentista Justh sería tan ingenuo como para trabajar por la centralización austriaca y no por la unión personal que configura su programa? Querrá modificar la ley del sufragio y la división de los distritos en la dirección más conveniente para su partido. Aunque ahora negocie con vosotros y acepte la revisión del Compromiso de 1867 hacia la centralización y parezca permisivo con las exigencias militares, seguramente actúa con la oculta intención de conseguir una ley del sufragio que suponga más poder para los independentistas. Y por eso, si la reforma se lleva a cabo según la fórmula de Justh, el futuro rey se encontrará en una situación mucho más difícil de la que jamás haya vivido Francisco José. Y si no se hace de esa manera, la alianza Lukács-Justh-Kristóffy se romperá a las primeras de cambio. ¿Y entonces qué?

—¿En ese caso forzaríamos la reforma radical del sufragio y convocaríamos elecciones!

—¿Y crees que podréis lograrlo? ¿Que así obtendréis la mayoría para... —Bálint tuvo que buscar la palabra y, sin querer, su tono se volvió burlón— para lo que habéis planeado?

—*Mein Gott!* ¡Dios mío! —contestó Slawata—. El taller está seguro del éxito. Cuenta con que Lukács convenza a la mitad o a dos terceras partes del partido gubernamental; Kristóffy, a los radicales, aunque solo sean un pequeño grupo de intelectuales, y a los grupos de las minorías. Y Justh se verá obligado a acudir a sus aliados, los socialistas. Así lo piensa Kristóffy y también Milán Hodzsa.

—¿Hodzsa? ¿Él también está al tanto de todo ello?

—¿Hodzsa? Por supuesto. El *Hoheit* confía mucho en él.

Después de guardar unos momentos de silencio, Abády comenzó a hablar con voz seria y seca:

—Todo eso me parece bastante arriesgado y peligroso, todavía más para el archiduque. En sí mismo el cambio en el trono ya supone una crisis y añadir a ello unas elecciones generales donde choquen toda clase de fanatismos patrios contra eslóganes socialistas y demagógicos es una verdadera locura. Se producirá el caos absoluto. Este Parlamento que se ha demostrado incapaz de trabajar no será capaz de unir sus fuerzas por el interés común del Estado. El nuevo rey se verá impotente ante esa situación. Y no se puede repetir la represión del régimen de Bach. Entonces, con el apoyo de Rusia, el emperador pudo ser duro cuando reinaba la paz en Europa, pero hoy en día ya no puede contar con Rusia y las circunstancias son otras. Todo acabaría de mala manera. Solo quedaría el caos y la lucha enardecida de los partidos. ¡Qué imagen transmitiríamos al extranjero! Y precisamente ahora, cuando nuestra situación no es nada halagüeña y en los Balcanes se puede prender la llama en cualquier momento, no se debe provocar una vorágine así en el país.

Slawata contestó sumergido en sus pensamientos:

—Eso es lo único que hay en contra.

—No es lo único. Hay razones mucho más generales y profundas. La Monarquía se basa en la tradición. La tradición es la que la sostiene, miles de hilos la conectan con las instituciones del país y con las distintas capas sociales. El soberano que pretenda ir en contra de esa tradición ataca sus mismos fundamentos y destruye la base de la monarquía hereditaria. Eso es propio de los dictadores que han subido al trono por una revolución y cuya posición depende de su popularidad, también es propio de los generales cuyo apoyo es su mismo ejército. En esos casos se trata del poder de una sola persona que solo se mantiene mientras viva. Esas personas pueden pretender igualar a todos los ciudadanos y, de hecho, así actuarán si son listas, pues cuantas menos capas tenga la sociedad a la que dominan más poder tendrán. El traspaso del poder solo se puede llevar a cabo en países donde la población está dividida en clases sociales cuya tradición es la monarquía hereditaria, porque ese

poder no tiene orígenes lógicos sino sentimentales. El monarca que cae en la demagogia y encabeza movimientos revolucionarios populares puede creerse que así sanciona su propia legitimidad, pero lo cierto es que con su actuación está preparando el terreno para el advenimiento de la república o está provocando el desmembramiento de su nación.

Slawata hizo un comentario ligeramente irónico:

—Así lo sostenía Montesquieu en *El espíritu de las leyes*.

—Sí, pero por haber sido escrito hace tanto tiempo no deja de ser cierto. De todos modos creo que no estamos haciendo más que conjeturas: Su Majestad no va a abdicar y nuestra discusión de momento no tiene sentido. Khuen-Héderváry se marchará y se constituirá otro gobierno que pueda llevar a cabo la reforma del sufragio que tan necesaria considero. En cambio, Justh, así se comenta, está dispuesto a acabar con la obstrucción y votar las propuestas militares, si bien bajo la condición de que solo tengan un año de vigencia, pues de ese modo serán satisfechas las exigencias en defensa nacional y, después, en armonía total, se realizará la reforma que el heredero de la Corona tanto desea.

Slawata contestó algo inesperado:

—Pero nosotros no queremos que la reforma se realice durante el reinado de Francisco José y, es más, no permitiremos una auténtica reforma de verdad. Como máximo, una solución a medias. Y solo si es absolutamente necesario. La verdadera reforma quiere hacerla el *Hoheit* después de subir al trono y hasta entonces lo impedirá con todos los medios posibles. Y si Lukács llega al gobierno, lo cual es probable, se lo prohibirá directamente.

—¿Y lo prohibiría también en caso de que fuese la única manera de votar las leyes de defensa nacional?

—Sí, sin duda lo prohibiría.

—¡No lo entiendo! Pero ¿en esta situación de crisis la preparación del ejército no es lo más importante para la Monarquía? ¿No es lo que el archiduque quiere por encima de todo?

—¡Claro que sí! ¡Pero no a ese precio! Debes comprender que así la reforma del sufragio será un logro del *Hoheit* cuando suba al trono —explicó el consejero—. No quiere que la conceda otro. Llegado su momento, quiere hacerlo él. Si ahora se la quitan de las manos, no podrá seguir adelante con sus planes y por esa razón no puede permitirse que se haga ahora. ¡De ninguna manera! ¡De ninguna manera! Es mejor que todo quede como está...

Bálint se levantó de un salto, apenas capaz de reprimir su rabia:

—¡Eso es de un egoísmo inaudito! Estamos atrasadísimos en cuestiones militares, la situación internacional es cada vez más grave. ¡Y el archiduque, por intereses puramente personales, impide a propósito las reformas necesarias para su propio futuro!

—¡Por favor, no te lo tomes tan a pecho! El viejo no vivirá eternamente y tal vez

en unos meses...

—Sí, tal vez en unos meses podáis poner os manos a la obra y comenzar con esos rocambolescos planes que me acabas de comentar. Ya está claro qué es lo que os importa. Lo único que os interesa es destruir violentamente lo que ya existe para sustituirlo por esa vaga e incierta *Gesammtmonarchie*. Por eso no tenéis ayuda, como me acabas de decir. Solo quienes no tienen nada que perder o quienes tienen otros objetivos apoyan una causa así: la descomposición misma.

—Siento mucho que lo veas de ese modo —dijo Slawata con la mirada seria y se levantó también—. Y lo siento de veras porque pensaba que podrías ser un buen compañero de trabajo.

—Pues no lo lamente tanto. Nunca me habrías podido convencer de tal cosa. En realidad no hay nada que lamentar. *Szervusz!*

—*Szervusz!*

Bálint, sin ofrecerle la mano, dio media vuelta y se marchó.

Durante las semanas siguientes Abády pensó a menudo en la conversación que había mantenido con Slawata. De momento todo seguía igual porque después de la dimisión del gobierno, tras tres semanas de rifirrafes se formó un nuevo gobierno prácticamente con la misma composición que el anterior. Khuen-Héderváry y su partido dijeron que habían malinterpretado la resolución que tanto desagradaba al rey. Khuen-Héderváry solo aceptó continuar en el cargo hasta que se aclarara el asunto y a las dos semanas se marchó definitivamente del gobierno, harto de tanta obstrucción. A mediados de abril László Lukács se convirtió en primer ministro.

Su programa oficial era el mismo que el de su antecesor, pero incluso antes de presentarse entabló negociaciones con Justh. En cambio, solo escuchó al resto de los líderes de la oposición para cumplir con las formalidades.

Circularon rumores de toda índole, todos ellos absurdos para los no iniciados, como que Lukács se empeñaba en organizar un frente común junto a Justh en el tema del sufragio, pero sin Tisza o incluso contra él. Y realmente había indicios de ello. Cuando los seguidores de Ferenc Kossuth atacaron al ministro de Defensa Auffenberg por la incompetencia que había manifestado durante las negociaciones de la resolución entrometiéndose en los asuntos internos de Hungría, ocurrió algo inesperado: Tivadar Batthyány, que pertenecía al círculo de Justh, salió en su defensa. Aquel fue un bandazo sorprendente. Y hubo más. Mihály Károlyi, que siempre había sido independiente y que desde hacía dos años presidía las asambleas del bando conservador junto con Tisza, parecía haberse pasado al bando opuesto y medió entre el jefe de Estado y Justh.

Y aunque los rumores proliferaban, nadie sabía nada de cierto, pero en política interior se avecinaba tormenta. Entretanto continuaba el obstruccionismo técnico que mataba cualquier interés que pudiese tener el público en el trabajo parlamentario, pues a nadie le importaba que los periódicos dijese que los diputados se pasaban el día, de la mañana a la tarde, votando pormenores insignificantes o celebrando reuniones a puerta cerrada.

Abády solo iba a la capital si su labor con las cooperativas así lo requería. Viajó mucho entre Transilvania, Budapest y Abbazia, donde su madre pasaba el invierno hasta finales de abril.

En esas fechas la condesa solía regresar y así lo había planeado ese año, pero algo sucedió.

Ya tenía la habitación reservada en el Hotel Hungaria de Budapest y su hijo esperaba la noticia de su partida todos los días. Llegó un telegrama que simplemente

decía: «Ahora no puedo viajar. Te he enviado una carta. Tu madre».

Al día siguiente llegó otra carta. La caligrafía que leyó en el sobre del hotel era extraña, no la fina e inclinada caligrafía de su madre. Bálint lo abrió con inquietud.

El sobre contenía dos cartas.

La más extensa decía lo siguiente:

Mi querido hijo:

Me veo obligada a dictar estas líneas, pero no te asustes, no estoy tan mal, solo he sufrido un pequeño accidente. Esta mañana cuando me he despertado no he podido usar la mano derecha como siempre. Apenas tiene fuerza, está como adormecida. Ya que hasta mediodía no he mejorado, he hecho llamar al doctor, a pesar de que odio a los médicos, como bien sabes. Dice que es un problema de circulación y que pronto se me curará. Me recetó masajes y aplicar compresas de alcohol.

No es más que una nimiedad, pero no quería viajar estando tan torpe. Por eso me voy a quedar unos días más. Se trata tan solo de que no me apetece subir al coche con una sola mano útil y vestirme y desvestirme en la cabina. Ya sabes que no me gusta que me ayuden.

No te preocupes, no hace falta que vengas a verme sólo por eso.

Mil besos...

La señora Abády le había dictado la carta a su doncella Terka, porque en otro folio y con las mismas letras esta le informaba:

Solo le escribo, señor conde, que Dios lo bendiga, para decirle que es cierto que Su Excelencia la señora condesa no está peor de lo que dice.

Es cierto que me ha asustado esta mañana cuando he visto que no podía mover el brazo, pero no le ha pasado otra cosa, que Dios la bendiga. El doctor me ha dicho que va a mejorar aunque no tan rápido como le ha dicho a la señora condesa. Perdóneme que yo también le escriba, pero he pensado que no estaría mal que se lo dijese. Que Dios le bendiga.

Terka

Bálint partió inmediatamente hacia Abbazia, aunque había quedado con Adrienne—que a principios de mayo se marchaba a Lausana dos semanas para ver a su hija—en que la esperaba en Budapest para acompañarla hasta Viena.

¡Allí hubiesen podido pasar juntos dos o tres días! Y, por supuesto, tuvo que renunciar a ello. Envió una carta urgente a Kolozsvár para explicar su inmediata partida y se marchó esa misma noche. Encontró a su madre como se la habían descrito. Podía mover la mano y los dedos, pero no podía coger nada. Bálint fue en

secreto a ver al médico.

—Arterioesclerosis —dijo el médico—, sin duda mejorará, pero tal vez no se recupere del todo. Hay que tomarse en serio los síntomas. Tiene tendencia a la apoplejía. Es una característica innata. Apenas se puede luchar contra eso. Tal vez fuera bueno que en verano pudiese ir a Gastein...

La señora Róza fingió estar enfadada por la repentina visita de Bálint, pero apenas pudo disimular lo contenta que estaba de poder verlo. Pasaron dieciséis días más a las orillas del Quarnero.

El diagnóstico del médico se cumplió. La mano de la vieja dama mejoró mucho: comenzó a escribir, si bien con cierta dificultad, pero nunca se curó del todo.

Durante aquellos días que pasaron juntos, Bálint tuvo la sensación de que nunca habían estado tan cerca como entonces. Tenía la impresión de que algo en su madre se había liberado, tal vez porque en el hotel tenía menos conciencia de ser esa pequeña reina de la casa que le gustaba ser, papel que nunca dejó de interpretar en Dénestornya. En Abbazia parecía más tierna y condescendiente, quizá debido a la experiencia amenazadora del brazo, que sin duda le despertó pensamientos sobre la muerte. Bálint no solo lo sospechaba, sino que estaba seguro. Por eso intentó ser muy afectuoso con ella, un poco más servil, pero sin excederse, porque sabía cuánto odiaba su madre todo lo parecido al sentimentalismo y a la cursilería.

A mediados de mayo partieron hacia casa. Bálint calculó que probablemente en esas fechas Adrienne volvería de Lausana y le envió un telegrama.

El día de su llegada a Budapest se fueron a merendar a la pastelería Gerbeaud, aunque Bálint no estaba demasiado convencido porque a esas horas aquel lugar siempre estaba muy concurrido, pero esa era la voluntad de Róza Abády. Últimamente le gustaba acudir a sitios donde había mucha gente. Ya en Abbazia esa nueva querencia suya había llamado la atención de su hijo. Se trataba de algo completamente inesperado. Desde que tenía uso de razón siempre había evitado las multitudes y apenas solía acudir de visita o ir a restaurantes, mucho menos a una pastelería.

Pero ahora parecía buscar la muchedumbre, como si le alegrara la vida bulliciosa que había visto marcharse en la habitación con vistas al mar de su hotel.

Entraron andando cogidos del brazo.

Gerbeaud estaba atestada. Con todas las mesas y sillas ocupadas, la gente se apiñaba delante de la barra. Encontraron solo un sitio al lado de la puerta. La señora Abády se sentó pegada a la pared y su hijo a su derecha. Hombres y mujeres que entraban y salían en tropel, tropezaban una y otra vez contra su mesa de mármol.

A la señora Róza aquello no parecía molestarle en absoluto. Removió sonriendo su café con nata, que se había hecho de rogar. Con sus saltones ojos grises observaba la multitud, a los que se empeñaban en salir y a las damas vestidas a la última que iban entrando. A pesar de que algunos pasaban solo a dos palmos de ella, seguramente se divertía.

«¡Un milagro! ¡Antes odiaba la proximidad física!», pensó Bálint y se inclinó sobre su taza de té.

En la puerta apareció una mujer alta, vestida con ropa de lino color óxido.

Y era Adrienne.

Apenas pudo entrar contra la corriente de clientes que salían y, para cederles el paso, tuvo que apartarse, de espaldas a la mesa de la señora Abády.

Ya estaba muy cerca cuando Bálint se percató de su presencia. Y la reconoció inmediatamente.

Sintió la alegría correr por sus venas y, acto seguido, miedo. ¿Qué iba a pasar ahora? Si aun estando tan cerca Addy no los veía y no saludaba a su madre, su madre lo tomaría como una ofensa intencionada. Y, por otra parte, sería absurdo que estando tan cerca tan solo se saludasen. En esos casos lo usual era intercambiar unas palabras vacuas, porque saludar y nada más era casi más ultrajante que disimular no haberse visto. La situación no dependía de Addy, pero ¿cómo reaccionaría su madre? Desde hacía años sentía odio hacia Adrienne. Tampoco la había visto en mucho tiempo y, cuando se había cruzado con ella en algún baile o feria benéfica, le había hecho un mero y frío gesto con la cabeza para luego desviar la mirada. ¿Y ahora qué? Sería horrible ser testigo de cómo su madre maltrataba —no con palabras, sino con su actitud— a aquella mujer a la que amaba con todo su ser.

Todo ello le pasó por la cabeza en una fracción de segundo y se le encogió el corazón.

Y entonces ¡ocurrió el milagro!

Róza Abády tocó levemente el brazo de Adrienne y con voz amistosa le dijo:

—¡Adrienne! ¿No me has visto?

La mujer se dio la vuelta sorprendida. Aquello fue tan inesperado para ella que en un primer momento no encontró palabras. Se recuperó al instante, la saludó y se llevó la mano de la señora Abády a los labios. Ese gesto involuntario significó mucho más que un saludo formal. Las mujeres casadas solo besaban la mano de los parientes cercanos. Aquel fue un gesto de gratitud, de gratitud profunda. Luego saludó a Bálint, que permanecía en la otra punta de la mesa.

Róza Abády le ofreció la silla de Bálint, que ya había reaccionado y se había levantado:

—¿No te apetece sentarte con nosotros? Nos apretaremos un poco. ¿O tienes compañía?

—Gracias, pero solo un momento. Solamente he venido a comprar. Con permiso —dijo Adrienne y se sentó.

Adrienne habló con voz emocionada. En cambio, la señora Abády estaba tranquila, incluso alegre. Casi parecía feliz. Volvió a interpretar el papel de la reina piadosa que tanto le gustaba: dar regalos sorprendentes desde las alturas de su trono.

Se mostró benevolente y esbozó una sonrisa ligera y condescendiente al ver a su hijo y Adrienne tan conmocionados, pero no dejó traslucir sus sentimientos y habló con naturalidad, animadamente, para ayudarlos a superar los primeros minutos de conversación. Le contó a Adrienne que acababa de llegar de Abbazia, donde había pasado el invierno; luego le preguntó por Ákos Milóth y Margit y por su hija, la pequeña Klémi, de la que sabía que se educaba en Suiza, algo que le parecía una idea excelente.

—Justo iba a comprarle bombones a ella. Y también a la directora del colegio y a su tutora. Cuando regreso de allí, siempre les envío algo para demostrarles que aprecio muchísimo sus esfuerzos —y añadió, en realidad sin razón alguna—: Acabo de llegar esta misma tarde en el expreso de las cinco...

Tal vez quiso demostrar que no sabía que los Abády estaban en la ciudad y que no había preparado el encuentro con Bálint. Cambiaron unas frases más y la mujer se despidió. Desapareció entre la multitud de compradores y luego se fue con tres paquetes.

Junto a la puerta, al pasar ante la señora Abády, agachó la cabeza. Sus ojos amarillos brillaron de emoción.

Un cuarto de hora más tarde Bálint acompañó a su madre a casa. Se fueron caminando hasta el hotel. Se separaron en el vestíbulo. No hablaron más, solo comentaron qué harían esa noche porque Bálint, ansioso por escuchar las últimas noticias, acudiría al casino. Al despedirse le besó la mano más afectuosamente de lo normal y la señora Abády acarició la cara de su hijo con su regordeta mano.

Con solo ese gesto mostró gratitud y perdón. No necesitaron más.

En el casino se había reunido de nuevo mucha gente. Volvió a formarse una tormenta.

Aquellas últimas semanas Lukács había intentado que las propuestas de defensa nacional se aceptasen provisionalmente, con una vigencia de un solo año. A cambio, le ofreció a Justh dos modelos de reforma del sufragio, pero no consiguió nada, pues Apponyi, en un discurso propio, afirmó que él y sus seguidores no estaban dispuestos siquiera a discutir las leyes militares, y Justh, por su parte, declaró que la extensión del derecho de sufragio era insuficiente.

La división del Partido de la Independencia disminuyó las probabilidades de paz porque si Lukács conseguía acercarse a los criterios de Justh, la fracción Kossuth-Apponyi presentaría sin duda alguna y de inmediato otras exigencias de carácter nacionalista. Dado que Justh no quería parecer menos patriótico que los demás, debía reclamar una reforma todavía más radical. Nadie sabía que por culpa del heredero de la Corona, Lukács tenía las manos atadas respecto a las reformas. Por eso el bando de Justh exigía con creciente obstinación una reforma a fondo y creía que su alcance solo dependería del primer ministro. La obstrucción técnica que minaba el Parlamento estaba en sus manos y se servía de ella con todas sus fuerzas. Se sucedían

las votaciones: votaciones, reuniones a puerta cerrada y nuevamente votaciones.

Así llegó a ser Tisza el centro de atención.

Todavía no había ocurrido nada, pero ya se sabía con certeza que Navy, que había sucedido a Berzeviczy como presidente del Parlamento, dimitiría y que Tisza se haría con el cargo.

Eso significaba una infracción de las reglas parlamentarias, algo que Tisza, siendo jefe del Estado, ya había intentado en 1904.

Abády erraba en silencio entre los distintos grupos que discutían. A veces pasaba un cuarto de hora con unos, luego se dirigía a otro grupo para volver a oír lo mismo. Dondequiera que fuese solo oía la voz del odio. Odio contra Tisza entre las filas de la oposición, fuesen fieles al Compromiso de 1867, a Andrásy, al Partido Popular o a las ideas de 1848. No había diferencia.

Entre las filas del partido gubernamental no había tanta unanimidad. Los pocos hombres del entorno de Tisza que estaban presentes guardaban un silencio glacial. Los demás, bien eran seguidores de Lukács, bien de la masa sin voluntad que buscaba el éxito y evitaba todo riesgo. Esos eran los preocupados, los inquietos, los que solo sabían mover la cabeza en señal de desaprobación y peroraban sobre la importancia de la sabiduría y de la mesura y la serenidad: sin duda estaban muy asustados. Todavía recordaban la infracción de las reglas parlamentarias de 1904 y la caída que había provocado. Se daban ánimos diciendo que la autoridad de Tisza sería suficientemente fuerte como para solucionar la situación de modo pacífico. Que no haría falta ejercer la violencia, que bastaría con la amenaza que significaba la mera presidencia de Tisza. Y, cubriéndose las espaldas, un grupo de ellos se dedicó a decir a todo aquel que quisiera eschucharles, y especialmente a sus oponentes, que su posición, en el caso de que se ejerciera de nuevo la violencia en el Parlamento, era contraria al uso de la fuerza.

El panorama entristeció a Bálint sobremanera. Veía a Tisza arriesgar todo su futuro frente a un odio mortal y una multitud dispuesta a traicionarle a sus espaldas. Cuantas más vueltas le daba, tanto más le inquietaba la posibilidad del fracaso de Tisza.

No dudaba del éxito de la votación forzada. Si Tisza, infringiendo las reglas parlamentarias, anunciaba desde su butaca de presidente la aprobación de las propuestas, la mayoría estallaría en vítores y la oposición enfurecida vociferaría. No pasaría nada más, pero ¿qué ocurriría después? Tisza acumularía tanto odio en su contra que quedaría excluido de la política para el resto de su vida. La vida pública perdería una gran personalidad porque sus fieles venderían su cabeza para que el gobierno —este o el siguiente— pudiese restituir el curso normal del Parlamento. El odio permanecería para siempre porque el interés de la oposición y del gobierno era mantener alejado de la carrera al candidato más serio para el puesto de primer ministro. Así, en el futuro, la persona que según Slawata era el mayor obstáculo para los rocambolescos planes del Belvedere, quedaría excluida de cualquier papel activo

en la vida política húngara.

¿Había otra solución? ¿Cuál? Evidentemente, no se podía continuar gobernando en esas condiciones. Y sin duda era absurdo que un pequeño grupo parlamentario fuese capaz de impedir todo lo que el país necesitaba. Seguramente no había otra solución que vencer el eterno obstruccionismo, pero ¿era necesario que fuese precisamente Tisza quien llevase a cabo ese cometido? ¿No había nadie más, duro y sereno, que pudiese hacerlo? Alguien que no fuese un estadista como Tisza y cuya pérdida no fuese tan significativa en la política del futuro. ¡Sí! ¡Sería diferente!... Para la opinión pública lo más importante no era quién dirigiese las acciones sino quién las realizase. Solo se recordaba al hombre, se olvidaba la voluntad rectora.

¡Sí! ¡Tenía que plantárselo al propio Tisza!

Bálint meditó mucho si intervenir o no. ¿No sería inmiscuirse demasiado? Pero le pareció tan preocupante y tan importante hablar con Tisza que al día siguiente por la mañana le pidió audiencia.

Se vieron a primera hora de la tarde.

Bálint habló extensamente. Comentó que estaba de acuerdo con sus intenciones y le contó todo lo que pensaba sobre el odio general que provocaría la ejecución de sus planes, pero como conocía la austeridad desinteresada de su interlocutor, no mencionó nada de carácter personal. Todo lo contrario, subrayó —lo que de todos modos era su creencia más sincera— que el interés personal no contaba respecto al del país, pero que en ese caso no se trataba de un choque de intereses. Para que no pareciese un mero cumplimiento sino la pura verdad, usó expresiones casi bruscas. La cuestión no era —dijo— si Tisza como ser político moriría o no en ese acto, sino si él era el único hombre de Estado capaz de defender el país contra la vileza de los jefes subversores. No era propio que él, la futura columna del país, se sacrificase en una misión que podría ser ejecutada por una persona de menor talla. Y le aconsejó que no aceptase ser presidente de la Casa sino que se lo dejase a otro —seguramente encontraría gente entre sus fieles— que llevase a cabo bajo su dirección los pasos necesarios.

Tisza lo escuchó atentamente. Las gruesas lentes de sus gafas le agrandaban el iris grisáceo de sus ojos, ya de por sí grande. No interrumpió a Bálint ni una sola vez.

Cuando Bálint acabó su discurso le respondió detalladamente. Reconoció que Abády tenía razón en muchas cosas: sin duda, quien quisiese acabar con el obstruccionismo arriesgaba su futura carrera política, pero para él restituir el orden del Parlamento era un asunto de gran importancia, de primera necesidad, y pesaba más que cualquier otra razón. No protestó contra lo que Bálint había dicho sobre su vocación política. Negar su grandeza no habría sido más que una pose: quien supera una cabeza al resto de la multitud, sin duda es consciente de su talla. Tisza no era un hombre de poses. Reconoció que el país podría necesitarlo en el futuro por varias razones. No obstante, estaba decidido a actuar él mismo. No podía encargarle esa faena a un sustituto, porque precisamente su autoridad era necesaria. No se

arrepentiría, aunque después se viese obligado a abandonar la política. Su nación lo necesitaba y esa causa merecía tal sacrificio.

—Si es preciso que me retire, lo haré con el alma tranquila.

Su argumentación fue una cadena bien forjada, sin huecos, sin palabras superficiales, como si sus frases hubiesen sido moldeadas en bronce.

Se levantó. Mientras se dirigían a la salida, Tisza le agradeció su buena voluntad con unas palabras amables. Su figura alta y de hombros fornidos se alejó después hacia las escaleras. Caminaba recto, tranquilo, y desapareció por una curva del pasillo.

El 22 de mayo Tisza fue elegido presidente del Parlamento.

Los socialistas, que interpretaban su elección como el fracaso de sus planes contra el sufragio universal, convocaron una huelga general. Los obreros, junto al populacho, tumbaron vagones de tranvía para levantar barricadas. Las masas quisieron llegar hasta el Parlamento. Cerca de la plaza de la Constitución chocaron contra la policía y se produjo una lluvia de piedras. Se oyeron disparos de revólver. La policía reaccionó devolviendo los tiros. Seis muertos y ciento ochenta y dos heridos.

Mientras la gente moría en la plaza, los diputados continuaban con sus habituales votaciones sobre cuestiones nimias.

En todo el país se esperaba el estallido de la tormenta.

Todo el mundo la sentía y la veía venir. Entretanto, a escondidas y sin el conocimiento de Tisza, habían comenzado las negociaciones. Se produjo un intercambio secreto de mensajes entre László Lukács y los independentistas. Tal vez el primer ministro intentase en el último momento buscar una solución pacífica al asunto del sufragio. No se sabe qué ocurrió exactamente. Lo cierto es que Kossuth y Justh, con razón o sin ella, creían que se había llegado a un acuerdo. El primero de junio Kossuth pidió la palabra en nombre de todos los independentistas y ofreció la cancelación del obstruccionismo a cambio de la extensión del sufragio en un ciento veinte por ciento. Lukács contestó con evasivas, y, al día siguiente, lo rechazó definitivamente. Quizá lo habría rechazado el mismo Tisza, pero seguramente en el último momento no habría obtenido el beneplácito del heredero de la Corona, dado que el archiduque había prohibido cualquier tipo de reforma a fondo.

La desilusión indignó tremendamente a los líderes independentistas. La siguiente sesión se inauguró en ese ambiente de crispación.

Bálint, que la semana anterior había acompañado a su madre a casa, regresó a Budapest el 4 de junio. Educado en el respeto a la invulnerabilidad de la Constitución y de las tradiciones, sabía que le resultaría doloroso lo que quiera que pasase en el Parlamento. Y a pesar de que le dolería más verlo que leerlo en la prensa, le atrajo la idea de estar presente, como había estado hacía ocho años y medio cuando el

«gobierno de guardias» había enviado el ejército al Parlamento. En aquellos momentos podía ocurrir lo mismo, las pasiones aún estaban más enardecidas. Por las calles se habían oído tiros, quizá también terminarían oyéndose en la sesión y Tisza era la clase de persona que se situaba en primera fila. De no haber estado presente, Bálint se habría sentido un cobarde.

La sesión se abrió en medio de tremendos nubarrones. Ya desde el primer minuto la oposición empleó uno de sus conocidos trucos para perder tiempo: un fornido guerrero de la palabra pidió turno para comentar algunas reglas parlamentarias, truco con que podría haber malgastado tres cuartos de hora, pero Tisza no accedió. Los bancos situados a la izquierda estallaron en un vocerío tremendo, golpeando los escaños y exigiendo que la sesión continuase a puerta cerrada.

Tisza esperó. Bálint asistía a la escena desde la barrera del hemiciclo.

Tisza esperó a que el vocerío amainase. Sentado inmóvil en su butaca de presidente, los rayos del sol resbalaban por su cabello corto ya un poco canoso y, tras sus enormes gafas, apenas se le distinguían los ojos: parecían dos monedas resplandecientes bajo la frente. Al final dijo serio:

—Me dirijo a todos los miembros del Parlamento para pedirles que detengan la horrible espiral a la que han llegado los asuntos públicos del país debido al obstruccionismo...

Seguramente él también sabía que era inútil pedir tal cosa. La respuesta no se hizo esperar: silbidos, golpes por las bancadas, patadas en el suelo y gritos. Tisza pidió orden un par de veces y continuó. Su voz sonó solemne, solo al citar las palabras de sus enemigos utilizó un timbre irónico.

—Como garante del orden del Parlamento, debo cumplir mi obligación y poner fin a la práctica, en manos de veinte personas, de lo que el conde Gyula Andrassy llama *clôture*, que como acertadamente advierte el conde Albert Apponyi hace de los derechos nacionales la presa de unos pocos. Hablo del... —La última palabra, «obstruccionismo», fue acallada por el infernal alboroto. Desde los escaños de la izquierda se vieron puños en alto, otros se levantaron bramando, pero la tremenda voz de Tisza logró vencer el griterío:

—Pregunto a sus señorías si aceptan o no la propuesta de ley sobre la defensa nacional...

La mayoría se levantó. El presidente anunció la decisión. La oposición, presa de su impotente ira, juró lanzando vulgaridades, pero todo fue en vano porque en aquel bullicio generalizado no se podía oír nada. Entretanto Tisza cerró la sesión, se levantó y, lentamente, como si diese un paseo, bajó del podio.

Esos fueron los acontecimientos acaecidos por la mañana.

Abády llegó temprano para la sesión de la tarde. Apenas pasaban las tres y media cuando se asomó a la sala. Los miembros de la oposición ya estaban en el interior, porque habían oído que Tisza había pedido vigilancia policial en el Parlamento y temían que se acordonasen las entradas y no poder acceder. Con pocas excepciones,

las filas de la izquierda estaban atestadas y parecían estar celebrando una fiesta. Bromeaban entre ellos y parecían muy confiados. Algunos habían llevado silbatos y campanillas que se enseñaban unos a otros tan contentos probando si sonaban bien. ¡Se esperaba una fiesta de verdad! ¡A divertirse!

El partido gubernamental entró a las cuatro y la sala se llenó de la misma tensión que antes del temporal.

En cuanto Tisza abrió la sesión, estalló el escándalo. Sonaron pitos, tambores, quiquiriquíes burlones y risas. No se pudo oír ni una sola palabra del presidente, solo se veían sus labios moviéndose y el lápiz con que tomaba notas. De repente se levantó y se marchó. El partido gubernamental salió con él. Los rebeldes pensaron que habían triunfado.

Pero la victoria no duró mucho.

Pronto se abrieron las cortinas de terciopelo del lado izquierdo. En la puerta se presentó un bedel con una nota en la mano. Detrás de él entraron un oficial con el cuello del uniforme dorado y varios policías. Entraron con mirada seria y se colocaron delante de las filas de la oposición.

Desde donde estaba Bálint no se veía bien lo que pasaba. Detrás de la fila de cascos de la policía se montó una pelea con empujones.

Entonces, Mihály Károlyi, quien por casualidad se encontraba en el pasillo, apareció en la puerta central de la izquierda. De un salto subió al escaño que le quedaba más cerca, con sus zapatos blancos pasó por encima de los hombros de los que permanecían sentados y se alzó con los brazos abiertos. Luego bajó a saltos entre los bancos y se plantó ante Justh. Con los puños atacó al policía más cercano. No se sabe si habrían llegado a las manos porque en ese mismo momento brazos bien entrenados lo levantaron por el aire. Cuatro policías se lo llevaron boca arriba. Károlyi fue el único que atacó a la policía, a pesar de que su nombre no figuraba en la lista de personas a las que había que desalojar.

Los demás se contentaron con una «simbólica violencia». El oficial tocó el hombro del siguiente, este se levantó y, flanqueado por dos cascos, se marchó de la sala tranquilamente.

Abády se fue después de que sacasen a los primeros.

Había acudido a la sesión porque lo consideraba su obligación. Aun sabiendo con certeza que la actuación policial —no por menos necesaria— le indignaría en lo más profundo, permaneció hasta que entró la policía y, entonces, se quedó estupefacto, como quien presencia un acto horrible del que no puede apartar la mirada.

Salió al pasillo con un sabor amargo en la boca. Todo estaba vacío. Tisza había ordenado que nadie de su partido se quedase curioseando por allí e incluso habían desaparecido los guardias de la sala.

Bálint avanzó aprisa. En el vestíbulo de la planta baja se encontró con tres o cuatro diputados escoltados por un par de policías. Bálint se dirigió hacia el guardarropa para recoger su sombrero y su bastón. Cuando regresó al vestíbulo, los

diputados y sus acompañantes todavía estaban allí. Todos apelotonados junto a la salida.

Abády no entendía qué estaban esperando. Tal vez estuviesen identificándolos o quisiesen llevárselos en grupo.

¡No! Estaban fotografiándose.

Unos espabilados periodistas los esperaban fuera y, desde las columnas, les hacían una fotografía. La «víctima», antes de que los policías lo dejaran ir, se detenía un momento en el umbral. Allí lo fotografiaban y él dejaba su sitio al siguiente.

Le tocaba el turno a Marót Kuthenváry, que como periodista experimentado sabía cómo se debía actuar: pidió a sus dos policías que lo acompañasen un poco más adelante, hasta las soleadas columnas porque la fotografía saldría mal en la sombra. Los policías intentaron protestar.

Solo tenían órdenes hasta la salida del Parlamento, ni un metro más, pero Kuthenváry insistió diciendo con gran astucia que las columnas, jurídicamente, también pertenecían al edificio del Parlamento. Las columnas se unían con los muros, ¿no?, entonces el edificio terminaba bajo la última bóveda, y los policías no infringirían las órdenes si lo acompañaban hasta allí. Así se interpretaba la ley. Con aquel argumento y dos cigarros, los convenció.

¡Sería una fotografía estupenda! La víctima con tenebrosa dignidad entre los verdugos. Como debía reflejarse la violencia, pidió que lo agarraran por los brazos. Los fotógrafos estaban midiendo la distancia cuando el señor Marót lanzó un «*Halt!* ¡Esperen!»». Se quitó el sombrero y se lo dio a un policía. Volvió a recuperar la pose. «¡Ahora sí!».

Realmente aquella sería una fotografía espectacular. La brisa ondeaba su tupida melena a lo Petőfi. Su altura contrastaba con la escasa estatura de sus guardianes.

Abády salió a la plaza justo en ese momento.

—¡Adiós, amigo! —gritó Kuthenváry desde lejos—. ¡Voy a enviársela a mi electorado de Csík! Sacaré cien copias. ¡Excelente propaganda...!

A partir de la siguiente sesión, el Parlamento permaneció acordonado.

Sin embargo, el tercer día un diputado expulsado, una persona insignificante llamada Gyula Ko vács, logró acceder a los palcos de la prensa. Desde allí se arrojó a la sala de sesiones y disparó tres veces sobre Tisza y una cuarta a sí mismo.

Tisza no resultó herido. Ni siquiera se movió de su sitio. Al ver que el agresor se desplomaba, pensó que se había herido mortalmente. En su tono de siempre, con sus maneras elegantes, dijo:

—El incidente que acabamos de presenciar ha sido el acto de un pobre demente que se ha infringido su propio castigo. Debemos lamentar su destino con el sentimiento que corresponde a todos los dementes...

Después de aquel suceso, los partidos de la oposición no acudieron más al

Parlamento e hicieron público un manifiesto dirigido a la totalidad del país. El público lo leyó con absoluta indiferencia.

El Parlamento decidió con carácter urgente nuevas reglas parlamentarias y cinco o seis leyes. Huelga decir que todo fue aprobado por unanimidad. Luego comenzaron las vacaciones de verano.

Bálint no esperó que se diera por finalizado oficialmente el periodo de sesiones. Y, para cuando finalizó, él ya estaba de regreso a Transilvania.

La sierra de vapor se puso en marcha. Su chasquido rítmico podía oírse más allá de las largas pilas de troncos de abeto, las montañas de serrín, los cubos uniformes de dos brazos de altura montados sobre tablas clasificadas, las vigas y los listones. Todo aquello parecía una ciudad construida en un lugar cercado. El ruido volaba a través de los edificios del aserradero, de la cantina y de las casetas cubiertas de cartón embreado, invadiendo de sonido el valle de los neveros, el valle de Retyicel.

Los brillantes rayos del sol caían perpendiculares, puesto que casi era mediodía. Apenas quedaba algo de sombra. Los cuerpos de los troncos que habían sido descortezados en el mismo bosque por ser tan lisos brillaban. La superficie de las tablas recién cortadas era de terciopelo amarillo. Las montañas de serrín parecían teñidas de nieve azafranada. Todo estaba limpio alrededor de la sierra de vapor.

Hacía una hora que Abády había llegado desde la cresta de Fraszinet, desde la nueva plantación que había ido a supervisar. Le acompañaban el ingeniero forestal Winkler, Andrés Zutor, «el Meloso», y dos guardabosques. A unos cien metros del aserradero se hallaba el refugio de Szkrind, donde comerían antes de que Bálint saliese hacia el collado de Kucsulát. Había enviado la tienda con otros dos *gornic* equipados con caballos de reserva, porque les esperaba un largo camino. Antes del anochecer tenían que llegar a las faldas de Urszója, a las fuentes del Béles, situado en el punto más meridional del bosque de los Abády.

Bálint partiría más tarde. Con su rápido caballo los alcanzaría a medio camino. Allí hablaría primero con los empresarios y con el jefe de la firma Frankel.

Acababa de salir del laberinto del depósito de las tablas. Se asomó por una callejuela.

Al mismo tiempo, a unos cien metros, por el otro extremo del depósito, salió con paso sigiloso Kula, Lung Nikolai, el nieto del viejo Ion a lui Maftie, un buen mozo de Pejjója que desde hacía tiempo era confidente de Bálint Abády.

Descendió hasta la salceda del arroyo. Allí pasó a la orilla derecha y desapareció entre el tupido matorral del bosque comunal; pero no se dirigía hacia su casa sino al Mereggyó, por donde tenía que pasar, pues esa mañana había salido de casa con la excusa de entregar seis quesos al tabernero de Szkrind y después continuar su camino para comentarle al juez que tenía dos caballos en venta. En los neveros había que ir con mucho cuidado y cumplir punto por punto aquello que se había anunciado que iba a hacer: todos se enteraban de todo, como si estuvieran informados por la prensa, y trataban de corroborar si esto o lo otro no era más que una excusa. ¡Y tantas maniobras para que nadie supiese que Kula había sido visto con el conde *maria ta!*

Por eso Andrés Zutor, el Meloso, y Kula habían fijado con mucha antelación que el conde y él se verían entre las pilas de tablas, lejos de miradas ajenas. Solo de ese

modo se podría mantener el secreto. El *maria ta* entraría por el aserradero; Kula, por el otro extremo. Fijaron el día y quedaron a mediodía en Pejkója, desde donde se veía bien la cresta del Fraszinet. Kula no necesitaría otro aviso, solo estar atento a cuando los viese aparecer. Cuando Abády entró a caballo en la explotación, Kula ya estaba escondido.

Lung Nikolai se había comprometido con una misión tremenda. Muy peligrosa. Kula estaba proporcionando datos contra Gaszton Simó, el notario de Gyurkuca, un señor poderoso, un verdadero pachá.

Simó había hecho mucho daño a la población de los neveros, especialmente a los habitantes de Pejkója. Al igual que el pope de Gyurkuca, el notario era amigo de los usureros. Uno de esos usureros ya había sufrido las consecuencias de su comportamiento: terminó muerto a palos y su casa sufrió un incendio en el que se quemaron todos los documentos que guardaba en la caja. Los granjeros de Pejkója casi se habían arruinado y muchos de ellos habían quedado como meros usufructuarios de las tierras que antaño habían sido suyas. Por aquel entonces Abády ya había intentado defenderlos ofreciéndoles los servicios de un abogado, pero los granjeros no lo aceptaron, quizá porque no confiaban demasiado en el éxito y por temor al pope. Abády intentó presentar una queja contra Simó y conseguir su traslado, pero en el condado le dijeron que no había razones jurídicas para proceder al mismo. Así, sus intenciones de ayuda habían quedado en nada.

Todo eso había pasado hacía seis años y medio. Desde entonces el *maria ta* había intentado conseguir pruebas contra aquel prepotente notario, pero hasta el momento no había obtenido de la población de los neveros nada que pudiese servirle.

Y por fin sí que contaba con algo... No se trataba de un caso de usura sino de algo diferente.

Los granjeros solían pagar sus impuestos directamente al notario. Simó decía que les hacía un favor al aceptar él su cobro, pero ya había habido problemas con su gestión. En las ocasiones en que Hacienda había enviado cartas volviendo a solicitar el pago, Simó decía que se trataba de una equivocación y que él mismo se encargaría de arreglarlo... Y tal vez se había encargado de resolverlo a fin de evitar cualquier orden de embargo, pero últimamente las cosas habían empeorado: solo en Pejkója había tres personas que esperaban la subasta de sus bienes por una deuda impositiva de varios años de la que se había encargado Simó. Uno de ellos era el abuelo de Kula.

El joven Lung acababa de llevar el viejo recibo, el expediente de subasta y los poderes concedidos al procurador con la firma del viejo Ion a lui Maftie estampada. Entre las pilas de tablas, le entregó aquellos documentos a Bálint.

Poco después de que se oyese el silbido del mediodía en el aserradero, Abády se despidió de sus hombres y continuó el camino. Su caballo pío, bien nutrido, anduvo a paso ligero. No le costó ni media hora llegar al pie del collado.

Abády estaba solo. Ningún caballo de carga habría podido igualarle el paso y él tampoco necesitó guía porque conocía bien el camino. Si no tenía trabajo, le gustaba

ir solo por los neveros errando por diversión o yéndose de caza. Solía mandar a los porteadores adelante y seguirlos según su capricho porque sentía que el bosque era más hermoso estando solo.

En aquella ocasión había anunciado que iría de caza. En el prado de Urszója, así se lo habían dicho los pastores, los lobos atacaban por la noche y causaban mucho daño. Si bien aquello había ocurrido hacía diez días, estando Bálint en Kolozsvár, y el lobo era un animal vagabundo, tal vez todavía pudiese encontrarlos por allí. Había que probar, quizá tuviese suerte.

Fue una casualidad que hubiese lobos por el Urszója, pero no fue nada casual que Bálint quisiese ir a verlos y pasar la noche en su cabaña. Si no se hubiese servido de esa excusa, se habría inventado otra. Se había citado con Adrienne.

Desde hacía muchísimo tiempo esperaban poder reunirse en los neveros, pero hasta entonces apenas había sido un hermoso sueño, pues los rumores habrían corrido de inmediato. Y entonces, a principios de verano, aquel sueño suyo parecía inesperadamente más cercano.

Pero ocurrió que Margit Milóth se había trasladado a Magyartóhát, cerca de Mezővarjas, y había metido sus preciosas narices de alcaudón en los asuntos de la granja de su padre. El buen Carraca no había dejado de refunfuñar y gritar «¡Me está robando hasta la sangre!», pero Margit no le había hecho caso y, con la ayuda de su marido, había hecho un inventario de los bienes del viejo con la excusa de que Ádám Alvinczy necesitaba alguna ocupación. Así descubrió que su padre tenía una finca forestal, no muy grande, por el Aranyos. Un hayedo de unas trescientas cincuenta hectáreas que, como cabía esperar de él, no producía renta alguna. Margit había decidido que era preciso que Ádám fuese a verlo y allí fue Ádám. Y resultó que no era un mal bosque. Contaba con muchas y muy buenas hayas, que allí arriba no valían nada, y en las zonas inferiores en las que los vecinos durante décadas habían robado los árboles para talar, había un joven abetal. Margit había sentenciado que no podían dejar que se perdiese: se debía vigilar la finca, pues dejarla como estaba suponía un terrible despilfarro. Por eso había hecho construir un refugio de guardabosques en la ladera que daba al sur y a tal fin empleó a un guardabosques con experiencia y lo hizo mudarse de casa.

Ya hacía un año que habían ocurrido todos esos acontecimientos.

En mayo el pequeño Alvinczy cogió la tos ferina. Se curó pronto, pero el médico le recomendó una cura en los Alpes.

Para qué ir tan lejos y gastar en un hotel caro, pensó Margit, contando con el refugio del guardabosques en Albák. Aquel refugio estaba a mucha altura, a unos mil doscientos metros, y tenía una vista preciosa. En aquella casa, nueva y limpia, podrían pasar dos o tres semanas sin gastar un céntimo. Aire había de sobra y aire realmente alpino, más alpino imposible.

Así fue como a finales de junio Margit se trasladó allí junto a su hijo y la criada que cuidaba del pequeño, además de la cocinera. Se divertirían esas dos o tres

semanas. Dispusieron que durante su estancia en aquella casa, el guardabosques se alojaría en el establo y, contando con un horno de verano que mandó construir en el patio, los dos cuartos y la cocina serían suficientes para ellas tres y el pequeño.

El traslado de Margit a los neveros hizo posible que aquel viejo sueño se realizara. El plan era que Adrienne visitaría a su hermana unos días y, con la excusa de que desde allí volvería fácilmente a Almáskő a través del Béles y Bánffyhunyard, podría llegar al prado de Urszója, que ya pertenecía a la cabecera del arroyo Béles y estaba a unas tres horas de camino de las fuentes del alto Aranyos, donde podría alojarse en la tienda de Bálint y atravesar al día siguiente el bosque de Valkó para bajar al Szamos, donde la esperaría el carruaje que la transportaría a la finca del aserradero estatal de Almáskő.

Habiendo planeado todo hasta el último detalle, Abády se puso muy contento al enterarse de que había lobos por el Urszója, porque así podría dar una buena razón a la población de los neveros de por qué quería ir y por qué quería estar solo.

Y debía disimular para proteger a Adrienne de las habladurías de la población de los neveros.

Naturalmente, costó varios días arreglar todo.

El anochecer ya estaba cerca cuando la caravana de Abády salió de la finca de Valkó, por encima del Kalinyásza, pues era un camino largo que partía desde el valle del Szamos. Para llegar al Urszója les faltaba superar una pequeña cresta. Afortunadamente pudieron atravesarla y montar la tienda antes de que cayese la noche.

András Zutor, el Meloso, y los dos *gornic* volvieron inmediatamente con los caballos al Kalinyásza con órdenes de no moverse de allí y de no pasearse por el bosque hasta que Bálint no hiciese una señal o bajase él mismo a verlos. Allí había una casa con establo donde podían atar los caballos, pues si rondaban lobos dejarlos fuera era peligroso. En el camino habían visto huellas de lobo, pero no estaban seguros de si eran recientes o de hacía un par de días.

Bálint se quedó solo. No encendió fuego. Cenó tocino y pan en el interior de la tienda a la luz de una pequeña linterna eléctrica. Después se sentó en la puerta de lona.

Una noche preciosa cubrió los neveros.

Millones de estrellas tintineaban en el cielo negro como una manta fúnebre. Mirara donde mirase a su alrededor, de las más grandes salían otras pequeñas que parecían multiplicarse a la vista de sus ojos. La Vía Láctea se dibujaba en la bóveda con contornos nítidos y grietas negras, como un gigantesco río de luz interrumpido por islas dispersas. Las misteriosas figuras de las enormes constelaciones escribían letras de fuego sobre el cielo y parecían querer aproximarse a fin de descubrir un secreto atávico al nimio e insignificante hombre. Quizá fuese el secreto de la vida y

de la muerte, tal vez el secreto de la eternidad...

Apenas se atisbaba el horizonte. Sobre los oscuros dientes de los boscosos picos un par de estrellitas temblaban con luz rojiza. No había claro de luna, solo la luz crepuscular de las estrellas alumbraba ligeramente las curvas del prado inclinado que corría hacia la lejana oscuridad que se tragaba todo.

Reinaba el silencio. Un silencio que el monótono murmullo de las precipitadas aguas no solo no interrumpía sino que hacía más profundo. Muy de vez en cuando y desde muy lejos se oían los ladridos de algún perro pastor. Después, nada, ningún ruido, solo silencio, pero no ese silencio de una habitación cerrada y aislada sino un silencio vivo, el silencio pulsátil de los grandes bosques.

Bálint se quedó sentado en medio de la noche fría hasta muy tarde. La belleza infinita le hizo sentirse tan pletórico que creyó oír los pasos ligeros de Adrienne acercándose por el sendero de estrellas: aquella sensación suya fue el deseo de ambos que atravesó los picos y las crestas que los separaban...

Adrienne había llegado al refugio de Margit hacía dos días. Ella no era la única visitante. Allí encontró a Pityu Kendy, un galán que les sería muy útil porque el guardabosques no daba abasto para todo. El guardabosques tenía que bajar a Abák a por leche, pollos y el correo, cuidar y guardar los dos caballos de carga, segar la hierba y recogerla... Así que en cuanto llegó, Pityu se puso a cortar leña, alimentar el fuego, traer agua desde el reguero, limpiar los aparejos y, especialmente, empujar el carrito del niño por los accidentados senderos de la montaña. De la luz a la sombra y de la sombra a la luz, una tarea nada apropiada para las mujeres porque había más piedras que camino transitable. Pityu lo hacía todo de buena gana. Al trasladar su amor desesperado de Adrienne a Margit, terminó siendo su esclavo: aquella era una feliz esclavitud, porque Margit no lo provocaba, ni lo afligía con otros flirteos, como había hecho su hermana. Margit no coqueteaba con nadie y escuchaba sus salmos de amor con maternal benevolencia. A veces le regañaba, especialmente si bebía, pero lo trataba como a un ser humano y no como a un muñeco, como había hecho Adrienne. Cuanto más fuerte llevaba las riendas de su vida o más lo sermoneaba, tanto mejor se sentía él. Poder servir para algo, aunque fuese simplemente cortar leña, le parecía hermosísimo. Por eso a Pityu se lo veía feliz en los neveros. No le importaba dormir en un rincón del establo —el otro lo ocupaba el guardabosques—, ni tampoco poder lavarse solo en el pozo, ya que no se podía entrar en la casa hasta que las habitaciones no estaban listas.

Pero no le alegraba la idea de que los visitase Adrienne. Aunque había seguido los pasos de Ádám Alvinczy y se había pasado al lado de Margit, no podía olvidar con tanta facilidad que durante años los dos amigos habían hecho bellos juramentos de amor a la hermana mayor. A Pityu le incomodaba estar en presencia de las dos hermanas a la vez. Temía las burlas de Adrienne. Tenía miedo de hablar en su

presencia, tenía miedo de escucharla, tenía miedo de lanzar miradas enamoradas a Margit. ¡Ciertamente su visita le incomodaba muchísimo!

Por eso se alegró mucho cuando la segunda tarde de la estancia de Adrienne un pequeño caballo de los neveros llegó desde el Szamos montado por un adolescente, el mozo de un granjero de Gyurkuca, quien dijo que habían reservado ese caballo para una *doamna*, una señora que al día siguiente bajaría al Béles, donde la estaría esperando un carruaje.

«¡Qué alivio que Adrienne se vaya!», pensó el buen Pityu.

Por la noche, en la oscuridad del establo, meditaba si debía acompañarla. Seguramente se esperaba de él que hiciese ese favor. Y lo normal era ofrecerse como «guardaespaldas», pero la idea no le hacía ninguna gracia, ni mucho menos, pues perdería dos días de estancia, dos días preciosos, pues no podría volver antes del anochecer y tampoco sabía a qué hora llegaría al día siguiente.

Además sería un camino muy largo. El descenso no le importaba tanto, pero la subida era de más de seis horas. Y él no era un gran escalador. La barriga ya le dibujaba una gran curva y sus piernas gordinflonas no estaban muy preparadas para emprender una excursión tan dura. Además podría perderse. ¡Y una cosa más! Tendría que estar a solas durante horas con aquella mujer con la que no había hablado de otro tema que de su amor cuando la había cortejado. ¿Cómo debería comportarse? ¿Qué debía decirle? ¿Cómo explicarle que había cambiado de bando y ahora estaba enamorado de su hermana? No podía justificarse diciendo que todo lo anterior no había sido más que parloteo, cháchara inútil.

El pobre Pityu andaba dándole vueltas a unas dudas que le pesaban cada vez más porque no podía confesarse ni a sí mismo que tanto su antiguo amor como el nuevo eran pura pose; una excusa para quejarse a su buen amigo Ádám Alvinczy de la crueldad de la mujer adorada: hoy, de Margit; ayer, de Adrienne. Ádám lo escuchaba y lo consolaba sin mostrar celos de su mujer, como tampoco los había mostrado cuando los dos habían intentado seducir a Adrienne.

Hasta bien entrada la noche no pudo conciliar el sueño y se durmió sin haber encontrado solución alguna a las graves dudas que lo atormentaban.

Tampoco pudo reflexionar muy detenidamente, porque Gligor, el guardabosques, roncaba tremendamente. El jergón era cómodo, pero le molestaba el olor a sudor de la manta y los peales del mozo de Gyurkuca apestaban. Además, pensar siempre le costaba y aún más en aquellas circunstancias.

Quizá por eso extendió la mano por debajo del pesebre, donde tenía guardada la cantimplora llena de buen aguardiente de ciruela.

Se la había subido a los neveros en secreto, en contra de la prohibición de Margit. A la cantimplora le pidió consejo una y otra vez hasta que cayó dormido sin haberlo encontrado en ella.

Se levantó de madrugada. Primero almohazó el caballo meticulosamente como le habían enseñado los húsares durante el servicio militar y, cuando sacaron de la casa

los paquetes de Adrienne, los sujetó con admirable habilidad a la silla de madera.

Con sus botas reforzadas de hierro y con la mochila al hombro, Pityu se dispuso a esperar a las damas. Gligor y el mozo adolescente de Gyurkuca también estaban listos para partir.

Sobre las ocho las dos hermanas salieron de la casa y bajaron a donde estaban los caballos.

Pityu se ofreció con gran servilismo, demasiado, porque durante la espera había vuelto un par de veces al establo a echar mano de la misteriosa cantimplora.

Adrienne pareció vacilar un momento, por eso fue Margit quien lo interrumpió:

—¡Ni hablar de largarse! —dijo en tono riguroso y luego se rio—: ¡Nosotras, pobres mujeres, no podemos quedarnos solas sin un hombre a la vista! Con Gligor le basta y le sobra.

—Tampoco necesito a Gligor —dijo Adrienne—. Este muchacho conoce bien el camino, ya ha venido desde allí...

Pero Pityu Kendy volvió a insistir:

—¡No puede ser! ¡Con un mocoso desconocido y sola por el bosque...! No puedo permitirlo, no puedo, de verdad... —dijo levantando su ganchuda nariz y gesticulando con los brazos.

—¿¡Qué le pasa!?! —gritó Margit—. Si no supiese que aquí arriba no hay aguardiente diría que usted ha bebido.

Al oír esa sospecha, se acabó el entusiasmo que había mostrado Pityu y ya solo se cuidó de no llamar la atención.

Las mujeres se despidieron. Adrienne salió caminando por la montaña. Primero iba el guardabosques, después ella y, detrás, el muchacho con el caballo.

Margit esperó a que llegase a la segunda curva del sendero y le gritó:

—¡Addy! Si realmente no lo necesitas, mándame de vuelta a Gligor cuando alcancéis la cima. Hoy es día de correo y necesito que baje al pueblo.

—Vale. Te lo mandaré —contestó la voz de Adrienne desde la curva.

La pequeña señora Alvinczy miró la figura de su hermana durante unos instantes y esbozó una sonrisa. De repente se dio la vuelta y reprendió a Pityu:

—¿Qué le pasa? ¿Qué mira como un tonto? Quítese la mochila y corte un poco de leña. El que no trabaja, no come.

Y mientras el joven se quitaba el equipamiento de excursión, Margit le clavó su mirada suspicaz.

Bálint esperaba en la Piatra Talharilor, la «Piedra de los Ladrones», donde se encontraban el nevero de Abády, el bosque comunal de Valkó y el pueblo de Albák. Allí se alzaban los cuatro bastiones de roca entre los prados que daban nombre al lugar.

Desde primera hora de la mañana estuvo esperando sin dejar de mirar el camino que subía desde el Aranyos hasta la cresta que formaba la divisoria de las aguas. El camino recorría toda la cresta y, a dos kilómetros de allí, descendía bruscamente por

los pastos de las ovejas hasta desaparecer bajo la curva del arroyo Béles. Gracias a los prismáticos Bálint podía otear bien lejos.

Por fin, sobre las diez, vio aquello que tanto estaba esperando. En la lejanía, Adrienne marchaba al paso sobre el caballo de carga y, delante de ella, avanzaba el mozo de Gyurkuca.

Bálint comenzó a descender desde la Piedra de los Ladrones. En la ladera se dispuso a esperar a los viajeros. Se saludaron e intercambiaron un par de palabras. Luego Bálint bajó con el muchacho y el caballo al otro extremo del prado y lo alojó en la cabaña de los pastores diciéndole que se quedase allí hasta la mañana, Bálint volvería por él. Una vez estuvo todo arreglado, volvió a la cresta donde lo esperaba la mujer.

Comenzaron a subir por el sendero que serpenteaba por la montaña entre los amplios arbustos de enebro que, como gigantescos platos verdinegros, cubrían el prado inclinado. A medida que avanzaban hacia la cima del Urszója, la escalada se fue haciendo más difícil en el laberinto de piedras, rocas y enebros.

Delante de ellos se abría una vista cada vez más amplia. El bosque subía por las laderas. La frente pelada que daba al pueblo de Albák ya había desaparecido tras la ladera. Un abetal subía describiendo curvas desde el borde del prado. A la derecha, todo lo que abarcaba la vista eran bosques desde las crestas montañosas hasta las profundidades de los valles y todo el paisaje estaba vestido de una piel verdinegra. Millones de árboles de bosques seculares apuntaban con bravura al cielo compitiendo en alcanzar la bóveda. Las pendientes estaban adornadas de flechas de verde azul, tan uniformes y regulares que casi parecían inverosímiles, como unos dibujos geométricos o un prendido de encajes. Solo a partir de donde pisaban sus pies no había bosque y el pasto de terciopelo llegaba hasta la lejanía. Más allá de las vallas acababa el bosque.

El prado lucía un verde furioso y los rayos del sol descendían salvajemente. Donde las suaves colinas subían y bajaban, bailaban brillos plateados sobre la hierba corta y lisa, porque solo había pasto. Nada más. Los pastores habían quemado los enebros, retoños y arbustos para que no desgastasen la vitalidad del prado, razón por la que parecía tan suave como una alfombra.

Allí arriba donde empezaba la piedra, el enebro se revolcaba sobre las rocas, el pino cembro ondeaba sus sedosas borlas de agujas y, en las grietas, como un plato, el cardo ajonjero abría sus hojas espinosas.

Hacía calor. Ascendieron lentamente. Bálint iba delante para señalar el camino cargando con la mochila de los enseres de Adrienne. Por allí era difícil avanzar. El angosto sendero era tan estrecho que las precipitaciones lo habían convertido en el cauce de un arroyo. Algunas piedras se movían porque la lluvia se había llevado la tierra; otras veces tenían que pasar por retorcidas escaleras de granito. Tardaron mucho en internarse en el bosque.

Dejaron atrás la espléndida luz y entraron en la noche cerrada. La frescura del

bosque fue una salvación después de las rocas ardientes.

Se sentaron sobre el musgo mientras el sudor les chorreaba por la frente.

—¡Tengo un calor horrible! —se quejó Adrienne y con un suspiro dijo—: ¡Qué bien me sentaría un baño!

—En la tienda tengo una tina de goma, pero no hay mucha agua, solo dos odres...

—Me servirá si está fría...

Durante unos minutos guardaron silencio. Fue Bálint quien lo interrumpió. Habló lentamente, titubeando, como si sus palabras ocultasen un viejo deseo nunca expresado:

—Si no te molesta que sea agua muy fría, cabe otra solución. Abajo hay un arroyo bastante grande. A un cuarto de hora de aquí. No son más de veinte minutos... La corriente es muy fuerte, pero conozco un sitio donde se remansa, el fondo es arenoso.

Los ojos amarillos de la mujer se abrieron un poco:

—Quieres decir que en el bosque, en pleno día...

—No hay nadie...

—¿No hay nadie?

—Nadie... solo el bosque...

Se miraron a los ojos. Adrienne retorció sus carnosos labios, levantó la barbilla y extendió los dedos con un movimiento lento. Luego, muy despacio, con su voz afectuosa y sonora pronunció una palabra: «Bien».

Fueron por un camino que más bien era una vereda, no una senda, cubierta de musgo blando como la esponja y hojas de arándano que les acariciaron las piernas. Bajaron la suave pendiente entre árboles gigantescos. De vez en cuando el sol conseguía arrojar una lanza de luz en la espesura, encendiendo de blanco las finas ramas o llameando de esmeralda la bardana y las flores, que contrastaban con las sombras oscuras del bosque.

El aire se cargó de humedad. Aunque todavía no lograban verlo, se estaban acercando al arroyo. Solo el murmullo cada vez más intenso anunciaba su presencia.

De repente lo tuvieron a sus pies.

Se encontraban en la orilla de una espaciosa cuenca donde la tierra había sido cavada formando un círculo regular. El arándano era más espeso allí y brotaba con abundancia tropical. Entre los arbustos el azul de las campanillas tintineaba y las borlas azafranadas de la mielga bailaban entre grandes hojas de helecho. En el centro se extendían pesadas rocas negras, sobre cuyo cuerpo pulido pasaba el agua cristalina y chocaba espumeando al intentar salir. Se remansaba formando una piscina pequeña. Desde un salto de unos dos metros el arroyo caía sobre el lomo de piedras todavía más toscas. El agua se estrellaba contra las rocas, deshaciéndose en millones de gotas, estallando en chorros y llenando el aire de un refrescante vapor.

Los jirones de névea espuma brillaban en el fuego ardiente del sol. Todo lo demás estaba en sombra: la corriente de color acero, el lago negro, las rocas, el musgo

húmedo de la orilla. Todo estaba oscuro. Las coronas de los arces, inclinadas sobre las aguas, y los picos azules de los abetos, se cerraban sobre la piscina como un dosel.

—¡Espérame aquí! —dijo Adrienne y se marchó.

Bálint se tumbó en la orilla. Desde allí se abría una vista preciosa sobre el arroyo. Se dejó sumergir en la belleza del momento como si él fuera protagonista de un sueño y aquel un paisaje onírico. Tal vez ni siquiera estaba en un bosque, aquello de abajo no era una roca ni eran aguas corrientes. No había espacio ni profundidades. Todo estaba en el mismo plano. En el trasfondo oscuro los rayos del sol dibujaban finas líneas de polvo dorado. Solo había suaves brillos, pero no luz clara. Como si fuesen decorados, entre los troncos morados flotaba un velo de vapor que daba un toque borroso e inverosímil a la escena.

Círculos turquesa rompían el espejo tiznado de la piscina. En el centro el vapor crepuscular cobraba la forma de una figura femenina hecha de niebla blanca. Una mujer avanzaba con los brazos caídos. Tenía el pelo más oscuro que las negras rocas, más oscuro que el musgo o que los ennegrecidos troncos. La oscuridad era tan densa que parecía flotar rozando el cuerpo pálido de la mujer. Ella se acercó al salto de las embravecidas aguas que parecían espuma.

Aquella fue una ensoñación, la visión de leyendas atávicas: la ninfa del bosque bañándose entre la vegetación, la misma diosa Artemisa... Levantó los brazos sobre su casco negro. Lentamente se dio la vuelta. Ya casi estaba totalmente bajo las aguas: el encaje de las olas le tocaba la barbilla, le acariciaba los pezones y el triángulo de su feminidad como si estuviese en un globo de cristal.

El agua se estrellaba en millones de diamantes bajo los rayos del sol y en ese mismo momento apareció un arco iris entre sus manos...

Subieron a la tienda situada entre los árboles por un camino bastante amplio, pero abandonado. Solo de vez en cuando tenían que soltarse de la mano, solamente allí donde se apiñaban vástagos de abeto o troncos caídos que cerraban el camino.

Avanzaron en silencio. Tenían la sensación de que sería una profanación romper el silencio que los acompañaba hasta la tienda. Se sumergieron en la paz y la tranquilidad.

Comieron al aire libre delante de la tienda, en el minúsculo prado entre el bosque y el borde de la roca, desde donde se abría una vista espectacular.

El horizonte estaba tan lejos en las profundidades como si fuese el mismo mar y, en las horas de mediodía, el calor cubría de vapor la lejanía. Se tumbaron abrazados mirando el cielo.

Grandes nubes avanzaban pesadamente.

No se movía el aire.

A la misma hora, en el refugio forestal de Albák, Margit y Pityu estaban comiendo. El retoño de los Alvinczy ya se había tomado la papilla y estaba durmiendo como un ángel en el carrito.

Los dos estaban comiendo en el porche sentados uno frente al otro.

Pityu estaba muy preocupado porque Margit lo trataba con mucha frialdad desde aquella mañana. Al principio creyó que estaba enfadada porque él se había ofrecido a acompañar a Adrienne y se le había olvidado pensar que habrían podido necesitarlo en la casa. A fin de enmendar su error, había cogido un hacha y en el matorral había talado afanosamente tres hayas jóvenes. Y no se contentó con talarlas sino que se las había llevado a la cocina de verano y las había cortado. Aquel trabajo que le había costado sudor y sangre y le había dañado la palma de las manos bien merecía alguna señal de reconocimiento por parte de Margit, pero aquella mujer menuda no solo no se lo agradeció sino que lo recibió con mirada severa y, con la excusa de despachar la correspondencia, se había encerrado en su habitación y solo había salido a mediodía. ¡Qué mal augurio! ¡Algo grave había pasado!

Y no se equivocaba. Había pasado algo grave.

Mientras él había estado cortando leña con gran entusiasmo, Margit había encontrado la cantimplora de aguardiente al registrar el establo. Así se lo dijo con palabras serias después de la comida. Y añadió:

—Usted no ha cumplido su palabra. Me prometió que no bebería alcohol. Esa fue la condición que le puse cuando me pidió venir a verme. Me parece un trato indigno. No solo ha incumplido su palabra sino que además lo ha hecho de modo artero, escondiendo el aguardiente. Si hubiese bajado al pueblo y se hubiese emborrachado allí, me habría enfadado de igual manera, pero tal vez hubiese podido perdonarle porque no habría actuado a escondidas, pero actuar con malicia y engañarme no tiene perdón. Por eso recogerá sus cosas y se marchará ahora mismo.

El pobre Pityu intentó varias veces interrumpirla, pero no pudo. Trató de argumentar, de excusarse y de jurar que no lo volvería a hacer, pero no sirvió de nada. La pequeña Margit permaneció inamovible en su decisión y no lo dejó hablar. Entonces llamó al guardabosques:

—El señor Kendy se va a Albák. Apareja el caballo y monta sus bolsas. —Luego dio la vuelta y entró en la casa.

¿Qué otra cosa podía hacer Pityu? Tuvo que marcharse. Y podía estar agradecido de que Margit le hubiese entregado a él las cartas y no lo hubiese avergonzado entregándoselas a Gligor. Una iba dirigida a su padre; otra, a su marido, y una más, al administrador de Mezővarjas. Pityu se alegraba de que al menos hubiese confiado en que él las enviara desde el correo de Torda, ya que desde allí llegarían más rápido.

¡Aquél fue el único consuelo que tuvo el pobre Pityu!

Caminó con el corazón afligido por el mismo sendero por el que había subido

hacía ocho días con tanta felicidad. Por aquel camino abrupto y rocoso, tropezó una y otra vez. Caminar por la montaña no era lo suyo, pero ese día sería peor que otras veces. No llegó a aprender a usar el bastón de hierro, pues cada vez que lo agarraba tenía la sensación de coger una tea, pues se había hecho mucho daño en las manos al cortar la leña, pero el sufrimiento físico no era nada comparado con los remordimientos que lo quemaban y punzaban sin cesar a cada paso que lo alejaba de aquel pequeño paraíso del que había sido expulsado.

Ya estaba amaneciendo. Una franja luminosa se abrió por el toldo de la tienda y los despertó. Primero abrió los ojos Bálint, después Adrienne.

—Está amaneciendo... —susurró uno.

—Amaneciendo... —contestó la otra.

Y se levantaron a la vez.

Los llamaba la luz, el albor. Salieron de la tienda. Hacía frío, el frío acerado de la aurora de los neveros, pero aquel frío no les hizo temblar sino que los llenó de vida como si el aire fuese champán congelado. Lo respiraron a fondo y esperaron el alba abrazados.

Por el horizonte, bajo las franjas de nubes moradas y deshilachadas, asomó una línea de luz amarilla. El cielo brillaba con un color violáceo y, en medio, como un grabado imposible, aún permanecía la hoz de la luna. Alboreó lentamente. El morado se volvió gris y después verde claro, como el cielo, tan claro que casi no se veía en las alturas. Las montañas, de severos y afilados contornos, parecían sierras infinitas. Las más cercanas, cubiertas de abetos, daban la sensación de estar dentadas; las más lejanas solo eran una línea cortada en una lámina enorme. La alta curva del Magura de Gyalu, los tres picos del Hármas, la forma aplastada del Dobrin, aunque distintos, tenían algo en común, pues seguían el mismo ritmo uniforme cresta tras cresta, como si cuchillos gigantes se alzasen de la tierra.

Solo unas ramas pintadas con tinta negra se mecieron suavemente en la brisa matinal. Todavía no había colores, solo en el cielo. Todo lo demás era sombra, más clara o más oscura, pero solo sombra, como si estuviese dibujada con tinta china o fuese un aguafuerte.

La luz no crecía de modo uniforme sino que parecía hacerlo a pasitos cuyo ritmo casi se podía calcular y, como si los pájaros pudiesen leer aquella partitura invisible, un lugano empezó a cantar. Su compañero le contestó desde la lejanía. Entonces sonó la flauta del mirlo y después se oyó el piar del paro carbonero, que saltaba de una rama a otra, columpiándose en sus extremidades. Así esperaba la salida del sol.

La pareja, al borde de la roca, contemplaba ese mundo mágico. Tenían la sensación de estar solos en el Universo y de que ante sus ojos comenzaba el gran espectáculo, el primer amanecer de la Tierra.

Los velos del cielo cambiaron a oro carmesí. Grandes haces de luz como focos se

abrieron camino por las grietas de la capa de nubes, recorrieron la bóveda y encendieron los últimos jirones de niebla. Las nubes se rompieron en cintas horizontales. Las más cercanas lucían un fleco de plata, las de atrás se tornaron de color naranja. Las llamas se encendieron con destellos azafranados y de caparrosa verde, como si un horno brillase detrás del horizonte con metales líquidos.

La luz crecía por momentos. Por arte de magia las cimas cobraron color de repente: las lejanas cumbres, azul pálido; las vecinas, un verde corpulento, y las rocas, un esmalte rosado. Pero todavía no había sombras y los colores y todo el Universo esperaban el momento en que volviera a repetirse el eterno misterio de la salida del sol.

Las nubes se rompieron en fragmentos. Estallaron. Se destruyeron. Y, en su lugar, llegó la imagen victoriosa del sol, insoportable a los ojos. Como señal de gratitud y adoración, largas sombras cayeron al suelo bajo los pies de los árboles, los vástagos y las rocas.

Gratitud y adoración fue lo que sintieron Adrienne y Bálint entrelazados al borde del abismo. El primer rayo alcanzó la copa de los árboles y al instante sus cabezas y, desde allí, se deslizó por sus cuerpos hasta las rodillas y los pies. Ya comenzaba a tocar las espigas, las flores y las ramas de enebro entre la hierba.

Los herrerillos capuchinos se columpiaban en el extremo de los árboles, los mirlos saltaban en la hojarasca, el pájaro carpintero golpeaba con su cabeza el tronco de los abetos y un paro carbonero salió despedido de las profundidades y atacó un pino cembro. Se oyó el rechinar de una ardilla.

Estaban inmóviles. Solos. Solo ellos, ellos dos como la primera pareja del Edén en medio de aquellos alegres y esperanzados pájaros.

Contemplaron el resplandor, la belleza que llenaba el mundo y los atraía para volar... Y Adrienne dio un paso casi extasiada y abrió los brazos al sol...

CUARTA PARTE

En Dénestornya se celebraba una reunión en la sede de la Asociación Nacional de Agricultura. Primero se habló de la red de cooperativas, que se llamaba *Hangya*, y después de la caja de préstamos. Así era la costumbre, puesto que la directiva de ambas instituciones estaba compuesta por las mismas personas. Cada dos domingos, después de misa, se reunían el pastor, el boticario y diez o doce granjeros. Árpád Pelikán desempeñaba dos cargos, pues era el director de la *Hangya* y el cajero en la caja de préstamos. Además asistía Miklós Gányi, el secretario de Abády, quien no dejaba de acudir si se encontraba en casa y no había salido de viaje con su señor. Aquel día estaba presente otro personaje importante, el joven Áron Kozma, delegado de las dos organizaciones, para supervisar las gestiones.

El joven Kozma era confidente de Abády, su fiel compañero en el proyecto que desde hacía muchos años trataba de hacer realidad por toda Transilvania. Áron Kozma era el perfecto complemento de Bálint, propenso este a meterse en líos por su entusiasmo y ganas de ayudar. El sano juicio y los conocimientos prácticos de Kozma lo frenaban. Por eso Bálint le había encargado la supervisión directa a su amigo. Sobre todo, porque la costumbre era que cuando llegaba el supervisor la cooperativa convocaba una sesión en la que se tomaban las decisiones más importantes. Mejor que Bálint se mantuviese alejado, porque ya había salido malparado un par de veces.

Una vez había sucedido precisamente allí, en Dénestornya. En las tierras contiguas había una finca de treinta hectáreas en venta. Se propuso que la comprase la caja de préstamos y la distribuyese entre la gente del pueblo. Bálint hizo suya la causa con gran entusiasmo. Si solo hubiesen aceptado la solicitud de granjeros solventes, sin duda habría sido un plan muy acertado. La dirección del pueblo insistía en escoger vecinos merecedores de crédito. Sin embargo, Abády, creyendo que todo el mundo tenía buena voluntad y era digno de confianza, atendió también las solicitudes de candidatos pobres y algunos de ellos, aun trabajando sus propias tierras, nunca pudieron hacer frente a los pagos o solo pagaban de vez en cuando y no todo. Si Abády no se hubiese hecho cargo de los daños económicos, la cooperativa habría sufrido grandes pérdidas.

Pasó lo mismo con la compra de la trilladora en Háromszék y la construcción de otra oficina en un pueblo del condado de Csík. No solo salió caro reparar esos asuntos sino que podría haber salido perjudicada la idea misma del cooperativismo, porque la ayuda mutua era el fundamento moral en el que se basaba el efecto educativo del movimiento cooperativista.

La reunión se dio por terminada. Kozma estrechó la mano a los miembros del comité y regresó con Gányi al castillo.

Los acompañaba el viejo Gergely Szakács, el retirado maestro de cuadras de Róza

Abády, cuya casa también se encontraba en esa zona, y Pelikán, en función de delegado central. Regresaban a pie porque la señora Abády los domingos solo permitía usar el carruaje en caso de emergencia. Aunque había un gran trecho hasta el castillo, a mediados de noviembre hacía un tiempo espléndido. El pueblo era una sola calle larga. A la izquierda, las casas se sucedían a lo largo del foso del molino; a la derecha, a los pies de la colina. Desde la casa de la cooperativa hasta la iglesia había kilómetro y medio. Abády estaba esperándolos en la antigua casa solariega. En aquella mansión, situada muy cerca del castillo, había vivido su abuelo, el conde Péter. A su muerte, la condesa Róza se la había cedido como residencia al granuja que había sido su administrador, Ázbej, y desde que este se marchara, Bálint había arreglado tres habitaciones para archivos y para alojar al secretario.

Los cuatro hombres recorrieron todo el pueblo.

Por el largo y amplio camino marchaba un desfile. Muchachas vestidas de gala paseaban cogidas del brazo y riéndose. Se separaron para dejarlos pasar y volvieron a juntarse cuchicheando entre risitas.

Los mozos también iban juntos con gesto altanero. De vez en cuando gastaban alguna broma a las muchachas, pero no se mezclaban con ellas a esas horas, ya lo harían por la noche en el baile. Saludaron con los gorros al ver a Kozma y sus acompañantes, como también hicieron los granjeros mayores que estaban sentados delante del ayuntamiento.

Los cuatro avanzaron saludando a diestro y siniestro, mientras hablaban de la reunión, donde se había comentado la desgraciada historia de las parcelas.

A Áron Kozma el asunto le molestaba sobremanera. Explicó con sarcasmo qué imprudencia había sido por parte de Abády haberlo propuesto. Su actuación había perjudicado a todos, su intervención había sido una insensatez.

El viejo maestro de cuadra echaba leña al fuego:

—Yo ya le dije entonces que era una imprudencia, pero el joven señor no presta oídos, sino ¡venga, adelante! ¡A meterse en líos! El señor es poco cauteloso. Sí, eso es un defecto, un defecto muy grave.

Así charlaron Áron y el viejo Gergely Szakács sobre lo crédulo que era Bálint y lo fácilmente que se dejaba llevar por el entusiasmo. Miklós Gányi los escuchaba con inquietud. Al final los interrumpió con gran respeto pero decididamente diciendo:

—Señores, perdonen la insolencia, pero yo pienso que hay otro aspecto que no debemos perder de vista, que pinta muy diferente de como ustedes lo juzgan. Reconozco que lo de las parcelas ha salido muy mal y también reconozco que el conde Bálint no conoce muy bien cómo es la gente, pero tal vez esa ignorancia suya nos favorece. Que a veces se deje llevar por el entusiasmo es una suerte... Sí, una suerte.

—¿Por qué va a ser eso una suerte? —preguntó Kozma.

—Lo es, señores —continuó Gányi y su rostro flacucho se encendió—, porque si él no estuviese tan entusiasmado, si no quisiese ayudar a todo el mundo, ¿dónde

estaría hoy este movimiento? Solo el entusiasmo que lo empuja puede reunir a tanta gente.

Y entonces, cuando se dirigió a Áron, sus gruesas gafas brillaron con el sol.

—Por ejemplo, aquí estoy yo. Yo fui ayudante del notario en Kis-Küküllő. Con una antigüedad de seis años, si me hubiese quedado, habría terminado siendo un notario hecho y derecho, pero el conde Bálint vino a mi pueblo para hablar y para explicarnos el objetivo por el que estaba trabajando. Y yo decidí dejar un trabajo de ingresos modestos pero seguros. Y lo dejé para ir a trabajar con él. Y no solo por lo que dijo, porque tampoco es un gran orador, sino porque uno siente la fe que él alberga. Y a muchas personas les sucede lo mismo...

—¡Claro que sí! —dijo Árpád Pelikán, un hombre achaparrado de mirada directa—. Muchas personas creerán en él, seguro. Yo, sin ir más lejos. Mi tienda iba bastante bien, pero cuando buscaron un director para el *Hangya*, vendí mi negocio y me vine aquí. Si no hubiese sabido que el conde Bálint se haría el responsable del movimiento, no lo habría hecho. Y estoy contento de ello.

—¡Qué interesante! —dijo Kozma—. Nunca había pensado en ello, pero qué cierto es. —Luego se rio—: ¡No vale la pena darle tantas vueltas! A mí me pasó lo mismo. Quién diablos se metería en tan penosos asuntos si él no lo animara... —Hizo una pausa y añadió sonriendo—: Además ha captado a mi hermano menor. ¡Vaya trabajo!

Así fueron charlando mientras recorrían el pueblo. Sus pasos levantaron una ligera nube de polvo que la brisa dispersó.

Después de la misa, cuando Áron Kozma y Gányi ya se habían marchado a la reunión de la cooperativa, Bálint abrió la puerta del cementerio y pasó al jardín de la casa solariega de su abuelo. Cada vez que abría la puerta, y solía hacerlo un par de veces al día, pensaba en su abuelo. Siempre tenía la sensación de que Péter Abády lo estaba esperando junto a sus rosas o en el porche, entre las columnas griegas. Y creía ver su cara de rasgos finos, su bigote atusado y su pelo plateado, su mirada sabia y su sonrisa bondadosa.

Bálint había mandado arreglar el jardín abandonado después de que Ázbej se hubiese marchado.

De nuevo había rosas de tallo alto al lado del sendero y las flores trepadoras volvían a subir por las paredes desde las ventanas, si bien no tan hermosas ni tan exuberantes como lo habían sido bajo los cuidados del viejo. Las columnas recuperaron su color natural y las paredes, su estado original. Naturalmente las habitaciones eran diferentes. Los muebles de su abuelo estaban almacenados en el castillo, porque la casa servía de oficinas a la granja y a la cooperativa. Solo el despacho de su abuelo volvió a estar amueblado como antaño.

Alrededor de las paredes había estanterías de cerezo no muy altas cuyas finas

pilastras estaban rematadas con cabezas egipcias de mujer, pintadas de verde dorado, y cuyos pedestales barnizados eran garras de águila de color bronce con plumas doradas que sujetaban una bola.

Solo faltaban los cuadros antiguos —las acuarelas de Barabás y el retrato de su bisabuela pintado por Isabey—, que se habían quedado en su habitación de la torre. Sin embargo, el viejo escritorio continuaba en su lugar delante de la ventana, donde firmaba los papeles y repasaba los informes. Bálint solo podía usar la tabla cubierta de liso cuero negro enmarcada por unos pequeños listones labrados, pero los cajones todavía estaban como los había dejado el viejo señor: nadie había podido abrirlos porque no encontraron las llaves de los laterales o tal vez estuvieran cerrados a través del cajón de en medio. Sí tenían la llave del medio y debía de ser la llave adecuada porque llevaba una cédula de pergamino con las letras del viejo, pero no abría la cerradura, solo giraba, así que debía de haber un truco que no habían descubierto. Bálint lo intentó varias veces, pero al final desistió. Y no solo no le importó sino que se alegró de no poder abrirlo, pues temía los recuerdos que saldrían una vez abierto. Tal vez la misteriosa mesa guardaba secretos, secretos antiguos muertos hacía mucho tiempo.

De todos modos, él no necesitaba cajones. Al lado de la puerta había un archivador que se cerraba con un rodillo de montaje para su correspondencia personal. Y aquel era el único objeto moderno que había en la estancia.

Bálint se sentó al escritorio. Con el correo del día habían llegado la prensa y las cartas. Abrió los periódicos. Desde hacía mes y medio todas las mañanas empezaba su lectura por las noticias extranjeras. Desde que había comenzado la guerra de los Balcanes.

Se habían producido giros inesperados y Bálint leía las noticias con creciente preocupación. Conocía las ideas del Ballplatz —que prefería mantener el *statu quo* actual— respecto a los asuntos de los Balcanes. Y, conocedor de los planes de Francisco Fernando respecto a la hegemonía austriaca y respecto a la anexión de los eslavos del sur a la esfera de poder de la Monarquía, no entendía el curso que habían tomado los acontecimientos. Si la gran interesada en aquella guerra era Rusia —así extendería su influencia—, ¿cómo lo había permitido el Ballplatz? Bálint intuyó que había cometido un error fatal.

El ministro de Exteriores, que fácilmente habría podido poner fin a esa guerra sirviéndose de su autoridad, había recurrido a la más sofisticada diplomacia y se había acercado a las otras grandes potencias. Alcanzaron un acuerdo aparente y advirtieron a las cuatro capitales de la alianza balcánica de que las grandes potencias, ocurriera lo que ocurriese al final de la guerra, no dejarían bajo ningún concepto que Turquía saliera perjudicada. ¡El ultimátum fue entregado en el último momento, el 8 de octubre de 1912! Cuando ya era más que evidente que aquel era un paso inútil.

Para despistar a la opinión pública anunciaron que ellas, las grandes potencias, vigilarían que la Sublime Puerta realizase las reformas necesarias en Macedonia, pero

la noticia llegó a Cetinje por la tarde, cuando el buen Nikita, Nicolás de Montenegro, no solo había declarado esa misma mañana la guerra sino que ya había traspasado la frontera turca.

¿Y cómo podía haber sucedido algo así? No era nada creíble que la oficina de exteriores de Viena no se hubiese enterado de lo que se estaba gestando en los Balcanes, máxime cuando otra fuente, el periódico británico *The Times*, había publicado el texto del pacto de los Balcanes a finales de agosto. Y creer que cuando acabase la guerra los triunfadores respetarían sus fronteras originales era tan absurdo que no resultaba verosímil que el Ballplatz se lo hubiese tragado. Solo cabía una explicación: que las potencias centrales hubiesen estado seguras de la victoria turca y Viena se hubiese querido aprovechar de la derrota de los países balcánicos. El general prusiano Goltz, que antes de la guerra había dirigido la reorganización del ejército turco, así lo juzgó.

La Sublime Puerta agradeció la mediación de las potencias, pero no confiaba demasiado en su efectividad, y los estados balcánicos hicieron caso omiso a esa mediación. Así que estalló la guerra y la derrota de los otomanos fue estrepitosa.

En diez días los búlgaros llegaron a Edirne; los serbios, a Skopje, e incluso se adelantaron a Nicolás en su entrada en Albania. Asediaron Shkodër y se acercaron al Adriático en Durrës. ¡Los griegos ya estaban en Tesalónica! En los Balcanes se organizó una verdadera carrera y la cuestión ya no fue qué podía defender el ejército turco sino quién de entre los aliados entraría el primero en la próxima ciudad.

En ese momento despertó la Monarquía. Ya no le interesaban las ciudades de Macedonia o de Rumelia, pero Albania era otro cantar. No se podía tolerar que Serbia pusiese sus garras allí. La Monarquía protestó contra la conquista. Italia se sumó a la protesta, aunque en tono más cauteloso, porque le sería todavía más molesto si la otra costa del Adriático caía en manos serbias.

Las últimas noticias trataban esos emocionantes sucesos. Como el rey se encontraba en Budapest, el embajador Berchtold acudió urgentemente. También llegó el heredero de la Corona y Conrad von Hötzendorf, el jefe del Estado Mayor, quien al día siguiente se marchó a Viena. Tres días después viajó a Bucarest con una carta manuscrita de Francisco José para el rey Carlos e hizo una declaración semioficial afirmando que la Monarquía estaba dispuesta a defender la autonomía de Albania con las armas si fuera necesario. Y hubo una noticia todavía más seria.

En la frontera de Galitzia se había incrementado el número de tropas austrohúngaras como reacción a que en el lado ruso, con la excusa de unas maniobras, el número de soldados de las guarniciones había aumentado hasta el millón.

Los periódicos también comentaban otros sucesos. Se decía que los serbios habían quitado violentamente las banderas y saqueado los consulados austrohúngaros de Prizren y Mitrovica.

La mirada de Bálint se perdió en la lejanía. Las noticias de los últimos días ya

habían sido preocupantes, pero las que acababa de leer lo inquietaron profundamente. Si el ultraje de los consulados era cierto, estallaría la guerra. A menos que buscarse su propia destrucción, una gran potencia no podía tolerar semejante trato.

Entrecerró los ojos y miró por la ventana.

Hacía un sol resplandeciente. El césped del jardín en pendiente todavía estaba verde, pero las hojas de los arbustos y los árboles ya lucían un color marrón y bronce. Una hoja cruzó la ventana en diagonal, volando y volteando en el aire como si fuese una mariposa gigantesca. Aquella hoja amarillenta, angular, había caído del arce que se alzaba en la esquina. Se tambaleó por el aire como si vacilase cegada por los rayos del sol y continuó volando y oscilando hasta que alcanzó a sus doradas hermanas haciendo un leve ruido. Cayó otra hoja, luego otra más. Partieron hacia la muerte voluntaria con ligereza, como si supiesen lo hermosas que eran.

¡Qué pacífico era ese jardín! Cuando contemplaba la belleza y la paz del jardín uno creía imposible que hubiese odio, guerra y matanzas.

A Bálint se le encogió el corazón al ver aquel jardín otoñal.

Su preocupación por el país, por su pueblo, se mezcló con la preocupación por su madre. ¿Qué sería de ella si estallaba la guerra?

Últimamente se mareaba con facilidad, aunque ella intentaba mantenerlo en secreto. Bálint sospechaba que la noche anterior había ocurrido algo, porque por la mañana un criado le había avisado que su madre no acudiría a misa y permanecería en la cama hasta la hora de comer y para ello debía de haber una razón seria, puesto que Róza Abády mantenía estrictamente su costumbre de asistir a misa todos los domingos en su banco de la iglesia de Dénestornya. La doncella decía no saber nada y, cuando Bálint en vano quiso ver a su madre, ella le envió un mensaje en el que decía que no la molestase porque quería dormir hasta mediodía.

Su hijo pensaba en ella. ¿Qué le pasaría en caso de que se produjese una movilización general? ¿Y si tenía que acudir a la llamada a filas? ¿Y si tenía que pasar semanas sin noticias y preocupado continuamente por su madre?

Se levantó inquieto y dio vueltas por el cuarto. Después volvió a coger los periódicos. Solo encontró una noticia tranquilizadora. *Sir* Edward Grey quería mediar y calmar a las partes enfrentadas. La voluntad pacificadora de Inglaterra era la única esperanza.

Pasó a las noticias nacionales, pero no le alegraron en absoluto.

La coalición opositora, desde que a mediados de septiembre se había reiniciado la actividad parlamentaria, había cambiado de estrategia. Durante los meses de verano se había ausentado de los debates, pero ahora había decidido asistir a todas las sesiones. Seguramente se habían dado cuenta en sus asambleas generales de principios de otoño de que su actitud no tenía eco alguno en el país, de manera que estrenaban una nueva línea de ataque. Se presentaron en el Parlamento. Leyeron declaraciones, montaron un escándalo con pitos y trompetas y se largaron. A su parecer todo había sido ilegal desde el 4 de julio y mantenían un conflicto

permanente con la presidencia del Parlamento y con la guardia parlamentaria. En una ocasión acudieron al pleno y se abrazaron todos en el centro de la sala de modo que los alguaciles no pudiesen expulsarlos. Así se quedaron desde el mediodía hasta la noche, entre las mesas de los taquígrafos y las sillas de los ministros. A las ocho de la noche se acabó aquella heroica resistencia y se marcharon a casa.

Después intentaron impedir el trabajo parlamentario con otros trucos. La guardia no dejaba entrar en el edificio a aquellos diputados que habían sido objeto de un decreto de expulsión. La oposición quiso burlar aquella vigilancia y alguien se dio cuenta de que el personal de la cocina del restaurante del Parlamento entraba y salía libremente. ¡Y les faltó tiempo para tramar un plan! Debían entrar por allí con mucha cautela y esperar a que el ascensor de la cocina en el que se transportaba el guiso de pollo o el fricandó de ternera al restaurante, subiese a los legisladores a la primera planta. ¡Qué sorpresa más espectacular! Aparecerían como por arte de magia... ¿Y después qué? Bueno, ya estaban dentro. No cabía la menor duda de que volverían a sacarlos de la sala, pero lo más importante era haber humillado y avergonzado a Tisza demostrando ser más astutos que él. Intentaron llevar a cabo su plan, pero fracasaron. Quizá un empleado los vio avanzar con pasos sigilosos y pudo avisar a tiempo a los guardias o quizá un conspirador no pudo mantener la boca cerrada y desveló tan bello plan. Lo cierto es que los pillaron en el acto. La oposición estaba enfrascada en tan interesantes empresas mientras las tropas serbias estaban acantonadas en Durazzo y el espectro de la guerra mundial amenazaba el bajo Danubio y los Cárpatos.

Como informaba la prensa del día, hubo otros eventos en la capital húngara.

Los líderes de la coalición —Kossuth, Justh y Andrassy—, al ver el enorme desbarajuste de los Balcanes pensaron que era necesario expresar su opinión. Y consideraron importante que la oposición tomase partido. Acertaban al pensar que la pasividad y el absentismo parlamentario no llevaban a ningún lado y que la opinión pública no sabía apreciar el valor moral de su ausencia, además de ser propensa a olvidar los agravios sufridos. Por esa razón, los coaligados habían vuelto a las sesiones y habían intentado volver a sembrar el caos. También por eso Zoltán Désy había acusado al primer ministro Lukács de haberse enriquecido mientras desempeñaba su cargo. Sí, grandes hazañas todas ellas, pero en medio de la crisis de los Balcanes era necesario algo más. Pensaron que debían tomar partido, dar discursos, encontrar una perspectiva especial que expresase lo diferentes que eran, más grandiosos y comprensivos que nadie, pero no podían regresar al Parlamento y participar en las discusiones sobre asuntos exteriores porque el mero hecho de que fuera Tisza quien les concediese la palabra significaría el reconocimiento de su presidencia y del reglamento parlamentario que había sido aprobado sin su aquiescencia.

Así fue como dieron con una solución muy ingeniosa.

Convocaron una «sesión parlamentaria» en la sala de baile del Hotel Royal, declarando ser el «legítimo parlamento húngaro» en contra de los legisladores que se

reunían en el Parlamento oficial. Siguiendo el orden de siempre, a la mesa se sentaron el presidente y las autoridades según edad, luego eligieron a un presidente y dos vicepresidentes, y acto seguido inauguraron el nuevo parlamento.

Albert Apponyi fue el primer orador. En su hermoso discurso sobre los acontecimientos recientes, se mostró convencido de que ellos, los hombres que se habían reunido en la sala de baile, representaban a todo el país y, en nombre de la nación húngara, saludó a los búlgaros, a los griegos y a los serbios. Elogió la libertad de las naciones, el derecho a la autodeterminación y, con un noble gesto, demostró su amistad hacia Belgrado. Así introdujo la propuesta de resolución que presentó para que fuese aprobada.

Lo siguieron otros oradores. Lovászy y Lajos Holló fueron más lejos que Apponyi, pues expresaron una posición claramente contraria a la política exterior de la Monarquía, casi a favor de los serbios. Dijeron que la insistencia de Austria-Hungría en mantener su posición de potencia central no era más que vanidad, que los Balcanes podían hacer lo que les viniese en gana y que era totalmente inútil intervenir. Incluso se oyó una alusión disimulada a que la alianza con Alemania era perjudicial y solo favorecía los intereses germanos. Toda su argumentación destiló la idea de una equívoca fraternidad según la cual a los húngaros «los quería todo el mundo» y «detestaban» a los austriacos por su presencia en los Balcanes. Naturalmente la propuesta de Apponyi fue aceptada y se sintieron como héroes por «haber sido tan duros con Viena».

Bálint bajó el periódico harto. Su lectura le había indignado profundamente. ¡Qué locura el nuevo parlamento! ¡Qué maneras de hablar! ¡La guerra podía estallar en cualquier momento y la nación tenía que luchar a vida o muerte!

«Es inconcebible —se dijo— que los líderes se lo hayan permitido. Al menos Apponyi, Kossuth y Andrásy serán conscientes del efecto que en el extranjero puede tener una declaración hecha en nombre de toda la nación. ¡Eso es dar alas a Rusia! ¡Animarla a atacar! ¡Llamar a los Balcanes a despreciar la fuerza de la Monarquía y desoírla! ¡Para que en París y San Petersburgo piensen con toda razón que la Monarquía está a un paso de desmembrarse y la revolución a punto de estallar en Hungría! ¿Cómo es posible que los líderes de la coalición no lo hayan pensado?».

Volvió a la ventana. La abrió y permaneció ante la fría corriente que le refrescó la frente.

La escarcha de la madrugada ya solo se veía por el lado por donde los rayos del sol todavía no la habían alcanzado. Allí el césped seguía cubierto de helado rocío como si fuese un cristal esmerilado. Por lo demás ya había recuperado su color verde, adornado con las hojas cobrizas del plátano y las mariposas amarillas del arce. Las hojas continuaron volando muy despacio, finas y ligeras como el pan de oro... Pero Bálint no las vio, su mirada se perdió en la lejanía.

Le despertó el ruido de la puerta. Entraron Áron Kozma y Gányi.

Le informaron sobre la reunión de la cooperativa. La administración estaba en orden: la caja y la contabilidad eran modélicas. Después Kozma le comentó que el asunto de las parcelas había tomado afortunadamente un buen giro. Gracias al afán de la dirección, se habían podido cobrar algunos plazos de los deudores, por eso la cooperativa le devolvía a Abády dos mil o tres mil coronas. El joven Kozma se lo explicó muy detalladamente para que su amigo viese y reconociese cuánto daño había hecho con su ingenuidad.

Bálint asintió con la cabeza un par de veces. Dio su aprobación, demostró su aprecio y aceptó la crítica, pero él estaba ausente tratando de encontrar el motivo de los discursos del nuevo parlamento que tanto le habían enojado. Y lo encontró. Con contadísimas excepciones, los políticos húngaros creían que su voz solo se escuchaba dentro de las fronteras de su país. Y todos ellos actuaban bajo esa perspectiva. Nadie pensaba que sus palabras y actos también se analizaban en el extranjero. Y ni siquiera caían en la cuenta de ello hombres como Apponyi, cuyo cuñado era embajador en Londres y seguramente recibía de vez en cuando noticias suyas. De la repercusión mundial tampoco parecía ser consciente Andrásy, quien junto a su padre, el mejor ministro de Exteriores de Francisco José, se había formado y había trabajado unos años en la diplomacia. O no eran conscientes de ella o la olvidaban, pues contemplaban todo desde la perspectiva de las pasiones partidistas o de las sutilezas del derecho público que, aparte de los húngaros, nadie era capaz de entender. Su horizonte acababa en Viena y, más allá de ese límite del orbe húngaro, no había nada. En realidad, la propuesta de resolución que se había aprobado en el Hotel Royal no iba dirigida a los Balcanes sino al gobierno húngaro y al rey a fin de demostrarles que ellos, la oposición, estaban muy descontentos.

La opinión pública del país, desinteresada durante siglos por los sucesos del mundo exterior, tampoco reaccionaba ante la gravedad de la guerra balcánica. Aquello no le importaba en absoluto, como si lo que ocurría fuera de las fronteras no se localizase en Europa sino en la Luna.

Abády asentía a los argumentos de Kozma sin escucharlo apenas. Así fue como al final Áron le pidió que en el próximo viaje por las cooperativas se abstuviera de financiar o avalar personalmente ningún proyecto, porque aquello iría en contra de los principios de la cooperativa. Bálint, que solo oía el final de las frases contestaba: «Naturalmente, te lo prometo... Sí, me parece bien...». Kozma le lanzó una mirada victoriosa al secretario Gányi como diciéndole: «¡Ves lo fácil que ha sido convencerlo! ¡Ahora sí que lo ha prometido!».

Se levantaron. Ya era la hora de comer y se disponían a subir al castillo cuando Bálint se dio cuenta de que todavía no había abierto su correspondencia. Le pidió a su amigo que subiese primero y entretuviese un rato a su madre: él necesitaba unos

minutos para acabar con sus asuntos, pronto se uniría a ellos.

Se quedó solo con su secretario.

Las primeras cartas concernían a la cooperativa y, después de leerlas, se las entregó a Gányi y le explicó qué debía contestar. Después cogió una carta de sobre gris de András Zutor, el Meloso.

Hablaba sobre el asunto del notario Simó. El guardabosques le informaba de que Kula había ido a verlo en el bosque. Y la razón de su visita era que había ocurrido algo grave. El pope Timbus, mientras el joven estaba en la feria de Bánffyahunyad, se había personado en Pejkója y había amenazado al abuelo de Kula, el viejo Ion a lui Maftie. Timbus le había regañado por haber denunciado a Simó y por haber nombrado a un abogado húngaro en Kolozsvár. El viejo se asustó muchísimo y se defendió diciéndole al pope que él no sabía nada y que todo lo llevaba su nieto, que él, analfabeto, había firmado el documento que su nieto le había puesto delante, que él ya era muy mayor y no tenía culpa de nada. Timbus le dio un papel y le mandó que estampase su rúbrica, pero el viejo Ion se excusó y no lo firmó. Kula se sentía incapaz de hacer que el viejo se mantuviera firme porque sentía que se le acercaba la hora de la muerte y Timbus lo había amenazado con el infierno. El joven no sabía qué contenía aquel papel, quizá la revocación del nombramiento del abogado, pero podía ser cualquier otra cosa, alguna declaración a favor de Gaszton Simó... El viejo tampoco lo sabía y el Meloso terminaba su carta, bien redactada pero sin signos de puntuación, así:

... Se lo escribo al señor conde porque eso puede salir muy mal porque Kula también está asustado y seguramente Timbus y Simó están seguros de que podrán engatusar al viejo Ion porque yo vi ayer a Simó y dijo que demostraría que era una persona que no se andaba con bromas y seguramente se habría atrevido a decir más pero yo le miré y tal vez pensó que le daría una bofetada pero lo que es seguro es que está de muy buen humor a pesar de que hace tres semanas decía que ya estaba aburrido de ser notario y que iba a mudarse de aquí pero ahora no habla así sino de manera muy distinta...

La mirada de Bálint se ensombreció. Cuando en agosto había bajado de los neveros, trató de encontrar a un abogado que hablase rumano y representase al viejo Ion ante Hacienda y que, en caso de que se abriese una investigación, supiese hablar con la población de los neveros. Y no fue nada fácil, sobre todo porque el magistrado era amigo íntimo de Simó y, gracias a él, de todos los empleados públicos del condado. Bálint, decidido a hacer todo lo posible para salvarlo, tuvo que contratar los servicios de un letrado que no tuviese contactos familiares o amistosos en la administración del condado.

Al final encontró a uno y la denuncia fue presentada. No obstante, a pesar de que la investigación había comenzado, no se celebró el juicio. Simó hizo todo lo posible

para ganar tiempo y machacar al querellante. Si conseguía persuadirlo, tendría el caso ganado.

Y no solo eso. Si lo absolvían, Simó partiría con ventaja, pues podría presentarse como acusador y acabar con el nieto del viejo Ion, el honesto Kula.

¡Qué posibilidad tan terrible! La cara de Bálint se nubló. Que ese joven sufriese por haber confiado en él sería horrible. Levantó la mirada. Miklós Gányi estaba sentado al escritorio. Sus gafas de montura negra reflejaban compasión y disposición, como si supiese lo que estaba pensando su amo. Entonces Abády recordó que Gányi había sido ayudante de notario durante seis años. Seguramente tenía experiencia y quizá pudiese aconsejarlo respecto a las consecuencias de una investigación.

Le explicó el caso con un par de frases y añadió cómo habían intentado presionar al querellante.

Gányi lo escuchó atentamente. Como de costumbre, giró hacia un lado su cara delgada y larga:

—Algo he oído de esa historia —dijo cuando Abády terminó la exposición del caso—. El otro día me lo comentó el ingeniero Winkler, cuando estuvo aquí. Si la investigación se lleva a cabo, Simó perderá el puesto: no existe la menor duda, pues la administración es implacable en casos de malversación de impuestos. Pero si consigue convencer al viejo para que declare que su nieto no le explicó qué tenía que firmar y que el recibo en cuestión no se trataba de impuestos sino de otra cosa, podría causar mucho daño.

Gányi hizo una pausa y dijo:

—Dado que el viejo es analfabeto, no tiene nada que perder, pero su nieto puede ser acusado de falsificación de documentos y calumnia. Y lo condenarían seguro. Y... tal vez no solo a él. Simó es un hombre atrevido y extenderá la acusación a András Zutor por instigación y... y... —Gányi vaciló un momento—. Y tal vez a usted...

—¿A mí...? ¿Lo dice en serio?

—Sí, porque usted fue quien buscó a un abogado para interponer la denuncia. Su postura es fácil de explicar y de defender, puesto que salvo que se demuestre lo contrario usted actuó de buena voluntad y por el bien general. No creo que Simó llegue tan lejos, pero sí querrá citarlo como testigo y sin duda atraerá a la prensa. Él será el mártir y, cuanto más escándalo pueda montar, tanto más satisfecho se quedará.

—Sería el colmo que Simó terminase siendo el pobre perseguido. ¿Y yo qué puedo hacer? ¿Hablar con el viejo Ion?

Gányi torció la boca y asomaron sus dientes entre los labios. Contestó muy despacio:

—No le aconsejo que hable con él directamente. El viejo será testigo en el pleito y sus adversarios interpretarían cualquier gesto de usted hacia él como una incitación al perjurio y eso solo agravaría el asunto, pero sí puede hacer una cosa: explíquele al nieto que si su abuelo retira la demanda, él mismo sufrirá consecuencias fatales, y

advértale de que esté alerta y cuide de él. Quizá Zutor pueda hacerlo en el bosque sin llamar la atención, como lo ha hecho hasta ahora.

Bálint se levantó. Meditó unos momentos y le estrechó la mano.

—Muchas gracias por todo. Le voy a escribir hoy mismo.

—No escriba, señor conde. Mejor que no lo haga. Nunca se sabe qué le puede ocurrir a una carta. Mejor mande que venga... Mucho mejor.

Salieron de la casa. El secretario acompañó a Bálint hasta el porche y, con una sonrisa modesta que le levantó el pequeño bigote negro como el hollín, añadió:

—Si usted, señor conde, confía en mí... Si me lo permite... Yo se lo explicaré a Zutor... Yo tengo mucha experiencia en casos semejantes y tal vez sea mejor que Su Excelencia... Para mí será un placer...

La señora Abády contestó a Bálint que simplemente había pasado una mala noche y que por eso se había quedado en cama hasta tan tarde. Se mostró muy alegre y charló animadamente con Áron Kozma. Su madre vestía el traje de seda que solo se ponía los festivos, tal vez porque era domingo o tal vez porque tenía visita del joven Kozma, el hijo de aquel Boldizsár Kozma que había sido su compañero de juegos de infancia y al que no había vuelto a ver en cuarenta años. Se la veía muy animada. Habló con un tono ligeramente altivo, pero con una gracia cautivadora sobre caballos, sobre la jauría de Zsuk, sobre criterios de cría... Bálint se tranquilizó.

Salió en su automóvil después de comer para enviar un telegrama a Winkler al Béles diciéndole que mandase a Andrés Zutor a Dénestornya. En esa ocasión Gányi no lo acompañó. En el telegrama, Bálint no decía que Zutor solo se reuniría con su secretario.

Sin duda aquella era la mejor solución.

Cuando partió, Róza Abády salió a la terraza para despedirlo. Agitó la mano por última vez antes de que la máquina entrase bajo el arco del portal.

Durante muchos años, así es como Bálint la recordaría: recta tras la balaustrada y despidiéndolo con la mano...

La gira de Bálint con Áron Kozma por las cooperativas del sudeste terminó en Kis-Küküllő y una de las últimas paradas fue el pueblo de Kisfüzes, cerca de Dicsőszentmárton.

Ya durante la auditoría y el control de la caja, y más durante la asamblea de la junta directiva, tuvieron la sensación de que los vecinos del pueblo querían meterles prisa para acabar lo antes posible. Y repetidamente los pillaron cuchicheando o lanzando una mirada al reloj de pared. Y a la pregunta de si tenían algún deseo o queja, que solía provocar largas discusiones y propuestas diversas, solo respondieron: «No hay ninguna. Todo está bien como está. No queremos nada. ¡No! ¡Nada!». Y clavaban la mirada en la puerta.

Abády y Kozma no sabían qué pensar. Seguros de que no había ningún error en la contabilidad, tuvieron la impresión de que los campesinos se preparaban para algo y tenían miedo de no poder hacerlo por culpa de la asamblea.

Y así les pareció cuando a mediodía subieron al coche y se marcharon, pues los vecinos se mostraron enormemente aliviados. Les estrecharon la mano con gran solicitud, los ayudaron a subir al automóvil, cerraron las puertas de golpe, abrieron paso y los despidieron con la mano como si dijese «¡Marchaos! ¡Marchaos ya!».

A lo largo de las orillas del Kis-Küküllő los pueblos se iban sucediendo, apenas se salía de uno, ya se entraba en el siguiente. El pueblo vecino era Gyálfalva, el pueblo de Pityu Kendy. A pesar de que el coche iba muy despacio porque había mucha gente en el camino, mozos y mozas, niños y niñas, andando alegremente hacia Gyálfalva desde Kisfüzes, como si fuesen a la feria o a ver un circo itinerante, llegaron en unos minutos.

En el pueblo también había mucha gente. Y al abrirles paso, todo el mundo los miró sonriendo creyendo que aquellos dos pasajeros del automóvil acudían a la misma fiesta que ellos. Entre la alegre multitud llegaron a la casa de Kendy. La gente estaba apelotonada junto a la cerca de estacas. Al oír el claxon los dejaron pasar, pero no por la calzada sino por delante de la entrada. El chófer frenó y quiso explicarles que ellos iban camino de Dicsőszentmárton, pero en ese momento apareció Pityu Kendy con su zamarra y su gorro de piel de siempre.

—¿No me harán la deshonra de pasar por delante de mi casa y no entrar? —gritó desde la puerta y luego precipitándose hacia el automóvil. Con gran entusiasmo les estrechó la mano y se dispuso a explicarles la situación.

A su modo confuso dijo que aquel día era muy importante porque se celebraba una gran fiesta a la que había sido invitado todo el mundo, incluidos Abády y Kozma. ¿Que no habían recibido la carta? ¡Claro! Como no habían pasado por casa... Él

mismo les había escrito una carta. ¿Por qué? En ella lo explicaba todo. Kendy había decidido condenar a muerte al aguardiente. ¡Sí! ¡Eso mismo! ¡Y el juicio se celebraría ese día! ¡De inmediato! ¡En un cuarto de hora! ¡Solo faltaban ellos dos! Kendy sabía que estaban en el pueblo vecino esa mañana e incluso había tenido que controlar sus movimientos...

¿Juicio? ¿Aguardiente? Abády y Kozma no entendieron nada, pero fue imposible continuar avanzando por el camino, pues además algunos invitados, entre ellos los dos hermanos Laczók y Zoltán Alvinczy, ya habían bajado a la puerta. Entre risas les anunciaron que Pityu iba a condenar a muerte al aguardiente. Desde el largo zaguán de piedra, el tío Ambrus Kendy les gritó:

—¡No hagáis más el tonto y entrad ya esa máquina infernal!

Agotado por la gira de pueblo en pueblo, por el trabajo y por las eternas reuniones, a Bálint no le apetecía en absoluto entrar. Por las noches, antes de acostarse, solía leer la prensa, concretamente las noticias internacionales sobre la crisis de los Balcanes que, aunque parecía amainar, seguía siendo bastante amenazadora. No, no tenía ganas de juerga y tenía que regresar a casa cuanto antes, pero habría sido una ofensa continuar el camino y no tenía razones para tratar mal al buen Pityu.

Así que bajó del automóvil y se unió a la comitiva que subía a la casa por el serpenteante camino.

Aquel amplio comedor estaba abarrotado de invitados. Allí se habían reunido los tres Kendy —el viejo Dániel, el tío Ambrus y Jóska—, Far kas Alvinczy, el pequeño Kamuthy con unos vecinos y Tódorka Rácz con otros compañeros de juerga.

Reinaba el buen humor, fundamentado sobre las numerosas copitas de rosolí y aguardiente de ciruela que, ya vacías, llenaban la mesa.

Los presentes sabían de qué iba la fiesta porque el anfitrión había escrito un montón de cartas para mayor diversión y, junto a la invitación, había enviado también el «expediente criminal» del aguardiente, del que se mostraba especialmente orgulloso. Como era habitual en Transilvania, ya estaban bromeando y burlándose de Pityu.

Por fin llegó el gran momento.

Pityu Kendy dirigió el evento:

—¡Alguaciles! ¡A las armas!

Los hermanos Laczók, Dezső y Ernő, dieron un paso adelante. Se cubrían con dos vetustos chacós que Pityu había encontrado en un viejo baúl y lucían sendas espadas oxidadas y bolsas de húsar. Ambos, jóvenes fornidos y con rasgos tártaros, se parecían tanto que parecían gemelos. Los chacós de cordón dorado les quedaban muy bien, si uno no se fijaba en que todo el tejido estaba apolillado. Se cuadraron delante de su jefe y este dio la segunda orden:

—¡Sacad al acusado a la entrada de la casa!

Mientras los dos hermanos Laczók desaparecían con gran ruido, los invitados salieron en tropel al jardín. A lo largo de la fachada se extendía una larga terraza y allí formaron un semicírculo y se sentaron en las sillas que el criado, el guardián y la sirvienta de la casa sacaron del comedor rápidamente. Las baldosas se movían un poco, pero ¿a quién le molestaban esos pormenores en tan solemne ocasión?

Lo importante era que hacía un sol tenue y agradable, tiempo típico de principios de invierno, y que comenzaba el espectáculo para regocijo de todos.

Mientras los invitados se acomodaban, en los extremos de la terraza se colocaron dos bandas de cíngaros —la banda de los señores y la banda del pueblo—; abajo, en el césped, se reunieron los lugareños: jóvenes y mayores, granjeros, mozos engalanados, muchachas en corpiño y un montón de niños de los que tiraban los padres para que no subiesen a las escaleras y se comportasen correctamente.

Entre la multitud, Bálint se percató de la presencia de los miembros de la cooperativa, que habrían llegado desde Kisfüzes a todo correr. ¡Por esa fiesta habían mirado tantas veces el reloj!

La alegría parecía contagiarse al saber que se había montado un entoldado con carne a la brasa en el patio de la granja y habría vino y música gitana.

Los dos señoritos alguaciles aparecieron con el culpable agarrado por las orejas. El culpable era una gruesa garrafa de cinco litros, hecha de álamo blanco, de panza redonda y decorada con flores. El tapón en forma de bola era la cabeza de un hombre a la que le habían puesto unos largos bigotes hechos de pelo real y ojos achinados. Y, con paso marcial, la portaron y la pusieron sobre un pequeño banco que otro guardián colocó servilmente.

El culpable fue recibido con vítores. Y demostraba una maldad infinita sacando pecho con prepotencia entre esos alguaciles de desnudas espadas. Apoyado en sus cortas patas y echando la tripa afuera parecía desafiar con arrogancia a los alguaciles, al juez e incluso a todo el pueblo.

Comenzó el juicio pidiéndose pena capital. No se seguían las reglas a rajatabla, porque Pityu en persona era fiscal, testigo y juez a la vez y, seguramente, también verdugo, puesto que llevaba abrochado al cinturón un revólver en una pistolera de cuero.

Se puso en pie. Sacó el escrito de acusación y los gitanos tocaron un trémolo.

—¡Vil canalla! —comenzó la lectura y, después de tan poco halagador tratamiento, enumeró los pecados del aguardiente. Empezó con los generales: que solía tumbar a las personas, que causaba tremendos dolores de cabeza al día siguiente, que enrojecía la nariz y que emborrachaba tan rápidamente que no dejaba tiempo para disfrutar de su sabor.

Luego pasó a las acusaciones personales:

—Puedo testificar —leyó Pityu— cuántas maldades has cometido contra mi persona: las veces que aturdiste mi mente cuando jugaba a las cartas y aposté toda mi

fortuna a un maldito as, las veces que me instigaste una y otra vez a cometer osadías en las que perdí mi dinero, las veces que me ofuscaste y sin querer ofendí a varios de mis amigos y tuve que librar duelos de los que salí herido por tu culpa y sin razón aparente. Y tú has vuelto una y otra vez a pedir entrada en mi cuerpo para que pudiese cometer nuevas animaladas. Hasta ahora no has parado de actuar. El verano pasado fui invitado a los neveros y me expulsaron, ¡qué vergüenza!, porque tú entraste en mi cuarto sigilosamente y me engatusaste. Esa fue la gota, es decir, la copita, que colmó el vaso y ahora solo mereces la muerte.

—¿Opinan ustedes lo mismo? —preguntó Pityu a los demás.

—¡A muerte! ¡A muerte! —gritaron los invitados y el pueblo repitió riendo—: ¡A muerte!

—¿Ves, canalla? Ha llegado tu última hora. Y para que no puedas decir que no has tenido la oportunidad de defenderte, te pregunto cuál es tu excusa. ¡Si la hay, dínosla ahora!

Así advirtió Pityu a la garrafa y esperó unos minutos con la cara sumamente seria. Su mirada era tan convincente que todo el público guardó silencio, pero en vano prestaron oídos: la garrafa no dijo nada. Entonces Pityu declaró:

—¡Aquí lo tienen! ¡No ha dicho nada! Así declaro que el aguardiente sea condenado a muerte por fusilamiento por los crímenes que ha cometido contra el señor Kendy. Y para que este nunca vuelva a beber más que vino.

La gente lo recibió con alegría y vítores lanzando los sombreros al aire y los gitanos volvieron a tocar el trémolo, pero el anfitrión interrumpió el alboroto con un grito contundente:

—¡Al patíbulo!

Se formó una procesión. Primero marchaba la banda local, después el criado y el guardia, que empujaban la carretilla en la que el delincuente yacía encadenado sobre un manojito de paja. Los dos hermanos Laczók caminaban uno a cada lado como escoltas. Tras la carretilla marchaba Pityu, sacando pecho con tremendo orgullo, seguido por la multitud de invitados, los cíngaros de la ciudad y los granjeros más importantes. Los jóvenes echaron a correr para adelantarlos.

Dieron la vuelta a la casa al son de una marcha fúnebre y continuaron ascendiendo por el jardín en pendiente hasta el extremo superior donde se hallaba un enorme roble junto a la valla de piedra. Ese había sido elegido como patíbulo.

Dejaron de tocar.

Levantaron la garrafa y la apoyaron contra el grueso tronco del árbol. El público formó un semicírculo perfecto, los hermanos Laczók se colocaron a ambos lados y Pityu enfrente, a unos cinco pasos.

Desenfundó el revólver y quitó el seguro.

—¡Ahora voy a mandar tu infame alma a los infiernos!

El tío Ambrus, que cuanto mayor se hacía tanto menos soportaba el éxito de otros, quiso estropear la broma:

—¡Qué burrada! ¡Cómo va a tener alma una garrafa!

Pityu le contestó entre carcajadas:

—¡Pues sí que la tiene! ¡Hecha de guinda! —Y, ¡zas!, disparó el revólver.

El impacto hizo tambalear a la garrafa sobre sus cortitos pies y se tumbó. De ella comenzó a salir un líquido carmesí que formó pequeños charcos entre las raíces del árbol.

Y mientras el público aclamaba a Pityu y lo rodeaba para felicitarlo y la banda tocaba la marcha «Ha muerto el intrigante...» de la famosa ópera *László Hunyadi*, el viejo Dániel Kendy, sin hacer caso a nadie, se acercó con sus pasitos a la garrafa ejecutada.

Se acuclilló a su lado lentamente con mucha dificultad. Extendió el índice de su mano anciana, lo metió en el líquido derramado y se lo chupó con gesto experto.

—*Kirsch! Kirsch! Quel dommage!* ¡Qué lástima! ¡El buen *Kirsch!* —gruñó para sí.

Los invitados, al son de las alegres canciones de los cíngaros, volvieron andando a la casa y entraron en el comedor. El mayoral y el administrador hicieron pasar a los vecinos del pueblo al patio de la granja, donde los esperaban asadores y calderas y donde también comenzó la música y los jóvenes se pusieron a bailar.

Alcohol no faltó. A la entrada del pajar había un buen barril de vino con espita y uno podía beber cuanto quisiera. En el comedor, se servía vino en grandes jarras de cristal y había botellas renanas. También disfrutaron de los característicos vinos blancos pesados de Kis-Küküllő hechos de uva *járdovány* y *máslás*, tan fuertes que el aguardiente ejecutado era un don nadie a su lado. Y sirvieron platos, no muy sofisticados, pero abundantes: col con cerdo ahumado, chorizo, morcilla y calabaza, allí llamada *doblec*. Los primeros y humeantes resultados de la matanza. Comieron mucho, bromearon mucho, se rieron mucho y bebieron muchísimo.

Apenas una hora más tarde muchos estaban ebrios. Al buen anfitrión también se le nublabla la vista. Naturalmente, entre los viejos, el tío Dániel era el anciano más borracho. Entre los jóvenes se llevó la palma Vince Himleős, un terrateniente de la vecindad, un muchacho muy bien educado al que su madre viuda le había dicho que la invitación del señor Kendy era un gran honor. La viuda, además, le había insistido en que se comportase con suma cortesía y se presentara a todo el mundo como era debido, especialmente a los señores mayores.

La advertencia seguía encendida en el alma del joven y, cuanto más bebía, tanto más dudaba de haber cumplido debidamente la orden materna. Al final, después de pensarlo mucho, decidió que no había hecho lo ordenado. Tal vez no. Tal vez en absoluto.

Se levantó dispuesto a enmendar el error. Rígido y estirado se dirigió hacia la cabeza de la mesa. Se detuvo al lado de Alvinczy y de Kamuthy, dio un taconazo

militar y se presentó:

—¡Soy Himleős!

—*Szervusz!* —le contestaron los otros dándole la mano y el tío Ambrus hizo lo mismo, puesto que todos solían ser complacientes con los borrachos. Así llegó al viejo Dániel. Volvió a dar un taconazo y dijo su nombre.

—¡Soy Himleős!

Pero el viejo no lo miró, quizá ni siquiera lo oyera. El joven Vince volvió a presentarse, esa vez en voz alta y, al ver que no había respuesta, le dio un golpecito al viejo en el hombro y le gritó al oído:

—¡Soy Himleős! —exclamó extendiéndole la mano.

El viejo Dániel no lo saludó, simplemente lo miró de arriba abajo y clavó sus ojos en la mano extendida. Bajo la nariz roja de vino esbozó una sonrisa fugaz y malvada y, puesto que el apellido Himleős significaba *varioloso*, le dijo balbuceando:

—¡Que se... que se... que se mejore! —Acto seguido le dio la espalda y estalló en carcajadas.

El joven Vince se tambaleó bajo el golpe de tan grave ofensa. Vince era un joven ingenuo, pero no soportaba, ni siquiera sobrio, que se burlasen del apellido ancestral de su familia. ¡Y borracho lo aguantaba menos!

Dio un paso atrás y levantó la mano para pegar un golpetazo. Afortunadamente Ambrus se precipitó hacia él y lo agarró, de manera que la bofetada se quedó a medio camino.

El tío Ambrus logró sujetar el brazo del educado joven, pero no pudo taponarle la boca y chilló con voz aguda:

—¡No me insulte! ¡Voy a pedir satisfacción! ¡Satisfacción...!

Los cíngaros se callaron.

Todo el mundo se levantó. Muchos acudieron al lugar de los hechos, también Pityu y los hermanos Laczók, muy amigos de Himleős. Se lo llevaron a la otra punta de la habitación. Allí intentaron apaciguarlo hablando con él. Otros se ocuparon del viejo Dániel, que se levantó tambaleándose como si lo ondease un temporal. Empezó a hacer reverencias y con su excelente francés no dejó de repetir:

—*À v... v... otre d... isposition... à votre... disposi... A su... a su... disposición...*

Sin embargo, lo cogieron y se lo llevaron. Lo sacaron de la casa porque eran notorias las consecuencias que solía tener que esas reverencias las hiciese tan borracho.

Abády y Kozma aprovecharon la confusión general para marcharse. El chófer ya los estaba esperando delante de la puerta.

Como todos estaban divirtiéndose y bailando música gitana en el patio de la casa solariega de Kendy, desde donde se oía el ritmo del contrabajo, atravesaron sin

problema el desierto pueblo. Hasta los niños habían subido allí para dar guerra.

Bálint se marchó con un amargo sabor de boca. Ya había perdido la costumbre de las juergas con cíngaros. La broma del juicio le había gustado, había disfrutado y se había reído con los demás.

No obstante, ahora recordaba con amargura cuánto talento, trabajo y energía se invertía en una broma. ¡Cuánto hablarían de la misma! ¡Cuánta importancia le darían! Solo les interesaba lo inútil. Y de repente se acordó de la crisis de los Balcanes. Ninguno de los invitados había pensado en ella. Ni siquiera durante su gira, en la que se había encontrado con toda clase de personas, con funcionarios municipales y del condado, le habían comentado nada al respecto. Tampoco aquellos que, a su manera, se dedicaban a la política...

Quizá Áron Kozma sentía lo mismo y por eso estaba tan callado. Así llegaron a Dicsőszentmárton.

Se fueron al hotel. Querían alojarse allí para visitar tres pueblos más al día siguiente, pero un incidente se lo impidió. Kozma tuvo que partir solo al amanecer porque a Bálint lo esperaba un telegrama al llegar al hotel.

—Llegó de Dénestornya a mediodía —dijo el portero.

¿Qué podría ser? A Bálint se le encogió el corazón antes de abrirlo. Su contenido no desmintió su corazonada. Su madre había sufrido un ataque de apoplejía esa misma mañana.

Se despidió rápidamente de Kozma y volvió al automóvil.

—¡Rápido! ¡Lo más rápido que pueda! —Y el automóvil penetró en la oscuridad absoluta del mundo.

Los días pasaron con monotonía. Se sucedieron el invierno y las Navidades. Desde hacía cuatro años eran las primeras Navidades que Bálint y su madre no pasaban en Abbazia, sino en casa, en Dénestornya, en Transilvania.

Y trataron de guardar las apariencias.

Róza Abády estaba sentada en el centro de la sala grande, frente a la entrada. Habían alargado la mesa del comedor, en cuyo centro se alzaba un árbol de Navidad mediano, decorado con espumillón, guirnaldas de papel y una estrella dorada en la copa y alumbrado con varias velas de cera minúsculas. Alrededor, en grandes pilas, había prendas de ropa que la señora Róza y sus dos amas de llaves habían estado tejiendo durante todo el año para los niños del pueblo, a quienes se las darían por la mañana, después de la misa. La señora Abády pensaba que no serían regalos de Navidad si primero no los colocaba bajo el árbol.

A un lado había paquetes marcados con notas para cada miembro de la casa y su familia, que contenían pañuelos, tela, chaquetas, gorros de piel y camisas. Además había tantas botas para niños como fuesen necesarias.

Y, como siempre, cada uno entraba siguiendo la jerarquía tácita de la casa.

Quienes tenían familia acudían con ella. Primero entraban, cogían el regalo, besaban la mano de la señora Abády y se marchaban para dejar entrar al siguiente, que esperaba su turno en las escaleras.

Todo seguía siempre un rito inalterable. Las señoras Tóthy y Baczó, las dos robustas amas de llaves, escoltaban a su señora como siempre y conducían a los embobados niños ante ella como siempre, empujándolos ligeramente para que no anduviesen errando por toda la sala. El viejo mayordomo mantenía el orden en la entrada principal.

Solo el papel de la vieja dama había cambiado un poco. Hasta entonces ella había entregado los objetos personalmente. Aquella Navidad lo hizo su hijo: medio cuerpo de la señora Abády estaba paralizado.

Y no respondía nada, como había sido su costumbre hasta entonces, a quienes le hacían una reverencia. No quería que la oyesen hablar de manera casi ininteligible. Solo asentía con la cabeza y extendía, para que se la besaran, la mano izquierda y no la derecha, que le pesaba como el plomo. Aun así, guardaba su postura hierática, apoyada sobre almohadas en la silla de ruedas en la que la habían trasladado desde su habitación. El trasladarla a aquel sillón dorado con aire de trono que había usado hasta entonces habría sido muy difícil. Y, además, la habían colocado de manera que las velas del árbol la iluminasen desde detrás y le dejasen la cara en sombras para que no se viese que la tenía torcida, razón por la que llevaba la cofia con una cinta más ancha y el lazo más grande, para sostenerle la barbilla y tapársela.

Ella misma así se lo había ordenado entre balbuceos a su vieja doncella y a las dos amas de llaves cuando la vistieron para la fiesta. Sus ojos brillaron de rabia hasta que no comprendieron del todo lo que quería, porque para ella era sumamente importante no escandalizar a nadie. ¡Y que no le tuviesen lástima! ¡Nadie! ¡Ni siquiera sus criados! Quería seguir siendo una dama, vivir con la cabeza levantada y ser mientras viviese la misma que había sido siempre: una pequeña reina envuelta de aquel orgullo que parecía abrigo con un manto carmesí de armiño.

Así, aparentemente, esa Nochebuena fue como tantas desde hacía cuarenta años, pero en vano centellearon las velas de las lucernas y los apliques, las minúsculas llamas del árbol, los cientos de puntos brillantes que se multiplicaban sobre los colgantes de cristal pulido. La sombra de la muerte se había levantado sobre el comedor. Entrara quien entrase en la resplandeciente sala sentía la muerte agazapada. Quizá estuviese detrás de las vitrinas doradas, en la sombra de los inmensos huecos de las ventanas o enfrente, en la oscuridad del salón contiguo, tras su puerta de cristal.

Tal vez ya estaba allí esperando. Entraría desde allí en ese momento, en ese preciso momento. Se oirían unos golpecitos en el cristal y se plantaría delante de ellos...

Todos la sentían. Mientras le hacían una reverencia o le besaban la mano, miraban de soslayo al otro extremo de la sala, al cerco blanco de la puerta, a la negrura

desconocida del aterrador rectángulo.

Y muchos salieron aliviados a las escaleras.

A finales de febrero se produjo un giro en el asunto de la denuncia de Ion a lui Maftie de Pejková.

El caso había empezado la primavera anterior, en 1912, cuando el guardia del pueblo entregó al viejo Ion una reclamación del pago de 286 coronas con sus correspondientes intereses por el impuesto que debía desde 1909. Entonces el asunto no le preocupó mucho al viejo. Ya le habían enviado un requerimiento similar hacía año y medio, pero la cosa no había pasado de ahí. Y no había ocurrido nada porque cuando el notario Gaszton Simó estuvo de visita en Pejková, Ion se dirigió a él con su queja. Y tenía todo el derecho de quejarse, puesto que era justamente a Simó a quien le había entregado el importe y un acuse de recibo. Entonces el notario se había mostrado indignado del gran desorden que reinaba en Hacienda y se encargó de montar un escándalo en la caja tributaria de Bánffyhunyard y arreglar el asunto definitivamente. Y así parecía haber actuado porque durante año y medio nadie molestó al viejo.

Pero le llegó esa reclamación y, meses después, en agosto, la notificación de la resolución de embargo.

Dado que por entonces los asuntos del viejo Ion los llevaba su nieto Kula, fue él quien recibió las cartas. Kula era confidente de András Zutor, el Meloso, el guardabosques de las tierras de Abády. Y Kula se dirigió a él. El Meloso informó a su amo porque sabía que desde hacía años habían intentado quitarse de encima al notario Gaszton Simó, con quien el conde personalmente no había tenido problemas, pero que explotaba a los hombres de los neveros de mil maneras. Kula siguió las órdenes de Abády: convenció a su abuelo de que firmase el nombramiento de un abogado y le entregó en secreto a Bálint el acuse de recibo de Simón.

Abády buscó un abogado en Kolozsvár y lo encontró. Y, cumplidas las formalidades, presentó la denuncia contra Simó en Hacienda. Esos fueron los comienzos del caso.

La investigación avanzaba muy lentamente. Las autoridades jugaban con ella como con una pelota. Pasaban cinco o seis semanas sin que hubiese contestación a escrito alguno. El director de Hacienda mandó una carta al condado; el condado designó a un magistrado, y el magistrado contestó que no era competencia suya sino de Hacienda. El condado avisó a Hacienda. Hacienda volvió a enviar otra carta sosteniendo un punto de vista diferente: dado que aquel acuse de recibo no decía que se refiriese al pago de un impuesto, el caso no le concernía y debía ser el condado o los tribunales los competentes, razón por la que el condado volvió a enviar el caso al magistrado para su evaluación. Entretanto, Simó solicitó una investigación disciplinaria sobre sí mismo. Por supuesto, fue lo suficientemente listo como para no

solicitársela a la autoridad competente, sino a la asociación de notarios del condado de la cual era presidente.

La asociación rechazó su petición diciendo que ellos solo tenían derecho a realizar investigaciones internas, no sobre actividades ajenas a su ámbito, si bien en su escrito de rechazo, le expresaron su confianza unánime: de esa manera Simó consiguió movilizar a todo el mundillo notarial.

Así estaban las cosas a principios de marzo.

Hasta entonces en realidad no había ocurrido nada, pero sobre Simó pendía la espada de Damocles. Entonces todo cambió.

Gasztón Simó presentó una denuncia por denuncia falsa contra el nieto de Ion a lui Maftie, el joven Lung Kula, y contra Andrés Zutor, el Meloso, a quien acusaba de complicidad e incitación al delito. Como prueba adjuntó la declaración del viejo en la que decía que su nieto lo había engañado. No sabía que lo que le había presentado para firmar era una autorización para nombrar a un abogado. Lo supo entonces. Además declaró que el acuse de recibo que su nieto le había quitado y había adjuntado a los documentos no se trataba del pago de esos impuestos sino de la liquidación de una vieja deuda. Asimismo decía que él nunca había dicho nada malo sobre el *Domnule Notar*, al que apreciaba enormemente y consideraba el padre del pueblo. Y le pedía perdón en nombre de su nieto por haber abusado de su figura, puesto que él ya era un anciano impotente que no sabía nada ni era culpable de nada.

Sin duda era un escrito excelente, claro, rotundo e impecable jurídicamente. Declinaba y refutaba todas las acusaciones. No podía estar mejor escrito. Y, además, disponía de dos testigos de primera: el padre Timbus, pope de Gyurkuca, y el capellán del mismo pueblo. En la apostilla decía que el texto había sido dictado por el viejo Ion al pope, como testimoniaban el capellán y el sacristán. Todo estaba en orden. No podía estar mejor.

La noticia del inesperado giro que tomó aquel asunto llegó a Dénestornya.

Kálmán Nyiressy, el guardabosques retirado de los neveros, se lo contó con todo detalle a Abády en una carta. Por más que sus empalagosas expresiones estaban repletas de fingida sumisión, se notaba que disfrutaba informándolo de la mala noticia.

El viejo Nyiressy nunca le había perdonado que lo hubiese jubilado, a pesar de haber recibido, a modo de finiquito, una casa en Bánffyhunyard con una huerta tan extensa que llegaba hasta el río Körös, más la mitad de su salario. Nunca le había perdonado que lo hubiese expulsado de los neveros donde durante tres décadas no había hecho otra cosa que llevar una vida de reyezuelo. En Bánffyhunyard continuaba disfrutando de su buena vida, recibía a sus invitados y celebraba grandes fiestas, pero esa vida no era comparable con la que había llevado en el Béles, donde había sido el señor absoluto de un territorio de seis mil cuatrocientas setenta y cuatro hectáreas. Allí había podido cazar tantos corzos y urogallos como le había venido en gana, había pescado truchas y gran parte del alquiler de los pastos había terminado en sus

bolsillos porque nadie jamás le había pedido cuentas.

Bálint leyó la carta de Nyiressy con mirada sombría. Sintió asco. Casi vio la barbuda cara del malintencionado viejo, casi lo vio sentado en su escritorio con la larga pipa en la boca y con una sonrisa burlona bajo el bigote largo y tupido, amarillento del tabaco. No cabía la menor duda de que Nyiressy había recibido la noticia de primera mano, del mismo Gaszton Simó, puesto que eran amigos del alma.

Y casi con seguridad la habrían redactado juntos entre estruendosas carcajadas junto a una botella de vino con agua y después habrían brindado por el triunfo innegable del notario Simó.

Bálint se levantó y tiró la carta sobre la mesa. Ahuyentó aquella visión para que no le aturdiese la mente porque el asunto era grave, gravísimo.

No tenía dudas de que Simó había malversado el dinero del viejo Ion, como tampoco dudaba de que el joven Kula fuera condenado, pues el tribunal regional no podía hacer otra cosa. También Zutor podría terminar siendo condenado.

¿Era justo tolerarlo? ¿Era justo no hacer nada, esperar con los brazos cruzados? ¿Era justo quedarse al margen pese a que esa gente había obrado siguiendo sus consejos e instrucciones y por su culpa se habían metido en semejante embrollo? ¡No, no era justo!

Pero ¿qué podía hacer?

Solo una cosa. Presentarse como testigo, contarlo todo y asumir toda la responsabilidad. Contar todo lo que sabía sobre la asociación delictiva de Simó y el pope Timbus, todo lo que sabía sobre la conspiración que desde hacía años explotaba y machacaba con usura a su propio pueblo. No, es cierto, no podía probarlo, pero no importaba. Además contaría que él fue quien quiso presentar la denuncia contra Simó, quien la había planeado. ¡Que lo condenasen a él, pero que absolviesen a Kula y Zutor porque solo habían cumplido sus órdenes!

Un asunto feo, peligroso. El tribunal no podría sentenciarlo en el acto porque era diputado y la inmunidad parlamentaria lo protegería durante el juicio, pero más tarde, no. El Parlamento se la retiraría y, es más, él mismo debería pedir que se la retirasen. Al cabo de unas semanas tendría que presentarse ante el tribunal y, entretanto, la prensa disfrutaría del enorme escándalo difamándolo ante todo el mundo y glorificando a Simó, el aplicado jornalero de la nación al que el «ocioso aristócrata» había calumniado. Hasta que se celebrase el juicio pasarían semanas o incluso meses de sonado escándalo. Y, aunque por consideración a su labor pública y a su altruismo, el ministro de Justicia aplicase la gracia real de declarar el sobreseimiento para evitar la cárcel, su nombre acabaría mancillado.

¡No importaba! Él era responsable de las personas que habían sido acusadas.

En ese momento amargo un pensamiento doloroso pasó por su mente. Aquello que lo apenaba tanto era una suerte. Que su madre estuviese inválida era una suerte.

Gracias a su enfermedad no llegaría a enterarse de lo que le esperaba a su único hijo, no llegaría a saber cómo iba a ser deshonorado su nombre.

¿Y si fuese condenado? ¿Y si terminase en prisión? ¿Qué pasaría entonces? Y en ese momento un deseo se despertó en su alma, un deseo que le horrorizó. Ojalá su madre no llegase a ese terrible día...

Pasaron dos semanas. Dos semanas esperando la desgracia: su secretario Gányi, el viejo maestro de cuerdas Gergely Szakács, el mayordomo Péter, las señoras Tóthy y Baczó y los otros criados trajinaban con mirada preocupada. Se percibía que todo el mundo se había enterado del giro que había tomado el asunto Simó, pero nadie se atrevía a mencionarlo.

Abády tampoco dijo nada. Solo lo habló con Adrienne, cuando por la noche iba a verla a Kolozsvár. Abrazados repasaron todas las posibilidades. La mujer le dio la razón. ¡No podía hacer otra cosa! Tenía que asumir la responsabilidad, aunque eso significase la cárcel. Discutieron una y otra vez todos los detalles, pero no encontraron ninguna escapatoria. Sin embargo, siempre volvía a casa más esperanzado porque Addy, a pesar de todo, le decía que no podía creer que el asunto acabase de tan mala manera. ¡Era imposible! ¡Parecía un absurdo! ¡No! ¡No podía ser! Y esa confianza instintiva animaba a Bálint.

Llegó la víspera del juicio.

Todos los implicados se encontraban en Bánffyhunyard y, desde allí, se fueron a Kolozsvár con el tren de la madrugada. El joven Kula pasaría la noche en casa del Meloso.

El abuelo, el viejo Ion a lui Maftie, no fue. El notario había conseguido para él un certificado médico que lo autorizaba a quedarse en casa. Para Simó era mejor así, pues no quería correr el riesgo de que se le fuese la lengua estando bajo juramento. El anciano se quedó en casa a gusto, porque estaba tremendamente afligido por el escrito que el pope le había obligado a firmar, pero ¿quién haría que se retractase? En Bánffyhunyard estaban Gaszton Simó y Timbus —los dos testigos del escrito decisivo— y tres personas más que darían fe de la relación entre Kula y Zutor. Todos se alojaban en el establo del viejo Nyiressy, sobre la paja.

Gyula Timbus, el pope, y Gaszton Simó estaban cenando alegremente en la casa solariega.

No eran los únicos que se habían reunido esa noche. También habían acudido el magistrado —el poderoso protector de Simó— y otras personas honorables, como el jefe de estación, el juez, el registrador de la propiedad y dos abogados de la ciudad. Todos verdaderos caballeros muy amigos del señor Nyiressy y de Simó. Entre ellos, Timbus era un don nadie, pero estaba presente por ser el protagonista del juicio del día siguiente.

La cena fue regada con abundante vino y los cíngaros tocaron.

Ya hacía tiempo que habían acabado los platos estrella que les había servido Simó: treinta truchas y un corzo que decía haber incautado a unos cazadores furtivos.

—Casualmente los he pillado justo hoy —dijo y lanzó una mirada al magistrado que entendió la señal.

—Vaya, Gaszton, eres un pícaro —contestó y se rio con tácita comprensión, porque siempre mantenía su imagen de gran autoridad.

Nyiressy tenía un viñedo en Érmellék y, terminada la cena, bebieron su fuerte vino y se les fue soltando la lengua.

Dejaron de disimular, como habían hecho hasta entonces, cuando habían estado hablando del pleito con fingida seriedad. Se les notaba la alegría de haber vencido y las frases arrogantes se turnaban con bromas vulgares.

Porque no solo el anfitrión y Simó odiaban a Abády sino que en mayor o menor medida todos los presentes lo hacían y algunos sin otra razón que la solidaridad con el viejo Nyiressy, un hombre tan jovial, buen compañero de juerga y mejor jugador de cartas.

Algunos lo odiaban porque Bálint había cerrado sus bosques y no permitía que los vecinos cazasen donde les apeteciera, como hasta entonces. Otra razón era que Bálint «causaba problemas». Así se decía cuando alguien quería animar a los vagos. El trabajo de la cooperativa daba faena a muchos. A veces llegaban advertencias del condado y del gobernador urgiendo terminar un trabajo u otro. También debían ir al terreno a controlar las infracciones y aquello parecía suponer una enorme fatiga. En el tribunal municipal había que rectificar los catastros y solían meterles prisa. En suma, Bálint «causaba problemas». ¡Y para rematar, el asunto Simó! ¡Cuánto papeleo!

El juez estaba especialmente enfadado por tanta faena. Pretendía ser un señor todopoderoso en su jurisdicción y así lo había sido siempre, pero ahora se inmiscuía en sus asuntos ese conde que además no era de allí, sino de Torda-Aranyos, y husmeaba en cuestiones que en absoluto le concernían.

El juez tenía fama de tener mano dura, de ser un hombre despiadado y poderoso que hacía temblar de miedo a toda la región.

Su carácter iracundo hacía expulsar a quienes lo molestaban, pero permitía que sus protegidos viviesen bien. ¡Y ahora a ese aristócrata se le ocurría presentarse! ¡Denunciar a su propio notario! ¡Y no en el juzgado comarcal sino saltándose su autoridad! ¡Aquello era inaudito! ¡Intolerable!

En el lugar principal, por supuesto, se sentaba el anfitrión. Su larga pipa de espuma de mar estaba apoyada a una prudente distancia en medio de la mesa y sin duda estaba disfrutando enormemente de tan buenas noticias. No hablaba mucho, solo se limitaba a sonreír bajo su amarillento bigote y, cuando decía alguna cosa, dejaba escapar una bocanada de humo, como el cráter del Etna o el del invisible y nevado Fujiyama cuyos gases venenosos eran las palabras de ponzoñosos aguijones.

A su derecha estaba sentado el magistrado. Aquel hombre de rostro ancho y hombros fornidos llevaba bigotito y el pelo canoso muy corto. Una arruga vertical dividía en dos su frente hasta las cejas. La arruga del rigor. Apenas hablaba, pero si se

quitaba de entre los dientes el mordisqueado cigarro, todos se callaban en señal de respeto. Sus ojos eran fríos y grises como el hielo. Y, cuando sonreía y dejaba ver sus fuertes dientes, no parecía estar de buen humor, sino dispuesto a morder.

A su lado estaba el jefe de estación; enfrente, el abogado que representaría a Simó en el pleito y el doctor Tódor Far kas, a quien a sus espaldas todo el mundo llamaba en Bánffyhunyad «doctor Puestoqué», pues esa era su expresión preferida. Sus vecinos eran Simó, seguido por el otro abogado, Balázs Tóth, y después de ellos estaban el registrador del catastro y Gyula Timbus.

Por supuesto, estaban hablando sobre el juicio. La noticia más reciente era que Abády, la semana anterior, se había presentado en el tribunal como testigo de la defensa. Lo contaba el doctor Puestoqué, que esa mañana había ido a Kolozsvár.

¡Una noticia inquietante! ¡Inesperada! En vano tocaba el gitano, no lo estaba escuchando nadie.

Cada uno hizo un comentario. Nyiressy resumió la opinión general: «¡Qué diablos quiere ese mocoso!».

A Simó le desagradó la noticia. Habría sido mejor terminar el juicio sin la presencia de Abády, puesto que era diputado. ¡Parlamento, interpelación! ¡Y qué rayos más! Por eso se había opuesto a que lo citasen como testigo de la fiscalía. ¡No era una buena señal! Pero no demostró sentir preocupación y soltó una carcajada estruendosa:

—¡Bueno, pues ya le buscaremos las cosquillas!

—Seguramente viene para defender a su maldito guardabosques, Andrés, el Meloso —dijo Balázs Tóth.

—Pues no lo tendrá fácil, puesto que fue el Meloso o el mismo conde quien indujo a dar falso testimonio a Lung Kula. ¡No pudo ser nadie más! Y nadie creerá que ese mozo analfabeto de los neveros fuese a buscar un picapleitos —explicó Far kas, y añadió que él, desde el principio, habría señalado a Abády como instigador—. No cabe la menor duda —continuó— de que el autor de ese crimen es el conde. No lo señalé entonces porque habríamos tenido que pedir la suspensión de la inmunidad parlamentaria, petición que habría alargado el proceso, y mi amigo Gaszton necesita que el juicio se resuelva con rapidez. De todos modos así también está bien y, es más, está maravillosamente, ya que mañana voy a confundirlo con repreguntas. Y entonces, o bien lo niega todo y tendremos sentencia contra Kula y su compañero, o bien se descubre que fue él el instigador y la acusación se extenderá a él.

El doctor Puestoqué disfrutaba hablando, saboreaba las palabras.

El bigote de Nyiressy soltó una columna de humo.

—Me parece muy bien. Hay que meter en la cárcel a Su Excelencia. Vamos a brindar. ¡Salud! —Y levantó la copa riendo y brindó con todos. Aunque el gitano no comprendía nada, tocó un trémolo.

Cuando el sonido bajó, el magistrado se dirigió a Simó. Pronunció las palabras con lentitud, alargándolas ligeramente:

—¿Estás seguro de que Abády no tiene otros datos en la mano? Sería muy farragoso que el asunto tomase otro rumbo.

—¿Cómo podría tener más datos? ¿Y de qué podrá tratarse? —protestó Simó, pero su abogado le interrumpió:

—Imposible que pueda presentar nuevos datos. ¡Imposible! Y en caso de que el conde quiera presentar detalles que nada tienen que ver con el presente caso, algo por otra parte imposible, el juez presidente no se lo permitiría. Las reglas del juicio lo prohíben de manera rotunda. Los hechos están claros y tenemos un documento que así lo prueba. Un documento contundente y claro que lo abarca todo, puesto que lo escribí yo mismo. No hay lugar a la duda. En el juicio de mañana solo se hablará de la medida de las responsabilidades, de nada más.

—¿Cómo? —preguntó el jefe de estación solo por intervenir.

—El hecho es que Ion a lui Maftie hizo una declaración judicial según la cual su nieto lo había engañado y nuestro amigo Gaszton se había portado con él con la máxima corrección. Por eso, el autor de la falsa denuncia es su nieto Lung Kula. Lo que queremos probar es que Kula no cometió el crimen por sí mismo sino por instigación del guardabosques Andrés Zutor. Lung Kula, como primer acusado, será declarado culpable. Y Andrés Zutor, con toda probabilidad, también, puesto que Kula cometió el delito con su ayuda. El castigo que se les imponga dependerá en gran medida de que podamos probar que el conde fue el autor de la falsa denuncia. Si conseguimos demostrarlo, la responsabilidad de Zutor disminuirá, puesto que es empleado del conde, y la de Kula también, puesto que el tribunal apreciará la presión moral que el conde Abády ejerció sobre él. Esa sería una solución. Pero solo ocurrirá si logramos que el conde confiese su autoría en el juicio. No creo que lo consigamos porque Abády no es tan tonto como para poner el cuello en la guillotina. De ahí que la segunda solución sea casi segura. El conde logrará excusar a Zutor, ¡y ahí es donde intervendré yo!, dado que sé que Abády habló personalmente con el abogado que presentó la denuncia falsa y que fue él quien le entregó el nombramiento. Seguro. No hablaré de todo eso en el juicio, solo lo presionaré para que tenga que negar su participación en los hechos. De momento no queremos más, puesto que en tal caso Kula y Zutor serán condenados y nuestro amigo Gaszton obtendrá satisfacción inmediata, que es lo que realmente le importa.

—¿Y qué será de ese imberbe de aristócrata? —gritó furioso el viejo Nyiressy—. ¿Se irá de rositas?

El doctor Puestoqué se repantigó en la silla y levantó el índice con gesto presumido.

—Os he dicho que entonces intervendré yo. Al día siguiente presentaremos una denuncia contra Abády por perjurio. ¡La jugada nos saldrá redonda!

El anfitrión soltó un «¡viva!» y los pequeños ojos negros de Simó brillaron de alegría, pero entonces el magistrado intervino:

—Yo no iría tan lejos. No es que quiera tratarlo con mano blanda, ni mucho

menos, pero que esos dos hombres sean condenados ya es suficiente vergüenza para el conde, pues nadie le volverá a hablar en los neveros. No podrá continuar siendo un buscapleitos ni metiendo las narices donde no lo llaman. Nos libraremos de él. Yo no me precipitaría con lo del perjurio. Así lo tendremos en un puño durante años. Si intenta moverse, le avisaremos de que puede romperse el cuello.

—¡Viejo truhán! —se rio Nyiressy dándole una palmadita en el hombro a su compañero de mesa—. ¿Haces lo mismo con todo el mundo? Primero los pillas con las manos en la masa y luego les metes el miedo en el cuerpo.

El magistrado dejó ver los dientes.

—¡Sí! ¡Ese es mi método!

—¡Pero nadie me puede pedir que deje escapar esta oportunidad! —exclamó el doctor Puestoqué—. ¡Ahora que por fin lo tendré entre mis manos por falso testimonio! ¿Dejarlo escapar? ¡No! ¡Nunca! ¡No me lo podéis pedir!

Balázs Tóth estuvo de acuerdo con él:

—Mi compañero tiene toda la razón.

—¿Verdad que sí? Yo para favorecer a mi cliente renuncié a la idea de citar al conde a testificar, a pesar de saber que sería una oportunidad espléndida para iniciar una causa criminal que hubiese podido acrecentar mi fama de gran abogado. Károly Eötvös se hizo famoso gracias al caso Tiszaeszlár, Polonyi y otros lograron la fama después de un sonado caso. Yo hasta ahora he renunciado a ser alguien porque según nuestro código, lo primero para un abogado es el interés del cliente. Cumpliré y haré que condenen a ese Kula. Con toda seguridad así sucederá y, después, me permitiré pensar en mí mismo. Ya el mero hecho de pedir la retirada de inmunidad al Parlamento por falso testimonio será una maravillosa publicidad para mí. Toda la prensa se hará eco del escándalo. ¡Y luego el proceso! ¡Tendré informados a los periodistas de cada fase! ¡Reportajes! ¡Entrevistas! ¡Un bello discurso de acusación que los periódicos publicarán y, finalmente, la sentencia! ¡Meter en la cárcel a un diputado aristócrata y ser a los ojos de todo el mundo el guardián de la verdad y del honor...! No, no renunciaré a ello, llevaré a cabo mi plan y será magnífico.

El doctor Puestoqué habló con voz tan solemne y entusiasta que todo el mundo estalló en vítores e incluso el juez le gritó desde la otra punta de la mesa:

—¡Pues a la ergástula con él! ¡Qué más da! ¡A la ergástula! ¡A la ergástula!

Bálint, que llegó a la ciudad muy entrada la tarde, pasó esa misma noche en su piso de Kolozsvár.

Cuando bajó del automóvil, el portero le anunció que un señor desconocido le había ido a buscar dos veces ese día. Además había dejado una tarjeta.

Allí mismo la tenía.

En una minúscula nota de cartón rezaba a mano: «Koriolán Timbus».

—Señor conde, dijo que venía por un asunto muy importante y que esta noche volverá a ver si usted está.

«¿Timbus? ¿No será el pope de Gyurkuca? ¡Pero ese se llamaba Gyula! ¿Quién será entonces? ¿Su hijo?», se preguntó Bálint.

—¿Cómo es? ¿Joven? ¿Delgado?

—Sí, señor, muy delgadocho y un poco enfermizo.

¿Sería aquel hijo del pope del que se decía que era de fuerte sentimiento dacio-romano? ¿Aquel joven enfermo al que Abády solo había visto dos veces: primero, tumbado delante de la casa del pope y, tiempo después, en la estación de tren de Balázsfalva, cuando le entregó aquel escrito a Aurél Timisán? A pesar de parecerle poco probable, Bálint tuvo la sensación de que solo podía tratarse de él.

—Si se presenta, déjalo subir —ordenó Bálint.

No le importaba dedicarle unos minutos, porque esa noche no iba a salir.

Dio varias vueltas por su despacho.

Se estaba preparando para el juicio del día siguiente: qué decir y cómo presentarlo. Era necesario aportar todos los motivos que lo habían llevado a denunciar al notario Simó, todas las razones que le motivaron a iniciar un proceso en interés público. Al repasar lo que iba a decir, tuvo que reconocer que desde el punto de vista jurídico aportaba muy poco. Difícilmente el tribunal valoraría sus palabras. Tal vez gracias a su intervención Zutor y Kula fuesen absueltos, pero a él lo condenarían sin duda. ¡No importaba! ¡Tenía que asumir su responsabilidad! Asumirla ocurriera lo que ocurriese. Asumir todo, porque sería más fácil soportar que lo machacasen a él a que condenaran a los que, confiando en él, habían actuado siguiendo sus instrucciones. ¡No le quedaba más remedio!

Tanto se sumergió en esos pensamientos tenebrosos que, cuando le anunciaron la llegada de Timbus, no supo de qué se trataba.

Se abrió la puerta y entró un joven muy delgado, de pecho hundido. Timbus era casi imberbe, pero tenía la cara muy arrugada. El pelo, negro, largo y desmadejado, apuntaba al cielo como una mata rebelde. Dos manchas encendidas se marcaban en sus pómulos.

Se acercó muy lentamente al escritorio, de donde Bálint se levantó para saludarlo.

Cuando Timbus llegó, inclinó la cabeza manteniéndose muy recto y, como si no hubiese visto la mano extendida de Abády, se sentó en una butaca que había al lado.

Abády también se sentó y le preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

Koriolán Timbus no le respondió de inmediato. Dio la impresión de que estaba librando una batalla para poder hablar. Abrió dos veces su ancha boca, pero no pronunció palabra.

—¿En qué puedo servirle? —repitió Bálint.

El joven carraspeó un par de veces y, de repente, como si rompiese una barrera, soltó la frase con voz ronca.

—He venido por lo de mañana... por eso de mañana... Por lo de Kula...

—¿Por el juicio de mañana?

—Sí. He reflexionado mucho porque solo de mi decisión depende lo que pase mañana. ¿Me entiende? Solo de mí.

—Tengo que confesarle que no le entiendo.

—Sí. ¡Solo depende de mí!

Sus ojos encendidos miraron el rostro de Abády con odio, reflejaban que volvía a luchar contra sí mismo. Y, súbitamente, como un torrente de palabras, empezó a hablar de manera atropellada:

—Sí. Yo tengo el escrito y la carta. El canalla de Simó lo escribió todo. Lo envió él y lo escribió él. A mi padre. Mi padre la rompió y la tiró. ¡Solo después! ¡Solo después! Después de haber vuelto de Pejκόja, de casa de Ion a lui Maftie. ¡La tiró, pero yo la encontré! Y la leí. Me leí ambos documentos. ¡Ojalá no lo hubiese hecho! ¿Me entiende? Desde aquel día no puedo conciliar el sueño. Es terrible. ¿Me entiende? ¡Terrible!

Le lanzó una mirada amenazadora a Abády. Hizo una breve pausa y continuó:

—¡Es terrible! ¿Me entiende? Mi padre por un lado y, por otro Kula, aquel pobre rumano. ¡Y la verdad! Traicionar a mi padre o a la verdad... Y usted está del lado de la verdad... y yo de salvarlo a usted... ¡A usted!

Levantó la barbilla con gesto amenazador y, como si hablase consigo mismo, añadió:

—He pasado la noche cavilando. Hasta la madrugada. Pero no puedo hacer otra cosa. ¡Por eso he venido!

Se metió la mano en un bolsillo interior. Sacó una pila de papeles doblados en cuatro y la arrojó al escritorio.

—¡Aquí tiene!

Lo dijo casi jadeando, como si se hubiese quedado exhausto, y se echó atrás en la butaca.

Bálint escuchó las palabras del joven atentamente y sintió lástima. Le afectaba tanto la batalla del alma que se manifestaba con cada palabra del joven que no le importó su brusquedad intencionada.

—¡Léalo! ¿Por qué no lo lee? Para eso se lo he traído... —exclamó inclinándose y, con el índice arrugado, empujó los papeles hacia Abády como si fuesen objetos inmundos que le asqueaba tocar.

Bálint abrió las cartas.

Una era de dos pliegos largos. La otra, una breve misiva privada.

Se veía que ambas habían sido arrugadas. Y estaban rotas, pero no del todo. Unos pocos centímetros de papel todavía seguían intactos. En una esquina ponía con letra de imprenta el nombre y la dirección de Far kas Tódor. «Yo, Lung Ion a lui Maftie, declaro...», comenzaba. Y aquello era el texto de la declaración del viejo de Pejkója, con expresiones jurídicas y todo.

El otro era el manuscrito de Gaszton Simó.

... Como la semana pasada me dijiste que el viejo Ion ya estaba bien ablandado, te adjunto el escrito que he redactado. Solo tienes que hacer firmar al viejo. Métecelo en el bolsillo y sube a Pejkója. Llévate tinta y papel y dos testigos de confianza. Déjalos fuera y entra tú solo en la casa. Haz como que lo escribes allí, como si estuvieses redactándolo en el mismo momento. Luego guárdate de nuevo el papel en el bolsillo y llama a los testigos para que puedan declarar que lo has escrito allí mismo. Entonces pídele al viejo que lo firme delante de ellos. ¡No des explicaciones! (Esto último estaba subrayado dos veces).

¡Y date prisa! He conseguido que al maldito nieto, Kula, lo llamen a una segunda inspección en su regimiento, así que estará ausente dos días. Por eso vete a primera hora de la mañana y sigue mis instrucciones punto por punto. ¡No te arrepentirás! Cuando regreses a casa, destruye mi carta y mi escrito. Hubiese subido en persona a decirte todo esto, pero este maldito reuma me está matando y tengo que guardar cama. Todo irá bien, solo ten cuidado de quemar los papeles cuando vuelvas a tu casa...

Bálint sintió un enorme regocijo al leerlo. ¡Su salvación! ¡La salida de la trampa en la que se había metido! ¡Y la segura absolución para Kula y Zutor! Se liberó de la preocupación de tantas semanas, que le había estado pesando como una losa. Luego se dirigió al joven Timbus:

—¡Le doy las gracias de corazón! —Y volvió a extenderle la mano lleno de gratitud.

El joven volvió a fingir que no la había visto y dijo con voz hostil:

—¡No las necesito! ¡No me las dé! ¡De usted no las quiero!

—¿Por qué? —preguntó Bálint y esbozó una media sonrisa—. Lo que usted ha hecho significa que la recta voluntad siempre encuentra su camino y es más fuerte que nada. Es más fuerte que el odio que siente por mí, ¿no es verdad?

—¡Justamente se trata de eso! Me guste o no, tengo que reconocer que usted hace

mucho por ayudar a mi pueblo. Así lo veo desde hace tiempo. Pero ¿por qué lo hace? ¿Qué esconde con ello? ¿Acaso pretende con esa ayuda que nos relajemos en nuestra causa?

—Debe reconocer que eso no lo cree ni usted.

La cara de Timbus se ensombreció. Con la mirada clavada en el escritorio, el joven contestó:

—Sí, es cierto. No me lo creo, pero quiero creerlo... —y continuó con rabia—: Es absurdo y contradictorio que un aristócrata húngaro quiera ayudarnos. Contradice todo lo que he estudiado... lo que creo... lo que es necesario que crea... lo que estoy enseñando... ¡Es absurdo!

—No, no es tan absurdo... Precisamente su abuelo, el viejo Ion, me contó que los siervos siempre habían tenido mucha confianza en mi abuelo. Seguramente usted habrá oído hablar de él. Me acuerdo de que en mi infancia la población de los neveros recurría a menudo a mi abuelo para pedir su consejo y enjuiciar asuntos de toda índole. Desempeñaba el papel de juez de paz y se solía aceptar su sentencia.

—Sí, eso es lo que dicen los viejos, pero son unos bobos. No comprenden nada y olvidan el hecho de que ellos trabajaban como esclavos, a la fuerza, porque de lo contrario los molían a palos, y que los señores, los señores húngaros, los explotaban.

—No se trataba de esclavitud sino de servidumbre. La situación de los siervos era similar para húngaros y rumanos. Y esa situación estaba condicionada por el sistema de organización social que imperaba en toda Europa, no únicamente aquí. Eso de que los terratenientes explotaban a los siervos es una fábula, pues era todo lo contrario, el bienestar del siervo era el mayor interés del terrateniente. En tiempos revueltos las tropas adversarias devastaban las tierras enemigas, también las tierras de los siervos, pero los señores nunca causaron mal alguno a sus propios siervos.

Timbus contestó a Bálint furioso. Habló rápidamente y subiendo el tono de voz.

Argumentó a favor de la continuidad dacia, citó a Sinkai, a Hasdeu, a Xenopol... Sus frases entrecortadas chocaban unas contra otras. Apenas acababa una, empezaba otra, como si quisiese levantar una barricada. Habló con tremenda urgencia para poder decir todo lo que había estudiado y leído tan afanosamente y que verificaba que en Transilvania había florecido la cultura latina hasta la llegada de los húngaros. Y su pasión iba tan en aumento que casi acabó vociferando.

Un ataque de tos lo detuvo. Una tos horrible que lo dobló mientras se tapaba la boca con un pañuelo. Un espasmo seco, asfixiante, que pareció romperle el pecho. Cuando el ataque remitió, Timbus pudo levantarse y, agotado, casi se tumbó en la butaca. Bálint quiso contestar y decirle que antes de la conquista de los húngaros muchos pueblos bárbaros habían pisado el antiguo territorio de Dacia. Godos, vándalos y gépidos, además de ávaros y búlgaros. Y que desde la salida de las legiones del emperador Aureliano hasta la llegada de los húngaros, pasaron seiscientos años. Durante ese periodo, la historia de esas tierras era la historia de un camino por donde habían pasado pueblos nómadas y, por tanto, no había datos de

aquella época que hablasen de la existencia de una cultura local. Bálint iba a decírselo, pero lo dejó correr porque Timbus dejó caer su pañuelo en el regazo. Manchado de rojo. ¡Sangre! El pobre escupía sangre. A Bálint se le encogió el corazón.

Contestó en tono apaciguador:

—Son cosas del pasado. De hace cientos de años. No vale la pena discutir. Lo que es cierto es que hoy en día viven dos pueblos en la cuenca de los Cárpatos que no son ni eslavos ni germánicos: el rumano y el húngaro. —Y empezó a explicar—: El interés de ambos es encontrarnos. Cierto que se han cometido y se cometen muchos errores y precisamente por esa razón la gente de buena voluntad debería buscar la paz. No es fácil, pues hace falta encontrar remedio para los errores de muchas décadas. Hay que vencer tantísimo odio acumulado. ¡Sin falta!

Encontró argumentos convincentes y, al hablar, sus resonantes palabras se fueron convirtiendo en frases solemnes. Aquella era la primera vez que cobró forma orgánica lo que nunca había expresado, pero siempre había sentido.

—Y llegará una época en que se olvidarán todos los agravios que ahora nos separan y podremos vivir como hermanos...

Hasta ahora Timbus lo había escuchado en silencio, pero se levantó de un salto.

—¡No! ¡Nunca! ¡Nunca! —Todo su cuerpo tembló y sus ojos se encendieron de odio.

—¿Por qué? —preguntó Bálint—. Yo lo veo posible, a ello nos conduce la historia. Estas dos naciones, que no son ni eslavas ni germánicas y que no tienen parientes en este rincón de Europa, tienen que unirse si no quieren terminar siendo siervas o vasallas de los imperios vecinos. ¡Si queremos seguir vivos, ese momento llegará!

—Tal vez... tal vez... en algún momento —titubeó Koriolán Timbus, que súbitamente alzó sus secos brazos y comenzó a gesticular en el aire con sus dedos parecidos a garras y bramó presa del odio:

—Pero antes... antes... os devolveremos todo diez veces... cien veces... y quizá entonces tampoco... Nunca... nunca...

Pareció perder el equilibrio, pero solo se dio la vuelta. Se precipitó contra la puerta, en la que apenas pudo encontrar el picaporte. Casi rompió la hoja de la puerta al abrirla. Luego, la cerró de un golpe.

Al día siguiente Bálint no asistió al juicio. Allí, el abogado de Simó, Tódor Far kas, el doctor Puestoqué, presentó la acusación con voz tonante y, acto seguido, el abogado de Abády pidió la palabra. En vez de pronunciar un discurso, mostró los dos escritos: la carta de Gaszton Simó y la redacción de la declaración del viejo Ion. La acusación acabó muy mal. Kula y Zutor fueron absueltos por unanimidad. Al pronunciar la sentencia, el juez le dirigió un par de palabras muy duras al doctor Puestoqué. Le

advirtió sobre el decoro de los abogados, pues se había demostrado que él había sido el autor de la declaración que ante el tribunal había afirmado que procedía del viejo Ion a lui Maftie. Y de esa manera quedó demostrado que habían atemorizado al viejo.

Aquella falta de disciplina marcó para siempre al doctor Farkas, quien pudo escapar por los pelos a la amonestación del Colegio de Abogados y a quien nunca más le encargaron otra cosa que pleitos de poca monta.

A Simó lo despidieron inmediatamente. Sus parientes, para salvarlo de la cárcel, no solo pagaron el dinero estafado a los vecinos de Pejkója sino otras sumas que salieron a la luz durante la investigación. Después le consiguieron un cargo de escribano a jornal en el lejano condado de Borsod.

Así terminó el imperio del señor Simó.

Un notario honesto llegó a Gyurkuca por recomendación de Bálint. El magistrado le hizo ese favor a modo de satisfacción para borrar todo lo ocurrido.

El magistrado demostró ser una persona juiciosa.

Desde que Róza Abády había sufrido el ataque de apoplejía, Bálint apenas salía de Dénestornya. Si algunas noches hacía una visita a Kolozsvár, volvía a primera hora de la mañana para no faltar junto a la cama de su madre enferma. El día y medio que pasó en Kolozsvár por culpa del proceso de Gaszton fue la ausencia más larga que se permitió.

En realidad apenas estaba justificada su absoluta inmovilidad.

La señora Abády dormía cada día más y cuando estaba despierta tan solo podía prestar atención durante media hora a lo que le contaba su hijo sobre los caballos, los gamos, los corderos de finales de febrero o los lechones recién nacidos. Todos los días le contaba algo diferente, algo curioso o cómico, pero siempre eran buenas noticias, alegrías o éxitos que hacían sonreír a la vieja, pero se cansaba rápidamente y cerraba los ojos.

Solo iba a verla dos o tres veces al día. A mediodía antes de la comida, por la tarde antes de que le diesen la merienda en la terraza acristalada y, a veces, a primera hora de la noche, después de que la levantasen de la silla de ruedas y la metiesen en la cama. Contaban con un joven médico en casa para no tener que esperar la llegada del médico de cabecera desde Gyéres en caso de que se presentaran complicaciones. Desde enero la atendían dos enfermeras profesionales, una por la noche y otra durante el día, junto a las amas de llaves, las señoras Tóthy y Baczó, porque ellas entendían bien sus balbuceos y conocían sus costumbres.

En realidad Bálint no desempeñaba ningún papel. Su madre se tomaba con indiferencia que fuese a verla o que se marchase. Nunca lo mandaba a buscar, ni hablaba de él. Seguramente tampoco habría notado su ausencia si durante unos días hubiese faltado de su lado. No obstante, él no se atrevía a irse de casa. Tenía la sensación de que pasaría algo fatal si se ausentaba, como había ocurrido en diciembre. La desgracia le había cogido durante la gira por el País Székely.

Durante esos largos meses estuvo casi completamente aislado del mundo. Dirigió el trabajo de las cooperativas por correspondencia. El asunto Simó fue el único acontecimiento que le afectó viva y directamente, la única cosa que ocupó sus pensamientos aparte del estado de su madre.

Todo lo demás le pareció tan inverosímil y tan lejano como si estuviese sucediendo en la Luna. Así, leía la prensa, sin prestar atención, superficialmente.

En otros momentos, los periódicos habrían despertado su interés.

La situación de la política interior se había vuelto cada vez más tensa. El odio entre los partidos había invadido el campo personal. Tisza se vio obligado a librar un duelo tras otro con sus adversarios parlamentarios. Venció en todos los lances y, excelente espadachín, siempre salió ileso.

László Lukács fue atacado incluso con más furia. Zoltán Désy, en un discurso que pronunció durante un banquete político, dijo que Lukács era «el mayor malversador del mundo». El primer ministro Lukács respondió citando a Désy ante los tribunales. Allí, Désy declaró que tenía constancia de que en 1910, siendo Lukács ministro de Hacienda, había prolongado el contrato de transporte de sal con un banco y que el banco en cuestión había pagado una gran suma para financiar la campaña de su partido durante las elecciones generales. Lukács afirmó que el contrato no había supuesto ventaja alguna para el banco, el cual había contribuido a la caja del partido por puro altruismo y, lo que era todavía más importante de cara a la acusación, que él personalmente no había recibido un solo céntimo y que tampoco lo habría aceptado.

Sin duda, el asunto en sí tuvo efectos devastadores, pero al menos la honestidad de Lukács quedó demostrada: el tribunal condenó a Désy por calumnias.

Pero el pleito no acabó ahí.

El mismo día de la sentencia, Andrásy, Apponyi y Aladár Zichy hicieron suyo el comentario de Désy y el escándalo cobró proporciones tan inconcebibles que incluso apareció en la prensa extranjera. Nadie pensó en el mal que hacían a la reputación de Hungría. Su único objetivo era mancillar la fama del gobierno que había ordenado el rearme militar forzoso. Entre tanto vaivén partidista, nadie valoró el efecto que aquel escándalo tuvo en todo el mundo.

Desde ese momento el «caso sal» dominó el Parlamento. En vano aceptó el gobierno una Ley de Sufragio más liberal, el odio no cesaba. En marzo la oposición se presentó inesperadamente en el Parlamento. «¡Señores del gobierno, salgan de aquí!» —exclamó Lovászy y su grupo de setenta u ochenta diputados repitió a coro—: «¡Salgan! ¡Salgan! ¡Salgan!». Tisza suspendió la sesión de inmediato y mandó llamar a la guardia parlamentaria. La oposición se dirigió directamente a los guardias y les trató de convencer de que su juramento militar no era válido ni legítimo a fin de incitarlos a la rebelión.

Aquella fue la primera vez que los «más patrióticos» de entre los parlamentarios intentaban romper la disciplina militar. Y no tuvieron éxito.

Buscaron otros aliados. Aunaron fuerzas con el ala más extrema de los socialistas y con el bando radical del antirreligioso Círculo Galilei. Juntos organizaron una gran asamblea popular en el Vigadó, donde Apponyi y Aladár Zichy se presentaron junto a Jászi y Kunfi, los mismos que más tarde, en 1919, tendrían un papel destacado en la Revolución de Octubre y el gobierno bolchevique. Sus diferencias se redujeron a nada ante el odio común que sentían hacia el gobierno.

Mientras en el país se discutía sobre el «caso sal», la situación internacional empeoraba a pasos agigantados.

Desde hacía tiempo los embajadores mantenían negociaciones de paz en Londres. No hubo éxito. De ninguna de las maneras se logró restablecerla, pese a que Turquía aceptó la mayoría de las propuestas de las grandes potencias. La mediación de estas potencias era de un altruismo intachable: solo pedían para sí el Egeo. Y lo obtuvieron,

pero se suspendieron las negociaciones de paz. El asedio de Edirne continuaba; aún más, Montenegro cercó y bombardeó Shkodër, a pesar de que la conferencia de Londres había adjudicado la ciudad a Albania.

¡Qué descaro!, dijeron las potencias indignadas. ¡Es intolerable!, repetían tremendamente escandalizadas.

Sin embargo, pasaron seis semanas hasta que a finales de marzo decidieron adoptar medidas más serias y presentarse conjuntamente ante Nikita, pero Nicolás I no cedió lo más mínimo. Se organizó, pues, a principios de abril una manifestación de flotas unidas ante Antivari. Nikita no cedió. Se decretó el embargo internacional contra la pequeña Montenegro. Al buen Nikita no le importó y al final conquistó Skutari.

Nikita sabía con toda seguridad que a pesar de que Rusia se hubiese unido oficialmente a las intimidaciones, lo respaldaba en secreto.

La Monarquía Dual se vio forzada a tomar cartas en el asunto por sí sola. En Londres declaró que no toleraría la presencia de Montenegro en Skutari y que se veía obligada a «actuar independientemente».

La guerra, que desde hacía dos meses se veía venir, estaba a punto de estallar.

Esos fueron los acontecimientos que Bálint leyó en los periódicos. Y en esa ocasión no se inquietó como lo había hecho otras veces. Sus preocupaciones en ese momento eran el pleito por denuncia falsa y el estado de su madre. Después del afortunado final del primero, tampoco pudo relajarse. La creciente debilidad de su madre le preocupaba enormemente.

Eso era lo único que sentía como real; eso y la belleza de Dénestornya, que en primavera brotaba lentamente.

A mediados de marzo se acabaron las nevadas. Más tarde solo quedaron unas manchas por las laderas septentrionales de las montañas y, más tarde aún, ya solo en las arroyadas albeaban unos pocos merengues de nieve. Al final desaparecieron del todo. Por las orillas y los bordes de los senderos apuntaba la fresca hierba y miles de violetas florecían por los prados todavía lisos y somnolientos.

Una tarde de mayo Bálint volvió temprano de visitar la yeguada que durante la primavera y hasta que no reverdecían los pastos veraniegos permanecía en el enorme prado del parque.

Al llegar a la entrada principal le estaba esperando el mayordomo Péter. Y estaba esperándolo porque la señora Róza había preguntado varias veces por él.

—¿Dónde está...? ¿Se encuentra peor?

—Todo lo contrario —contestó el viejo Péter—, parece estar mejor. Está en la terraza. Ha pedido la merienda antes de lo habitual...

Bálint subió las escaleras corriendo, cruzó la sala de billar y salió a la terraza.

Su madre estaba allí en su silla de ruedas.

El alto respaldo de la silla le tapaba la cara y no lo vio al entrar. Solo cuando se sentó a su lado en el sofá la pudo ver bien.

Los ojos de su madre brillaban con un resplandor inesperado y alegre. Y cuando Bálint se sentó a su lado, se dirigió a él enseguida. Con su menuda y regordeta mano, la izquierda, la única que podía mover, cogió la de su hijo.

—¡Estás aquí! ¡Estás aquí! —dijo con su dificultosa pronunciación, que sonó «*stacqui*», pero sin balbucear tanto como otros días. En su boca torcida bailaba una sonrisa feliz.

—¿Dónde has estado? Te he esperado tanto... ¡Tanto! —continuó la mujer y su sonrisa pareció decir que lo había estado esperando desde hacía mucho tiempo, desde hacía una eternidad.

Bálint había estado con ella hacía solo dos horas, inmediatamente después del almuerzo, razón por la que se sorprendió un poco, sobre todo porque en las últimas semanas su madre lo recibía con tanta indiferencia que a veces se preguntaba si todavía lo reconocía. Sintió un gran regocijo y comenzó a contarle que había visitado la yeguada y que ya había hierba tupida y muchísimo trébol. Le contó otras noticias alegres, como solía hacer.

La anciana señora lo interrumpió varias veces diciendo «¡Estoy tan feliz!», y con cada frase le apretaba la mano a su hijo como si escandiese el ritmo de sus palabras.

Cuando Hedvig, una de las enfermeras, le ofreció café de una taza especial con pitorro, Róza Abády acercó la boca, bebió y dejó que la enfermera le secase los labios. A pesar de que no le gustaba que le dieran de comer, para lo que usaba su mano izquierda, la condesa permitió que le sirviesen porque no quería soltar la mano de Bálint ni por un instante. Enseguida volvió a mirarlo.

No apartó la vista de él sonriendo feliz, como si no pudiese llenarse de su imagen. Pero comenzaba a cansarse y entonces quedó clara la causa de tanta alegría.

Cuando cerró los ojos y dejó caer la cabeza contra la almohada lateral de la silla, antes de dormirse, dijo lentamente:

—Tamás, estoy tan feliz... de que hayas regresado, Tamás... Tamás...

Y pronunció aquellas palabras con nitidez, casi perfectamente.

Bálint no lo comprendió hasta pasados unos segundos: su madre creía que él era su padre. El que estaba a su lado era Tamás Abády, su padre, que había muerto hacía veinticinco años.

Por eso no le había soltado la mano. Su vista la había hecho tan feliz.

No durmió mucho. Apenas media hora más tarde se despertó.

Miró a su hijo, que durante todo el rato había estado inmóvil, con la mano cautiva, y esbozó una sonrisa.

Tal vez inconscientemente le influyó la charla de Bálint, porque dijo:

—La yeguada... Vayamos a ver la yeguada...

Bálint no la entendió a la primera, por eso ella le sacudió la aprisionada mano tres veces y repitió: «A la yeguada... contigo... la yeguada». Y cuando su hijo intentó persuadirla, se inquietó enormemente y volvió a insistir: «La yeguada... quiero... la yeguada...». En su frente se hincharon las venas.

La enfermera fue por el médico. Cuando volvieron, los tres juntos intentaron calmar a la enferma. Al final la convencieron con mucha persuasión y quizá porque la anciana se había cansado de tanto insistir, si bien tuvieron que prometerle que al día siguiente la llevarían a ver sus caballos. Solo la promesa pudo tranquilizarla. Luego volvió a dormirse.

Al día siguiente acudió el médico municipal de Aranyosgyéres. Los dos médicos coincidieron en que sí podían permitirle aquella excursión y quedaron en que apoyaran la idea si ella volvía a insistir. Al fin y al cabo hacía buen tiempo y bajarla con cuidado en su silla por las escaleras e ir empujándola suavemente por los senderos más llanos, no podría perjudicarle. Incluso podría ser beneficioso porque le daría ánimos para vivir, algo que últimamente no había demostrado y que desde el día anterior había recuperado casi milagrosamente.

Bálint estaba preocupado, no sin razón, pero no podía negárselo. Y más teniendo en cuenta que la noche anterior, cuando después de la cena había visitado a su madre ya en cama y esa misma mañana cuando había vuelto a visitarla, le había notado tal alegría y expectación que hubiese sido una crueldad engañarla.

La condesa lo recibió con una sonrisa feliz, lo llamó de nuevo por el nombre de su padre y se mostró serena e ilusionada. Decidió con qué tocado y con qué traje la habían de vestir. Quiso acicalarse.

La noticia de que la vieja condesa visitaría la yeguada se extendió rápidamente. Todos los criados, mayores y jóvenes, se reunieron bajo la colina del castillo hasta donde llegaba la alameda.

Simon Jáger y Bálint bajaron la silla de ruedas por la escalinata. Abajo, el viejo Gergely Szakács solicitó ser él quien tuviese el honor de empujar por los caminos la silla de su antigua ama.

Así se formó el desfile.

Bálint caminaba cerca del lado izquierdo de la silla, cogido de la mano de su madre; por la derecha iba la enfermera Hedvig y, detrás de Gergely Szakács, avanzaban los dos médicos y la otra enfermera. Además los acompañaba el mayordomo Péter con una caja de bombones y Terka, la doncella de la señora Abády. Las dos robustas amas de llaves cerraban el desfile. Mejor dicho, lo habrían cerrado si, por su gordura y sus pies planos, no se hubiesen quedado atrás.

Así pasó la marcha entre la fila formada por los sirvientes internos y externos. Se habían reunido todos. Además habían acudido dos guardabosques que se habían enterado de que ese día podrían ver a la señora condesa. Todo el mundo la saludó con el sombrero en la mano.

Apenas iba apoyada contra el respaldo de su butaca y descansaba las zapatillas

sobre el reposapiés, como si fuese un taburete. Róza Abády pasó entre los criados de la casa como si estuviese sentada en un trono ambulante, porque demostró continuar siendo una pequeña reina aun estando como estaba, ya vieja, enferma y muy débil. La ancha cinta que había elegido ella misma estaba fuertemente sujeta y formaba una amplia lazada debajo de la barbilla a fin de disimularle la cara torcida. Movía la cabeza ligeramente, saludando con una sonrisa a diestro y siniestro.

Su sonrisa era una sonrisa feliz, victoriosa. Creía que no había acudido tanta gente solo por ella sino para saludar a su marido, quien después de su larga marcha por fin había vuelto a casa. Sí, por fin estaba en casa con ella, a su lado, y le cogía la mano como antaño, en su primera juventud.

Cruzaron el puente del foso del molino. Avanzaron un rato más y se detuvieron.

Bálint cogió la caja de bombones y, acompañado por Gergely Szakács y la enfermera Hedvig, accedió al sendero que dividía aquel hermoso prado con vistas. Los dos médicos y el resto de la comparsa se quedaron en el camino principal. Simon y los mozos de cuadra los adelantaron corriendo hacia el puente de Nagyberék.

—¿Adónde, adónde van...? —preguntó la señora Abády sonriendo a Bálint.

—Van a arrear aquí la yeguada.

—Bien... bien... —dijo la vieja señora y miró a su alrededor.

Miró a la derecha, a los altos álamos que brotaban con hojas plateadas y al matorral del sotobosque donde varios cerezos lucían racimos de flores blancas como la espuma. Giró la cabeza a la izquierda y penetró con la mirada entre la espesura de grandes hayas y castaños. De allí pasó a mirar el resplandor de los rayos de sol que pasaba entre los troncos de la alameda y contempló el verdor infinito del prado. Sus ojos saltones se abrieron de par en par al mirarlo y volvió a levantar la cara hacia su hijo, le apretó los dedos y le dijo:

—Ves... Qué bonito... todo... Qué bonito.

Bálint no pudo contestar. Se le saltaron las lágrimas. Solo pudo devolverle el apretón.

En la lejanía apareció la yeguada. Como los caballos no entendían por qué los arreaban a latigazos, llegaron a galope tendido. No estaban acostumbrados al látigo. Llegaron reventando cinchas y, en unos segundos, se plantaron ante ellos. Los hicieron cuadrar a todos a unos cincuenta pasos de distancia. Alzaron la cabeza, aguzaron los oídos como si preguntasen quién había ido a verlos en su prado y qué clase de minúsculo carruaje era aquel. Permanecieron inmóviles, contemplando la escena con los ollares abiertos.

Solo un minuto después, la yegua mayor salió y se dirigió hacia la señora Abády. La siguieron enseguida dos más. Y de repente, como si todos los caballos la hubiesen reconocido, se precipitaron hacia ella. Rodearon su silla de ruedas. Le acercaron los suaves hocicos empujándole los hombros y la cara, esperando alguna golosina. Bálint y Szakács apenas pudieron frenarlos.

La señora Abády se rio con regocijo:

—¿Ves?... Es *Csujtár...* y *Comadreja...* y *Ámbar...* —Y con su mano fue repartiendo un bombón a cada uno.

Al final dejó caer el brazo, cerró los ojos y, echándose hacia atrás entre las almohadas, dijo:

—¡Oh, qué feliz soy...!

Lo dijo en voz muy baja, como un hálito.

Se quedó inmóvil, con la cabeza ladeada sobre un hombro. La boca entreabierta con una sonrisa.

—Se ha cansado —susurró la enfermera—, vamos a esperar un poco.

Abády y Gergely Szakács retiraron la yeguada y Bálint se volvió hacia su madre.

La anciana estaba igual, inmóvil y con la sonrisa en los labios. Su hijo esperó unos minutos, luego le cogió la mano. ¡Helada! ¡No le cogía el pulso! Los dos médicos llegaron corriendo, pero ya solo pudieron certificar su muerte. El más joven quiso inyectarle una sustancia terrible que durante unas horas era capaz de hacer retornar a una persona desde la otra orilla para que volviese a sufrir y a morir, pero ni Bálint, ni el otro médico lo consintieron. ¿Para qué hacerla sufrir inútilmente? Murió apaciblemente y feliz.

Bajaron el respaldo y levantaron el reposapiés para que quedase tumbada en silencio. La cinta del tocado le seguía manteniendo la barbilla levantada.

Emprendieron el regreso.

Volvieron a pasar entre los árboles floridos seguidos por el canto de los pájaros de la resplandeciente primavera. La marcha se fue alargando detrás de ellos.

A unos pasos de distancia los siguió toda la yeguada. Un caballo al lado de otro, todos con la cabeza gacha, como si acompañasen afligidos al ama muerta que tanto los había querido, como si la acompañasen en su último camino en señal de amor y respeto.

Solo los pudieron parar en el puente del foso del molino. Algunos relincharon y durante un buen rato se quedaron esperando.

QUINTA PARTE

Cuando acabó la guerra de los Balcanes se convocó una delegación húngara para el 19 de noviembre. Se trataba de un comité formado por las dos cámaras del Parlamento húngaro, al que asistió tanto el gobierno como la oposición en número proporcional a su representación parlamentaria.

El ministro de Exteriores Lipót Berchtold presentó su informe ante la delegación. Si no había sido una tarea fácil el año anterior, resultó aún más complicado ese otoño de 1913.

Desde que Berchtold había ocupado su puesto en el palacio del Ballplatz hacía año y medio, su labor diplomática había acumulado una derrota tras otra. Al principio de la guerra de los Balcanes, Berchtold había confiado en las fuerzas otomanas, se había aferrado a su suposición y había afirmado que pasara lo que pasase en el campo de batalla el *statu quo* en los Balcanes no se modificaría. Y la suya resultó ser una afirmación imprudente. Los otomanos sufrieron una derrota estrepitosa a manos de los balcánicos y a Berchtold no le quedó más remedio que defender sus intereses y salvar su posición mediante la conferencia de embajadores convocada en Londres: mandar que Nikita abandonase Skutari, los serbios saliesen de Albania e impedir que Serbia se hiciese con un puerto en el Adriático, es decir, solo acciones negativas.

El año anterior Berchtold había informado a la delegación húngara de esos acontecimientos, pero gracias a que el proceso de normalización en los Balcanes todavía no se había cerrado y a que las relaciones entre la Monarquía y Rusia eran todavía muy tensas, Berchtold pudo capear la presentación sin sufrir críticas demasiado graves.

No obstante, la situación había cambiado. A finales de agosto se firmó la paz de Bucarest. Las cuestiones pendientes quedaron resueltas. Berchtold, quisiera o no, tuvo que hacer un balance de la situación del momento. Y fue deplorable.

La Monarquía se había quedado atrás en todas las cuestiones. Los balcánicos la trataban como si ni siquiera existiese. En mayo se firmó un convenio según el cual Bulgaria cedía Silistra a Rumania en gratitud a su neutralidad. Seguramente lo hizo gracias a la mediación rusa y a un acuerdo secreto previo, puesto que lo firmaron en San Petersburgo. Todo a pesar de que Rumania era miembro de la Triple Alianza y Bulgaria hacía apenas tres años había obtenido Rumelia y se había liberado del vasallaje turco gracias a la ayuda de Aehrenthal y del Ballplatz.

Apenas firmado aquel convenio, la situación volvió a enrarecerse entre los aliados y los Balcanes. Ya había comenzado la lucha por el botín. Recurrieron al emperador ruso para que decidiera el asunto. Bulgaria, seguramente alentada por el Ballplatz, no aceptó la decisión rusa y a finales de junio comenzó la segunda guerra. San Petersburgo, con el fin de reprimir al país rebelde, no solo envió a sus aliados sino

también al ejército rumano.

Fue una guerra relámpago.

El primero de julio los serbios derrotaron a las tropas búlgaras, el día 3 el ejército rumano se puso en marcha y el 10 ya amenazaba Sofía. Los griegos lograron hacer retroceder a los búlgaros desde las costas y, para que el desastre de Bulgaria fuese completo, el pachá Enver atacó Edirne, territorio que los búlgaros habían conquistado en cruentas batallas, y la ocupó sin dar un espadazo.

En esos diez breves días la autoridad de Austria-Hungría en los Balcanes fue aniquilada definitivamente. Si hubiese intervenido en el último momento, tal vez habría podido reafirmarla, pero la Monarquía no hizo nada. Tal vez fue una decisión sabia, porque en caso contrario habría tenido que enfrentarse a Rusia. La Monarquía no se movió porque, por culpa de los largos años de obstrucción parlamentaria, su ejército estaba menos preparado para la guerra que en 1904.

No tuvo otra alternativa. Y no cabe la menor duda de que a ojos de Europa el gran perdedor de las guerras de los Balcanes no fue Turquía sino el Imperio Austrohúngaro.

En el último momento el Ballplatz intentó disimular el fracaso. Anunciaron que se reservaba para sí y, naturalmente, para las otras grandes potencias el derecho de revisar el pacto de paz, sin duda creyendo que la conferencia de Londres apoyaría a la Monarquía en esa cuestión. Así quiso salvar su autoridad, pero las otras potencias la dejaron plantada. Incluso Alemania. Todos ratificaron la paz en su forma original.

Eso planteó el siguiente dilema: bien la Monarquía se mantenía firme en su posición, lo que significaría la guerra sin el respaldo de nadie, ni siquiera el de Alemania e Italia, bien se vería obligada a renunciar a su derecho de revisión. Y renunció.

Y aquel movimiento suyo fue tan torpe que no solo demostró la pérdida de fuerza de la Triple Alianza sino que, para colmo, con su intención de intervenir en la paz, ofendió a Rumania, puesto que en el tratado de Bucarest, Rumania había quedado mejor parada que en el tratado de San Petersburgo, firmado en mayo, razón por la que la propuesta de Berchtold pareció discutir ese plus, por más que no fuera en absoluto intención de la Monarquía.

Y todo ello tendría graves consecuencias al año siguiente.

El resultado inmediato fue que desde entonces las medidas se tomaban sin contar con la Monarquía, ya sin voz alguna. Respecto a la paz turco-búlgara y turco-griega, nadie le pidió opinión. Como si no existiera. Todavía se hizo más evidente con su ultimátum a Belgrado por el caso de Albania, aunque en aquella ocasión no fue mal ya que el Ballplatz sabía que en lo tocante a preservar la independencia de Albania, no solo contaría con el apoyo de Italia sino con el de Inglaterra, a la que le desagradaba sobremanera la idea de que en las costas del mar Mediterráneo se estableciese una base naval, nominalmente serbia, pero rusa en realidad.

El informe de Berchtold para la delegación húngara que visitó Viena trató esos

asuntos.

Intentó agrupar los tristes hechos con cierta gracia.

Resaltó las intenciones pacíficas de su política exterior. La armonía «total» con las grandes potencias. Aun reconociendo que el año anterior se habían producido «algunos malentendidos», afirmaba que se había recuperado la buena sintonía con Rusia. Y aquello no estaba nada mal. ¡Todo un éxito!

Habló sobre el Imperio Turco reconociendo su grandeza. El hecho de que los turcos hubieran reconquistado Edirne a los búlgaros demostraba su fuerza vital. El hecho de que el sultán hubiese perdido dos provincias grandes era una ventaja, porque se había liberado de vasallos rebeldes. ¡Qué suerte...! Ciertamente que a comienzos de la guerra la Monarquía defendía el *statu quo*, pero su gran predecesor, Gyula Andrassy, ya lo había dicho en 1878: «No debemos apuntalar una casa ruinoso hasta que se nos desplome sobre la cabeza». Y así ocurrió con el *statu quo*: él se limitó a seguir los pasos de su precursor y cambió de opinión.

Lo supo contar con tanta y tan elegante superioridad como nadie habría sido capaz de hacerlo en todo el mundo. Su gallardía y frente alta magnificaron el efecto. Su estilo era tan distinguido que parecía una figura recortada de una revista de moda inglesa. Habló de modo distante, como si manejase los asuntos desde una gran altura. Se le notaba en los modales que pertenecía al Olimpo de Viena, ese distinguidísimo y exclusivo círculo que más bien se encontraba en la estratosfera.

Su argumentación realmente fue muy ingeniosa.

Presentó la Albania independiente como un éxito. Ya le habían encontrado un rey, el excelente príncipe Wied, que había servido en la guardia prusiana, en los ulanos dorados.

Otro éxito suyo fue que había obtenido la isla de Ada Kaleh y se la había cedido a Hungría. Se trataba de la famosa Isla de Nadie de la novela *El hombre de oro*, de Mór Jókai. Seguramente ese gesto gustó a los húngaros.

Así acabó su exposición. Cerraron la sesión y dejaron la discusión para el día siguiente.

Berchtold escapó sin problemas, pero no por Ada Kaleh. ¡No! Berchtold escapó porque los miembros de la delegación que representaban a la oposición húngara montaron un escándalo por la política interior. Denunciaron el uso de la guardia parlamentaria por parte de Tisza. Aquel fue el único asunto que trataron y en la sala del palacio Bankgasse resonaron los gritos.

Precisamente quienes sacaron a colación ese asunto fueron quienes hasta entonces habían defendido, con toda la razón, que a la delegación solo debía tratar asuntos concernientes a la Defensa, Asuntos Exteriores y Hacienda comunes y nunca debía tratar los asuntos internos húngaros. La mera alusión a ellos se consideraba un agravio al derecho público. Y ellos mismos acababan de actuar así, desperdiciando la mitad del tiempo de las negociaciones; solo después pasaron a escuchar el informe sobre política exterior.

A Berchtold le hicieron unas cuantas preguntas ambiguas. Como que si era cierto que Alemania los había dejado plantados respecto a la revisión del tratado de paz de Bucarest, ¿por qué no había hablado Berchtold con más afecto sobre Francia?

Se lo preguntó Mihály Károlyi, que por entonces ya era el líder del Partido de la Independencia. Elogió a Poincaré. Y no se oyó crítica alguna sobre la actitud pasiva del Ballplatz durante la crisis de los Balcanes ni sobre el insignificante papel que había jugado. También era cierto que aquellos que en el nuevo parlamento del Hotel Royal habían saludado a Serbia y habían prometido su amistad a Belgrado difícilmente podían cuestionar ahora la pasividad de Berchtold.

Con la delegación habían llegado a Viena muchísimos húngaros.

Y Bálint se encontraba entre ellos. Desde otoño formaba parte de la delegación. István Tisza le había agradecido con ese puesto que, cuando él formó gabinete, Bálint hubiese dejado de ser independiente y hubiese entrado en el partido gubernamental. Abády había estado algún tiempo pensándose. Por su trabajo en las cooperativas, exigió no tener que andar dando rodeos para pedir audiencias y que en los círculos del partido pudiese en cualquier momento encontrarse con el ministro que necesitase. No eran sus principios los que lo habían mantenido separado hasta ese momento sino su carácter, que rehuía toda clase de sometimiento intelectual. Pero lo había superado.

No había llegado a Viena desde Dénestornya, ni desde Budapest, sino desde Suiza. Bálint había acompañado a Adrienne y había pasado allí unos días con ella a orillas del lago Léman, cerca de la ciudad de Nyon. Cuando Addy se marchó a Lausana a ver a su hija, Bálint volvió a casa. En el hotel se habían registrado como marido y mujer. Por aquel entonces el pasaporte todavía no existía, razón por la que nada les había impedido actuar así. Nada en absoluto. Ya podían considerarse marido y mujer.

La cadena que ataba a Adrienne a su marido demente, que parecía indisoluble, se había roto. Pál Uzdy murió inesperadamente el 2 de noviembre.

Hasta principios de otoño Uzdy había tenido una salud de hierro. Si bien durante los cuatro años de internamiento su mente se fue ofuscando poco a poco, su estado físico no solo no empeoró sino que incluso engordó y hubiese podido vivir muchos años, quizá más que su mujer.

A mediados de septiembre su manía persecutoria encontró otro objeto. De un día para otro se figuró que su médico quería envenenarlo. Naturalmente no se lo dijo a nadie, ni siquiera a Adrienne, que lo visitaba con frecuencia y en quien aún confiaba un poco.

Fue su enfermero el que se dio cuenta de que olfateaba la comida largamente y la mayoría de las veces la dejaba intacta. Cada día menos comida. Su médico intentó convencerlo de que comiese. Uzdy fingió prometérselo, pero desde aquel día tiró la sopa en el lavabo y la carne o el potaje por el inodoro. Naturalmente los enfermeros

se dieron cuenta. Entonces le dejaron un hervidor eléctrico para que pudiese hacerse un huevo que uno de los enfermeros fingía haber introducido a hurtadillas. Además le llevaban peras, manzanas y un cuchillo romo para pelarlas. Durante un tiempo el método fue exitoso, pero al cabo de unas semanas fracasó.

Y es que un día Uzdy descubrió que el enfermero estaba hablando con el médico. Desde aquel día no volvió a comer nada.

Si el destino no le hubiese deparado otro fin, aquel hombre habría muerto de hambre.

Estaba tremendamente flaco, en los huesos, y no dejaba de dar vueltas por la habitación. No se relajaba un solo momento. Andaba tambaleándose, agarrándose a los muebles. Aun estando tan débil, no paraba. Andaba sin cesar.

El último día de octubre se cayó y se dio contra el cabecero de la cama. La lesión le provocó una pleuresía que le afectó los pulmones. Al tercer día murió.

Lo enterraron en Váralmás, al lado de su padre. Adrienne se fue a ver a su hija.

Bálint la acompañó desde Salzburgo hasta Suiza. Aprovecharon el viaje por el extranjero para hablar de su futuro, porque habría sido de mal gusto verse la primera semana de luto. Quedaron en que esperarían a que pasase el año de luto para casarse. Sobre todo fue Adrienne quien insistió en cumplirlo por su hija, para que más tarde no pudiese echarle en cara que no habían respetado las convenciones sociales.

Sin embargo, aquel viaje fue como una luna de miel. Disfrutaron de la primera vez que estaban juntos sin que los rodease la preocupación o el peligro, de la primera vez que aguardaban con certeza un futuro feliz.

Bálint solo lamentó que su madre no hubiese vivido más años para ver ese cambio. Seguramente ya no se habría opuesto a la boda y, es más, se habría alegrado. El año anterior en la pastelería había sido tan amable con Addy... No cabía la menor duda.

El hotel se hallaba en la orilla. Se trataba de una villa con apenas veinte habitaciones que un burgués de Ginebra había mandado construir en el siglo XVIII y, siguiendo la empalagosa moda de la época, la había llamado *Monbijou*. El nombre seguía siendo el mismo. *Monbijou* era una *petite-maison* delicada, muy francesa, cuyo jardín cubierto de césped y salpicado de robles robustos bajaba hasta las aguas. Delante tenía el lago y más allá las montañas de salvajes formas. Solo picos y rocas. Y cuando las nubes se abrían, se distinguía el triángulo nevado del Mont Blanc, tan alto que no parecía tocar la tierra sino flotar en el cielo.

Se alojaron allí y pasaron juntos ocho días. Ya no era una convivencia febril y tempestuosa, como lo había sido en Venecia aquel mes que se les hizo tan corto. Entonces pensaban que no tenían un minuto que perder, que tenían que aprovechar cada instante como si fuese el último. Cada madrugada significaba la despedida para siempre o la muerte. Ahora era diferente. Vivían con sosegada tranquilidad.

Disfrutaban de la graciosa intimidad de la convivencia con la feliz promesa de un futuro infinito.

Tejieron planes con largos hilos que llegaban a los años venideros. Celebrarían una boda discreta. Modernizarían Dénestornya. Introducirían la electricidad y construirían dos cuartos de baño. Uno para Adrienne. ¿Y el otro? Para el futuro. Para el hijo del que no habían hablado desde hacía años —desde la demencia de Uzdy—, pero que ahora ya podía venir y, seguramente, vendría.

Él sería el broche de su amor, el descendiente que heredaría sus ganas de vivir.

Después de la reunión de la delegación Bálint se fue al concierto de la Orquesta Filarmónica a escuchar una sinfonía de Beethoven.

Ya era bastante tarde, casi medianoche, cuando terminó. Por eso apresuró los pasos para llegar al Sacher antes de las doce, la hora de cierre de ese restaurante.

Cuando llegó ya habían apagado algunas luces y estaban quitando las mesas y recogiendo los manteles. ¡Qué pena! ¿Adónde iría? Todos los otros sitios tenían música a esas horas. Se volvió. En el vestíbulo se encontró con los dos hermanos Kollonich, Péter y Niki, que acababan de entrar.

—¿Habéis venido a cenar? Ya están cerrando. Yo también voy a buscar otro sitio.

—¡Quédate con nosotros! —respondió Péter—. Kristóf Zalaméry y yo contamos con un reservado en el restaurante.

—Gracias, pero si es una cena con gitanos y mujeres, prefiero no quedarme.

Lo tranquilizaron: no habría gitanos y, en cuanto a mujeres, solo una y más tarde: «La Pantera», la famosa bailarina española que desde hacía dos semanas actuaba en el Ronacher y había apasionado a aquella ciudad imperial.

Naturalmente Abády no sabía nada de ella. Péter y Niki le dijeron que era una belleza y su baile, maravilloso, pero lo más famoso de ella eran sus diamantes, sobre los que ya habían escrito muchos periódicos de todo el mundo infinidad de veces, pues La Pantera o su representante se servían de ellos como reclamo publicitario. Y, para que el interés por ella nunca amainara, cada cinco o seis meses se los robaban, si bien esos diamantes volvían a aparecer al cabo de ocho o diez días. Y con esa estrategia, la prensa publicaba descripciones sobre los diamantes detallando su valor y aspecto, mientras a los buenos burgueses se les salían los ojos de las órbitas.

Al entrar en el reservado, solo encontraron a Frédi Wuelffenstein, quien había sido invitado por Zalaméry. Wuelffenstein también formaba parte de la delegación y en aquel momento se estaba contemplando en el espejo de la pared: su figura larguirucha, los hombros marcados con hombreras, el pelo rubio claro, la cara de africano albino. Quizá imitaba la pose de gran hombre de estado de Berchtold que tanta admiración le había despertado esa tarde.

Llegó Stefi Szent-Györgyi y se pusieron a charlar. Frédi quiso hablar de política, pero ni Bálint ni los Kollonich se dejaron arrastrar. Primero, cada uno contó por qué había ido a Viena. Stefi se marchaba a Inglaterra a participar a una cacería con jauría. Los Kollonich acababan de llegar de la Alta Austria, donde habían sido invitados a otra cacería, esa de faisanes. Así que intercambiaron datos sobre faisanes, caballos y escopetas hasta que pasaron a hablar de La Pantera y de Kristóf Zalaméry. Todo el mundo sabía que Kristóf se había vuelto loco por ella la noche de la primera actuación. Se rumoreaba por toda la ciudad que gastaba enormes sumas en ella y que

había añadido una nueva pieza a su tesoro: un collar de diamantes de estilo *collier de chien*. Los vieneses se habían enterado de todos los detalles: que lo había comprado en la joyería Klinkosch del Mehlmarkt y que le había costado sesenta mil coronas, así como que él era tremendamente celoso: le gustaba lucirla, pero la guardaba como un dragón. No se despegaba un solo paso de ella.

—Ahora estará en su carruaje a la salida del Ronacher esperando a que se cambie para traerla aquí —dijo Péter—, no sea que por casualidad se encuentre con alguien en el camino.

Niki se rio a carcajadas.

—¡Qué bruto es este Kristóf! Se está gastando una fortuna en esa mujer y cree que podrá tenerla para siempre. Mientras, La Pantera lo engaña todas las noches.

—¿Cómo es posible si Kristóf vive con ella en el Hotel Imperial?

—Sí, pero tienen las habitaciones separadas por un salón común. Kristóf solo puede quedarse con ella hasta las tres de la madrugada. ¡Y entonces entra el otro!

—¡Qué va! —lo interrumpió Péter, al que siempre le molestaba la lengua viperina de su hermano menor—. Eso sería demasiado complicado. ¿Dónde estaría esperándola el otro? ¿En el pasillo, en el vestíbulo? ¡Eso es absurdo! Uno más de tantos chismorreos vieneses.

—¡No! La Pantera tiene una confidente. Medio secretaria, medio alcahueta. Una señora mayor que siempre está con ella vaya a donde vaya. La llaman la *contessa* porque suena más elegante y con ella hace el negocio. Uno espera en la habitación de esa señora, siempre contigua al dormitorio de La Pantera, hasta que ella queda libre.

—¿Cómo lo sabes con tanta certeza? —preguntó, irritado, su hermano.

—¿Cómo? ¿Cómo? ¡Pues porque todo el mundo lo sabe en Viena!

—¡Todo el mundo es nadie!

—Si quieres saber por qué lo sé... —se rio Niki de mala manera—, pues lo sé porque yo mismo fui ayer y no fue tan caro, ¡solo quinientas coronas en total! ¡Valió la pena solo por burlarme y reírme del tonto de Kristóf!

Abády sintió asco. Quiso marcharse, pero se decidió demasiado tarde. Se abrió la puerta del *séparée* y entraron Zalaméry y la bailarina.

El hombre, de constitución hercúlea, había empezado a quedarse calvo, tiraba a gordo y era de movimientos pesados. Si bien lucía un esmoquin impecable cortado por el mejor sastre de Inglaterra, parecía haberlo alquilado. Zalaméry lo tenía todo a medias: disponía de una cuadra, pero nunca había ganado una copa importante; tenía un coto de caza, pero él nunca había cazado una buena pieza, solo sus invitados. Y es que era un hombre de buen corazón, pero muy vanidoso. Le gustaba que lo admirasen y presumir de su fortuna. Y por la misma razón, aparecía con su amante para lucirse con ella ante sus amigos.

Ella era realmente una belleza excepcional: alta, esbelta, tenía ciertos rasgos griegos bajo el pelo negro como el hollín y unos enormes ojos encendidos entre sus tupidas pestañas. Sus manos y pies eran perfectos, pero lo que más llamaba la

atención era su forma de andar. Se movía como los grandes felinos. Sus movimientos eran tan flexibles que parecía estar preparada para saltar en cualquier momento. Seguramente por eso la llamaban La Pantera. Además tenía la mirada fría, como las fieras.

Su traje de seda azul oscuro caía suavemente sobre sus curvas, con las mangas anchas y el cinturón ajustado. Parecía mitad traje de noche, mitad bata. Lucía una sola joya: el collar que le había regalado Kristóf. Así honraba a su generoso admirador. Las otras joyas solo las llevaba en las actuaciones.

Se presentó a todos y dio su mano para que los hombres allí reunidos se la besaran.

No demostró ni con un pestañeo que a Niki ya lo conocía. Tal vez ni siquiera se acordase de él. Seguramente no le interesaba nadie. Para ella todo —el baile, los diamantes, la belleza, la sonrisa helada en la cara— era puro negocio. Conversó con cierta frialdad sobre nimiedades, pero con modales mundanos y elegantes. Solo pidió pescado frío y una copa de champán. No quiso nada más, estaba cansada.

—No tardaremos mucho, ¿verdad? —preguntó a Kristóf con voz sumisa, con la que demostró delante de los otros hombres que lo consideraba su amo y señor. Al mediodía siguiente tenía ensayo. Estaba aprendiendo una coreografía nueva, muy bonita. Una danza rusa muy difícil que debía aprenderse bien porque en tres semanas actuaría en San Petersburgo. A los rusos les entusiasmaría.

Charló animadamente, pero nada de lo que dijo tenía sustancia alguna. Seguramente así era como actuaba en todas partes, en todas las capitales de Europa, con cientos de hombres cuyos nombres desconocía u olvidaba inmediatamente al marcharse a otra ciudad a conocer más hombres. Si no hubiese sido tan hermosa y si el ritmo ondeante de sus maravillosos gestos hubiese permitido prestar atención a sus palabras, La Pantera habría sido una mujer aburrída. Sus manos, sus dedos y sus brazos se movían con una armonía perfecta. Su cabeza y sus hombros, siempre acordes, creaban una imagen siempre magnífica, como compuesta por un artista.

Bálint la observó y se preguntó si lo habría aprendido o sería innato en ella. Entretanto, una señora mayor abrió la puerta del *séparée* y se quedó en el umbral.

Aquella mujer era de constitución mediana, más bien delgada, y vestía un simple traje de seda negra. En su juventud debió de tener el pelo castaño, pero solo quedaban unas líneas oscuras, el resto era de plata azulada. Tenía mucho pelo, que llevaba en dos coronas alrededor de la cabeza, como Sissi. Lucía dos rizos cortos en sus marcados pómulos de tártara. Su rostro era interesante, distinguido y de cutis suave. Las cejas, juntas y negras como el hollín, resaltaban aún más su palidez. A pesar de su edad se mantenía tan recta, tan aristocrática, que a su lado La Pantera daba la sensación de ser una doncella bonita.

No saludó y tampoco esperaba que la saludasen.

Se presentó como un soldado de servicio.

—*J'ai tout rassemblé, Madame...* Ya lo he recogido todo, señora. ¡Aquí tiene! *Il*

ne manque rien. No falta nada —dijo, mientras sus manos acariciaron la gran bolsa de cordobán que llevaba colgada a la altura del codo. Seguramente hablaba de los diamantes.

—¿Le puedo servir en algo más?

—No. Ya se puede volver a casa, *contessa*... ¡Un momento, espere! ¡Llévese esto también! —respondió La Pantera y se dirigió a Kristóf—: No te importa que me lo quite, ¿verdad? —Se trataba de la joya *collier de chien* que él le había regalado.

—Por favor, quítamelo tú —dijo e inclinó su hermoso cuello hacia el pecho de Zalaméry.

Zalaméry no fue muy rápido. Con aquellos gruesos dedos suyos tardó unos minutos en encontrar la hebilla. Entretanto la *contessa* esperó inmóvil. Solo repasó la mesa con los ojos. Bálint tuvo la sensación de que se pararon en él más que en los demás. Le atrajo su mirada. Ojos gris claro entre tupidas pestañas. Y le parecieron familiares. ¡Como si ya hubiese visto esa cara!

Pero todo pasó por su cabeza como un relámpago, como una impresión casi inconsciente.

Kristóf entregó los diamantes y la bolsa de cordobán se cerró con un *clic*. Mientras, los ojos de la *contessa* volvieron a pararse en Abády. Por un instante clavó su mirada en él y solo después dijo:

—*Bonne nuit, Madame, Bonne nuit, Messieurs*. —Hizo un gesto con su cabeza coronada de trenzas y se marchó. Al despedirse Abády volvió a tener la sensación de que se había dirigido a él, pero ¿quién era aquella mujer? ¿Quién? ¿Dónde la había visto?

Reanudaron la conversación, pero Bálint solo podía pensar en ella.

A los pocos minutos entró un camarero y le entregó a Abády una tarjeta. «Comtesse Julie Ladossa» rezaba con letra pequeña de imprenta. En el reverso había cinco palabras en húngaro: «Por favor, salga un momento».

¡Júlia Ladossa! ¡La madre de László Gyerőffy!

La señora estaba esperándolo en el oscuro vestíbulo, sentada en un sofá pegado a la pared. Sostenía la bolsa de cordobán en las rodillas y encima descansaba las manos. Unas manos preciosas, largas y estrechas, aunque ya arrugadas: ¡las manos de artista de László! Bálint se sentó.

—Disculpe que lo haya llamado. Hace tiempo que no he hablado con nadie de Transilvania. Le he reconocido enseguida, se parece tanto a su padre... Para estar segura le he preguntado al camarero jefe...

—A su servicio... —contestó Bálint, pero estaba tan emocionado que no pudo continuar. Gastar cumplidos de cortesía como «Me alegro de conocerla» o algo parecido habría sido absurdo y más cuando acababa de descubrir que la madre de László vivía como una sirvienta o como algo todavía más humillante.

¿Qué vicisitudes habría sufrido esa mujer para llegar a eso?

El envilecimiento apenas había dejado huellas en ella. Solo en la comisura de los

labios se escondía una mueca amarga y cínica, como si la sonrisa despreciase a todo el mundo, tal vez a sí misma antes que a nadie. En su frente cejijunta había una arruga rebelde.

Preguntó por Transilvania, por el destino de los viejos conocidos: los Alvinczy y los Laczók. Preguntó con muchísima educación, llamando a todo el mundo por su nombre y apellido, como si no fuesen sus parientes o sus amigos de la infancia, subrayando así que ya no pertenecía a ese círculo. Ni podía pretenderlo ni lo merecía.

Hablaron con un tono de conversación relajado, como si tratarasen temas ajenos. De repente la mujer se calló por un momento.

Luego continuó con voz más sonora, cargada de pasiones reprimidas:

—¿Cómo está... mi hijo?

Qué difícil era responder a eso. Si lo hubiese preguntado con el mismo tono superficial y distante con que había preguntado por los otros, Bálint le habría contado la verdad abiertamente diciéndole con dureza que su hijo se había envilecido, que se había destruido y que era un simple borracho. Nada más. Se lo habría dicho por venganza, por castigo o porque la tragedia de László hundía sus raíces en su infancia, cuando su madre lo abandonó y se escapó de casa. Pero aquella voz con que se lo preguntaba, aquella voz que le salía de dentro, aquella voz apasionada que estaba llena de años de sentimiento de culpa, de sumisión y de vergüenza, de décadas de arrepentimiento y remordimiento... aquella voz afectó a Abády vivamente.

Por eso titubeó y le contestó con evasivas. No obstante, le informó sobre la situación actual de László: que había vendido el castillo y la finca y que vivía de una pequeña renta en Szamoskozárd, en la antigua casa de los criados; que había estado muy enfermo, pero ya se encontraba mejor, y que él, Bálint, no lo había visto desde hacía tiempo porque László había roto con todo el mundo.

—¡Oh! ¿Él también? —susurró la mujer, y su mirada se perdió en la lejanía.

Durante unos minutos guardaron silencio, luego la mujer se levantó.

—Desde aquí nos vamos a San Petersburgo, luego la próxima parada es Moscú. Después vienen Odesa y Bucarest. A finales de febrero estaremos en Budapest. Si usted estuviese allí por esas fechas... y estuviese dispuesto a volver a verme... y traerme noticias... le quedaría muy agradecida...

—Iré a verla sin falta...

—Probablemente nos alojaremos en el Hotel Hungría. No lo sé con certeza, porque lo organizará el representante.

Bálint pensó que entonces Júlia Ladossa le daría la mano y se marcharía, pero no fue así, se quedó allí muda e inmóvil, meditando con la mirada perdida. En su frente pálida la arruga vertical se hizo más profunda. Lanzó una mirada rápida a Abády y le preguntó:

—Dígame, ¿suele ver alguna vez a Sándor Kendy, al que llamaban el Boquituerto?

—Por supuesto que sí, aunque no muy a menudo... A veces, si viene a

Kolozsvár...

Entonces los labios de la mujer se torcieron en una sonrisa extrañamente cruel. Se estiró como si hubiese crecido. Un brillo, una llama aterradora, odiosa, se encendió entre sus pestañas.

—Pues cuando lo vea, dígame que se encontró conmigo y cuénteles a qué me dedico.

Le dio la mano y repitió desde la salida:

—Dígame a qué me dedico...

Y soltó una risa malévola.

Bálint se quedó atónito.

¿Qué significaba aquello?

¿Por qué quería que se lo contara a Sándor Kendy?

¿Y por qué se interesó por el Boquituerto solo al final? ¿Por qué no lo hizo cuando preguntó por los conocidos, y no al marcharse? ¿Y ese encargo inesperado? ¿Y la risa demoníaca?

¿Cuál era su relación?

Repasó rápidamente todo lo que había oído sobre la madre de László. Nunca nadie, ni la señora Kollonich, ni la tía Lizinka, habían vinculado el nombre de Sándor Kendy con el de Júlia Ladossa. Y eso que de ella nunca decían nada bueno. Era cierto que nadie sabía con quién se había fugado. La tía Lizinka sospechó de todo el mundo, sobre todo de individuos desconocidos. Tuvo que inventarse a un húsar, a un criado o a un funámbulo itinerante porque no tenía ningún dato concreto, pero nunca sospechó de Sándor Kendy, seguramente porque el Boquituerto estaba fuera de toda sospecha.

Bálint estaba pensando en esos detalles cuando de repente le asaltaron los recuerdos de su visita a Kiskeresztúr, a la casa del viejo Boquituerto. El bello retrato del salón. Entonces había creído que se trataba de la señora Kendy de joven, pues aquellos rostros eran idénticos. Bálint pensó que tal vez, en algún baile de disfraces, había llevado ese traje con volantes a la anticuada moda de 1870 con que fue pintada. Así lo creyó entonces. Y además lo preguntó, pero acababa de caer en la cuenta de que no obtuvo respuesta.

Recordaba que en el retrato se percibía la señal de una raja. Una herida del lienzo ya restaurado que llegaba hasta la cadera izquierda de la figura. Le llamó la atención y quiso preguntárselo a aquel viejo huraño. Mucho antes había oído que Mihály Gyerőffy, cuando su mujer se escapó, tiró el retrato de Júlia por la ventana. ¿Sería aquel retrato? Pero ¿cómo había llegado a Kiskeresztúr y por qué?

Y Kendy se había casado con aquella modesta muchacha sorda porque era idéntica a la otra mujer de hacía treinta años, a la mujer que acababa de marcharse con una risa diabólica.

Aquellas eran las páginas de una novela hacía mucho tiempo acabada, una novela

que ya no se podía volver a escribir. Sintió pudor al repasarlo. «No hay que husmear más —se dijo—. No se debe buscar la verdad. Hay una cosa sagrada en la vida, propiedad exclusiva de cada uno, en la que nadie tiene derecho a inmiscuirse: los sentimientos».

Y pensó en su propia novela con Addy, en su historia de amor de diez años.

Se llenó de gratitud y felicidad. A pesar de las fuertes tormentas que habían atravesado, ellos nunca habían tenido malentendidos. Y por fin habían llegado a buen puerto.

Hasta que la muerte los separase.

Bálint naturalmente nunca entregó el mensaje de Júlia Ladossa a Sándor Kendy el Boquituerto. Jamás pensó hacerlo. Sin embargo, aquella conversación lo motivó a actuar.

Cuando la antigua esposa de Mihály Gyeróffy le preguntó sobre el estado de su hijo, Bálint se avergonzó. Sintió vergüenza de poder decir tan solo generalidades sobre László. Le avergonzó no haber pensado en tanto tiempo en su amigo de la infancia. También era cierto que la culpa era de László, pues fue él quien había rechazado todos sus intentos de acercamiento. La última vez, cuando murió su madre, Bálint le envió un telegrama y, para que pudiese asistir al entierro, le ofreció recogerlo en su automóvil, pero no contestó, ni siquiera envió un telegrama de condolencia. Su actitud le dolió mucho y pensó que no se lo perdonaría.

Pero lo superó y decidió ir a verlo y retomar la relación con su amigo.

Después de volver a casa se fue a Szamoskozárd. Hacía ese tiempo suave tan propio de Transilvania a principios de diciembre. Hacia mediodía se detuvo delante de la antigua casa de los criados. La puerta de la destartalada valla de estacas estaba abierta. Y parecía que no la cerraban nunca. Bálint entró en la casa. El primer cuarto era la cocina. A la derecha, se abría un cuarto tremendamente destartalado con un camastro de tablas, una mesa, un tabardo de sayal que colgaba de la pared y, debajo, un par de botas campesinas muy desgastadas. No podía ser el cuarto de László, por eso entró en el cuarto de la izquierda.

Aquel no tenía mejor pinta. Los muebles de pino tenían al menos las nervaduras pintadas a imitación de la madera noble. Seguramente procedían del castillo, de algún cuarto de la servidumbre. En la cómoda había un estuche de escopeta de fino cuero inglés que llevaba el nombre de László: «Count Ladislas Gieroffy». La habitación estaba recogida; el suelo, recientemente fregado; las dos ventanas, abiertas. Debía de estar ventilándolo.

Dio la vuelta a la casa porque pensó que encontraría a László en la parte soleada. Allí tampoco estaba. Solo había una persona al fondo de la huerta. Una muchacha adolescente que estaba lavando en el arroyo. Bálint fue a verla.

En la orilla, aquella muchacha metía la ropa blanca en las aguas, la frotaba con jabón y la golpeaba en una tabla de madera.

Era una muchacha preciosa. Tan hermosa que Bálint casi se quedó mudo cuando la vio de frente. Tenía unos enormes ojos de corzo entre pestañas negras como el hollín y las cejas largas y tan delgadas como si se las hubieran trazado con un pincel fino. El rostro ovalado, sonrosado y suave. Los labios carnosos y rojos como la sangre. Estaba delgada como una espiga. Se había remangado la blusa hasta los

codos. La piel de sus brazos marfileños, de su cara y cuello, resplandecía. Solo las manos estaban laceradas de tanto trabajar. En la cabeza llevaba un pañuelo al modo campesino, pero ella no era una campesina. Su traje, aunque sucio y manchado, y su delantal todavía más miserable, no eran los de una mujer del campo sino de la ciudad. Calzaba unas botas que debía de habérselas comprado a un chamarilero y que le habrían llegado hasta la pantorrilla si no hubiesen perdido los botones hacía tiempo. Pese a su aspecto desaseado, la muchacha era de una belleza tal que hubiese hecho perder la cabeza a quien la viese.

Bálint la saludó y preguntó:

—He venido a ver a László Gyerőffy. ¿Sabes dónde lo puedo encontrar?

La muchacha lo miró enfadada.

—¿Qué quiere de él? ¿Por qué ha venido? —preguntó refunfuñando.

—Soy su primo, Bálint Abády.

La muchacha hizo una pequeña reverencia, como debía.

—Regina Bischitz —dijo y añadió—: la hija del tendero.

—Ahora que nos hemos presentado —dijo Bálint bromeando—, me dirás dónde puedo encontrar a László.

Regina se encogió de hombros:

—Se lo han llevado a Szamosújvár.

—¿Que se lo han llevado?

—¡Sí! ¡Ese tal Fábián! —Acto seguido cogió una camisa de hombre haraposa y mugrienta, le lanzó una mirada, la mojó en el arroyo, la escurrió y empezó a enjabonarla.

—¿Fábián? ¿Quién es ese Fábián?

—¡Oh! —dijo la muchacha—. ¡Mala gente! Fábián es quien suele llevarlo allí, de juerga, y siempre lo emborracha... Y lo destruye... ¡Canalla!

—Si supiese dónde encontrarlo en Szamosújvár, iría por él.

—¡No! ¡No debe ir allí! ¡No debe! ¡Aquello es horrible! —exclamó Regina y grandes lágrimas brillaron en sus pestañas—. Ese Fábián lo lleva a casa de malas mujeres, muy malas, y eso es lo que lo está arruinando. Y eso que el conde está enfermo, gravemente enfermo, se lo contagiaron allí... Y ese hombre le da de beber... y beber... y...

No dijo la última palabra, solo apretó los delgados dedos en un puño y dio un golpe en el aire. Después cogió la camisa y comenzó a darle contra la tabla con tanta fuerza como si aquel trozo de madera fuera el odioso Fábián, como si estuviese pegándole a él, como si pudiese matarlo a palos. Al doblarse, las lágrimas le caían de los ojos: diamantes gruesos gotearon sobre la ropa.

Enfrente de la muchacha había un ancho tronco de sauce. Bálint se sentó encima y esperó. Esperó un buen rato. Esperó a que Regina, cansada por el esfuerzo, hiciese una pausa. Entonces le preguntó cuándo volvería László.

—¡No vale la pena que lo espere! —dijo la muchacha—. Y cuando regrese estará

en un estado... ¡Ni se lo imagina! Y volverá a emporcar la habitación que le acabo de fregar esta misma mañana... Y así una y otra vez todo... Fregar, ventilar, lavar.

La venció la tristeza. Se sentó en el banco con la espalda recta y la mirada clavada en el arroyo.

—¿No tiene otro criado?

—Yo no soy su criada. Yo... solo... solo lo hago para hacerle un favor... porque no soporto ver... que un señor como... un señor...

—Le servía un viejo llamado Márton. ¿Ya no está?

La muchacha hizo un gesto resignado con la mano.

—¡Ese tampoco vale nada! Apenas le hace la comida y le engrasa las botas. Nada más. Y ahora tampoco está. Se ha ido a poner lazos en el bosque. No se ocupa de nada. Yo lo hago todo porque no soporto ver que vive como un cerdo. Y lo hago a hurtadillas. En secreto. Me escapo de la tienda cuando mi padre no me ve. Hoy puedo trabajar durante el día porque se ha ido a Kolozsvár, pero normalmente solo puedo venir por la noche o de madrugada, porque si me pilla, me pega.

Volvió a callarse.

El pañuelo se le había caído al cuello, su cabello color rojo Tiziano volaba libremente en la brisa. La muchacha estaba inmóvil como una estatua. Sus hermosos pechos apuntaban bajo el paño de la blusa. Era hermosa. Un pimpollo de rosa de Hebrón por brotar. Grandes lágrimas temblaron en el filo de sus pestañas y bajaron lentamente por su cara.

—¿Cuántos años tienes, cariño? —le preguntó Bálint para desviar los pensamientos de la muchacha.

—Quince —respondió Regina y volvió a callarse. Súbitamente surgió de ella una avalancha de quejas, porque tal vez notó la comprensión de Abády o porque estaba apenada.

Habló atropelladamente sin orden ni concierto.

Le contó que cuando László había tenido que guardar cama por la pulmonía — hacía ya de eso casi cinco años— lo había cuidado y había velado por su sueño. Y que desde aquel día lo hacía todo por él. También le llevaba aguardiente a escondidas si se le acababa el crédito en la tienda, otras veces jabón, incluso petróleo, si le hacía falta.

Ella se ocupaba de todo. Cada día hacía más y más, pero era inútil, inútil, totalmente inútil.

—¿Por qué es inútil? —se sorprendió Abády.

—Es inútil del todo. No me dirige ni una buena palabra, solo si le traigo aguardiente. Entonces me dice «Eres una buena muchacha, pequeña Regina» o «Me alegro de que hayas venido, pequeña Regina». Eso es todo. ¡Todo! Pero no es por mí, sino por el aguardiente.

—¿De verdad?

—De verdad... Acepta todo lo que hago, pero no me lo agradece con una sola

palabra. Encuentra natural que yo le limpie la casa, que lo asee si se ha emborrachado o que le friegue los brazos con ese asqueroso unguento negro que le recetaron para aquello que pilló... en aquella casa de Szamosújvár.

De repente se levantó furiosa:

—¡Y a mí, a mí ni siquiera me ha acariciado jamás la cara!

Bálint quiso consolarla.

—A lo mejor no lo ha hecho porque todavía eres muy joven, casi una niña. Seguramente te tiene afecto a su manera.

—¿De verdad lo cree? —preguntó Regina. Con una sonrisa resignada volvió a sentarse en el banco y continuó—: Sí, me tiene afecto a su manera. ¡Sí! Como si fuera un animal doméstico. Y solo a mí me tiene confianza. Solo a mí me cuenta cosas de su vida. Solo esos cuentos son alguna recompensa, porque sabe contarlos tan bien y son tan maravillosos... —Reflexionó un momento y añadió con tristeza—: Pero últimamente, desde que ha perdido tanto peso, raras veces me habla.

Abády le preguntó asombrado:

—¿Ha perdido mucho peso? ¿Últimamente?

—Sí, últimamente, desde hace un par de semanas. Es cierto que apenas come. Y puede ser que en secreto lo vomite todo...

Bálint preguntó si lo había visitado algún médico, si había tenido otros síntomas, si tosía o si tenía manchas rojas en las mejillas. Regina le contestó con precisión. El médico lo visitaba todas las semanas. László tosía, pero como siempre. ¿Las manchas rojas? Si bebía mucho, sí... pero lo demás... tal vez...

Abády durante unos minutos guardó silencio, luego le dijo:

—Habría que ingresarlo en un sanatorio... yo me encargaría de que cuidasen de él.

—¿Ingresarlo? ¿Llevarse de aquí? —Regina se asustó. Como un rayo, sintió temor. Podrían quitarle a László, llevarse de aquí, ella no lo vería nunca más. Nunca más. ¡No! ¡No podía permitirlo! ¡Se le rompería el corazón!

Se dio cuenta de que había hablado demasiado y de que peligraba lo que daba valor a su vida, de que debía disimular la verdad para que no le arrebatasen a László. Enseguida comenzó a dulcificar las graves cosas que había dicho: que el médico pensaba que sus cuidados serían suficientes; que no solo el médico de Iklód lo visitaba todas las semanas sino también otro más importante de Szamosújvár; que había mucha gente que miraba por él, como un tal Simay, que era quien enviaba los veinte florines con que Bischitz pagaba la comida de László y quien se encargaba también de los gastos de farmacia.

—¿Quién es Simay?

—Un abogado en Szamosújvár. Mi padre le escribe si falta algo...

—¿Sí? ¿Y esa persona se encarga de él?

—Sí. Ya lo hacía cuando tuvo pulmonía —confirmó Regina decidida.

Hasta ese momento había dicho la verdad, aunque adornada, pero entonces

decidió mentir resueltamente:

—Los médicos dicen que está mejorando y que pronto estará bien del todo...

Abády lo dudó.

—Hace un momento me has dicho que está adelgazando a ojos vista, que vomita la comida y que se está destruyendo.

Regina sonrió:

—Sí, lo he dicho, pero no es del todo cierto...

—¿No?

—No... yo... estoy un poco desesperada porque ha vuelto a ir allí... Por eso... por eso he exagerado un poco, pero no es tan preocupante, de verdad...

La pequeña Regina lo hizo tan bien que Bálint tuvo que tragarse que la muchacha había exagerado las cosas por celos. Sin embargo, no quería marcharse sin haber retomado la relación con su amigo de la infancia.

—¡Mira, cariño! —dijo y sacó de su cartera dos billetes y una tarjeta—. No voy a esperar a László. Le dejo doscientos florines. Te los dejo a ti y, si pasa algo, si László de repente necesitase algo, que se lo compre. Aquí está mi dirección. Si empeorase o si fuese necesaria mi ayuda en cualquier cosa, por favor, envíame un telegrama. ¿Verdad que lo harás?

—¡Oh, claro que lo haré! —respondió Regina—. Lo haré sin duda. —Pero para sí se dijo: «¡Nunca! ¡Nunca! ¡Para que tú me lo quites! ¡Nunca! ¡Nunca!».

Se estrecharon la mano en la orilla del arroyo. Apenas partió Bálint a casa, la muchacha volvió a dedicarse a golpear contra la tabla, aunque de vez en cuando lo seguía a hurtadillas con la mirada. La atormentaba pensar que pudiese cambiar de opinión y esperar a László.

En ese caso habría podido quitárselo y más si lo traían de vuelta a casa como una cuba... Entonces descubriría que todo lo que había dicho sobre su mejoría había sido mentira.

Miró varias veces hacia el camino. Solo se relajó cuando oyó un ruido de motor y el automóvil de Bálint pasó junto a la valla de la finca hacia Kolozsvár.

Aquella era la primera vez que Bálint pasaba las Navidades solo. Y pensó que eran las primeras y también las últimas que pasaría en soledad.

Las próximas Navidades Adrienne estaría con él y, después, con la ayuda de Dios, la familia sería cada vez más numerosa.

Para los criados de Dénestornya la fiesta no había cambiado, se celebraba como en vida de la señora Abády. Todo era igual: en el centro de la mesa, el árbol rodeado de los regalos, que las señoras Tóthy y Baczó habían colocado sobre el mantel blanco. En la puerta aguardaba el mayordomo. Solo faltaba la butaca dorada de la señora Róza, pero Bálint esperaba a un lado, como si su madre estuviese presente. Así entregó los paquetes a las mujeres y los niños. Quiso mantener la tradición para que más adelante Addy la continuase como lo había hecho Róza Abády toda su vida.

Cuando todo el mundo se marchó y se apagaron las lucernas y los cientos de velas de los candelabros, él se quedó un rato más. Recorrió lentamente la enorme sala. Se detuvo delante de las vitrinas y las mesas que había en la entreventana. Repasó con los ojos los objetos familiares, un poco distraído, un poco melancólico. Todo eran recuerdos, viejos recuerdos. Los armarios de cristal guardaban diversos objetos. Estupendas tazas al estilo Alt-Wien y Vieux-Saxe, el viejo candado de la puerta del castillo y otras piezas feúchas: una doncella de porcelana cuya falda abierta le hacía no perder el equilibrio, un perro faldero con los ojos saltones, regalos que su madre había recibido en su infancia y había colocado entre las valiosas tazas y las figuras de porcelana porque les tenía afecto.

Bálint conocía la historia de cada uno. Debían quedarse allí. Todo debía permanecer como estaba.

Al final bajó, se puso la chaqueta y salió a la oscuridad. Descendió hacia el cementerio.

La cripta de los Abády estaba pegada a la pared de la vetusta iglesia. Había sido construida a finales del siglo XVIII, cuando ya no se enterraba en las iglesias. Allí yacían sus abuelos, su padre y, desde la primavera, su madre.

La cripta estaba cerrada, pero Bálint no quería entrar. Solo acercarse a la puerta. Allí se detuvo como si viniese a informar que la celebración navideña, que él guardaría para siempre, había acabado. Solo se quedó unos minutos. Rezó una oración y volvió al castillo muy despacio.

El tiempo pasaba lentamente.

Adrienne volvió de Lausana un poco más tarde de lo que había planeado porque

la pequeña Klémi había tenido fiebres no muy altas y su madre había querido esperar a que la examinasen. Los médicos le dijeron que no era nada preocupante, que las adolescentes solían padecer fiebres. Ya se le pasaría. ¡No! No había razones para preocuparse. Así se lo aseguraron.

Y regresó más tranquila.

En cuanto hubiera regresado debía encargarse de muchas cosas. Ella y Bálint tenían muchos planes. En Dénestornya, el arquitecto trazó el plano del ala a la que pensaban trasladarse. Discutieron con contratistas para instalar agua corriente y luz eléctrica, hasta entonces desconocida en Dénestornya a pesar de ser tantos en casa. ¿La subiría desde el molino un motor o una turbina? Ambos estuvieron ocupadísimos decidiendo una cosa u otra a diario.

En el mundo reinaba la calma, también en los Balcanes. Solo los albaneses alteraban el orden. Sorprendentemente no estaban encantados con el rey que las grandes potencias les habían impuesto. El excelente príncipe Wied, en vez de establecer contactos con sus propios súbditos, llevaba dos meses de gira de agradecimiento y ya había recorrido todas las cortes de Europa. En las capitales gallardeaba con su figura esbelta y sus dientes de caballo. Una gira era la ocasión perfecta para pavonearse, porque al ser rey siempre estaba en el centro de cualquier acto y todo el mundo podía ver qué joven tan apuesto era. Y como no dejaban de alabarlo, esbozaba una sonrisa permanente llena de buena voluntad e ignorancia.

Esos albaneses de mala raza habían aprovechado los dos meses de reinado para rebelarse más que nunca. En enero proclamaron un antirrey en la persona del pachá Izzet y las grandes potencias, después de advertir que eso no se podía tolerar, enviaron una flota a Vlorë. Al mismo tiempo ordenaron a Wied que acudiese de una vez a su país y ocupase el trono. «¡Claro! ¡De inmediato! —dijo el flamante rey—. ¡Iré, pero el escudo nacional no está todavía acabado!».

Se lo había encargado al mejor heraldista del mundo. ¿Cómo iba a ocupar el trono sin escudo? ¡Un rey sin escudo no era un rey! Y además tenía que organizar una guardia real, a la que habían sido llamados todos los jóvenes de Europa ávidos de aventuras, pero todavía no se había formado. ¿Cómo iba a viajar a su país sin guardia real? Y siguió con sus viajes, sus visitas y sus sonrisas por Roma, Berlín y Londres.

Aunque apenas se podía suavizar la situación en Albania, el asunto de las islas del Egeo se resolvió sin dificultad. Imbros y Tenedos serían devueltas a la Sublime Puerta y las demás se las darían a Grecia, aunque provisionalmente las ocupasen los británicos. Así, al menos de momento se hizo el silencio en la región.

Sin embargo, había indicios inquietantes de que algo se movía bajo la tierra. Y no solo en los Balcanes. En la Transcarpacia actuaba un agente ruso disfrazado, un tal conde Bobrinsky.

Al parecer ya llevaba bastante tiempo en Rutenia, pero solo se dieron cuenta de su presencia cuando comenzaron a aflorar ya no las típicas iglesias de madera sino numerosas iglesias de piedra de estilo ruso con fondos desconocidos. Allá donde se

construía una, aparecía la imagen del *zar blanco*, el padre de todos los rusos. Pero Bobrinsky no solo había ido a levantar iglesias... Seguramente había examinado los pasos de los Cárpatos y había reclutado informadores de confianza. Más de cincuenta personas fueron detenidas y a finales de diciembre comenzó el juicio.

A principios de 1914 reinaba la calma que siempre precede al temporal.

La sociedad húngara no notó nada. El Parlamento húngaro tampoco. Como era habitual, se divertían con los escándalos de turno. El único que intentó aprovechar el tiempo fue Tisza. Solo él se dio cuenta de que en ese momento era necesario llegar a algún tipo de paz con las minorías. Hacer las paces antes de que una crisis bélica pusiese a prueba el país. Entabló negociaciones con Maniu, dirigente del Partido Nacional de Transilvania. Justh y los más nacionalistas lo atacaron enseguida y el condado de Pest protestó con vehemencia. Las negociaciones duraron seis semanas. Cuando el Comité Nacional Rumano rechazó todas las propuestas del primer ministro Tisza, este anunció que pese al rechazo cumpliría con las promesas por voluntad propia y sin contraprestación alguna.

Aquel fue el último intento y llegó tarde. Comparada con las exigencias de Rumania, alentadas por la paz de Bucarest, su propuesta era pobre, pero Tisza, aunque hubiese querido, no habría podido ofrecer más. Y no habría podido prometer más porque muy pocos eran conscientes de la gravedad de la situación internacional.

A finales de febrero Bálint volvió a visitar el pueblo de Magyarókerék, en la región de Kalotaszeg. Su visita se debió a su interés por el logro que allí acababa de producirse. Después de varios intentos se había puesto en marcha por fin una cooperativa de explotación maderera al estilo de las que ya funcionaban en el País Székely. Abády quiso introducir la idea del cooperativismo en la región. No fue fácil. En los pueblos mayores, Kalotaszentkirály, Magyarvalkó o Gyerőmonostor, no tuvo respuesta, pero los ingeniosos vecinos de Magyarókerék se mostraron dispuestos a actuar. Y ya hacía un mes de su constitución. Naturalmente no tenían mucho capital, solo buena voluntad, honestidad y ganas de trabajar, por eso debían encontrar un bosque por el que no tuviesen que pagar previamente por los árboles de tala, como solía hacerse. Los propietarios de bosques solo miraban por su seguridad y no estaban dispuestos a vender, razón por la que Bálint decidió cederles un bosque de su propiedad que estaba separado por las laderas del Kőhegy del pueblo de Székelyjő. Les concedió un crédito por su valor hasta que pudiesen devolverlo con la venta del material explotado. Antes tenía que visitar la explotación con el ingeniero Winkler y Miklós Gányi para marcar el área de tala y orientar la gestión de la cooperativa.

Hacía un tiempo lluvioso, todo estaba cubierto de fango y lodo, pero al menos ya se había derretido la nieve de las laderas.

Por la mañana recorrieron el área de tala y la marcaron con estacas. Por la tarde, en casa del juez, decidieron los detalles. Levantaron acta de que cuando se realizase

la venta de la madera explotada, se tendría que pagar el precio de los árboles y el salario de los obreros; el resto se destinaría a capitalizar la cooperativa. Este último punto fue deseo de Abády y la condición principal que puso para hacer aquel favor.

Una vez acabadas las negociaciones solo quedaba copiar los documentos y decidir los pormenores. Necesitarían una hora más, pero bastaba con que se quedasen Winkler y Gányi. Así, Bálint aprovechó el tiempo para visitar a Far kas Alvinczy.

No lo había visto desde hacía mucho tiempo.

Far kas, después de que los hermanos Alvinczy, a la muerte de su padre, se hubiesen repartido la poca fortuna que les quedó, se había retirado a Magyarókerék.

Abády lo había visto por última vez en Kis-Küküllő, en aquella fiesta en la que Pityu Kendy condenó a muerte al aguardiente. La presencia de Farkas en aquella fiesta había sido una excepción: desde aquel día no había vuelto a salir.

Tuvo que ascender por una pendiente abrupta hasta llegar a un lugar más llano, donde se encontraba la casa solariega de Alvinczy. Ya había caído la noche. Tal vez era mejor que todo estuviese oscuro, así no se vería tanto el deterioro que parecía ser el destino de esa vieja casa. No se verían los desconchados en el enlucido ni que en las esquinas se estaba cayendo la pared.

No vio criados, pero desde una ventana le llegó la luz de una lámpara. Subió las escaleras del porche con columnas y entró.

Allí encontró a Far kas Alvinczy. En la mesa del comedor había una lámpara y un enorme mapa. Far kas estaba inclinado sobre él; a su lado, un libro. Sumergido en la lectura, solo notó la presencia de Bálint cuando lo tuvo delante.

—¡Bálint! —exclamó—. ¡Qué sorpresa!

Se alegró de verlo, pero con distinción y mesura. Naturalmente le ofreció un trago.

Pero no un vulgar aguardiente casero, sino un rico y excelente licor.

—¿Qué te apetece? ¿Benedictino, *cointreau*, *chartreuse* o marrasquino de Zara? Tengo de todo.

Y era cierto, aquellas elegantes botellas formaban una fila en la copera.

—Ya solo gasto en bebida. He renunciado al mundo, al gran mundo en que viví. Ya no puedo. La bebida es lo único que más o menos puedo permitirme y más estando acostumbrado a lo mejor.

Brindaron y volvieron a sentarse a la mesa. Bálint le explicó el motivo de su visita. Después charlaron sobre los conocidos, las noticias económicas y la cosecha que se esperaba, pero pronto se les agotaron los temas. A Farkas no solo no le interesaba nada sino que hablaba con una superioridad desdeñosa despachando todo con un gesto despectivo de la mano y una sonrisa burlona. ¡Nimiedades!

Al final de la conversación, cada vez con más pausas, empezaron a hablar sobre el gran mapa que estaba sujeto a la mesa con chinchetas. Aquel mapa representaba el Índico desde Adén hasta el estrecho de Malaca. Bálint le preguntó qué estaba estudiando y Farkas se animó.

—Estoy viajando por ahí. ¿Ves? ¡Hoy mi barco ha llegado aquí!

—¿Tu barco?

—Sí, mi barco. ¡Míralo! —Y señaló una pluma de acero que estaba fijada en medio del mar azul, en el extremo de la India Occidental, y apuntaba hacia Ceilán.

—Esta pluma es mi barco. Todos los días lo adelanto tanto cuanto avanzo en mi libro. Anteayer salimos de Bombay y mañana estaremos en Colombo.

Le contó que llevaba viajando de ese modo dos años. Ordenaba por correo los libros de viaje y los mapas correspondientes. Cada día solo leía lo que se refería a una sola jornada de viaje. No más. ¡Sería un engaño! Así podría imaginarse allí de verdad. Si el libro decía que pasaban cinco días en el mar, pues se esperaba cinco días. Esperaba incluso con la lectura.

—Pero ¿no es muy aburrido esperar cinco días?

—Ni mucho menos. El tiempo pasa rápido. Me imagino el océano, los compañeros de viaje. Por las noches me pongo el esmoquin porque es obligatorio en un crucero de lujo, ¿verdad?

Ya había viajado mucho. El año anterior había dado la vuelta a Sudamérica pasando por Tierra del Fuego. Y había hecho un viaje de ida y vuelta al Polo Norte. ¡Un viaje bonito y didáctico, pero corto!

—Este es una preciosidad y hasta ahora hemos tenido buena mar.

Bálint miró atónito a Alvinczy. ¿Le estaba tomando el pelo? ¿Estaba burlándose de él? ¡No! Al parecer hablaba en serio. Su rostro de rasgos griegos, ya un poco hinchado pero todavía hermoso, reflejaba una expresión tranquila. De todos modos, los hermanos Alvinczy no eran precisamente famosos por su sentido del humor, de manera que debía ser absolutamente cierto aquello que le estaba contando. Solo en aquel instante, al observarlo de cerca, Abády se dio cuenta de que Farkas parecía muy aseado. Estaba recién afeitado, con el cabello alisado y bien peinado. Llevaba una elegante chaqueta azul de doble botonadura dorada, como era propio a bordo de un distinguido crucero.

—¿A qué puerto se dirige tu barco? —preguntó Bálint para que le contase más.

—¡A Tokio! Y de Tokio a las Filipinas y de vuelta pasaré por Sumatra y Java. Para regresar necesitaré otro mapa, pero ya lo tengo. ¿Quieres verlo?

Se disponía a levantarse cuando desde el vestíbulo entró Miklós Gányi. Parecía nervioso.

Apenas esperó ser presentado al anfitrión. Se dirigió inmediatamente a Abády.

—Un mensajero a caballo ha traído este telegrama de Bánffyhungad. Creo que es muy importante porque Zutor no lo habría enviado así sin una razón de peso.

—Discúlpame —dijo Bálint a Alvinczy y lo abrió.

Lo habían mandado desde Dénestornya ese mismo mediodía.

HOY DESDE SZAMOSKOZÁRD HA LLEGADO EL SIGUIENTE TELEGRAMA: «EL ESTADO DEL CONDE ES CRÍTICO. POR FAVOR, VENGA INMEDIATAMENTE. REGINA».

Abády se levantó de un salto. ¡László! László estaba a punto de morir, si es que no lo estaba ya. ¡Tenía que partir inmediatamente! Se lo leyó a Far kas, hablaron unos minutos sobre la noticia y Bálint se marchó de inmediato con Gányi.

Alvinczy los acompañó hasta la puerta y dijo unas palabras de pésame: «¡Qué lástima...! Era un buen amigo...», pero se le notaba que le daba igual. Cuando los otros se fueron, dio la vuelta y volvió a su libro y a sus mapas.

Se fue a Kolozsvár en el tren de la noche. En su piso le esperaba el siguiente telegrama de Szamoskozárd.

SU EXCELENCIA EL CONDE LÁSZLÓ GYERÓFFY PASÓ A MEJOR VIDA HOY A LAS CUATRO DE LA TARDE. MI SANTA OBLIGACIÓN ES OCUPARME DE TODO LO QUE HAGA FALTA. MI PÉSAME MÁS PROFUNDO A SU EXCELENCIA. UN SALUDO DE SU HUMILDE SERVIDOR, ÁZBEJ.

En otro momento Bálint se habría reído del empalagoso lenguaje del telegrama o le habría molestado ese tono sumiso e hipócrita, pero la muerte de László lo conmovió tanto que no podía pensar en nada.

Salió el día siguiente por la mañana con su automóvil. Antes de partir se acordó de que, según la prensa, La Pantera bailaba en Budapest desde el sábado anterior, de manera que Júlia Ladossa también se encontraba en la ciudad. Le envió un telegrama al Hotel Hungría.

Apenas pasadas las ocho de la mañana llegó a Szamoskozárd. En el umbral estaba sentado un anciano achacoso, el viejo Márton Ba log, con la mirada perdida. No se levantó, ni siquiera se tocó el gorro cuando Abády se le acercó y, a su pregunta, solo apuntó con el pulgar a sus espaldas:

—Está dentro. La judía está con él... —Y volvió a clavar la mirada en la nada.

Regina estaba sentada a la mesa que había pegado a la pared para que hubiese más espacio en la habitación cuando metiesen el ataúd. Solo ella había acompañado a László cuando murió. La muchacha le cerró los ojos, le sujetó la barbilla con un pañuelo, lavó el cadáver el día anterior y le afeitó la barba de varios días. László yacía en la cama, cubierto con una sábana. Las almohadas estaban en la cómoda.

En la mesa, delante de Regina, había sábanas dobladas, tres toallas y dos mantas, unas cuantas camisas, pañuelos y medias. Y ella había apuntado todo en una hoja, para que todo estuviese en orden y así poder rendir cuentas. ¿Para quién? No lo había pensado. Lo importante era que todo estuviese en orden. Continuaba escribiendo muy aplicadamente con un lápiz desgastado y mordisqueado e iba colocando la ropa blanca de un lado a otro.

Su cabello rojo echaba chispas a la luz de la ventana.

Respondió de manera rotunda y tranquila a todo. Sus ojos castaños de corzo parecían todavía más grandes de tanto velar y trabajar, pero no se le notaba el cansancio. Le contó lo que había ocurrido.

László se había ido consumiendo poco a poco. No tomaba más que medio vaso de leche y, al final, ni siquiera eso. No, no sufría. Tampoco tosía. Solo dormía cada vez más y más, en los últimos días solo se despertaba unos minutos.

Se durmió tranquilo. Se giró contra la pared. Así murió.

—¿Por qué no me avisó como me había prometido? —preguntó Abády enfadado.

Regina torció los labios carnosos, pero no contestó y le preguntó:

—¿Quiere verlo?

Fueron a la cama y la muchacha levantó la sábana.

László parecía estar durmiendo en la tranquilidad de la muerte. A Bálint le pareció ajeno por la nariz, que se le había vuelto afilada, el bigote largo y la calma infinita de la que nunca había disfrutado en vida. La cara, amarilla como la cera, era todo hueso. Sin embargo, parecía esbozar una sonrisa burlona en la comisura de los labios, como si una mueca de desdén le hubiese subido por la frente y las cejas...

A Abády le dolió su extraño aspecto y sintió alivio cuando Regina volvió a cubrirlo.

—En el armario hay un precioso traje completo. Me dijo que se lo pusiese cuando muriera.

Bálint se asombró:

—¿Sabía que se iba a morir?

—No. Yo creo que ahora no. Me lo dijo hace tiempo. —La muchacha abrió la puerta del armario y sacó una levita de color gris azulado, con chaleco de pico de botonadura doble color crema y pantalones de finas rayas blancas. Abajo, los zapatos de charol con la pala ahormada de color crema—. Ya había vendido todos sus trajes, pero aun estando tan necesitado de dinero aquel lo había conservado.

Regina lo colocó todo en una silla pieza por pieza y después dijo con voz meditabunda:

—Anoche me prometieron que el ataúd llegaría a mediodía desde Szamosújvár. Hay que vestirlo...

Bálint le ofreció su ayuda.

Cortaron las prendas por detrás para que fuese más fácil ponérselas. Cuando Regina estaba cortando el chaleco cayó del bolsillo superior un boleto de cartón azul. Abády lo recogió. Se trataba de un boleto de apuestas de una antigua carrera de caballos con el número nueve. Seguramente el número de un perdedor. Si hubiese sido un número ganador, se lo habrían abonado. No mucho, solo diez coronas. ¿Qué haría con ese boleto?

Quiso tirarlo a la basura, pero entonces se le ocurrió que tal vez fuese un recuerdo del pobre László. Y lo era. No sabía si László lo había guardado voluntariamente o simplemente se le había olvidado en el chaleco. El boleto era el recuerdo de aquella Copa del Rey en la que le prometió a Klára Kollonich en la tribuna del hipódromo que no jugaría a las cartas nunca más. «¡Te lo prometo!», le dijo, y estrechó la mano suave de la muchacha. Y para despistar a los que pudiesen captar sus palabras

solemnes, Klára le dio diez coronas, como si la promesa hubiese sido otra apuesta. Y Gyeróffy las apostó por el número nueve.

Perdió. La muchacha también. László volvió a jugar a las cartas y no cumplió su palabra. Aquel boleto de apuestas era el símbolo del giro de su destino.

Abády no conocía la historia. Solo actuó instintivamente cuando volvió a guardarlo en el chaleco color crema.

En el exterior, Bischitz estaba charlando con el chófer. Por él supo que Abády era un gran señor de considerable fortuna, familiar cercano del fallecido. Y aquel era un dato curioso y muy útil.

Quizá si le enseñaba facturas de un sinfín de artículos —jabón, aguardiente, petróleo— que Regina se había ido llevando de la tienda a casa de László durante años, Abády se las pagase. No había podido facturárselas a Simay porque aquel abogado era un hombre muy estricto, ni podía decírselo a su propia hija, puesto que ni él mismo conocía exactamente la cantidad, solo que más o menos faltaban cosas. Un señor tan fino y distinguido no podía ser tan duro, debía de tener gran corazón. Y, además, desde la ventana había visto que le hablaba a Regina con mucho cariño.

Así que volvió a la tienda y rápidamente hizo una lista de deudas. No la engrosó mucho porque presumía de ser un comerciante honesto. Solo puso una suma final que se correspondía aproximadamente al probable monto.

Cuando Abády salió de la casa al mediodía, Bischitz ya llevaba un buen rato esperándolo. Se presentó quitándose el sombrero y con muchos circunloquios se explayó explicándole el asunto. Por supuesto no le contó cuántas bofetadas le había pegado a Regina cuando se había enterado de que había hurtado de la tienda. ¡Eso no! Habló con mucha bondad, como si todo hubiese sucedido con su beneplácito y, es más, como si él lo hubiese alentado.

Bálint estaba a punto de aceptar la factura, que era de varios miles de coronas, cuando desde el norte llegó un simón tintineando y se detuvo a su lado. Un hombre bajito, algo barrigón y canoso bajó del carruaje. Tendría unos sesenta años y llevaba barba y bigote cortados al estilo emperador. A través de sus gruesas gafas clavó sus ojos en Bischitz con la mirada entrecerrada de los miopes.

—¿Qué factura es esa? —preguntó enseguida.

El tendero se sorprendió y empezó a excusarse diciendo que eran gastos que todavía no había mencionado.

—Por discreción, señor, por discreción...

Solo eran nimiedades, algunas deudas pasadas y otras recientes de László, con las que no había querido importunarlo.

El abogado era realmente un hombre muy estricto. Advirtió duramente a Bischitz:

—Le prohibí que le diese crédito y que molestase a terceros con los asuntos del conde Gyeróffy. Eso solo me concierne a mí. Démela, la estudiaré. —Luego se

dirigió a Abády y se presentó—: Doctor Géza Simay.

Se estrecharon la mano y Bálint le contó que había acudido inmediatamente porque quería ocuparse del entierro de László y que para ese fin había traído consigo una suma considerable.

—No es necesario, señor —contestó Simay—, ya lo he arreglado todo. Desde mi despacho ya se están enviando las esquelas. El ataúd llegará en media hora. El entierro será mañana a las diez. Lo celebrará nuestro deán, que ya se ha encargado del asunto. Acabo de hablar con él.

—¿Y los gastos...? ¡No hay dinero! La renta que Ázbej le entregaba termina con su muerte. Y no voy a tolerar que esa persona que tanto ha abusado de László se haga ahora el generoso y pague los gastos del entierro. ¡No lo voy a tolerar!

Simay esbozó una sonrisa.

—Señor, Ázbej no está pagando nada, ni renta vitalicia ni ninguna otra cosa. Todo ha sido obra mía. Esos gastos también los voy a pagar yo, como hasta ahora.

—¿Cómo? ¿Que la renta no procedía de Ázbej? Siempre pensé que era así. Entonces, ¿de dónde salía?

Simay se dio cuenta de que había hablado más de lo debido, pero no perdió la compostura y le dijo la verdad, aunque no toda.

—En los viejos tiempos yo llevaba los asuntos de Mihály Gyerőffy, así que es normal que haya seguido con atención la vida de su hijo.

—¿Usted ha mantenido a László?

—No. Solo he cuidado de él. —Titubeó un momento y añadió—: Se trataba de un encargo, como lo es también el entierro.

—¿Un encargo?

—Sí. Un encargo que cumplo como abogado —dijo Simay secamente para cortar las preguntas y se dirigió a Bischitz—: El ataúd puede llegar en cualquier momento. Llama a unas cuantas personas fuertes para meterlo en la casa. —Acto seguido se despidió—: Discúlpeme, señor conde, ahora tengo que subir a ver la cripta.

Y se marchó en dirección al castillo.

Lo que había oído dejó atónito a Bálint. ¿Quién había mantenido a László? ¿Sus tías? Ágnes Gyerőffy, la señora Kollonich, seguramente no. ¿Tal vez la mujer de Antal Szent-Györgyi, la bondadosa tía Élize? Sí, solo podía ser ella, pero ¿cómo había podido organizarlo todo desde Jablánka, desde Nyitra? ¿O es que ya lo había arreglado previamente? ¡Qué misterio!

Dado que no tenía otra cosa que hacer, volvió a Kolozsvár. Sobre el escritorio encontró un telegrama de Júlia Ladossa diciendo que llegaría con el tren expreso de la noche.

¡Venía!

Su llegada suponía un sinfín de problemas. ¿Cómo tratarían a la antigua señora

Gyerőffy los que al día siguiente acudiesen al entierro? ¿La saludarían o la recibirían con desdén?

¡Aunque lo mereciese sería intolerable!

Solo entonces tuvo la sensación de haber actuado con imprudencia al enviarle el telegrama. Y él tenía que afrontar las consecuencias. Decidió tratar a Júlia Ladossa como si no supiese nada de ella: la trataría con todo el respeto que merecería si aún viviese según el rango con el que había nacido. ¡Sí! ¡No debía actuar de otra manera! Por eso fue a recogerla a la estación.

El tren llegó con puntualidad.

La mujer bajó muy estirada y con la cabeza levantada. Llevaba el mismo traje negro que Bálint le había visto en Viena. A lo mejor no tenía otra prenda de buena calidad. Le dio la mano. El mensaje le había llegado tarde porque no se alojaban en el Hotel Hungría sino en el Royal. Si no, habría llegado esa misma mañana.

Habló con voz tranquila, monótona. No lloró ni se lamentó. Su expresión no cambió. Tal vez tenía la mirada más fría que la vez anterior, la arruga de la frente más profunda y los labios más cerrados, como si apretase los dientes. Tal vez Bálint solo se lo imaginaba, el cambio era tan sutil...

Abády la llevó al Hotel Central y la acompañó hasta su habitación. Volvería para recogerla con su automóvil por la mañana a las ocho y media.

—¿Va a recoger a más gente? —preguntó la mujer.

—No, solo a usted, tía Júlia. —A la mujer se le mudó la cara al oír esa palabra y se despidió súbitamente:

—¡Buenas noches! —dijo, se dio la vuelta y desapareció tras la puerta.

Bálint volvió a casa andando. Durante el camino lo asaltaron los recuerdos de su infancia y de sus años escolares, cuando habían vivido junto a László en el internado Theresianum. Solo entonces le invadió un dolor que le encogió el corazón y estuvo a punto de echarse a llorar. Qué lástima que Adrienne no estuviese. Hacía cinco días que se había marchado otra vez a Lausana porque la pequeña Klémi había empeorado y la habían llamado. Si Addy estuviese podría ir a su casa a contarle las penas, le aliviaría el dolor. Pero allí no tenía nadie con quien hablar.

Llegó a casa, pero se paró delante del portal. ¡No! En vano intentaría dormir. Sería mejor dar una vuelta más. Una gran vuelta, tal vez el cansancio lo tranquilizase. Aunque estaba llovisnando, continuó el camino. Las piernas lo llevaron sin querer hacia la avenida Monostori, a la villa Uzdy. Se quedó allí un momento. Luego pasó por el puente de Sétatér y recorrió un par de veces la alameda. Pasó allí hora y media y volvió a la plaza del mercado.

De repente se detuvo. En la acera, delante de la parroquia, se percató de la figura negra y alta de una mujer. Estaba mirando la iglesia, inmóvil. Tal vez estaba mirando el portal principal, alumbrado por una farola.

La reconoció inmediatamente: ¡era Júlia Ladossa!

Estrechaba contra sí su amplio abrigo y estaba inmóvil como una estatua. Imposible saber cuánto tiempo llevaba allí, cuánto tiempo llevaba en la oscuridad de una noche como aquella. Tal vez desde que se habían despedido.

Bálint se dio rápidamente la vuelta para que la mujer no se percatase de su presencia y pensase que estaba espiándola. Dio una enorme vuelta por el barrio antiguo. Cuando regresó a la alcaldía por el otro lado, antes de pasar por la callejuela, miró hacia la iglesia.

La figura negra continuaba allí. En la misma posición. Tal vez se pasase toda la noche bajo la llovizna.

Los alrededores de la antigua casa de los criados habían estado tan vacíos el día anterior como poblados en aquel momento. Se había reunido todo el pueblo.

Afortunadamente la lluvia había parado. Todo estaba cubierto de lodo, pero al menos se podía esperar al aire libre sin mojarse.

La familia Bischitz estaba vestida de gala como si fuese sabbat. Fábían trajinaba y daba órdenes con voz estentórea.

También erraba por allí el viejo Márton Ba log. Solo faltaba Regina.

Tampoco faltó la familia Ázbej al completo. La mujer, baja y morena, obesa y con gran papada. Los hijos, morenos todos, redondos y con los ojos como ciruelas, eran idénticos a su padre. También había acudido Ázbej y llamaba la atención más que nadie. Ázbej estaba en su salsa, se comportaba como el amo y esperaba bajo el ruinoso portal para saludar a los distinguidos dolientes.

Después de haber recibido al magistrado y al médico de Iklód, los acompañó al destartalado pajar, situado en un rincón de la finca.

Esa mañana habían trasladado allí el féretro y lo habían montado en el túmulo. Así lo había ordenado el doctor Simay. En la casa no había suficiente espacio para la celebración. El día anterior habían acondicionado un poco el interior del pajar. También fue orden de Simay y, como las ramas decorativas eran del abetal que había plantado Mihály Gyerőffy, ahora parte de la propiedad de Ázbej, él se lo había hecho saber a todo el mundo para que vieses el gran sacrificio que había realizado.

Abády llegó el primero con Júlia Ladossa. Ázbej, con sus cortas piernas, corrió a atenderlos y se dobló en una gran reverencia y, aunque no tenía la menor idea de quién era la dama que había llegado con Bálint, disimuló estar tremendamente afligido. «¡Qué golpe, qué golpe tan terrible!», susurró con su pequeña boca. En una mano llevaba el sombrero y en la otra un enorme pañuelo con el que se secaba los ojos mientras no dejaba de recular doblándose cada vez más. Su cabeza de globo, peinada como un puercoespín, casi les impedía avanzar. Así llegaron al decorado pajar.

Junto a la entrada aguardaban dos policías con el quepis engalanado con una

pluma de gallo, no solo por respeto, sino porque el ataúd todavía estaba abierto. La tapa estaba apoyada contra la pared. El magistrado y el médico estaban fumando al lado de la valla. Los empleados de la funeraria también se encontraban fuera.

Solo el doctor Simay estaba en el interior. Había mandado sacar las sillas del cuarto de László y ponerlas en fila a lo largo del féretro y él estaba sentado en una.

Cuando Júlia Ladossa y Bálint entraron, se levantó y se acercó a saludarlos. De repente se detuvo. Se cogió las gafas con las dos manos como si no diese crédito a sus propios ojos. La mujer también se paró. Durante unos instantes se miraron cara a cara, después Simay se inclinó fríamente. La mujer también hizo un gesto con la cabeza.

Abády y la mujer se acercaron al túmulo por un lado, Simay por el otro. Se paró ante la cabecera del ataúd, lanzó una mirada aguda a Júlia Ladossa, súbitamente agarró la mortaja y la levantó de golpe.

El veloz movimiento tuvo algo de venganza, como si hubiese querido decir: «¿Ves lo que has hecho? ¡Es tu hijo, al que abandonaste vilmente!».

La mirada de Júlia Ladossa no se inmutó. Miró largamente al muerto, tan tempranamente envejecido que tenía las sienes canosas y la tez apergaminada y marchita como una momia. ¿Quién era? En él había pensado con el corazón encogido durante noches y noches llenas de remordimiento. Era aquel niño de tres años, aquel muchacho adolescente de cara redonda y ojos como platos. Igual que de pequeño. Y más tarde, el joven imberbe. Pero para verlo de joven tuvo que forzar la imaginación y calcular los años. Ese hombre esquelético con la nariz afilada como un cuchillo y los bigotes largos, vestido de levita con cuello almidonado y zapatos de charol... ese hombre era un extraño. No tenía recuerdos que lo vinculasen con ella. En su cama de mármol era para ella un objeto, un objeto extraño.

Quiso imponerse besarlo. No fue capaz. Con el dedo hizo la señal de la cruz en su frente y luego se retiró al lado de Bálint, que ya había colocado la corona de flores.

Desde fuera se oyó el ruido de un potente automóvil. Llegaron Dodó Gyalakuthy y después la señora Lázár desde Dezmér. Las dos traían coronas. Se acercaron al ataúd y musitaron un breve rezo. También para ellas el muerto era un ser extraño. Tanto lo había desfigurado la enfermedad, alguien distinto a su viejo amor. Dodó y la señora Lázár se sentaron mudas al lado de Júlia Ladossa, esperando.

Alguien volvió a poner la mortaja de seda con amplios encajes. Llegó el deán con los dos diáconos, los monaguillos y seis cantantes. El sacerdote vestía una capa pluvial negra y plateada, los demás llevaban dalmática del mismo color. Entonces dio comienzo la ceremonia.

«*Dies irae... dies illa*», se oyó la atávica canción funeraria, la más hermosa del mundo. El deán dio dos vueltas alrededor del féretro, lo asperjó con agua bendita y lo ahumó con incienso. El ataúd era de hierro y tenía adornos de oro en los cantos.

—Ha sido muy amable por su parte pedir un entierro tan solemne... —le susurró Júlia Ladossa a Abády.

—No he sido yo. Tal vez haya sido obra de mi tía Szent-Györgyi. En realidad no lo sé. Lo ha arreglado todo Géza Simay por encargo de alguien...

¿Por qué se estiró la mujer? ¿Por qué pasó como un rayo por su cara algo parecido a la alegría?

Recogieron las coronas y ocho criados cargaron el féretro a hombros hasta el coche fúnebre. Los sacerdotes se pusieron a la cabeza de la marcha con el crucifijo de plata en alto.

Cuando Bálint le ofreció el brazo a la mujer para seguir el ataúd, Júlia Ladossa lo rechazó:

—¿Dónde? ¿Allí, arriba... a la cripta? ¡No! ¡Allí no voy! —dijo en voz baja, apenas perceptible, pero con la mirada decidida y con un terrible miedo en los ojos.

—En ese caso, espéreme en la casa —susurró Bálint— hasta que vuelva...

La marcha se cerró y salieron. Los vecinos del pueblo los siguieron formando un río. Júlia Ladossa esperó a que la finca quedase vacía del todo. Solo entonces bajó a la antigua casa de criados.

La puerta izquierda del patio estaba entreabierta, por eso entró por allí.

En el rincón de la estufa, acurrucada como un animal herido, una muchacha sollozaba. Regina.

Allí se había desplomado cuando esa mañana sacaron al muerto. Hasta aquel momento había estado triste, pero tranquila. Arreglando cosas, cumpliendo con sus quehaceres. Ella había arreglado el féretro de László para que fuera cómodo, ella le había ajustado la ropa y enderezado la corbata. Él era suyo. Suyo. A su lado había pasado dos noches en vela, sentada en el suelo, deleitándose con su cara. Porque para ella el deterioro de Gyerőffy había sido invisible, para ella había continuado siendo el príncipe azul, el espléndido príncipe de cuento de hadas que siempre había sido. Así fue hasta esa mañana.

Solo cuando los criados levantaron el ataúd y quisieron sacarlo de la casa, se dio cuenta de que iban a quitárselo. Iban a quitarle al hombre al que había adorado desde su infancia, al que había idolatrado en su primera adolescencia, al que había cuidado con todo el amor de su corazón de mujer, al que había servido a pesar de las humillaciones, sufrimientos y desventajas. Al hombre que era suyo, solamente suyo hasta el final. Para ella fue tan terrible que a László, que era su mundo, sus sueños y sus dolores felices, su todo, se lo llevase gente desconocida, que se había abrazado al ataúd y había luchado para que no se lo quitaran. ¡No! ¡No! ¡Él era suyo! ¡Suyo! ¡Suyo!

La tiraron al suelo de un violento empujón. Cayó contra una esquina de la estufa y allí se había quedado, tal como había caído. Como si la hubiesen roto en dos: la cabeza entre las rodillas, los brazos contra la cabeza. Solo su delgado cuerpo en aquel harapiento traje de paño y su cabello rojo como las llamas que le tapaba los hombros

habían quedado a la vista.

Fue un espectáculo inesperado encontrar a la muchacha en ese cuarto abandonado.

Júlia Ladossa se acercó. La levantó casi a la fuerza y la sentó en la cama a su lado. La muchacha dejó de resistirse. Volvió a desplomarse y cayó en el seno de la mujer.

Lloró y lloró, pero ya no con sollozos convulsivos y rebeldes sino aliviada y en paz con su tristeza.

Por fin también a la madre se le saltaron las lágrimas.

Pasaron mucho tiempo sentadas. La mujer mayor, con la espalda recta; la muchacha, tumbada suavemente en su regazo. Las manos de Júlia le acariciaron el pelo con movimientos uniformes, lentos y continuos. Durante mucho tiempo. Mucho.

Solo más tarde le preguntó la mujer con una palabra ahogada:

—¿Lo has querido?

—¡Terriblemente! —susurró la muchacha—. ¡Terriblemente... terriblemente...! —Y de manera inesperada Regina se levantó y abrazó a la desconocida. Se dieron un beso y se quedaron abrazadas la dama vestida de seda negra y la harapienta y sucia muchacha.

Juntas lloraron a László. Su madre, que lo había abandonado, y la casi niña, que había estado a su lado hasta su muerte.

Las campanas apenas habían tocado las doce cuando Bálint volvió a recoger a Júlia Ladossa y partieron hacia Kolozsvár.

Los ojos de la mujer estaban abiertos de par en par, como si tuviese visiones. La arruga de la comisura de los labios era más dura que nunca.

—¿A qué hora hay tren para Budapest? —preguntó cuando estaban a la altura de Villa Hubertus.

—Hay tres: uno ahora, a la una y media, otro a las seis y el expreso de medianoche que sale a las once. El último tiene coche cama.

—Prefiero irme en el de la una y media, si llegamos...

Llegaron a tiempo a la estación.

—Gracias por todo... Muchas gracias... —dijo cuando subió al vagón de segunda. Le dio la mano rápidamente y desapareció como si estuviese huyendo.

Sobre las cinco de la tarde Bálint estaba dando vueltas en su habitación pensando en László y en los recuerdos que se habían despertado con su muerte, recuerdos ya enterrados en la tumba junto a él.

Entró el criado.

—Alguien ha venido del Hotel Central. Ha traído algo. ¿Lo dejo entrar?

—Sí.

El mozo entró con un gran paquete envuelto en papel de seda.

—Lo han traído de una floristería para la condesa Ladossa, pero como no ha dejado su dirección, el señor director me ha mandado aquí.

—¡De acuerdo! —dijo Abády—. ¡Déjelo ahí! —Y le dio una propina.

¿Flores? ¿Alguien le había enviado flores a Júlia Ladossa!

Abrió el paquete para ver si llevaba tarjeta y así devolvérselas al remitente.

No había otra cosa que cinco rosas de té. Cinco bellas rosas a la antigua, rosas Maréchal Niel de un color amarillo suave. No había nombre. No podía hacer nada. En vano las enviaría a Budapest, llegarían marchitas. Ya estaban totalmente abiertas.

Las llevó a la mesa rinconera para ponerlas en un florero. En el camino cayó un pétalo sobre el parqué.

No valía la pena ni ponerlas en agua.

SEXTA PARTE

Gornergrat, a tres mil trescientos metros sobre el nivel del mar.

Sobre el angosto lomo de granito había un hotel mitad de madera, mitad de piedra, con una terraza extensa a lo largo de la fachada. A sus pies se abría un abismo. Alrededor, nieve eterna; abajo, un glaciar. Más lejos se veía la enorme profundidad del valle, tan bajo que las casas, como granos de sémola, parecían inverosímiles. Más allá de las profundidades crecían monstruosas montañas que se cerraban formando una pared.

Detrás de todo eso estaba el Matterhorn.

Una roca única, una explosión, un torreón perpendicular que terminaba en una cima escarpada, como si en un acto de rebeldía pretendiese rascar la bóveda.

Solo se podía acceder en teleférico. Así había llegado Bálint a mediodía. Adrienne lo había citado en ese lugar. Había elegido ese hotel porque en ese periodo del año, a mediados de julio, no había mucha gente. Esos lugares tan altos solo estaban ocupados en agosto. Y justo por esa razón lo había elegido. Otra razón era que estaba a una hora de carretera de Montana, en cuyo sanatorio vivía desde finales de febrero, cuando la pequeña Klémi había empeorado.

¿Por qué lo había llamado? ¿Qué querría decirle?

El telegrama decía: «Tengo que comunicarte cosas decisivas...».

Se le encogió el corazón. ¿Qué era tan decisivo que no podía decírselo en una carta? ¿Los amenazaba un nuevo peligro? En la última carta le había escrito que su hija había sufrido una nueva hemorragia pulmonar. Se trataba de una misiva parca en palabras y, después, nada durante dos semanas. Hasta ese momento le había escrito casi a diario.

Y luego, hacía cinco días, había llegado ese otro telegrama con todos los detalles del encuentro... ¡Un telegrama larguísimo!

Bálint estaba solo, Adrienne no había llegado aún. Estaba solo con unas preocupaciones y unas cavilaciones que no auguraban nada bueno. Ya había recorrido la terraza al menos cincuenta veces. «¡Me voy a volver loco!», repetía casi en voz alta obligándose a pensar en otras cosas.

Había suficientes razones para estar preocupado.

A finales del mes anterior habían matado al heredero de la Corona en Sarajevo. Fue una tragedia sobrecogedora. Francisco Fernando murió con su mujer, con el único ser que él había querido en su vida. También era cierto que a él tampoco lo había querido nadie. La noticia de su muerte fue un alivio para la opinión pública húngara. Nadie pensó en aquel momento que el asesinato pudiese provocar una guerra. Cómo lo iban a pensar viendo el entierro que le habían hecho las autoridades vienesas, la actitud indigna que habían mostrado y la indiferencia generalizada con

que habían aceptado el asesinato del heredero al trono. Pocos, entre ellos Bálint, se habían percatado de que si la Monarquía quería defender su posición de gran potencia no podía mirar para otra parte sabiendo que el asesinato había sido obra de una conspiración serbia cuyos caminos llevaban a Belgrado. Solo unos pocos parecían angustiados por el futuro.

Las perspectivas eran tenebrosas. Cualquier represalia militar podía provocar el estallido de una guerra que ya había estado a punto de estallar dos veces: en otoño de 1908 y el año anterior, durante el conflicto de los Balcanes.

Solo una pronta solución podía dar motivos para el optimismo.

Una autoridad imperial había sido asesinada, por eso los emperadores europeos difícilmente podían ponerse de parte de aquellos que habían acabado con el futuro rey de un trono hermano.

Si el Ballplatz era capaz de aprovechar ese sentimiento de solidaridad, si era suficientemente astuto como para presentar el caso desde ese punto de vista, si solo pedía una seria satisfacción y salía al paso de la sospecha de buscar un pretexto para declararle la guerra a Serbia y conquistarla, podrían escapar de la crisis sin guerra.

Sí. No era imposible y, es más, parecía probable. La única cuestión era si Berchtold querría y si sería capaz de llevarlo a cabo. Hasta entonces su actuación durante el conflicto de los Balcanes no había sido muy alentadora, pero tal vez, tal vez... él también quisiera evitar la guerra. Y lo había conseguido hasta el momento, aunque bajo unas condiciones que daban vergüenza. Tal vez pasase de nuevo lo mismo.

¿Qué pasaría si no podía evitarlo? ¿Qué pasaría con un país que no estaba en absoluto preparado para la guerra y que, gracias a sus políticos, estaba lleno de rencor hacia todo lo que concernía al ejército y a la defensa nacional?

Bálint intentó sumergirse en sus pensamientos, obligarse a no pensar en otra cosa, ahogar sus propios agobios en los problemas de la situación mundial. Apenas lo logró. Inconscientemente presintió la amenaza de un golpe del destino y el corazón le latió en la garganta.

Adrienne llegó pasadas las cuatro.

—Perdóname —dijo—, pero no he podido partir más temprano. Klémi ha estado hoy muy inquieta. He tenido que esperar a que se calmase.

Adrienne estaba muy pálida y ojerosa. Las largas noches de cavilaciones habían dejado huella en su cara. Estaba más delgada, con las facciones tensas. La barbilla parecía más aguda, tal vez porque había perdido peso o por las palabras que iba a pronunciar. Hubo en ella una solemnidad y un distanciamiento insólitos.

Se sentaron al aire libre en una mesa, frente a frente.

—¿Qué... qué es lo que quieres decirme? —preguntó Abády conmovido. Apenas pudo pronunciar las palabras.

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par, su iris amarillo se clavó en Bálint. Guardó silencio por unos instantes y al final le dijo muy lentamente:

—Nuestro matrimonio es imposible. Tengo que revocar mi palabra.

—Pero ¡qué dices! ¡Qué locura es esa! —exclamó el hombre y casi se levantó de un salto.

—Te lo explicaré.

—¡Explicármelo! ¡Cómo me lo vas a explicar!

—Espera, por favor. No me interrumpas, ya es bastante difícil para mí.

Había llevado a Klémi a Montana después de que sufriese una hemorragia pulmonar en febrero. Necesitaba cuidados constantes y había que estar alerta en todo momento. Guardar puntualmente las horas de descanso, la dieta, los baños de sol. No era fácil. Klémi tenía mucho carácter y era rebelde. No atendía a las palabras de nadie, ni a la del médico ni a la de la enfermera. Solo a las de ella. Solo confiaba en su madre. En principio receló de ella también, pero con la mejora de su estado creció su confianza.

Su hija estaba cada día mejor, había engordado un poco y la fiebre había remitido. Cuando estaban decidiendo terminar la cura en breve y bajar a Klémi a un lugar de clima suave, tuvo la segunda hemorragia. Se le abrió una nueva caverna, esa vez en el otro pulmón. Esos ataques podían ser fatales. Si abandonaba el sanatorio, la enfermedad acabaría con ella en unas semanas. Solo podía salir adelante si observaba escrupulosamente todas las prescripciones y continuaba en el sanatorio. En ese caso, le quedarían cinco, seis, tal vez diez o doce años, había dicho el profesor. Y eso era lo que decían los libros. Solo podría vivir allí, a mucha altura y bajo los más esmerados cuidados.

—Esa es la situación. Tengo que elegir. Y naturalmente la elijo a ella. Me quedo con mi hija.

—¡Pero esa no es una razón! ¡Puedo casarme contigo! ¿Por qué va a impedirlo? ¡Si es necesario me voy a vivir con vosotras!

Adrienne lo interrumpió:

—¡Eso es absurdo! ¡Abandonar tu trabajo, renunciar a todo, a tu casa, dejar todo lo que has hecho para ir a vivir a un sanatorio, mudarte de un lugar a otro! ¡No, no lo puedo aceptar! ¡No puedo!

—¿Por qué no, si soy yo quien lo quiere?

—¡No! ¡No!

La voz de Adrienne se suavizó, a través de la mesa cogió la mano de Bálint.

—¡Mira! Hay otra razón... debemos pensarlo... Si viviésemos juntos estaríamos como antes... con el miedo en el cuerpo. Tendríamos miedo a lo que deseamos con todas las células de nuestro cuerpo... ¡No, no lo podría aguantar!... ¿Y querrías que te diese un hijo allí? ¿Entre tísicos?

Bálint agachó la cabeza. Permaneció mudo durante unos minutos. Miró el valle y volvió a dirigirse a la mujer.

Habló muy lentamente.

—¿Tiene sentido un sacrificio tan grande? Dices que solo le quedan unos años, cinco o seis, diez o doce. Da igual. Si no hay posibilidad de que se cure, si tarde o temprano... suena cruel, pero tengo que decirlo... si no hay posibilidad de que se cure, por qué debemos destruirnos tú y yo. Todo habrá sido en vano... Si ese es su destino, ¿no da lo mismo que sea ahora o más tarde?

—Ya lo he pensado. No quiero ni hablar de ello, puesto que soy su madre. Sin embargo, sin querer lo pensé... Es igualmente imposible... ¿Debería abandonarla sabiendo que la condenaría a la muerte?... Porque se morirá, sin duda, si la dejas. ¡Y piénsalo! Piénsalo... si tuviésemos hijos, hijos nuestros, su recuerdo flotaría sobre ellos. Cada vez que los viese, cada vez que los acariciase, no podría evitar pensar que la abandoné, a ella, a esa huérfana. Que la dejé morir sola. ¡No, no! ¿Quién podría soportar tan terrible verdad?

Volvieron a guardar un sombrío silencio. Al final, Bálint rompió el mutismo.

—Vas a destruirlo todo por alguien que no te quiere y nunca te ha querido...

—Es cierto —contestó la mujer en voz baja como si le diese vergüenza—, es cierto. Pero es mi obligación. Sé que ahora me tiene apego porque cree que solo yo puedo salvarla... —Y continuó casi gritando—: Pero ¿qué otro remedio me queda? Casi todas las noches se agarra a mí y me dice: «No dejarás que me muera, ¿verdad? No me dejarás, ¿verdad?». ¿Tengo otra solución? ¿Hay otra?

Bálint se levantó. Se arrimó a la barandilla de la terraza y apoyó los codos. Adrienne lo siguió. Se apoyó a su lado. Así se quedaron un largo rato.

La noche cayó sobre el paisaje. Abajo ya había anochecido, solo por las cimas reverberaba algo de luz.

Dijeron algunas palabras sueltas, inconexas. Solo sus pensamientos no pronunciados las vincularon.

—¿Por qué romper? Para qué decidirlo ahora... tarde o temprano se solucionará... Esperemos... —dijo Bálint.

Adrienne le contestó mucho más tarde:

—Voy a luchar por ella hasta el último momento... de todas las maneras posibles... Y voy a hacer todo...

Se calló. Y, pasado un rato, continuó:

—Puede vivir mucho... tal vez una década si en todo momento tiene un médico cerca... —Y añadió—: ¿Esperar...? Ya hemos esperado tanto, tantos años... Estoy cansada...

—Yo puedo esperar lo que sea...

Volvieron a guardar silencio. Se hizo noche cerrada. Aparecieron las estrellas en el cielo.

—Dentro de poco tengo que volver... Imagino que querrá esperarme despierta. Y eso que tiene que dormir mucho. Es muy importante. Tengo que volver.

Pero no se marchó. Quería decir algo más, algo que era lo más doloroso para ella.

Y continuó allí, esperando, pero al final lo dijo en voz muy baja pero decidida, como si se lo dijese a sí misma:

—Ya no somos tan jóvenes para tener planes, planes futuros. Tú has cumplido los treinta y seis. Yo pronto tendré treinta y cuatro. El tiempo pasa. No podemos esperar más... —lo dijo con un énfasis especial, después hizo una larga pausa antes de añadir —: Me sentiría culpable si continuases viviendo así... tan solitario. Por eso quiero que seas libre, totalmente libre, y que no pienses más en mí.

Bálint no contestó. Se cubrió la cara con las manos. Pasaron juntos un rato más, inmóviles en la noche helada.

Los contemplaban las montañas nevadas. Brillaban tenuemente porque había salido media luna. Debajo, hasta donde abarcaba la vista, se abrían los abismos de cristal helado del glaciar. Solo hielo y nieve, por todas partes hielo y nieve. El mundo helado, petrificado, en el que había cesado la vida. Hielo, hielo por todas partes, como en la profundidad del Infierno de Dante. El cielo también era de hielo, despejado y solemne, lleno de estrellas implacables.

En medio de las profundidades del valle se alzaba el Matterhorn, negro como el luto. Como si fuera la uña del diablo que rompía en dos la sábana del cielo. Su gigantesca forma no era de peñasco ni de roca sino de un hito afilado como un puñal.

El hito del fin del mundo...

La noche siguiente Bálint bajó del tren expreso en Salzburgo. No recordaba cómo había llegado hasta allí. Tenía billete hasta Budapest. No obstante, de repente decidió bajarse allí.

¡No! ¡No iba a volver a casa! En Budapest se encontraría con conocidos. Y tampoco quería volver a Dénestornya. Allí, en cada rincón, vería planes rotos, sueños frustrados y recuerdos escondidos. Y la gente le hablaría y debería contestar con cara de indiferencia y continuar disimulando esa vida inútil... ¡No! No quería ver a nadie ni escuchar a nadie. Solo esconderse, esconderse. Y, si era posible, morir en un rincón.

Bajó del tren. Se fue a un hotel —le daba igual cuál—, solo quería que estuviese cerca de la estación para no ver la ciudad.

Allí decidió pasar unos días en absoluta soledad.

Y permanecía sentado frente a la ventana. En las vías traqueteaban los trenes y maniobraban pesadas locomotoras echando humo. Trenes de mercancías o de pasajeros que esperaban durante media hora o varias horas y después continuaban camino a la derecha o a la izquierda.

Un tren expreso llegó rápidamente con un ruido salvaje y una prisa inútil. Sus frenos chirriaron y se marchó haciendo un gran estruendo por las agujas. Al anochecer se encendieron las luces. Pequeños puntos blancos o rojos; algunos, itinerantes. Iban y volvían, desaparecían y tornaban a aparecer. Se oían pitidos eternos, largos y repetitivos. Silbidos dolorosos, como si las máquinas llorasen su destino de esclavas.

Pasaba las noches caminando al aire libre. No podía conciliar el sueño y era mejor escaparse de las cuatro paredes de su habitación y caminar, caminar y cansarse para poder desplomarse al volver, como un animal acogotado.

Una tarde volvía a estar sentado frente a la ventana abierta con la mirada perdida en la lejanía. Abajo los repartidores de prensa corrían por la calzada. Sus gritos lo desvelaron.

—*Extraausgabe!* ¡Edición especial! —gritaban—. *Ultimatum zurückgewiesen!* ¡El ultimátum ha sido rechazado! —Y una palabra más—: *Mobilisierung!* ¡Movilización! —Los peatones se detenían, compraban los periódicos y se agrupaban juntando las cabezas sobre las noticias.

¿Qué había pasado? ¿Qué pasaba?

Bálint bajó a la calle rápidamente. Compró un periódico y lo leyó deprisa. 29 de julio. Serbia había rechazado el ultimátum de la Monarquía. El embajador Giessler había abandonado Belgrado.

¡Guerra! ¡Aquello era la guerra!

No podía quedarse ni un minuto más. Hizo la maleta en un minuto y se subió al primer tren.

¡A casa! ¡A casa inmediatamente!

El viaje duró dos días. Había mucho tráfico ferroviario.

Llegó a Budapest a las tres de la tarde.

La capital parecía estar sumergida en la agitación febril de una fiesta. De momento la movilización contra Serbia era parcial.

«¡Por fin! —decía la gente—. ¡Ahora meteremos a los serbios en cintura!». Y así hablaba todo el mundo, desde el portero de hotel hasta el tendero, y en ese tono escribían los periódicos. Todo el mundo daba la sensación de haberse despertado de un sueño pesado, alegre y contento. Así hablaban en el casino, donde algunos de los jóvenes ya lucían el uniforme militar: el dolmán de húsar con alamares dorados o el traje azul y rojo de los ulanos. «¡Los vamos a meter en cintura!», repetían.

Se despertó el coraje de la nación. Ya nadie hablaba sobre política. Las nimiedades que hacía una semana habían sido la causa de un odio mortal se las llevó el viento de la guerra.

Bálint fue a la biblioteca. Repasó los periódicos nacionales y extranjeros de los últimos días para saber qué había sucedido desde la entrega del ultimátum hasta el rechazo del mismo. Después se dirigió a la sede del partido, situada en un edificio que hacía esquina en la calle Dohány y cuya amplia fachada daba a la avenida Károly.

Quería enterarse de las noticias y estaba seguro de que allí sabrían las últimas. Además quería ver a Tisza y preguntarle cómo había llegado el país hasta ese punto, cómo habían preparado ese paso decisivo y cuáles eran las perspectivas. Si cabía la posibilidad de que fuese una guerra local o Rusia intervendría y Hungría se encontraba en el umbral de una guerra mundial.

La sede estaba abarrotada de gente. Nunca una multitud tan numerosa se había reunido allí. La gente se apiñaba en las salas. Todo el mundo estaba alegre, animado y ferviente de actividad, como si hubiesen bebido champán.

Contaron muy contentos que se reuniría una gran masa a manifestarse. Querían felicitar a Tisza y celebrar la guerra. Aparecerían en breve. ¡Maravilloso! Por fin podrían disfrutar de popularidad y librarse de apodos poco agradables como «carceleros de Viena» y otros que había usado la prensa de la coalición durante años para burlarse de ellos. Ahora por fin eran populares, húngaros hechos y derechos.

Las puertas de los balcones estaban abiertas. La gente se asomaba para ver si por la avenida Károly ya se acercaba el pueblo en manifestación.

Pronto avisaron. ¡Ya! La manifestación acababa de entrar por la esquina de la avenida. ¿Dónde estaba Tisza? ¡Que estaban a punto de llegar! ¡Tisza! ¿Dónde estaba Tisza?

Estaba allí, sentado en el lado más estrecho de la sala, en una butaca baja de cuero fumando un cigarro, callado y más reservado que nunca. A sus confidentes, que lo

estaban cortejando, solo les respondía con algunas palabras.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

Y realmente era una multitud enorme. Invadía la calzada, las aceras, todo. El desfile llegó a paso militar formando una larga barrera que iba de casa a casa. En cabeza llevaban un sinfín de banderas. Un himno brotaba de miles de gargantas.

¡Ya habían llegado! ¡Ya estaban aquí!

Visto desde los balcones aquello era un espectáculo emocionante. La amplia avenida hasta la plaza Deán, en la que desembocaba la calle Emperador Guillermo, estaba oscurecida por la multitud, abarrotada de gente, veinte o treinta mil personas, tal vez más, ¿quién sería capaz de contarlas? Los sombreros se tocaban y las banderas parecían flotar sobre el negro río de las masas.

Alguien estaba hablando abajo. Apenas se le entendía por encima del grito ensordecedor de «¡Viva Tisza! ¡Viva la guerra!».

El grito resonó hasta la plaza Deák y volvió. Pasaron unos minutos hasta que desde lejos llegó la voz de miles y miles de gargantas.

Alguien salió a dar un discurso desde el balcón. Por aquí y por allá se oyeron vítores débiles cuando acabó, porque la gente solo quería escuchar a Tisza, solo a él, ¡al primer ministro!

—¡Tisza! ¡Tisza! ¡Viva! ¡Solo queremos a Tisza! —gritaron desde abajo.

Entraron un par de personas.

—Quieren que les hables tú... Ven... —urgieron a Tisza—. ¡Qué día más feliz! ¡Quieren felicitarte! ¡Por fin! ¡Por fin!

Sin embargo, Tisza no se movió. Mandó a otro orador.

Y pronunciaron otro discurso, luego otro y otro más. Hablaron incluso desde los balcones laterales para que a los que no cabían frente a la fachada les pudiese llegar también el enardecimiento de los discursos. Los entretuvieron con arengas durante un buen rato. La multitud los escuchó, pero no había venido por eso. Querían escuchar las palabras de Tisza, solo a él y a nadie más. Y se oyó de nuevo: «¡Queremos a Tisza! ¡Tisza!». Era una demanda casi furiosa.

Gábor Dániel, Pekár y otros se apresuraron a ir por Tisza y le argumentaron largamente, desesperados por la tenacidad de su líder.

Sus seguidores, que estaban más apartados, ya ni siquiera escondían su disgusto.

—Su obstinación —dijeron— es incomprensible. Él, que desde hace años ha sido el más impopular del país, ahora que el ambiente ha dado un giro radical, que por fin la multitud, ¡y qué multitud!, quiere celebrarlo, dice que no. ¡Ahora no quiere! Ahora, que es cuando sería importante —y añadieron susurrando—: Eso roza el sadismo... ¡Solo está contento si lo odian!

Estaban indignados.

No sabían que Tisza estaba en contra de la guerra. No lo sabía nadie, solo los que habían participado en el Consejo de la Corona en el que decidieron el ultimátum. Tisza entonces quiso dimitir, pero permaneció en su cargo solo por orden del viejo

rey. Quiso dimitir porque pensaba que con su actitud podía suavizar el texto del ultimátum. Cuando vio que su lucha era en vano, que no podía hacer valer su postura contra Berchtold y Conrad, solo se mantuvo en su cargo porque reconoció que nadie más que él era capaz y lo suficientemente fuerte para mantener la unidad del país en un momento crítico. Asumió guardar su secreto por orden del rey y porque se dio cuenta de que la nación se dividiría en dos si se llegaba a saber que estaba en contra de la guerra. Asumió la responsabilidad por la guerra que con tanta fuerza había querido impedir. Asumió el odio de la guerra, por obligación y conscientemente. Lo asumió hasta el último momento, en silencio. Lo asumió hasta la muerte.

Más tarde tampoco elogió la guerra. En sus discursos solo alentaba al sacrificio personal, a cumplir con las obligaciones e invertir todas las energías. Nunca pronunció palabra alguna a favor de la guerra.

La postura de Tisza solo se conoció mucho después de su muerte, cuando se abrieron los archivos secretos de Viena. Por eso era comprensible que los seguidores del partido estuviesen tan extrañados con su líder.

No les quedó más remedio, tuvieron que despedir a las masas con la mentira de que el primer ministro había tenido que marcharse por asuntos urgentes.

La multitud se marchó, disgustada y enojada. También se largaron muchos miembros del partido. Ya estaba anocheciendo. La sala comenzó a vaciarse.

Bálint, que compartía el disgusto de los demás por la resistencia de Tisza, quiso verlo, puesto que en ese momento había menos gente a su alrededor, pero a medio camino, al percatarse de su mirada, se detuvo.

Tisza estaba sentado en su butaca baja y hundida, mudo, con el rostro sombrío y los dientes apretados.

¡Qué expresión más trágica! Abády se asombró. De repente presintió la razón de su mutismo, la razón de resistir a sus fieles, a las masas, a todo el mundo, la razón por la que no quería hablar: bajo ningún concepto quería que lo aclamasen.

Bálint renunció a la conversación y se marchó.

No obstante, la imagen se le quedó grabada en la mente: Tisza sentado en su butaca con las piernas cruzadas, las gigantescas gafas que tan grandes le hacían los ojos, una arruga profundísima dividiéndole la frente y otra amarga en la comisura de los labios. Su mirada perdida en la lejanía como si viese el fatal destino del país. Todo él inmóvil, callado, mordisqueando el cigarro.

Bálint pasó unos días más en Budapest. Se compró un uniforme gris y todo el equipamiento que pudiese necesitar. Además tuvo que arreglar unos asuntos pendientes en el centro de cooperativas antes de acudir a filas.

Y después regresó a casa.

En Transilvania todo el mundo parecía también optimista y alegre, aunque ya estaba claro que el enemigo principal era Rusia y que no solo Francia había declarado la guerra contra el Reich, sino también el Imperio Británico. Además Italia había salido de la Triple Alianza y Rumania había declarado su neutralidad.

Sin embargo, todo el mundo estaba contento, especialmente los oficiales que partían con sus tropas. Solo las mujeres, esposas, madres y hermanas, se mostraban preocupadas.

Bálint se encontró con varios conocidos que habían aprovechado la ocasión para montar grandes fiestas con gitanos y disfrutar de la alegría de la despedida. ¡A partir de ese momento la vida sería más libre y la mujer más abnegada!

Algunos aún iban vestidos para la paz, pero muchos otros ya andaban con su uniforme gris.

Allí estaban los hermanos Laczók, Zoltánka Milóth, Pityu Kendy y Jóska, Áron Kozma con tres primos e Istike Kamuthy, Ádám Alvinczy y su hermano menor. Incluso Farkas Alvinczy había abandonado sus viajes por los mapas y se pavoneaba con su dolmán azul turquesa, aunque le quedase un poco justo por sus kilos de más.

Por la avenida Monostori, Bálint se encontró con Ida Kendy, la amable mujer de Jenő Laczók que había viajado desde Vársiklód para ocuparse de sus hijos y comprarles toda clase de enseres inútiles para que no se constipasen ni se mojasen en el campo de batalla. Sí, iba de compras. La pobre mujer estaba agobiada, pero disimuló, le lanzó una sonrisa a Bálint. Supo esconder muy bien su preocupación.

La sonrisa rápidamente desapareció de su rostro:

—¿Has estado enfermo? Estás tan pálido.

Bálint contestó con evasivas y continuaron juntos el camino. Entonces se encontraron con los tres Alvinczy.

Los tres hermanos eran jóvenes apuestos, altos, gallardos, rubios y de hombros fornidos. Venían cogidos del brazo, con paso uniforme, haciendo resonar las botas y golpeándose las espuelas. Le besaron la mano a la tía Ida y se la estrecharon a Bálint con gran entusiasmo. Hablaban con una voz más alta de lo habitual, rebosantes de alegría.

Farkas le dio varias palmadas a Bálint, era lo propio entre compañeros de armas. No quedaba en él ni rastro del humor agrio que había notado la última vez en Magyarókerék. Parecía optimista y alegre. Los otros dos también se mostraron contentos, como si fuesen a un baile.

—¡Para Navidades ya estaremos de vuelta! —gritaron—. Lo ha dicho el káiser y, si alguien lo sabe, es él. Será como un carnaval. Así se divierten los húsares. ¡Adelante, amigos!

—Viéndoos a vosotros tres, hijos —dijo la buena tía Ida sonriendo—, estoy convencida de que venceremos a esos malditos rusos.

—¿A nosotros tres? —contestó Far kas en nombre de la familia—. No seremos solo tres. Acabo de enterarme de que mi hermano Ákos, al oír la noticia de la guerra, se ha escapado de la Legión Extranjera. Puede que llegue pasado mañana. ¡Los Alvinczy seremos cuatro!

Una noticia interesante. La tía Ida les preguntó qué sabían de él, cómo lo había pasado.

No conocían todos los detalles. Solo que Ákos había llegado en un barco austriaco de la Lloyd como fogonero. Probablemente escapó en Casablanca cruzando el puerto a nado y se había escondido en el vapor hasta la partida. Como no tenía papeles, lo detuvieron al desembarcar. El gobernador de Fiume envió un telegrama a Farkas, a quien había conocido cuando era diputado.

Se despidieron con un taconazo militar y continuaron su paseo dando golpes por las aceras.

Delante de una tienda Abády se despidió de la señora Laczók.

Se disponía a regresar a casa cuando lo saludó Aurél Timisán.

—Bueno, señor conde, ¿qué piensa de las novedades? —Su voz sonó burlona y sus tupidos bigotes blancos parecieron ocultar una sonrisa.

A Bálint le sentó mal aquella irónica pregunta. Inseguro, contestó con generalidades y después preguntó:

—Dígame, señor, ¿por qué rechazó el comité rumano las propuestas de Tisza en febrero? Creo que fue una iniciativa muy seria para ser el primer paso por parte del gobierno.

—¿Primer paso? Eso ya es agua pasada. Seamos realistas, señor conde. Antes de la guerra de los Balcanes y especialmente antes de la paz en los Balcanes, se habrían podido hacer propuestas de ese tipo. ¡Pero ahora! ¡Cuando la casa de la vieja Monarquía está a punto de desplomarse! —Con los dos dedos hizo una ligera señal de menosprecio y continuó—: Además, el heredero al trono está muerto y él era la única persona capaz de arreglar este asunto.

—No creo. *Trialismo*, imperialismo de los eslavos del sur hasta Salónica: ese era el programa de Francisco Fernando. Un programa *fantástico*.

—Puede ser. No digo que no, pero la idea tenía algo... —contestó Timisán sumergiéndose en sus pensamientos. Luego sonrió abiertamente—: A veces uno piensa que el destino actúa con un humor diabólico. El pobre archiduque fue asesinado por los eslavos, justo por aquellos a los que más favoreció, a los que quiso hacer grandes. ¿No es extraño? Y ahora los húngaros van a la guerra para vengar la muerte de alguien al que siempre habían odiado. ¡Tremendamente curioso!

La sonrisa burlona del viejo Timisán fue muy desagradable. Se despidieron. Bálint volvió a casa.

Por la tarde llegó a Dénestornya.

Ya habían llamado a filas a dos mozos de cuadra, ocho jornaleros, el guardia, el herrero y tres de los guardabosques. También a su mano derecha, Miklós Gányi. Había mucho trabajo que hacer. Tenía que sustituirlos y dejar todo bien atado antes de que en dos días él también se incorporase a su regimiento en Várad.

En el escritorio lo esperaba una carta de Viena. El sobre llevaba el elegante emblema dorado del Ministerio de Asuntos Exteriores. Se la había enviado Slawata; ahora era jefe de departamento. En aquella carta fechada el 4 de agosto, le comunicaba que lo habían designado al *Armee Kommando*, al mando del Estado Mayor, como enlace de exteriores. Le ordenaba que fuese inmediatamente a Viena para hablar de sus funciones.

Probablemente Slawata pensó en él debido a su vieja relación. Quería protegerlo del servicio entre la tropa. Así parecía poder interpretarse por el hecho de que la carta continuase con confidencias. Parecía muy contento.

«*Berchtold hat die Sache brilliant gemacht... Berchtold ha estado brillante...*». Le explicaba la maravillosa actuación del ministro de Asuntos Exteriores. ¡No les había enseñado el texto del ultimátum a los aliados! No se lo había enseñado a Italia porque Roma seguramente se lo habría pasado de inmediato a las potencias de la *Entente*; a Berlín tampoco, para que no se lo dijese a Roma. Si los gabinetes se hubiesen enterado, seguramente habrían pretendido suavizarlo, modificarlo o negociarlo y así habrían impedido la venganza: «*Die endgültige Abrechnung*. La declaración final». De esa manera pudo actuar sin que le cortasen las alas.

Como cabía esperar, Italia abandonó la alianza, pero no tenía importancia, pues desde hacía tiempo no contaban con ella, si bien el buen Bethmann-Hollweg, el canciller alemán, picó el anzuelo sin chistar: «*Wir haben den Kerl überrumpelt! ¡Los hemos pillado por sorpresa!*».

A Bálint le dio repelús el tono ligero con que hablaba Slawata. Quizá no pensara de esa manera, pero siendo diplomático de profesión, lo que más le había llamado la atención era la astucia de Berchtold y que resultase ser más listo que sus aliados.

A Bálint le chocó la siguiente frase: «*Conrad war auch famos! ¡Conrad estuvo también estupendo!*». Conrad había vencido la resistencia de Francisco José anunciándole que los serbios habían traspasado la línea del río Sava. Una mentira necesaria si querían obtener la firma del «viejo».

Bálint estaba leyendo aquella carta en la casa solariega de su abuelo Péter Abády, sentado ante su escritorio.

Y se sintió invadido por la rabia y una tristeza dolorosa. La carta decía que habían sido Berchtold y Conrad los que habían forzado el estallido de la guerra. ¡Ellos

habían escogido el momento! ¿Cómo habían sido capaces de asumir tan terrible responsabilidad? Ciertamente que tarde o temprano la guerra habría estallado, pues los rusos también llevaban tiempo preparándose y, si hubiesen aplazado la venganza unos dos o tres años, esta habría comenzado de cualquier modo, pero ¿cómo podían asumir esa iniciativa justamente cuando la situación internacional era la más desfavorable posible para la Monarquía? No quisieron esperar a que la situación mejorase. La vida estaba en constante movimiento, habrían podido aguardar a que los intereses rusos y británicos chocasen en Asia o que surgiese la enemistad entre británicos, franceses e italianos en África. En Irlanda la población ya se había sublevado. Eran tantas las cosas que habrían podido romper el cerco que se estrechaba alrededor del Reich y la Monarquía.

¡Y habían escogido precisamente el momento en que más enemigos tenían!

Bálint pasó un buen rato sentado frente a la ventana. Luego se sacudió y se estiró. No había ido allí para cavilar sino para arreglar todos los asuntos pendientes antes de emprender su marcha. Sacó un impreso de telegrama. Puso la dirección de Slawata y escribió:

DANK. KANN UNMÖGLICH KOMMEN. HABE MICH BEI REGIMENT GEMELDET. MUCHAS GRACIAS, PERO NO ES POSIBLE. YA ME ALISTÉ EN MI REGIMIENTO.

Se había alistado en el Regimiento de Húsares Rey Guillermo y a él iría. ¿Salvar el pellejo en un destino administrativo? No tenía ninguna razón para temer por su vida. ¡Ya no valía nada! Un tiro, eso sería lo mejor...

Aquella idea le rondaba la cabeza cuando se puso a trabajar.

Repasó diversos documentos con Gányi y arregló los asuntos para que la causa de las cooperativas no sufriese contratiempos durante su ausencia. Quemaría los escritos más confidenciales. Envió un mensaje al castillo para que intentasen encender la chimenea de la torre. Tal vez aún funcionase.

Miklós Gányi se fue y Bálint también estaba a punto de salir.

Y volvió a reflexionar sobre las posibilidades de la guerra. Estando en contra de todo el mundo, esta, con seguridad, duraría mucho, muchísimo tiempo, y sin duda la perderían. No lo comentó para no aguar la fiesta militar a nadie, pero desde el primer momento estuvo convencido de la derrota. Quizá los rusos llegasen hasta allí. Si el enemigo llegaba allí, a Dénestornya, lo devastarían todo estando él en el frente o sin estar ya él en ningún lugar.

Su mirada se detuvo en el escritorio. El escritorio de su abuelo. Debía ver qué había dentro, debía abrirlo de alguna manera para que no lo rompiesen a hachazos

manos profanas. Le asqueó la idea de hacer añicos el mueble que tantos recuerdos de su infancia guardaba.

Sacó la llave. La metió en la cerradura. ¡Y pasó algo inesperado! La llave giró y la cerradura hizo un clic. Hacía años que lo intentaba sin resultado. Tal vez esa vez su intención había sido más decidida.

Abrió el cajón. Miró dentro y le golpeó un olor extraño, añejo. Olor a rapé de una pequeña caja de madera y a palisandro viejo y resinoso.

Las llaves de los cajones laterales estaban allí. Los abrió uno por uno.

Encontró un sinfín de objetos pequeños. Una boquilla de chibucú de color ámbar dorado; un refinado afilador que Péter Abády había mandado traer de Inglaterra; seis navajas de afeitar en un estuche de cordobán verde, una para cada día de la semana; un anillo de tilo que su abuela le había enseñado un par de veces. Aquel anillo lo había tallado Ferenc Deák, el padre del Compromiso, y se lo había dado a Péter Abády, así estaba grabado.

Había otras baratijas inútiles.

En el cajón central del lado izquierdo encontró aquellos zapatos de satén que recordaba tan vivamente. Tenían las suelas finas como el papel, con unas cintas estrechas. Quien fuera que los hubiese usado, debió de tener unos pies muy menudos. Al tocarlos Bálint casi vio a su abuelo, que le había enseñado aquellos zapatitos, un poco desgastados y le había dicho: «¿Ves? ¡Cuánto le gustaba bailar a la pícara!».

Debajo de esos zapatos de mujer encontró un paquete grueso, no muy grande, de medio palmo, envuelto en papel amarillento, atado con cordel y sellado en todas las caras con lacre negro. Había seis palabras: «Para quemar después de mi muerte». Encima de las letras la fecha: 1837. La fina letra de su abuelo.

Seguramente eran cartas. Cartas de una mujer. Por los lados, se notaba el borde. En medio se podía tentar un marco ovalado y un cristal. Tal vez la miniatura de la autora de las cartas.

De repente Bálint recordó lo que le había contado el viejo actor ambulante Minya Gál, el antiguo compañero de estudios de su abuelo. Ya hacía más de diez años de aquello, pero se le hizo presente enseguida. El viejo Gál le habló muy disimuladamente sobre el amor de juventud de Péter Abády, sobre una pasión trágica, una ruptura conmovedora. Ese había sido el motivo de que su abuelo se hubiese marchado de viaje y durante tres años no hubiese dado señales de vida.

El contenido de ese paquete era una historia muy vieja, una historia de desenlace tal vez mortal, como parecía anunciar una pequeña cruz.

Fue una suerte que al final hubiese podido abrir el cajón. Así podría salvar el secreto del viejo de la curiosidad malsana. Cumplió el último deseo de su abuelo.

Se guardó los zapatos en el bolsillo y cogió el paquete y unos papeles más que pensaba quemar. Subió al castillo.

Solo pudo ponerse manos a la obra cuando el fuego tomó fuerza.

Las ventanas estaban abiertas. Ya había caído la noche. Apartó la lámpara para

que la corriente no hiciese ondear la llama. En el lugar donde estaba sentado sólo lo alumbraba el fuego.

Primero arrojó a la chimenea sus papeles. Cuando prendieron, colocó encima los zapatos y el paquete de cartas de su abuelo, pero no se encendió, solo se chamuscó por los bordes. Aquel paquete estaba demasiado apretado. Cogió el atizador de hierro y empujó y rompió el envoltorio para que entrase aire. Por fin prendió. Primero el fuego corrió por el cordel, luego el paquete se deshizo. De dentro cayó una minúscula miniatura en color que fue engullida por las brasas. El cristal estalló, el marco de metal se retorció y a los pocos minutos, el fino rostro femenino que hacía un momento lo había mirado con una sonrisa graciosa se convirtió en cenizas.

Bálint pasó un largo rato sentado delante de la chimenea. Esperó hasta que todo hubiese sido consumido y no quedase ni rastro de aquello por lo que habían latido dos corazones jóvenes hacía casi un siglo, por aquello que constituía el secreto y la tragedia más vivos de dos enamorados muertos hacía muchísimo tiempo, de dos personas cuyos retratos uno colgaba en la pared del pequeño salón —una obra temprana del famoso pintor Miklós Barabás con un marco estilo imperio— y el otro acababa de desaparecer ante sus ojos lanzándole una última sonrisa.

Al día siguiente se levantó temprano. Aquella era la última mañana que pasaba en su casa de verdad. Tal vez la última.

Se despidió de sus animales preferidos. Visitó la yeguada, que pastaba por las colinas, y los potros y las yeguas de cría en los diferentes potreros del parque. A cada uno le dio un caramelo a modo de despedida. Se emocionó un poco al ver a sus antiguos caballos de caza y cuando *Honeydew*, la purasangre del pobre Gazsi Kadacsay, lo rozó con su hocico, más suave que el terciopelo.

Recorrió el jardín, fue al cenador, se asomó a la huerta y miró los frutales.

Al final volvió a la casa. Recorrió todas las habitaciones. Los aposentos de su madre, en los que desde su muerte no había cambiado nada. Desde allí continuó deteniéndose delante de las obras de arte, de algún cuadro o de algún mueble. Desde las paredes del salón de billar lo miraban estupefactos los retratos familiares de sus bisabuelos y tatarabuelos con las pelucas empolvadas, y de sus bisabuelas, que, con gesto empalagoso, mantenían entre los dedos un tulipán o un espejo; parientes cercanos y lejanos, viejos y jóvenes, niños de muy tierna edad en túnicas de seda o con el tradicional gorro húngaro de piel en la cabeza.

Repasó los armarios de cristal. Cerró las puertas de dos que se habían quedado abiertos para que nada rompiese la continuidad de esa sala circular de paredes acristaladas.

Desde allí cruzó el gran salón comedor. Por sus cinco enormes ventanas entraban los cegadores rayos del sol de mediodía. Reverberaban en el parqué encendiendo el dorado de las vitrinas y las patas de bronce de los dos aparadores chinos, dibujando

una sombra invertida sobre el estucado del techo. Se detuvo de nuevo. Acarició un samovar de cobre de abultada barriga sobre el trincherero. Rozó con la mano aquella pequeña estatua de cerámica blanca que representaba a un tío lejano vestido con un traje húngaro de gala. Repasó con la mirada el sinfín de figuras, saludó al perro faldero de porcelana y a la doncella que hacía una reverencia. Continuó camino hacia el salón azul y de allí pasó al salón amarillo. Miró todo y se despidió de todo. Se despidió de los únicos verdaderos objetos de arte. De las cuatro fuentes chinas *famille vert* de la dinastía Kang-Hi que habían sido enmarcadas en cobre dorado en el siglo XVII; de las lágrimas de cristal de Murano en forma de racimos y peras de la pequeña araña; de los floreros de cerámica de Delft y de los otros retratos familiares. Del palafrenero mayor Dénes Abády, cuyo retrato de cuerpo entero vestido con traje rococó, verde y dorado, era obra de Meytens; de sus antepasados más cercanos, de su padre y de su madre, y de sus abuelos, que lo miraban desde los retratos de diferentes estilos.

Se despidió de los ingenuos recuerdos de su infancia.

Allí se había dado un golpe contra el canto de la mesa cuando tenía cinco años y su madre le había puesto una moneda fría de plata en la frente. En aquella alfombra había tropezado y al caer tiró la lámpara de pie. ¡Qué susto más terrible! Por poco provoca un incendio. En esa butaca se había sentado su abuelo un miércoles — cuando, como era habitual, comía en su casa—, había cruzado las piernas y él, que estaba jugando con los soldados de plomo por el parqué, se había dado cuenta de que el viejo señor llevaba botas a la antigua debajo de los pantalones, lo que entonces le sorprendió mucho. No sabía que hasta mediados del siglo XIX habían estado de moda esas botas cortas y suaves.

Entró por la siguiente puerta. Desde allí partía una de las escaleras de servicio y más allá se hallaba el ala cuya reforma había emprendido esa primavera.

Las obras habían comenzado y tuvo que enviar un telegrama desde Salzburgo para pararlas.

Se detuvo... ¡No! ¡Ahí no!... No quería entrar. No quería verlo. ¡No! No quería ver nunca más las habitaciones donde habría vivido con Addy. No quería volver a ver nada del lugar en el que había soñado que se cumpliría su felicidad: el gran dormitorio común, los cuartos para los niños, para los hijos que no nacerían...

Dio media vuelta sombrío y decidido.

Volvió rápidamente por el mismo camino, a través de los salones y el comedor.

Bajó por la escalera principal. El techo lucía adornos de estuco, las paredes estaban cubiertas de gobelinos de colores templados. La escalera era grandiosa, casi imperial.

Ralentizó el paso, avanzó lentamente justo hasta el centro de la alfombra. Bajó los peldaños poco a poco, solemnemente. Llegó a la tenebrosa antesala con la cabeza alta y el rostro de mármol, como si estuviese entrando vivo en su propia tumba.

Por la tarde temprano pasó con su automóvil por el semicírculo del patio, rodeado

de estatuas, y salió a toda máquina por el portal exterior.

A gran velocidad y en menos de diez minutos alcanzó la carretera. Allí redujo. Un río de gente y de carros cargados de heno comprimido avanzaba desde Torda. Se dirigían a Aranyosgyéres, a la estación del tren.

Se detenían a menudo. La multitud que avanzaba a pie eran reservistas llamados a filas.

Eran grupos de cincuenta o sesenta, incluso de cien personas. Caminaban en orden militar, en filas de cuatro. A su lado iban muchachas y mujeres llorando que acompañaban al novio, al marido joven o al hijo hasta los trenes. Algunos viejos no querían perder de vista a sus hijos o a sus nietos hasta el último momento. Los hombres llevaban una pequeña caja o las arrastraban en carros de tiro.

Una banda de cíngaros y unos abanderados encabezaban cada grupo. Algunos reclutas llevaban botellas de aguardiente. Tres o cuatro se habían adelantado a los gitanos bailando desenfrenadamente y cantando a todo pulmón. Sin embargo, apenas había borrachos. La mayoría eran hombres orgullosos, serios y sobrios que cumplían con tranquilidad y buen humor su obligación.

Bálint iba ya vestido de uniforme con los prismáticos y la bandolera en regla. Cada grupo que se encontraba en el camino estallaba en vítores al verlo.

—¡Viva la guerra! ¡Viva la guerra!

Algunos lo reconocieron:

—¡Viva Abády! —Y volvían a gritar—: ¡Viva la guerra!

Todos estaban contentos, envalentonados y optimistas. Solo las mujeres sollozaban en silencio y se secaban las lágrimas.

Bálint les hacía el saludo militar y con cada saludo se le encogía el corazón. No era capaz de responder a los vítores. Solo saludaba llevándose la mano al gorro para mostrar su aprecio.

Le costó mucho cruzar la ciudad de Torda. El mercado estaba abarrotado de gente porque había venta de caballos de los neveros. Caballos bonitos, bajos y fornidos, la mayoría de raza pía, de cabeza menuda y patas minúsculas y duras, unos estupendos animales cruzados con purasangres árabes. Y estaban seleccionándolos para la artillería de montaña o para cargar ametralladoras. Los llevarían a Bosnia. «¡Qué maravillosos caballos —pensó Abády— y ninguno va a regresar! ¡Morirán todos, todos!».

Cuando al final pudo salir de la ciudad, el sol ya estaba muy bajo.

El automóvil subió por el Dobogó zumbando. Ya estaba casi en la cima cuando tuvo que parar de nuevo. Los mozos de Tordatúr y Szentmárton marchaban acompañados de música y banderas. Y con ellos mucha más gente: ancianos, mujeres, incluso niños. Seguramente sabían que en la cercana Torda harían un descanso antes de que repartieran a sus hijos, maridos y padres en los vagones.

Bálint bajó del automóvil. Se sentó en un rincón apartado del camino. Miró el valle del Aranyos.

El valle se bañaba en el sol resplandeciente. Levantó los prismáticos. Alcanzó con la vista la curva del Maros. Se percató de un grupo de abetos, una mancha añil en la clara lejanía azul.

Aquel era un pequeño jardín que crecía en Marosszilvás, el jardín de Dinóra Malhuysen. En los viejos tiempos, en su primera juventud, a menudo había ido a caballo a verla, incluso de noche. ¡Y había pasado tanto tiempo! ¡Casi veinte años! ¿Qué habría sido de la pobre Dinóra? ¿Adónde la habría llevado la suerte?

A la derecha de la cinta brillante del río Aranyos, al otro extremo de la llanura de Keresztesmező, se veía Dénestornya. La colina del castillo se escondía entre los árboles y el matorral. Los largos muros también estaban tapados. Sin embargo, vio brillar algo en la fachada, tal vez eran los cristales de la terraza superior o al menos se lo imaginó. Los cuatro bastiones lucían cúpulas de cobre manchadas de verde. Aun lejano, su grandeza impresionaba, parecía una península enorme sobre un mar de árboles gigantescos. Sus paredes se extendían con belleza inusual. A la derecha, donde se encontraba el patio delantero en forma de U, corría una delgada línea blanca y, en la imagen borrosa del pueblo, se atisbaba el cubo níveo de la vieja iglesia. A su lado un puntito claro: la casa solariega de su abuelo.

Bálint se despidió otra vez. Se despidió de la belleza que lo había rodeado desde su infancia. De los sueños que allí había albergado. De todo lo que ahora se acababa.

El grupo de reservistas se marchó junto a los carros, Bálint volvió a subir al automóvil y reemprendió la marcha.

Desde allí el camino ascendía. El valle estaba ya en sombras. Ahora venía el puente y después una curva pronunciada.

De nuevo le asaltaron los recuerdos. En esa curva se había encontrado con Gazsi Kadacsay hacía cuatro años y medio, cuando volvía tan feliz desde Kolozsvár. Fue el día posterior al estreno de *Madame Butterfly*. Casi fue capaz de ver al barón Gazsi acercándose al trote en su poni tordo y grueso. ¡Pobre barón Gazsi! Desde allí no se veía su casa porque estaba escondida en un valle lateral, aquella casa donde había acabado una vida desperdiciada por una sed de mejora.

¡Adelante! ¡Adelante! ¡No era el momento de cavilar sobre el pasado!

Llegó al pueblo de Felek, pero apenas pudo entrar porque estaban arreando bueyes, muchos bueyes blancos, y toros hacia el degolladero para hacer carne enlatada para el ejército.

Iba tan despacio y tuvo que parar tantas veces que a cien metros de la cima se le calentó el agua del radiador, que comenzó a desprender blancas columnas de vapor. Tuvo que hacer otra parada e ir por agua fresca. El chófer fue a buscar un pozo más abajo, porque allí arriba no había.

Bálint continuó el camino a pie hasta la cima del puerto. Allí esperaba el automóvil.

Un amplio panorama se extendía a sus pies. Se podía ver la ciudad de Kolozsvár. A la derecha serpenteaba el Szamos hacia el este, hasta la curva de Apahida, y desde allí continuaba hacia el norte. A la izquierda se hallaba el valle del Gyalu, cerrado por los neveros.

El sol acababa de desaparecer detrás de las montañas, pero todavía era de día.

Bálint se apoyó contra la barandilla. Volvió a despedirse del paisaje que tenía ante sí.

Abajo entrevió el edificio color mantequilla de la avenida Monostori. La villa Uzdy. Por el jardín delantero pudo ver aquella pasarela del foso que había cruzado tantas veces en los felices tiempos en que frecuentaba a Adrienne.

En la pendiente más cercana distinguió un techo verde, el techo de la institución donde había muerto Pál Uzdy. Un poco más a la derecha se alzaba el teatro de donde había huido aquella noche del estreno de *Madame Butterfly*. Miró la cima del Házsongárd, el cementerio por donde había paseado con Addy. Aquello había sucedido una primavera. La primera de un amor de diez años.

Todo estaba delante de él, todo su pasado. Incluso Szamoskozárd, donde habían enterrado a László. Quiso despedirse también de él y con los prismáticos buscó el pequeño castillo en el punto más septentrional del valle del Szamos y, más arriba, la cripta Gyerőffy. Allí yacía László. En un minúsculo triángulo situado en la suave pendiente de la orilla izquierda.

Se sintió invadido por una amargura infinita. Tuvo la sensación de estar solo. Solo él y, debajo, el mundo que estaba a punto de desaparecer.

Vio la generación a cuyos jóvenes pertenecía. La generación que había crecido después de 1867, el año del Compromiso, en la tranquilidad de la paz. Ellos habían heredado el legado de los grandes personajes de la época de las reformas: Deák, Eötvös, Mikó y Andrásy. El legado de quienes habían vivido los sueños febriles de la guerra de Independencia de 1848 y 1849 y habían sobrevivido a las represalias; el legado de quienes habían aprendido de las experiencias y habían sabido dar soluciones a grandes cuestiones con sabia medida.

Su generación, pensó Bálint, se había ido desviando cada vez más de aquella dirección. Poco a poco la realidad había sido sustituida por ilusiones, autoengaños y fanfarronería.

Todos eran culpables, todas las capas dirigentes de la sociedad húngara.

Vio a la clase terrateniente que, orgullosa de su estirpe, había despreciado cualquier actividad productiva y solo habían deseado llegar a ser funcionarios o abogados. A los profesores de Historia, que habían sucumbido al nacionalismo populista y habían mirado con desdén a los que en el pasado habían advertido a la nación de la importancia de trabajar y ser críticos. La juventud se había llenado de ilusiones engañosas y campañas patriotas. Y esa fue la base de la impaciente y seudojurídica opinión pública que desde finales del XIX solo había creído en los cumplidos halagüeños y había considerado antipatriótica toda crítica.

Vio a la gran aristocracia, que había pensado solo en su prominencia y había tirado por la borda su relación con Europa y que gracias a su peso económico y moral había justificado con su firma unas mentiras nacionalistas en las que la gran mayoría no creía y cuyo resultado había sido el envenenamiento de la vida política.

Los vio a todos como si estuviese contemplándolos desde ultratumba.

El país iba a morir y con él esa generación. Iba a morir en esa guerra en la que aquellas palabras que tanto habían usado tendrían un significado muy diferente. *Luchar y librar batallas* ya no eran mera retórica. *Resistir hasta la muerte* había dejado de significar mantener la palabra hasta el final de la sesión. Aquellas expresiones eran la terrible realidad de la aniquilación.

El país se disponía a morir y con él la generación que tanta importancia le había dado a esas fórmulas, a esos artículos, a esos eslóganes. Una generación que había sido capaz de olvidar la realidad de la vida del país y se había dedicado, como un niño, a perseguir espejismos. En suma, una generación que había ignorado todo cuanto sustentaba la nación: la fuerza, la autocrítica y la unión.

Aún le quedaba un último pudor: la disposición militar.

Y ese tampoco serviría de nada.

La ciudad y el valle se escondieron en las sombras. Había anochecido.

Solo el cielo hacia occidente permanecía encendido.

Largos jirones de nubes flotaban en la gran bóveda. Franjas de color ceniza barrían con sus flecos el horizonte. Debajo de ellos solo había fuego, fuego y fuego. Se había inflamado el mundo. El bajo cielo tenía color carmesí. Grandes lágrimas de fuego llameaban cegadoras, muchas, infinitas, como si el universo llorase brasas sobre un mar de sangre. Bajo el cielo carmesí se alzaban pesadas montañas moradas y oscuras. Su contorno se escribía nítidamente sobre el trasfondo. Los neveros de Gyalu, el Magura y, detrás, el Vlegyásza unían sus enormes cuerpos.

Largas crestas con laderas abruptas. Féretros gigantescos, féretros de muchas naciones.

Inmóviles y majestuosos esperaban bajo el incendio del mundo.

Llegó el automóvil.

Bálint bajó de la montaña.

Bonchida, 20 de mayo de 1940

Mapas del Imperio Austrohúngaro



Notas

[1] Frédi es diminutivo de Nándor. <<

[2] *Nación del azote de Dios*, expresión con la que se designa al pueblo húngaro. <<

[3] Klémi es diminutivo de Clémence. <<

[4] Ley de 1723 que fue la base del Compromiso de 1867. <<

[5] Nikita es Nicolás I, rey de Montenegro. <<

[6] Elbasán suena como la palabra húngara *elbasz* que significa *joder*. <<

[7] *Skupština* es *parlamento* en serbio. <<